Santiago Castellanos

En el final de Roma

(ca. 455 - 480)

Marcial Pons **Historia**



acceso abierto

Ilustración de cubierta: detalle (armario de los evangelios) del mosaico que representa el martirio de San Lorenzo en el mausoleo de Gala Placidia en Rávena (Italia).

San Sotero, 6 - 28037 MADRID

edicioneshistoria@marcialpons.es

ISBN: 978-84-15963-42-4

Cubierta. Diseño de la colección: Manuel Estrada. Diseño Gráfico

EN EL FINAL DE ROMA



EDICIÓN DIGITAL

Santiago Castellanos

EN EL FINAL DE ROMA
(*ca.* 455-480)

La solución intelectual

Marcial Pons Historia

2015

Para Delfina, Vega y Enrique

«… y que el miedo del hombre ha inventado todos los cuentos»

(del poema *Sé todos los cuentos*)

León Felipe

INTRODUCCIÓN
LA OBSESIÓN POR LA DECADENCIA

Hace unos años, pocos, me encontraba en mi despacho tratando de corregir unos trabajos elaborados por alumnos de quinto curso de la licenciatura en Historia, entregados de manera previa a la convocatoria oficial de los exámenes. Enfrascado en la lectura de los textos de los alumnos, escuché que alguien golpeaba la puerta, con una cierta desmesura, creo recordar. Tras mi contestación —«adelante»— entró en el despacho un alumno de ese mismo curso de Historia. El chico estaba preocupado por la cercanía del examen final. A pesar de que con el paso de los años uno va perdiendo la capacidad de sorpresa, y más en este oficio, escuché con interés sus dudas. Una de ellas fue formulada de esta guisa, que cito textualmente puesto que recuerdo bien la frase:

> «Entonces, ¿fue Atila el que acabó con el imperio romano?».

¡Qué coincidencia! Hacía sólo unos días que un periodista me había llamado por teléfono y me había hecho

unas preguntas, una de las cuales venía a coincidir exactamente con la que me planteaba el estudiante.

He elegido estas dos anécdotas personales para ilustrar hasta qué punto en la mentalidad colectiva de nuestra sociedad está presente tal idea, que en este caso sería algo así como que Atila liquidó el imperio romano. La mera posibilidad de que unos cuantos tipos, a poder ser muy salvajes, hubieran terminado con la Roma de los césares ha machacado eso que se suele conocer como la mentalidad colectiva, en este caso de los occidentales. Y lo ha hecho durante siglos. Se ha dicho y con razón que el final del imperio romano es una obsesión para la intelectualidad europea. Es algo así como la madre de todos los miedos sobre un posible final de nuestro mundo, de las coordenadas culturales que hemos conocido. De ahí la cantidad de libros académicos al respecto, pero también su aparición en el cine o en los medios de comunicación.[1]

El verso de León Felipe que se menciona a la entrada de este libro evoca precisamente el miedo como catalizador de la imaginación. Cuando se teme algo se suelen contar historias que bien magnifican ese temor o bien tratan de edulcorarlo. Pero los miedos, a veces, son reinterpretados como argumentos de legitimidad para el poder que se presenta como vencedor de los mismos. Leer las crónicas de mediados del siglo v, o algunas de las cartas que se escribieron en la segunda mitad, puede dar idea de que, en cada esfera, hubo clérigos y aristócratas —a la sazón,

nuestras fuentes— que sintieron que algo se estaba moviendo bajo sus pies. Y, unas cuantas décadas después de que el último emperador occidental hubiera sido depuesto, desde Constantinopla, capital de la parte del imperio romano que sobrevivió durante un milenio, se fomentó ese miedo, se recordó a través de textos… para insuflar esperanzas en quienes venían a conquistar «lo perdido». Fue entonces, y sólo entonces, en el siglo VI, cuando se miraría hacia atrás por primera vez y se proclamaría que aquel imperio de los occidentales estaba perdido, precisamente, desde que Rómulo Augústulo había sido depuesto en el verano del año 476. Así que existe una suerte de disyuntiva entre los contemporáneos a los hechos y nosotros, los profesionales que estudiamos estas cosas[2]. La idea del final del imperio está muy presente en lo académico. Y, sin embargo, como tal formulación, no existe en las fuentes de la segunda mitad del siglo V, es decir, en los contemporáneos. La elaboración del tema así formulado es, insisto, algo detectable en el siglo siguiente, el VI.

Un milenio después, a comienzos del siglo XVI, Rafael y su equipo de colaboradores pintaban en las estancias vaticanas la entrevista entre Atila y el papa León Magno que, según Próspero de Aquitania, contemporáneo a ambos personajes, había tenido lugar en 452. Próspero editó la última versión de su crónica en el año 455, y para entonces Atila ya había muerto, pero no su protector, el propio papa. La idea según la cual había sido el obispo de Roma, con la

divinidad que lo protegía, el verdadero agente histórico que impidió la entrada de Atila de la ciudad del Tíber se convertiría en toda una tradición. Claro que Próspero no podía siquiera imaginar que el episodio iba a ser llevado al cine y que lo iban a ver miles y miles de personas en las salas de proyección primero y en las emisiones de televisión después. Pero no. Para decepción de muchos espectadores, de mi alumno y de aquel periodista, Atila no liquidó el imperio romano. Ni siquiera sabemos el alcance de aquella entrevista, en cualquier caso mantenida con más personajes ilustres de la política romana del momento. Desde entonces, 452, habría emperadores en Occidente durante casi un cuarto de siglo después. Eso sí, la idea de una amenaza externa, de un enorme peligro conjurado por la intervención de un líder religioso causó furor y fue muy pronto asumida por quienes deseaban labrar ese campo.

Igualmente flota en el ambiente otra idea que se ha argumentado como base del final de Roma, y que no es otra que la que pone el acento en la corrupción de los emperadores. También aquí contamos con una gran aceptación popular, sin duda sobre la base del «encanto» de películas que han retratado reuniones romanas no precisamente para discutir sobre el itinerario de una calzada. En cualquier caso, la idea tiene una densa trayectoria en el terreno académico. Cuando Gibbon, en el siglo XVIII, visitaba las ruinas del foro de Roma, según su propio testimonio, tuvo claro que había que contar cómo había podido suceder

algo así, cómo Roma había terminado difuminándose como imperio, del que entonces él sólo contemplaba unas cuantas piedras. De aquellas reflexiones surgiría la más influyente obra que nunca se ha escrito sobre el final de Roma, que lo elevó como tema histórico de primer orden hasta nuestros días. Gibbon, que escribía en el contexto intelectual de la Ilustración británica del siglo XVIII, pensaba que, además de otros aspectos, la explicación principal para lo que él llamaba la decadencia y caída (*decline* y *fall*) de Roma había sido el cristianismo, que había socavado las estructuras de la tradición romana. Claro que en el terreno académico, desde Gibbon hasta hoy, ha habido bastantes cambios de rumbo[3]. Otros, siguiendo la senda de los cambios internos, apostaron por la idea de la decadencia de costumbres y de la corrupción de la administración, corriente de la que en nuestros días ha sido exponente Ramsay MacMullen[4].

Así que la amenaza externa (bárbaros, invasiones) y la degradación interna (corrupción, avance del cristianismo) han sido los dos ejes básicos sobre los que se han elaborado las explicaciones sobre el fin de Roma[5]. Y en cierto modo todo esto ha llegado al gran público, y lo ha hecho más que otros temas históricos propios de la Antigüedad y de la Edad Media. Insisto en que las películas sobre las fiestas de los emperadores, o sobre el jefe huno, o sobre los bárbaros, o sobre «la caída del imperio romano», han calado hondo en una sociedad ávida de explicaciones personalistas, morales e

incluso morbosas para fenómenos que, habitualmente, encajan en procesos muy complejos. Tampoco esto debe sorprendernos. Es habitual que circulen ese tipo de explicaciones para grandes (por sus consecuencias) procesos del pasado, más antiguo o más reciente. Es lógico, por tanto, que el alumno y el periodista a los que me he referido plantearan tales preguntas.

Este libro no trata sobre las posibles causas de la caída de Roma. Alexander Demandt ha contado las que la ciencia histórica ha planteado. Y no son pocas, pasan de los dos centenares. Más bien, lo que planteo en este libro es el tema de la reacción intelectual. ¿Cómo vieron los contemporáneos el final del imperio?, ¿fueron conscientes de que algo se estaba «acabando»? Por otro lado, comprobaremos cómo se construyó la idea según la cual la deposición del último emperador, Rómulo Augústulo, había supuesto el final del imperio en Occidente. Veremos que ningún contemporáneo lo expresó así, y que fue la corte imperial romana de Oriente, con sede en Constantinopla, la que difundió aquella ecuación de primer grado… ya entrado el siglo VI. Hay que adelantar que el emperador Justiniano estaba entonces empeñado en conquistar Occidente, y que la idea de la «pérdida del imperio» le resultaba sumamente útil para justificar la intervención: dado que se había perdido, era justo tratar de recuperarlo.

Dependemos de unas pocas fuentes. Por lo general vamos a encontrar visiones muy parciales, muy centradas en

el microcosmos de cada autor, pese a los esfuerzos por incluir informaciones a escala imperial. Y, naturalmente, cada uno de aquellos contemporáneos tenía sus propios intereses a la hora de componer sus textos. Hay ocasiones en las que dependemos de autores cuyas informaciones no alcanzan el punto final del imperio, el famoso año 476, pero que son muy relevantes para nosotros. Próspero dio importancia a la entrevista entre Atila y León Magno, pero estaba deseando proyectar la imagen del obispado de Roma en el contexto de las rivalidades religiosas de la época. Hidacio, que escribe desde un rincón del noroeste de la Península Ibérica, apenas dedica atención alguna a Atila y, sin embargo, estaba convencido de que el mundo se estaba acabando, puesto que creía en ciertas tradiciones apócrifas al respecto. Otras veces nos topamos con personajes que, además de escribir bastante, sí vivieron toda la fase que este libro ocupa, más o menos entre 455 y 480. Sidonio Apolinar, que escribió antes y —a diferencia de los dos anteriores— también después del final del imperio occidental, se fue adecuando a las necesidades de cada momento. Algunos, como Ruricio de Limoges, que perteneció más bien al «justo después» del final de Roma como imperio occidental, pero cuya formación y familia estaba anclada en la tradición, tratará de eludir cualquier mención política en sus numerosas cartas. Precisamente en atención a la escasez de fuentes, en una revisión muy reciente sobre la Europa del 200 al 600, Edward James

reflexionaba sobre la enorme dependencia que tenemos de autores como Sidonio Apolinar[6]. Comparto su queja. Además, sus textos están repletos de hipérboles y de tópicos y, sin embargo, su figura ha dominado en buena medida cualquier libro sobre la segunda mitad del siglo v, y el lector lo va a notar también en éste.

Sobre este tema de las fuentes quiero expresar una reflexión. Los textos suelen darnos fotografías fijas, en no pocos casos presentan referentes áulicos, o de niveles poderosos, rara vez aparecen las pequeñas comunidades locales con un papel activo. Pero no podemos perderlas totalmente de vista, pese a lo escondidas que están en nuestras fuentes literarias. De hecho, la arqueología proporciona cada vez más datos al respecto. Aunque este libro trata fundamentalmente sobre emperadores, obispos y aristócratas, he intentado subrayar el mundo de las comunidades de campesinos en el primer capítulo. Del papel que pudieron tener, con niveles intermedios que les pusieran en relación con el poder central, da buena prueba un texto que deseo comentar ahora, justamente para expresar al lector cuán necesitados estamos de este tipo de informaciones. Se trata de un documento procedente de la *pars Orientis* del imperio romano. Recientemente se ha publicado un estudio sobre un papiro procedente de Oxirrinco (Egipto), que suma un total de seis fragmentos. En 1931 fue adquirido en El Cairo por M. Rostovtzeff y C. B. Welles para la Universidad de Yale, y allí se conserva

hoy, en la Beinecke Rare Book and Manuscript Library. El texto lleva una datación sobre la base del postconsulado de Flavio Antemio Isidoro y Flavio Senator, que fueron cónsules en 436, de manera que el papiro se escribió con posterioridad al año de su consulado. No era infrecuente que los nombres de los cónsules se conocieran a veces con bastantes meses de retraso a la fecha de su nombramiento.

El documento, que es un papiro redactado en griego, está dirigido a Martirio, obispo de Oxirrinco, por parte de la colectividad, κοινον, de los habitantes de una comunidad cuyo nombre no ha llegado hasta nosotros, pero que pertenecía a Oxirrinco[7]. Aunque el papiro se conserva muy fragmentariamente, es posible observar cómo los de la comunidad han designado a un tal Epímaco como administrador de su iglesia. El texto lleva además una alusión al juramento imperial que hacían los gerifaltes de la aldea que compondrían su *koinón*, sobre la base de los nombres de los emperadores del momento, de los dos, tanto de Teodosio (II) como de Valentiniano (III). Es decir que quienes componían el grupo reconocido a efectos de toma de decisiones, *koinón*, de la aldea que ha elegido a este administrador para su iglesia, aparecen en el documento con una cierta capacidad de maniobra, más allá de su mero reconocimiento fiscal y administrativo por el imperio oriental, que es uno de los temas debatidos por la historiografía. Quiero decir con todo esto que una pequeña aldea, que funcionaba en la órbita de un enclave episcopal y

administrativo como Oxirrinco, hace constar por escrito en los años 430 y siguientes que han sido *ellos* (sus líderes locales, procedentes de la propia aldea) quienes han designado al administrador de su iglesia. Naturalmente, elevaban la propuesta al propio obispo, Martirio. Este cauce de toma de decisiones entre obispado y comunidades locales es perceptible en este pequeño pero interesante ejemplo que acabo de anotar. Pero procede del imperio oriental, y de un conjunto documental muy singular, cual es el papirológico del Egipto tardorromano. Por eso mismo he seleccionado este ejemplo… como un punto de contraste.

Sin embargo, ese diálogo en un sentido histórico, ese canal de relación entre centro y periferia, entre —y utilizo ahora términos occidentales, no orientales— *ciuitas* y *uici*, es más difícil de percibir en la cronología que este libro maneja para Occidente. Las fuentes para el estudio de la horquilla que he propuesto, más o menos entre 455 y 480, apenas permiten entrar en detalles semejantes, salvo algunas excepciones. No hay una secuencia amplia de evidencia empírica y, además, hay lagunas muy importantes. No se trata sólo de la que existe para Britania; incluso en Italia, nuestros textos —si exceptuamos las cartas papales— son escasísimos allí, y repuntan ya en el contexto ostrogodo, desde muy finales de siglo y sobre todo desde inicios del VI. En Hispania, después de Hidacio, que acabó de escribir (y me temo que de vivir) hacia 469, el panorama es muy similar.

* * *

Marco Tulio Cicerón es (o *era*, barrunto) uno de los antiguos romanos más conocidos en nuestro tiempo. Cuando el latín *era* estudiado en la educación de manera casi masiva, generaciones y generaciones de occidentales nos hemos formado traduciendo sus textos, o intentándolo al menos. Por ese motivo he elegido una de sus frases para esta introducción. A más de un lector la mención de su nombre le recordará aquellos tiempos de la escuela, del colegio o del instituto. Y, además, a mí me va a permitir introducir una idea en estas páginas iniciales. La frase que he elegido es ésta:

> «Tan grande es la cantidad de asuntos gestionados en Roma que es casi imposible prestar atención a lo que ocurre en las provincias»[8].

Las palabras de Cicerón nos evocan otra frase, en este caso atribuida a Charles de Gaulle. El general decía que Francia era un país sumamente difícil de gobernar, puesto que, después de todo… tenían cientos de variedades de quesos. La idea es la misma: la complejidad de gobernar un sistema político que tiene que lidiar con las escalas regionales y locales de poder. En realidad, Cicerón estaba apuntando a una de las contradicciones de Roma. La distancia, la dificultad de articular el gobierno del aparato central con las sociedades variopintas, las provincias,

muchas de ellas distantes en miles de kilómetros de la ciudad del Tíber. Y, más aún, lo complicado que podía resultar vertebrar el dominio, basado sobre la captación de tributos, el control militar y el ejercicio administrativo. Sin embargo, a pesar de tan gran contradicción, el sistema romano perduró en el tiempo mucho más allá de la vida de Cicerón. Más de medio milenio en Occidente después de su asesinato (43 a.C.) y milenio y medio en Oriente.

Quizás por este motivo, por la duración en el tiempo de un sistema político, llama más la atención su desaparición en Occidente. Muchos de quienes nos dedicamos a estas cosas de manera profesional tratamos de enseñar a nuestros alumnos de facultad que algunas de las estructuras sociales, económicas, jurídicas, ideológicas, religiosas, propias del mundo romano, perduraron más allá del «final del imperio». Hubo cambios, transformaciones posteriores, qué duda cabe. Es probable que sea precisamente la influencia de lo romano en las sociedades contemporáneas la que haya provocado que nos llame mucho más la atención su final como imperio, al menos su final occidental. Quizás por esa magnitud del tema y por la obsesión a la que me refería al principio de esta introducción, son numerosos los ensayos sobre el final de Roma, y el enfoque que se ha dado al problema[9]. No voy a dar muchos detalles ni nombres, pero a modo de muestra cabe enunciar sólo algunos de esos enfoques.

En la Ilustración se abrió camino la idea de decadencia

imperial sobre la base bien de la quiebra de los ideales republicanos bien del avance del cristianismo[10]. Otro de los argumentos ha sido el de la crisis de las clases medias, o incluso de las elites ilustradas[11]. Al mismo tiempo, se ha manejado la idea de que en 476 no cayó ningún imperio, puesto que no había ya imperio propiamente dicho[12]. Claro que esto conducía a la valoración del papel de los bárbaros, agentes principales del «asesinato» del imperio, en expresión de Piganiol. También los bárbaros estaban en la base del índice de la historia político-cultural de Courcelle, que articuló su libro, sin duda bajo la influencia de la Segunda Guerra Mundial, con bloques tales como «L'invasion», «L'occupation», y «La libération»[13]. Es el de los bárbaros, precisamente, uno de los temas sobre los que más discusión hay en este momento en la comunidad científica, y que trataré de resumir muy brevemente en algunas partes de este libro.

La exposición sistemática de los eventos políticos y militares ha sido otro de los vectores que han triunfado en los medios académicos, sobre todo a partir de los hitos que supusieron las obras de E. Stein, primero, y de A. H. M. Jones después. La obra de Stein es algo así como la magna codificación evenemencial del imperio romano tardío[14]. La primera edición de su obra sobre el «bajo imperio» apareció en Viena en 1928 en alemán. Mientras Stein se encontraba en Bruselas en 1933, tuvo lugar el triunfo de Hitler en Alemania. A partir de entonces se negó a volver a escribir

en alemán, siendo acogido por la Universidad de Bruselas, luego por la Universidad Católica de América en Washington y finalmente por la Universidad de Lovaina hasta su muerte. El autor fue preparando un segundo volumen, que se publicó en francés en 1949, póstumamente, puesto que había fallecido en 1945. Tenía decidido que el primer volumen se editara también en francés, cosa que acontecería ya en 1959. La obra de Stein es una sistematización de la evolución política del imperio romano tardío en sus dos partes. En el caso occidental, Stein marca muy claramente una cesura provocada por el final de la dinastía teodosiana en 455, haciéndose así cierto eco de la relevancia que Hidacio, contemporáneo de los hechos, dio a dicha ruptura, y que en cierto modo he seguido como punto de arranque cronológico en este libro.

Otros enfoques han atendido a los cambios culturales, dentro del concepto de civilización como categoría histórica[15]. La relativización de la idea de caída y la propuesta de una cierta continuidad fue esgrimida por Pirenne. Más tarde se ha abogado por la continuidad pero en claves fiscales e institucionales[16]. En cualquier caso, la puesta en valor de cuestiones estructurales y económicas no tiene por qué conducir a la negativa al colapso, como ha mostrado detalladamente Chris Wickham[17]. La dimensión cultural, la religiosa, y su conexión con el poder, y con el funcionamiento de las sociedades tardorromanas ha sido la base de la influyente obra de Peter Brown, que en cierto

modo ha relativizado igualmente la cuestión del fin de Roma como asunto histórico, que por otra parte vuelve a estar de actualidad con obras recientes como las de Heather y Ward-Perkins ya citadas en notas en esta introducción[18].

Y ésta es sólo una mínima selección de algunos enfoques que se han dado a la época del final del imperio.

* * *

Así que este libro se sitúa *en el final de Roma*. He optado por pro poner una horquilla cronológica para, aproximadamente, 455-480. Esto tiene una explicación. Se estudiarán aquí los posicionamientos políticos e intelectuales durante el final del imperio. Esto del «final» es muy relativo, y soy consciente de ello. Si por «final del imperio» nos referimos al desmantelamiento de la presencia de la administración y el sistema político imperial, el asunto discurrió a diferentes ritmos según las regiones. Por ejemplo, en Britania el final del sistema es bastante anterior, en torno a medio siglo. Incluso en la horquilla propuesta, el final del imperio puede detectarse antes en la meseta de la Península Ibérica que en Arlés o en Rávena. En Clermont pudieron pensar que algo importante había sucedido en 475, cuando la Auvernia fue entregada por el emperador Julio Nepote a los visigodos, con varios obispos como negociadores de aquella transferencia. En Dalmacia, Julio

Nepote seguía proclamándose emperador hasta su muerte, acontecida hacia 480, de modo que en su entorno más próximo pudieron entender el imperio como algo existente incluso a pesar de que Rómulo Augústulo hubiera sido depuesto en 476. Cosa que, por cierto, no fue mal vista desde Constantinopla. Todo esto justifica con suficiencia que el final del imperio como concepto sea una realidad detectable a distintos ritmos según cada región. Pero como concepto, la idea del *final del imperio romano* fue una creación del siglo VI. La proyección de la propia idea de un «final» del imperio en un lugar, un momento y una fecha fue elaborada en la parte oriental del mundo romano, en Constantinopla. Eso sucedió ya en los días de Justiniano, entrado el siglo VI, precisamente para justificar la «recuperación» del mismo por las armas.

Aun así, y estando todo esto en función de las regiones y los ritmos, para la fase comprendida entre 455 y 476-480 puede hablarse de «los últimos emperadores» y del «final del imperio». Un contemporáneo, Hidacio, que escribía hacia el año 468-469 desde un rincón periférico como la actual Chaves (Portugal), entonces *Aquae Flauiae*, en la provincia de *Gallaecia*, quiso dedicar una de las entradas de su crónica a la idea según la cual la muerte del emperador Valentiniano III (455) marcó el final de la dinastía teodosiana. Así que aquel obispo y cronista creyó que la desaparición del último emperador descendiente de Teodosio había sido un punto de inflexión.

La carencia de un principio legitimador, el dinástico o familiar en este caso, no dio sino un impulso definitivo para la entrada directa de agentes políticos como los jefes de las tropas de mercenarios de Italia o el emperador de Oriente, según el caso. Lo dinástico apenas va a ser ya argumento alguno de elogio político, toda vez que el destino de la púrpura imperial iba a estar en manos de los generales bárbaros o del emperador oriental. El mundo de panegiristas como Claudiano, a comienzos de siglo, o de Merobaudes, más reciente, con Valentiniano III y Aecio, no era ya operativo. En el caso de Merobaudes, su último panegírico conocido fue compuesto para el tercer consulado de Aecio, celebrado el día 1 de enero de 446[19]. ¡Qué distintas iban a ser las circunstancias en las que otro panegirista, Sidonio Apolinar, iba a pronunciar tres panegíricos imperiales varios años después! Por debajo de su hiperbólica retórica puede detectarse un conjunto de grietas, de evidencias de la fragilidad del poder imperial en el período que nos ocupa. Hay, pues, una discontinuidad, al menos en el terreno de la estabilidad dinástica. Existe, por lo tanto, una fractura, si queremos teórica y epidérmica, pero que permite una cesura.

Y ésa es la justificación del inicio cronológico de nuestra horquilla, del punto de arranque temporal de este libro. En cuanto al punto final, 476-480 es un horizonte aproximado. Pero, aun así, resulta útil para expresar una intención. Entre finales del siglo V y comienzos del VI en

Occidente hay unas realidades políticas muy concretas, a saber, y en resumen aproximado, la expansión de los francos bajo la jefatura de Clodoveo, que fue consolidando la monarquía merovingia; la expansión visigoda en el sur de la Galia, y su paso final a Hispania (en la que ya tenían amplios intereses desde el siglo v); la entrada de los ostrogodos en Italia y la formación del reino de Teodorico el Grande y sus sucesores; la consolidación y la crisis del reino de los vándalos en África. Sin olvidar, claro está, que ya entrado el siglo vi comenzaron las guerras impulsadas desde Constantinopla por Justiniano, que supusieron la entrada y ocupación imperial de numerosos enclaves en el Mediterráneo, África, Italia y, finalmente, ya a mediados del siglo, una franja de Hispania. Tales guerras quedan fuera de la horquilla que he propuesto. Sin embargo, habrá que hacer alguna incursión en esos años, porque fue entonces cuando se creó la idea de que la deposición de Rómulo marcó el final del imperio romano occidental.

El objetivo aquí es estudiar si el final de Roma como imperio en Occidente fue percibido en los textos de la época. Serían numerosos los vectores a tener en cuenta. Aquí he optado por seleccionar algunos. Los cambios perceptibles a mediados del siglo v en algunas estructuras de base, el alcance del papel de los bárbaros, el descabezamiento del sistema de emperadores y la reacción de la aristocracia que, a través de mensajes ideológicos y religiosos, tejió nuevas plataformas de poder en un nuevo

contexto. Fue algo así como una *solución intelectual*.

La investigación ha contado con la financiación del Ministerio de Ciencia e Innovación, a través del proyecto HUM2007-21826, y en su fase final, en la preparación del texto definitivo, del proyecto HAR2010-18991, del mismo Ministerio, ahora residido en el Ministerio de Economía. Agradezco a Carlos Pascual y a Juan Pimentel, de la editorial Marcial Pons, su paciencia en la espera del original definitivo de este libro.

A mi esposa y a mis hijos, que han soportado mis ausencias desde que este *final del imperio* empezaba a ser imaginado.

CAPÍTULO 1
ENTRE EL MATERIAL Y EL DISCURSO RETÓRICO. PERCEPCIONES DE CAMBIO

Nadie en Occidente se dedicó a contar algo así como «el final del imperio romano» mientras tal proceso tenía lugar. Quiero decir que mientras Rómulo, conocido como Augústulo, era despojado de los símbolos imperiales durante el verano del año 476, nadie se dedicó a escribir una *Historia* sobre cómo se había llegado a tal punto, y tampoco sucedió en el margen de algunos años. Cuando tenemos textos relativamente densos escritos por hombres de la época, como Hidacio, no alcanzan hasta 476. Terminó su crónica hacia el año 469. Y cuando sí disponemos de un autor prolífico como Sidonio Apolinar, que vivió hasta unos pocos años después de la famosa fecha, resulta que apenas introduce referencia alguna al episodio. Y eso a pesar de que, por ejemplo, dispongamos de cartas datables precisamente en aquel mismo año, 476. Así que, al menos en Occidente, ningún contemporáneo —que sepamos— puso por escrito una crónica o una historia que incluyera el

final del imperio. O quizás sí.

Es posible que lo hiciera Memmio Símaco, cónsul y personaje importante del Senado romano entre finales del siglo V y comienzos del VI. Sabemos que escribió una *Historia Romana*, que probablemente atendía a una visión general, dentro de la tradición historiográfica romana, y no es descartable que aludiera en algún momento a su propia época. Pero, repito, tal obra no ha llegado hasta nosotros. Quizás el texto tuvo un destino no muy distinto al de su autor, que fue ejecutado por orden de Teodorico, el rey de los ostrogodos, en la década de 520. Aun así, la obra fue conocida y difundida, y un autor como Jordanes, que escribía en la Constantinopla de hacia 550, la usó. Se discute si fue Símmaco el primero que aludió a que el acontecimiento de 476 —la deposición de Rómulo por Odoacro— significaba el final del imperio romano en Occidente. Sobre esto volveré en otro capítulo. Baste ahora decir que, en cualquier caso, el primer texto que lo afirma taxativamente se escribió hacia 518, editado de nuevo hacia 534… en Constantinopla. Me refiero a la crónica escrita por un ilirio llamado Marcelino, que estuvo al servicio de Justiniano incluso antes de que éste tuviera el poder total del imperio romano de Oriente, es decir, el que sobrevivió, el que tenía su capital en Constantinopla. Este Marcelino, insisto, es el primer autor que hoy podamos leer que dejó escrita la ecuación según la cual la caída de Rómulo supuso la del imperio[1].

Introduzco esta alusión a la perdida obra de Memmio Símmaco porque en este capítulo deseo plantear algunos argumentos y datos que tratan de relativizar la idea según la cual la caída de los emperadores es la del imperio. Claro que relativizar eso es negar una evidencia. Por descontado que el final de los emperadores suele ser el de cualquier imperio correspondiente, al menos lo es desde el punto de vista oficial, institucional. En el caso romano en Occidente, hay que tener en cuenta que en el siglo v había habido algún interregno nada desdeñable, a veces de dos años, entre un emperador y otro. Así, el apartamiento de Rómulo, que terminó recibiendo una jugosa pensión en el sur de Italia, pudo no ser percibido como ningún final por los contemporáneos. Máxime si tenemos en cuenta que Julio Nepote, que ya había sido emperador, seguía reivindicando su posición como tal desde Dalmacia, cosa que por cierto no fue mal vista por el emperador que entonces gobernaba en Oriente, Zenón. La cuestión es que para entonces había muchas regiones de Europa y del norte de África que hacía tiempo que no eran objeto de una administración imperial.

Como veremos en este libro, allá hasta donde podemos llegar, los poderosos de la época parecen ser conscientes de la idea de una crisis, pero no tanto de un final concreto del imperio en el que habían venido participando como cuadros dirigentes. Y, si lo fueron, no lo consignaron en lugar alguno que podamos detectar. Lo cierto es que habría que esperar a las tropas de los generales de Justiniano, entrado el siglo vi,

para que numerosas comunidades de Occidente volvieran a estar bajo el mandato directo de un emperador, aunque en ese caso se tratara de un emperador romano de Oriente.

Quiero decir que, en términos prácticos, lo de «476» sí fue un final. Pero no fue el único indicador de un cambio. Los últimos emperadores, que ocuparán bastantes páginas de este libro, simbolizan una última fase de una crisis sistémica. Sidonio Apolinar y sus colegas de clase aristocrática habían venido participando en los cargos políticos y administrativos de tal sistema, cosa que no iban a poder hacer a partir de 476, al menos como cargos derivados de la administración presidida por los augustos que habían llevado la púrpura en Occidente. Algunos de ellos terminarían haciéndolo en los sistemas gobernados por bárbaros, los *regna*, que, aunque capitalizados por los jefes godos o francos, se explican desde la base romana, que mediatizó sus estructuras. Otros pasaron definitivamente (como el propio Sidonio) a gobernar la Iglesia en Occidente desde sus cuadros dirigentes, los obispados. Pero todos ellos, en el curso de una generación, pasaron a incardinarse en sistemas operativos sólo en lo local o, si deseaban trascender políticamente, lo harían dentro de los *regna* bárbaros. Y todo eso no era sino la cúspide de una serie de cambios de base que afectaron a las estructuras del poder, a los intercambios, a la legitimación de la autoridad, a las comunidades campesinas. De tal modo que este libro, que se centra en ese nivel de máxima referencia del sistema

(emperadores y poderosos), ha de anclarse siquiera en una mínima presentación de algunos de esos cambios, sin los cuales tampoco se comprendería el vacío de poder y la crisis sistémica que llamamos «el final del imperio romano».

* * *

La Unión Europea financió en los años noventa del siglo XX un proyecto de investigación científica que estudiaba lo que damos en llamar Antigüedad tardía y «más Alta» Edad Media. Esto suponía un horizonte cronológico muy amplio, entre los últimos siglos del imperio romano de Occidente (desde finales del siglo III a finales del V, con atención al imperio de Oriente), y el siglo VIII, aproximadamente. El proyecto era ambicioso, y los resultados, en no pocos casos, resultaron brillantes. Una de las ideas centrales del mismo era modificar la tradicional visión de la Antigüedad tardía (sobre todo en Occidente) como un período de «transformaciones» en lugar de «decadencia». La ventaja del modelo del cambio o de la transformación sobre el de la decadencia es poliédrica, afecta a no pocos aspectos, pero lo resumiría en uno: se debe explicar. El cambio o la transformación han de ser explicados, lo cual implica un esfuerzo de análisis de los datos viejos y nuevos, como los arqueológicos por ejemplo, que por definición se renuevan cada poco tiempo. Por el contrario, la decadencia no se

explica, se afirma. Decir que tal o cual etapa histórica entró en decadencia no explica absolutamente nada. Por eso subrayo que el proyecto europeo, que no por casualidad llevaba por título *The Transformations of the Roman World* (*Las transformaciones del mundo romano*), giró sobre esta idea. Claro que hacía años que tanto desde la filología como desde la historia política, cultural, económica, y la arqueología se había ganado mucho terreno en este aspecto, pero el proyecto y los libros que surgieron directa o indirectamente de él, actuaron como catalizadores de un paso adelante en la ciencia histórica. En parte, se trata de un debate retórico, del que quienes nos dedicamos a estas épocas podemos hacer cierta ironía[2].

Pero el léxico sí es operativo. El siglo v, el último del imperio romano de Occidente, participó de este largo ciclo de transformaciones, algunas de las cuales venían de antes y continuarían después, pero al mismo tiempo, creo, presenta algunos ejemplos de cambios, es decir, modificaciones más o menos repentinas, que afectaron a las estructuras históricas de base. Es evidente que el cambio más espectacular es la propia desaparición del imperio. Si nos fijamos en el terreno de los símbolos, esto tuvo lugar ya avanzado el verano del año 476. Sin embargo, según regiones y ritmos, la desarticulación de las estructuras imperiales ya se percibía a comienzos de siglo en Britania, y a mediados en la mayor parte de Europa occidental y del norte de África en poder de los vándalos. Para cuando

Rómulo Augústulo fue depuesto por Odoacro, y los símbolos del poder imperial fueron enviados a Constantinopla y recibidos por el emperador de Oriente, el imperio romano de Occidente no controlaba mucho más que Italia y algunas regiones del sur de la Galia. Quiere esto decir que incluso en el terreno del cambio más llamativo, «el final de Roma» como imperio, hubo por descontado ritmos y diversidad regional. En el ámbito de los cambios, los hay de más diacronía y de menos, los hay de menor o de mayor aceleración, lo que nos acerca a los conceptos del «ramp change» (cambio ralentizado, continuo, sostenido) y del «step change» (cambio súbito) tan usados en física, pero igualmente conocidos en otras ciencias, y también en las humanas. La combinación de cambios en apariencia más cortos y súbitos con otros de mayor recorrido es un eje transformador de sistemas, y también lo es en el caso de los históricos[3].

Este libro se mueve en el terreno de los quebraderos de cabeza de las «últimas» elites romanas, en los «últimos» emperadores y, en fin, en la visibilidad máxima del cuadro del desmantelamiento del sistema romano, justo en el período en el que semejante proceso fue más visible. Después de todo, el tema del libro es la actitud de las elites durante el final del imperio y la creación de un discurso intelectual en el momento de la crisis. Y, sin embargo, estoy convencido de que las preocupaciones de un Sidonio Apolinar o de un Ruricio de Limoges a finales del siglo V no

estaban tan alejadas de lo que llamamos «agujeros de poste», por citar un referente arqueológico aparentemente modesto pero enormemente sustancial en términos históricos. Aquí se analizará el peligro que supuso Genserico, o las peripecias de los últimos emperadores, o cómo se difundió la idea de que en 476 había terminado un imperio, pero quisiera ahora llamar la atención sobre los cambios de esa etapa, es decir, del siglo v, y sobre todo a partir de mediados del mismo. He elaborado una pequeñísima selección a modo de resumen. Pero antes me permitiré una reflexión sobre la naturaleza y el alcance de los propios materiales, y sobre la necesidad de combinarlos.

El alcance de la documentación

En numerosos trabajos, Raymond Williams propuso una especie de herramienta de trabajo en el acercamiento a la cultura de una sociedad dada. Se trataba de orientar al estudioso de la sociología, de la ciencia política o de la historia, a la hora de escudriñar manifestaciones materiales, literarias o intelectuales, en general, como productos explicables. Williams proponía, en sus reflexiones metodológicas, al menos tres niveles de análisis: *ideal*, que abordaba los valores de las sociedades en estudio; *documentary*, que se centraba en las expresión (de tipo literario, artístico, material), y *social*, que trataba de explicar la emisión cultural incardinada en determinadas estructuras sociales, atendiendo a la producción, las instituciones, o la

historia como proceso[4]. El material propio del siglo v, tanto arqueológico como literario, forma parte de sociedades en cambio verdaderamente sistémico, como cada vez vamos viendo más claramente. No se trató sólo de un mundo en proceso de desarticulación política, como da cuenta el estudio de los últimos emperadores que hemos abordado en este libro, sino también en fase de reajustes que podemos intuir en el estudio de los materiales que produjo.

De algunos de los cambios estamos informados a través del registro arqueológico. Y aunque una parte del material se conoce desde hace tiempo, son abundantes las novedades. Esto obliga a quienes no somos arqueólogos a un esfuerzo adicional de búsqueda, dada la dispersión de las publicaciones arqueológicas. Creo que no es una exageración afirmar que se ha vivido, y que aún se vive —y va para largo espero— una especie de «boom» en la arqueología altomedieval, que en buena medida se ocupa también del final de la Antigüedad, con particular atención al siglo v. En el estado actual de los conocimientos es posible individualizar algunos avances claros, y que modifican la percepción que muchas veces se ha tenido del siglo v. Naturalmente no hay acuerdos unánimes; algunos temas, de hecho, suscitan un debate a veces muy polarizado. Podemos poner el ejemplo de la «etnicidad» y de la atribución (o no) de determinados materiales arqueológicos a ciertos *populi* y *gentes* bárbaras. Es cierto que después de la Segunda Guerra Mundial la idea de un vínculo directo

entre un determinado pueblo bárbaro y unos materiales arqueológicos específicos empezó a erosionarse[5]. O, para citar un segundo botón de muestra, podemos anotar la discusión sobre la iniciativa privada o episcopal en la construcción de iglesias en los campos europeos del siglo v[6].

Para acercarnos a los cambios del siglo v, o al menos a los que parecen más significativos, es por tanto indispensable la consulta del registro arqueológico, y el seguimiento de los debates que mantienen los propios arqueólogos. A mi modo de ver, los especialistas en arqueología tardoantigua y altomedieval tienen mucho que enseñarnos a quienes no pertenecemos a la profesión arqueológica, y mi convencimiento personal, compartido con muchos de ellos, es que debemos profundizar en la senda de la discusión multilateral, en formato de seminarios, reuniones, proyectos y libros colectivos, de todo lo cual empieza a haber numerosos ejemplos[7]. Quizás haya que reconocer que esto puede llevarnos a la idea de la «relativización» del texto como soporte informativo[8]. Renunciar a él, en cualquier caso, es un error, una aberración científica. Claro que el texto, en sí mismo, dista de ser una realidad que ofrezca un panorama más o menos completo, en este caso del siglo v. Y es que nos encontramos con el problema del origen elitista del texto literario, y de la intencionalidad no menos elitista de su proyección. Esto no significa que el material arqueológico no obedezca a determinadas proyecciones, a intereses, que

en cada caso habrá que escudriñar, y tenemos la suerte de contar con un elenco de arqueólogos especializados en la fase final del mundo romano y en la Alta Edad Media que están en esa tarea, y a cuyos resultados me iré refiriendo en ocasiones. Dicho esto, quiero centrarme en el texto para ponerlo en el centro de mi argumento metodológico, que no lo invalida, pero que sí lo somete a parámetros de comprensión en su origen y en su destino.

Aunque en el imperio romano hubo una notable difusión de la escritura, esto se ha de valorar siempre dentro de los parámetros del mundo antiguo, y no en los del presente. Es probable que la mayoría de la población no la usara cotidianamente, característica que era aún más evidente en Occidente. En su *Prefacio a Platón*, Havelock advertía de la necesidad que tenemos de ser conscientes de este detalle, por más que pueda sonar a obvio. Estamos tan acostumbrados a la escritura, que cuando estudiamos sociedades mayoritariamente iletradas podemos perder la perspectiva, y no dar la singularidad oportuna al uso de la escritura en las mismas[9]. El uso escriturario que estaba extendido en más capas de la población tenía que ver con anotaciones, con peticiones y demandas, con ruegos y votos religiosos, por ejemplo, tal y como puede verse en conjuntos tales como las tabletas de Vindolanda en Britania y los papiros de época imperial en Egipto. Por lo que se refiere a la literatura y la elaboración intelectual escrita, en términos generales, sólo la elite tenía libros, y sólo la elite, al menos

algunos sectores de ella, estaba acostumbrada a escribir y a leer[10].

Así que por más que podamos encontrar reproducciones fotográficas de tabletas, de papiros, con anotaciones propias de la vida cotidiana y atribuibles a capas medias e incluso pobres de la sociedad, lo cierto es que, en general, el uso escriturario no era algo al alcance de la mayoría de la población, y mucho menos la producción elaborada con intenciones literarias e intelectuales. Y esta tendencia no hizo sino agudizarse con el paso del tiempo, tanto en el siglo v como en el vi, etapa en la que, por cierto, se terminó imponiendo el *codex* como soporte de lo que entendemos como «libro», muy por encima del rollo. El proceso había comenzado antes, pero se consolidó en ese horizonte[11].

De manera que para poder estudiar las capas menos favorecidas de las sociedades del siglo v, además de las menciones textuales «desde arriba», tenemos en nuestras manos el bagaje arqueológico. El surgimiento de nuevas redes de aldeas, que certifican hoy los arqueólogos en buena parte de Europa occidental justamente a partir del siglo v, es una de esas manifestaciones, acaso la más importante. Y lo es porque supone nuevas formas de ocupación del espacio por parte de los campesinos y, al tiempo, nuevas formas de expresión de sus valores jerárquicos, que podemos seguir a través del material funerario, por ejemplo. Sobre esto volveré al final de este capítulo.

La evidencia empírica literaria ha sido generalmente la

guía fundamental del historiador del final del imperio romano, y en buena medida es lógico que así sea. Es nuestro material documental esencial, por más que estemos atentos a la información que desprenden las amonedaciones, los textos epigráficos y los materiales arqueológicos en general. En todo caso, lo habitual es que el armazón epistemológico venga mediatizado por el diseño de lo que nosotros llamamos procesos, en buena medida etiquetados a partir de los textos literarios. Todo esto obliga a acentuar nuestra capacidad crítica, puesto que vengo insistiendo en que se trata de un registro emanado de la elite política, monástica, eclesiástica o aristocrática, y obedece a los intereses de cada emisor, y no al deseo de presentar un cuadro coherente de lo que también nosotros, en el siglo XXI, llamaríamos algo así como «realidad social», «evolución política» o «estructuras históricas».

La teoría de la recepción cultural y literaria ha puesto el acento, desde las áreas académicas de la lingüística y de la literatura, en la recepción de los textos, en la participación de la audiencia en su configuración, en cuanto que el emisor tiene en cuenta los intereses e inquietudes de sus receptores[12]. Naturalmente esto es más fácil de entrever en la literatura moderna y contemporánea, pero no tanto en textos como los de la Antigüedad tardía, aunque suele ser posible detectar algunos de esos parámetros. En las fuentes literarias que aquí irán apareciendo, Sidonio Apolinar, Hidacio, Ruricio de Limoges, Cassiodoro o el *comes*

Marcelino, pongo por caso, es factible ir señalando algunos de los aspectos que en nuestra opinión mediatizan el propio contenido del texto en función de los posibles intereses de quienes lo leían. En el caso específico sobre el que estamos trabajando, tal audiencia era mayoritariamente elitista, y por tanto también lo eran sus intereses, y, teniendo en cuenta todo esto, también lo eran las inquietudes que los emisores podían asumir en sus contenidos.

Como digo, la expresión literaria de los intereses, valores, conceptos, era elitista. Centrándonos en el nivel literario, este carácter elitista de la producción textual, por otro lado general en las sociedades antiguas, puede hacer pensar que los textos (crónicas, historias, cartas) que tenemos para estudiar el siglo v son igualmente elitistas en su origen y probablemente en su función y destino. En mi opinión, es así. ¿Quiere eso decir que debemos prescindir de ellos, o marginarlos en favor de otras evidencias tales como el material arqueológico? No lo creo. Pero del mismo modo la integración del material arqueológico y de los textos es algo a lo que no debemos renunciar. Es obvio que el tratamiento, la metodología y el análisis de todo ese conjunto documental (materiales y textos) no serán idénticos en todos los estudios. El uso de los mismos dependerá de la naturaleza de éstos. El abanico va desde un trabajo sobre un *castellum*, de la publicación de un muro en una excavación de urgencia, o de un conjunto cerámico de Apulia o de Aquitania, hasta, pongamos por caso, un trabajo

sobre un poema de Sidonio Apolinar. Y, sin embargo, tengo la convicción de que quien publique el conjunto cerámico, o el *castellum*, o incluso el muro, debe conocer los textos que puedan implicar algún tipo de información útil al respecto. Y lo mismo digo, a la inversa, en el caso del estudioso del poema. Trato de insistir en la idea de que el material es muy heterogéneo, y que su diversidad mediatiza la naturaleza de los trabajos, pero no debe hacerlo tanto en el fondo metodológico, en la base misma sobre la que trabajamos.

Se han alzado algunas voces autorizadas que se oponen radicalmente a la idea según la cual la escritura fue en la Antigüedad, y en el mundo romano (que incluye el tardorromano), un instrumento de control elitista. Es posible que en parte —y creo que sólo en parte— esto sea verdad, como en ejemplos ya citados, tales como las tabletas de Vindolanda o papiros egipcios de época altoimperial romana[13]. Pero, vuelvo a insistir, la producción literaria es, en términos muy generales y a modo de característica, una manifestación elitista, y en el caso del siglo v, mayoritariamente cristiana.

Hasta tal punto esto es así que, en este siglo de cambios que es el v, la elite experimentó una capacidad de adaptación a los mismos nada desdeñable. En buena medida esos cambios fueron protagonizados por ella misma como grupo social. Pongo el ejemplo del abandono de las *uillae* como lugar de residencia. Otras veces, esos cambios le implicaban directa o indirectamente, como es el caso de la

propia desaparición del sistema político romano, por arriba, o de las nuevas formas de ocupación del espacio que protagonizaron los campesinos, por abajo. En ambos niveles la elite, lo que por comodidad llamamos la aristocracia, tenía papeletas de rifa, mantenía intereses no menores que se modificaron con las transformaciones. Esta capacidad y versatilidad es perceptible en la producción literaria, que paradójicamente puede ser entendida como conservadora en el sentido según el cual suponía un mecanismo a través del cual la elite intentó mantener lo que pudo de las estructuras anteriores[14]. Por otro lado, la progresiva retirada de la administración imperial en Occidente, acontecida a distintos ritmos según las regiones en este siglo V, supuso un menoscabo al uso escriturario, que era indispensable en la estructura burocrática y fiscal romana. Es cierto que esta dimensión escrituraria pervivió en los *regna* bárbaros, pero en una proporción menor, que redujo su uso a centros eclesiásticos, monásticos, el propio *regnum* y los liderazgos locales implicados en estos asuntos[15]. Así que la adaptación a los cambios, tanto por la elite en sí misma como por los sistemas políticos, no estaba reñida con la tendencia a conservar lo que se pudiera.

Tengamos en cuenta que el origen elitista de la producción literaria del siglo V tenía, al menos de modo principal, un destino igualmente elitista. La audiencia de esa producción era la propia aristocracia, en buena medida introducida ya hasta la médula en los cauces episcopales y

monásticos. Así que la retórica, ya fuera teológica, ya cronística, ya epistolar, de este tipo de documentación no tenía otro destino que los colegas de quien la había compuesto. Era, en suma, una comunicación horizontal, con pequeños visos de verticalidad, por ejemplo, en el caso de la hagiografía, cuando una pieza de una vida de un santo era pronunciada en voz alta delante de los fieles. Y los caminos de expresión, que ante nosotros se muestran en tipos textuales específicos, no deben confundirnos, puesto que la disparidad de los mismos no implica diferencia de objetivos. Para concretar más: una misma ideología, un mismo plan teórico, podía manifestarse de distinta manera, fuera a través de una carta cuya difusión se pretendía amplia dentro del grupo, o de un tratado histórico, o de un poema panegírico. El asunto radica en rastrear dicho plan, si existe, o la intención específica del emisor[16].

Teniendo en cuenta todos estos aspectos, y por más que se haya querido ver en la hagiografía un ingrediente de lo que se dio en llamar la «democratización de la cultura» del siglo v, sigo viendo en ella un producto ideológico claramente elitista[17]. Precisamente a través de una supuesta apertura a los estratos intermedios de la sociedad, con la presentación de las vidas de santos y sus milagros, se trataba de hacer entrar en los valores que interesaban al emisor al campesinado que escuchaba la lectura del texto en la conmemoración del santo. Y para el estudio del siglo v, sobre todo de su segunda mitad, que es la que más interesa

en este libro, la hagiografía es una parte textual nada desdeñable, con algunos documentos escritos tanto entonces como muy a comienzos del siglo siguiente.

Dejando de lado la especificidad hagiográfica, que como digo no creo que sea una excepción, el uso literario es, como el material arqueológico, una vía de acercamiento a las estructuras sociales, en este caso en un contexto de cambios como sucedía en el siglo v. Y del estudio de esa vía uno no concluye que en ese siglo se asistiera a una especie de decadencia, y mucho menos a una aproximación de las elites a las clases medias y bajas[18]. El uso literario, en suma, fue un mecanismo al que las elites del siglo v, y también de los siglos inmediatamente posteriores, recurrieron en el proceso de su adaptación a los cambios y de su pervivencia como grupo de poder[19]. Y todo eso operó en medio de un cambio sistémico de proporciones gigantescas, en lo general (el marco imperial), y profundas en lo particular, en las esferas locales. En otros términos, hubo una creación intelectual en un contexto de negociación por el poder en un mundo en el que los emperadores dejaban de ser la referencia máxima del mismo.

Dos percepciones de cambio. Ejemplos para una discusión

Es posible detectar percepciones de cambio en Occidente a mediados del siglo v. Puede decirse en contra que Agustín y Orosio, a comienzos de siglo, ya habían avanzado respuestas intelectuales a las críticas que sobre la

base de algunos cambios, y en particular el avance de los bárbaros, se habían construido desde segmentos no cristianos. Y es cierto. Incluso antes, a finales del siglo IV, Amiano Marcelino quiso dejar por escrito su consciencia del alcance de la derrota romana en Adrianópolis (378) ante los godos. No pierdo de vista que los autores de la época no trataban de hacer ningún ensayo sobre la realidad que les rodeaba. No tenían ningún afán en ese sentido. Y, sin embargo, en algunos de ellos encontramos alusiones a varios niveles de tal realidad, tales como la presencia bárbara, la tributación y la situación del imperio, las relaciones sociales o la propiedad.

Se trata de temas habituales en los tratados, ensayos y seminarios académicos de la historia del período. Sus nombres son etiquetas creadas por la ciencia histórica, sí, pero en algunas fuentes occidentales de mediados del siglo V hallamos menciones directas a ellos, naturalmente sobre la base de creaciones intelectuales que tenían afanes teológicos, morales e incluso poéticos, y de ningún modo digamos «historiográficos». Y me refiero en concreto a textos que reúnen, en una misma obra, alusiones a *todos* esos temas, y no a tal o cual referencia. Por ese motivo he elegido dos de ellos, compuestos a mediados del siglo V, como sustento de debate, como base documental para ilustrar algunos de los cambios específicos del siglo, y percibidos con cierta claridad a mediados de la centuria. Me refiero a dos textos concretos, uno escrito por Paulino de

Pella y otro por Salviano de Marsella. Podríamos añadir otros textos, pongo por caso el *Carmen de Providentia Dei*, que ha tenido un reciente y magnífico análisis a cargo de Raúl Villegas, si bien se trata de un texto ligeramente anterior a las cronologías aquí propuestas. Villegas propone una datación posterior (426) a la tradicionalmente aceptada (416), en cualquier caso el texto pertenece a un horizonte inmediatamente anterior al analizado en este libro. El enfoque que de los problemas de la aristocracia de la Galia a comienzos del siglo V hace el autor del *Carmen de providentia Dei* está inserto en un complejo programa teológico[20].

Antes de entrar en la mínima presentación de ambos ejemplos, cabe decir que tales textos, como otros, han sido en cierto modo desechados por la crítica científica. Hay que apuntar que antes habían sido sobrevalorados por algunas tendencias historiográficas, en particular por el historicismo de finales del siglo XIX y comienzos del XX, y sus reapariciones posteriores. Pero en general hoy prima la tendencia a un cierto apartamiento de los mismos. Digamos coloquialmente que se trata de textos que tienen mala prensa como evidencia empírica. Dado que se trata de textos literarios, que no pretenden describir la realidad (me pregunto si hay alguno que lo pretenda), y que están cargados de objetivos moralistas, religiosos, y que cuentan con altas dosis de retórica, ha sido frecuente que estén aparcados, quizás como reacción al ensalzamiento del que

en su día fueron objeto. Mi impresión es que ninguna de las dos actitudes, ni el historicismo y por tanto la paráfrasis explicativa, ni el apartamiento como material de estudio, son muy pertinentes.

Puede decirse que Paulino o Salviano hacen retórica de la crisis, que construyen un mensaje meramente ideológico sobre la idea de decadencia, e incluso de la de cambio. Lo cierto es que en el Occidente del siglo v había habido predecesores en este camino. En cierto modo lo había sido Agustín, y sobre todo Orosio. También Jerónimo había participado de la retórica de la crisis. Eran los años en los que los bárbaros habían ido estableciéndose en algunos territorios, proceso que fue presentado como una cara del cambio por estos autores. Agustín, de hecho, construyó un modelo intelectual, sintetizado en su *De ciuitate Dei*, a modo de respuesta a los argumentos que acusaban al cristianismo de haber socavado las estructuras del imperio. Quiero decir con todo esto que al menos desde comienzos del siglo v se habían dado pasos en la presentación literaria de una crisis, que era presentada de modo singular en clave moral[21].

Para la cronología que interesa más en este libro, la senda de la presentación literaria de una crisis fue transitada de nuevo. Quisiera destacar algunos textos de mediados de siglo, tales como Quodvultdeus de Cartago, Hidacio y el cronista de 452. Quodvultdeus era diácono de la iglesia de Cartago cuando los vándalos entraron en África en 429, y ya

obispo de tan importante ciudad cuando aquéllos se hicieron con el control de la misma, diez años después. En algunos de sus sermones quiso proyectar la idea del impacto que los vándalos habían supuesto para la vida romana de África. Sabemos de la importancia que, efectivamente, tuvo para el tema de la circulación de la *annona* hacia Italia y su consiguiente repercusión en las posibilidades que el imperio occidental tuvo para hacer frente a los suministros militares, por ejemplo. Los textos de Quodvultdeus se centran en el aspecto moral, lo que no puede dejar de ser tenido en cuenta. La idea del bárbaro hereje frente al romano católico es explotada hasta la saciedad por el obispo de Cartago. Después de todo, él mismo tuvo que dejar la sede y exiliarse a Italia. Y no fueron pocos precisamente los obispos católicos que dejaron de serlo en los territorios africanos controlados por Genserico. Yo creo que el hecho de que este tipo de textos, por ejemplo los sermones de Quodvultdeus, estén cargados de retórica, de teología, de metáforas, de símbolos, y por supuesto de ideología, en modo alguno debe hacernos prescindir de ellos[22]. Señalaba unos párrafos más arriba algo al respecto de la carga contenida en un texto anterior, el *Carmen de Providentia Dei*. Al contrario, se trata de una evidencia que, eso sí, debe ser valorada con cautela y crítica, pero nunca aparcada.

Los mensajes compuestos bajo el nombre *De tempore barbarico* fueron predicados por Quodvultdeus en Cartago, y con ese título se nos han transmitido dos piezas, I y II. Y,

por lo que sabemos, el público receptor no era sólo la clase aristocrática romana de la principal ciudad de la zona, sino también poblaciones muy diversas que acudían desde los *territoria* rurales[23]. Del mismo modo que propongo su uso como evidencia empírica de un impacto de lo bárbaro en las estructuras romanas, soy consciente del uso retórico de tal impacto. Pero eso no implica que el impacto no se produjera, aunque el prelado explota la violencia como argumento de la idea según la cual los romanos de África eran ahora como los mártires, y que era un martirio lo que estaban sufriendo a manos de los herejes vándalos; ésa es la idea que subyace, desde un plano retórico, en los sermones de Quodvultdeus y, también, en la precisamente llamada así, *Historia persecutionis* escrita por Víctor de Vita[24].

Se trata de dos fenómenos distintos: uno es la presencia bárbara y otro, el uso que de esa presencia van a hacer quienes son nuestras fuentes, cada uno con unos intereses, con unas motivaciones. En el caso de Quodvulteus esto es muy evidente, por ejemplo, en la primera frase de su *De tempore barbarico I*, el Señor nos avisa para que no seamos indiferentes a nuestros pecados, *Admonet Dominus Deus noster, non nos debere negligere nostra peccata*[25]. Insisto en que se trata de la primera frase. De tal modo que el sermón ya comenzaba apelando al tema del pecado, sobre el que gira buena parte de la obra completa de Quodvultdeus, situando a partir de ahí el tema central del sermón, los bárbaros, que estaban haciéndose con el control de los

territoria de los que procedían las gentes que le escuchaban. Si bien es cierto que el texto está repleto de alusiones escriturarias, teológicas, y que por supuesto alberga una alta dosis retórica, no lo es menos que estaba tocando un tema que su público conocía, cual era el avance de los vándalos de Genserico. La cuestión es que el obispo de Cartago hizo entrar tal tema en su catarata de mensajes religiosos y moralizantes.

Algo similar sucede en *De tempore barbarico II*. En esta otra pieza retórica es incluso más detallista con respecto a la presencia bárbara, que es presentada sobre la base de imágenes penosas, pero que no podían ser del todo ajenas al público que le estaba escuchando. Naturalmente que el prelado se recrea en sus recursos estilísticos y lingüísticos, no bajando la guardia del detalle macabro, de los desastres, que tan frecuentes son en los textos de la época. En este caso se mencionan los espacios públicos tomados por la muerte, los restos humanos sin sepultura alguna, familias enteras cautivas, embarazadas asesinadas o bebés arrancados a sus madres y abandonados en las calles[26]. Tales alusiones le van a ser útiles para proyectar el mensaje que realmente le interesa, a saber: la moral y la religión, que él define en su condición de obispo, deben ser la base del comportamiento de la comunidad. La presencia bárbara es utilizada no sólo a título efectista, para recalcar la virulencia del proceso, sino también para enfatizar la conexión entre el obispo y su comunidad. Inmediatamente después de la carga

efectista en los desastres que, insisto, no podían ser ajenos a su audiencia si la pieza esperaba un mínimo de aceptación, el obispo resumía: los bárbaros imponen penosas obligaciones, *dura seruitia*, por descontado *sine ulla misericordia humanitatis*. Pero el prelado se alza como líder de su comunidad, de tal guisa que el ruido del clamor (*strepitus clamoris huius*) de quienes han perdido a sus familiares ha llegado hasta él, *auribus nostris*[27]. El mensaje no es otro que los desastres, en alusión a los cometidos por los bárbaros, *nos* están sucediendo a cuenta de los pecados que *nosotros* mismos cometemos, como deja ver claramente, una vez más, al comienzo, en este caso de este segundo discurso sobre los bárbaros, en la segunda frase del mismo, *inter tantas strages, ruinas, captiuitates et mortes, quas meritis peccatorum nostrorum super nos uenire cognoscimus*[28]. De manera que un proceso, cual fue la instalación de vándalos, es transformado en un catalizador, en un motor de toda una panoplia moralista.

Unos años después, hacia 452, se escribió una crónica en la Galia. Según su último editor, Burgess, lo más probable es que el texto fuera elaborado en la zona de Marsella, en todo caso en las regiones meridionales de la Galia. La obra fue compuesta en la época en la que Aecio había logrado articular una respuesta frente a Atila, respuesta que había descansado en la colaboración de visigodos y burgundios, como se sabe asentados precisamente en la Galia. El cronista quiso terminar con una

última entrada en la que aludía al giro que Atila pretendía dar a su expansión, en este caso hacia Italia. Pero antes, en una entrada fechada para 451 (el año de la derrota huna en la Galia), entró de lleno en la retórica de la crisis. Aludía a la situación de miseria en la que se encontraba el Estado romano, *hac tempestate ualde miserabilis rei publicae status apparuit*, de manera que ninguna provincia estaba libre de la presencia bárbara, *cum ne una quidem sit absque barbaro cultore prouincia;* el pasaje se cierra no sin antes aludir a la ecuación entre barbarie y herejía, que es pintada como la gran amenaza para el catolicismo, *et infanda Arrianorum heresis, quae se nationibus barbaris miscuit, catholicae nomen fidei toto orbe infusa praesumat*[29].

Para terminar esta selección del caudal de referencias en el horizonte de este libro, a mediados del siglo v, al impacto de los bárbaros, proyectado como síntoma de una crisis que atañía al comportamiento religioso, cabe citar a Hidacio. El cronista era obispo de *Aquae Flauiae* (en Chaves, Portugal), en la *Gallaecia*, y terminó su crónica hacia el año 469. Puede pensarse que Hidacio, como él mismo dice, escribe desde un rincón del mundo, *extremam uniuersi orbis Gallaeciam* y que por tanto su testimonio es periférico. En realidad, Hidacio estaba conectado con elementos transversales de poder, tales como las comunidades locales de *gallaeci*, es decir, de los habitantes de *Gallaecia*, así como los suevos, con quienes mantuvo negociaciones pero también hostilidades, y con puntos de referencia del poder

imperial, como el mismísimo Aecio, con quien se llegó a entrevistar en la Galia. Por otro lado, su crónica, como es usual en estos casos, responde al interés de Hidacio por presentar un cuadro poco menos que catastrófico del mundo que le rodea, con un tono escatológico.

En el prefacio condensa esta dosis, momento en el que deja escrito que ha tratado de contar el estado problemático de los estrechos confines del imperio romano, *et conclusi in angustias imperii Romani metas subdidimus ruituras* que se encuentra en un momento lamentable, *quod est luctuosius*. Como en el caso del cronista de las Galias de 452, Hidacio apunta directamente a la conexión entre los males de su tiempo —insiste en que partiendo de su *Gallaecia* pero en relación con el mundo entero— y la expansión de los bárbaros como elementos de alteridad religiosa (herejes), *ex furentium dominatione permixta iniquarum perturbatione nationum*. En todo caso hace hincapié en los defectos de su propia estructura, los de la Iglesia católica, en especial por determinadas designaciones, *deformem ecclesiastici ordinis statum creationibus indiscretis*. En fin, Hidacio escoge la palabra más impactante, *occasus*, para referirse al estado en el que se encuentra la religión de formación divina, *in diuina disciplina religionis occasum*[30].

La mezcla de todos estos ingredientes, colocados en el prefacio, suponía la proyección a sus potenciales lectores, clérigos, monjes, y sus líderes, obispos, abades, además de algunos poderosos *laici*, de la idea según la cual el mundo

romano estaba en crisis. Pero el mensaje se articulaba sobre indicadores visibles y entendibles (la presencia de los bárbaros) por esa audiencia, y se definía en clave moral y religiosa. Naturalmente esto alimentaba el papel de los obispos como líderes, puesto que son ellos quienes se erigían en codificadores del buen comportamiento, y de la verdadera *religio*.

Voy ahora con una mínima presentación de los dos casos que proponía (Paulino y Salviano), sobre los que iré volviendo en distintas partes de este capítulo. El primer ejemplo es el *Eucharisticos* de Paulino de Pella. Se trata de un poema de acción de gracias escrito por Paulino, ya anciano, hacia el año 459, quizás 460, por tanto apenas un lustro tras el cronista de 452 y casi una década antes de que Hidacio terminara su crónica. Aunque nació en Pella, en Macedonia, hacia el año 376, nuestro personaje pertenecía a lo más granado de la aristocracia occidental. De hecho nació allí puesto que por aquel momento Talasio, su padre, ejercía el alto cargo de vicario de la zona, al que añadiría, por ejemplo, un proconsulado en África. A los tres años el pequeño fue llevado a Burdeos, la patria originaria de la familia, cuyo miembro más destacado era su abuelo, nada menos que Ausonio, a la sazón cónsul ese año. En su madurez, Paulino conoció de primera mano la entrada de pueblos bárbaros en Galia a través de la frontera del Rin, y la instalación de los visigodos en Aquitania. A diferencia de otros muchos colegas de clase social, a él no le tocó

compartir sus propiedades con ningún visigodo, y al tiempo fue considerado para un cargo por el rey godo para un movimiento que planteaba la proclamación de un emperador alternativo, Atalo. Sea como fuere, algún tiempo después tuvo que retirarse de Burdeos a Bazas, habiendo perdido buena parte de sus propiedades, y la ciudad fue asediada por visigodos y alanos. Al final, Paulino terminó sus días en el sur, en la zona de Marsella, en una situación si cabe más degradada que la que había vivido durante los años anteriores[31].

En la percepción de Paulino, la entrada de pueblos bárbaros en Galia a comienzos del siglo v fue una autentica cesura. Recuerda que cuando entraba en su treintena, tuvo que asumir dos desgracias, a saber, la muerte de su padre, por un lado, y la entrada de los enemigos de Roma en las entrañas del imperio, *hostibus infusis Romani in viscera regni*, por otro[32]. En su caso, la instalación de los bárbaros, que en su Aquitania familiar tuvo como protagonistas a los visigodos, no implicó que tuviera que asumir un *hospes*, un bárbaro que se hiciera con una parte sustancial de sus propiedades y sus ingresos[33]. En fin, la temporal ocupación de Burdeos por los visigodos de Ataúlfo supuso para Paulino la pérdida de buena parte de su hacienda[34]. Su refugio en Bazas vino a coincidir con el asedio al que fue sometida la plaza por los godos y los alanos[35]. No tuvo otro remedio que retirarse a Marsella, zona en la que aún le quedaban pequeñas propiedades que apenas le deparaban

los ingresos que antaño había obtenido en Burdeos de sus viñedos y sus rentas, pero en la que al menos tenía el refugio de la seguridad para su última soledad[36].

El segundo ejemplo es Salviano de Marsella. Salviano procedía del norte de la Galia, probablemente de Tréveris, pero, como le sucedió a Paulino de Pella y a otros, terminó en las regiones del sur. En el caso de Salviano hay que decir que perteneció al monasterio de Lérins, que como sabemos fue algo así como una cantera de obispos, monjes y teólogos que ocuparon no pocos de los resortes de poder eclesiástico en la Galia del siglo v[37]. Su *De gubernatione Dei* ha llamado la atención de numerosos especialistas en el final del imperio, debido a las menciones que hace a la sociedad de su tiempo, de mediados de siglo. No sabemos con certeza cuándo se escribió esta obra, en todo caso parece que entre 440 y 450[38]. Se trata de un texto extenso, articulado en varios libros, que tienen el denominador común de mantener un tono moralizante. No es, por lo tanto, una historia, ni mucho menos una crónica, sino un texto que combina la teología, los argumentos moralizantes, con elementos de la sociedad de su tiempo. Esto debe agudizar la capacidad crítica del lector. Sin embargo, el hecho según el cual estemos ante un texto de una alta dosis retórica, de una interpretación teológica y moralizante de su tiempo, no implica que no deban ser tenidas en cuenta las alusiones al mundo que rodeaba al autor, buen conocedor de la Galia de mediados del siglo v y de la situación de un imperio que,

fuera de Italia, controlaba pocas regiones, una de ellas, y a duras penas, en la que se había retirado a profesar el propio Salviano.

Puede pensarse, y de hecho es una idea bastante generalizada hoy día, que este tipo de textos (como el *Eucharisticos* y el *De gubernatione Dei*), que desde luego obedecen a intereses literarios, metafóricos, teológicos, según los casos, no son útiles como evidencia empírica en el estudio de los cambios del siglo v. No lo creo. La cuestión radica más bien en no hacer una lectura historicista, en no establecer una ecuación de primer grado entre lo que dice Paulino o de lo que se queja Salviano y el contenido de esos cambios. Dicho con otras palabras, creo que es más aprovechable someter a este tipo de textos a una relación con otro tipo de evidencias empíricas, tales como las arqueológicas, por ejemplo. Quizás de ese modo podamos avanzar algo en el conocimiento de materiales cotejados (literarios y arqueológicos) que puedan calibrarse juntos, pero no revueltos, a modo de indicadores para el conocimiento.

Desarticulación de la administración romana

Paulino de Pella es un miembro de la aristocracia romana, cuya familia, como las más importantes de su clase, había participado de los más altos escalafones del sistema político. Y, sin embargo, su destino particular fue el empobrecimiento: Paulino terminó siendo más pobre que su

padre y que su abuelo. Sabemos que hubo otros miembros de las aristocracias occidentales que siguieron siendo muy ricos, pero en términos generales el grupo elitista se empobreció, y aunque el caso de Paulino puede ser un poco extremo, es real. Insisto en que la elite lo siguió siendo, pero no en los mismos parámetros que había disfrutado en los tiempos anteriores[39]. Se trata de un ejemplo un tanto radical pero, aun siéndolo, nos permite reflexionar.

El panorama general era el de la retirada de la administración romana en numerosas regiones de Occidente, comenzando por Britania en los primeros años del siglo v, y terminando por Italia y precisamente la costa meridional de la Galia a mediados de los setenta. En ese lapso de tiempo, la administración imperial se fue desarticulando en África merced a la expansión vándala desde 429, en amplios sectores de la Galia septentrional y central a mediados de siglo, y en la mayoría de Hispania a comienzos de la segunda mitad de la centuria, con excepción de la Tarraconense que aún formaba parte al menos nominal del imperio hasta que Eurico pasó a controlarla hacia 472. Aunque se trata de fechas demasiado precisas y probablemente equívocas, nos permiten una cierta ubicación cronológica y geopolítica de un fenómeno que, poco a poco, se fue sintiendo en Occidente desde inicios de siglo[40].

En Paulino, que superó los ochenta años de vida, podemos seguir en cierto modo esa evolución. Como

miembro de la clase aristocrática, como gran propietario, y como participante de los valores de la elite y su compromiso con la administración, había asumido en su casa la simultaneidad de los altísimos cargos de su padre y los problemas de la gestión de la gran propiedad. Él mismo proporciona referencias a esta doble perspectiva, tradicional en la aristocracia romana, cuando exhibe cómo en su juventud de hombre casado (entre finales del siglo IV y comienzos del V) había podido disfrutar de sus propiedades rurales, al tiempo que pagaba sus impuestos de buen grado (*ultro libens primus fiscalia debita certo tempore persolvens*), actividad que a la mayoría no agradaba y se le hacía muy cuesta arriba (*quod praecipue plerisque videtur amarum*)[41]. El funcionamiento del sistema romano, con una elite que ostenta la gran propiedad y que asume las cargas fiscales, es el ideario de este grupo de poder, que se vanagloria de su educación (en este caso se apela a su conocimiento de autores griegos) y de la gestión de sus asuntos domésticos, cuyos detalles proporciona el autor en numerosos versos. Bien es cierto que era ya casi un tópico la cuita frente a la fiscalidad imperial. En Occidente algunas de las reflexiones de más calado, en un plano retórico de matiz teológico, vienen de la mano de Salviano, como veremos ahora. Sin embargo en Paulino encontramos otra dimensión, la de quien manifiesta su gozo por cumplir esos compromisos tributarios, dentro de una retórica de clase, que trataba de hacer valer su identidad grupal al servicio del

imperio.

El Estado tardorromano, si podemos utilizar este concepto para entendernos, alcanzó una dimensión burocrática que le diferenció del de la época del Principado. Desde finales del siglo III, y sobre todo durante el IV, se fue dotando de una carga administrativa colosal, que sobredimensionaba las tradicionales fórmulas de la *ciuitas* altoimperial y sus conductos de relación con las cancillerías del poder central. Aunque ya Jones, en su magistral tratado de 1964, había puesto en negro sobre blanco la burocracia como característica esencial del imperio tardío, recientemente el tema ha sido puesto de nuevo en el candelero académico. Es cierto que el sistema digamos «hiper-burocrático» de los siglos IV y V fue una fuente de corrupciones, sobre las que ya insistió en una monografía al respecto MacMullen. Pero, como acaba de señalar no hace mucho Kelly, el sistema de la excesiva burocracia era también, en sí mismo, un emisor de conflictos, sobre los cuales debía navegar el poder imperial, y que en cierto modo podía incluso alimentarlo si éste era capaz de moverse con habilidad[42].

Semejante producto necesitaba de una alimentación real, que venía naturalmente de la mano de los impuestos, incardinados en una maquinaria compleja y detallista hasta límites sorprendentes. Sobre la base de la recaudación tributaria, que gravaba sobre todo (no solamente) la tierra, se pagaban los enormes gastos del ejército y de la

burocracia. Es frecuente encontrar en textos de la época, tanto en Oriente como en Occidente, quejas al respecto. De hecho, en buena medida, numerosos textos emanados del propio Estado, y me refiero sobre todo a disposiciones legales, tienen como tema directo o indirecto el reforzamiento de los mecanismos fiscales. Algunos autores han interpretado este hecho como la prueba inequívoca de la fortaleza fiscal del Estado tardorromano, y aun de sus sucesores, los reinos bárbaros[43]. En una posición cercana en algunos aspectos a tales propuestas, pero centrada más bien en el Estado tardorromano, Walter Goffart ha insistido muy recientemente en la fortaleza del mismo, y sobre todo en su capacidad invasiva en las relaciones sociales y en los vínculos de dependencia entre *patroni* y *coloni*[44].

Su propuesta, ciertamente discutible al menos para el siglo v, dada la escasa capacidad de reacción política ante amenazas importantes, centra la presencia estatal altamente invasiva en la cuestión de la legislación, lo que a mi modo de ver no implica que fuera así al margen del deseo del poder central, que es el que viene expresado en las disposiciones jurídicas. Otra cosa es, como quiere Durliat, que las cosas fueran tan similares en la época posterior, a partir del siglo vi. Centrándonos en Occidente, es probable que, hasta cierto punto, esto fuera en buena medida real en el siglo iv, pero no tanto en el v, entre otras cosas porque la propia administración romana dejó de ser tal en numerosas regiones desde comienzos de siglo, como ya he dicho, a

distintos ritmos según las regiones, aunque el proceso no fue más profundo hasta los inicios de la segunda mitad. Paulino de Pella editó su *Eucharisticos* hacia 459/460, y recuerda su época matrimonial, desde su veintena (lo que nos lleva a finales del siglo IV en adelante) como una etapa de feliz gestión de sus propiedades y de sus contribuciones fiscales. Por eso encuentra acomodo en su discurso fatalista de los años 450s, porque era algo que, hacía ya mucho tiempo, para él —y sospecho que para otros tantos como él— resultaba cada vez menos apreciable. Por más que durante varias décadas del siglo aún siguiera funcionando parte del sistema tributario romano, cada vez fueron más las regiones que terminaron quedando desenganchadas del mismo. No se trató de un evento repentino, sino de un proceso gradual que duró varias décadas[45].

Puede pensarse que este proceso, el de la desarticulación administrativa romana, no tuvo apenas efectos para una aristocracia cuyas bases de poder se cimentaban en la propiedad de la tierra y en el acceso a los mandos políticos, y de hecho se ha insistido recientemente en esa relativización del proceso al que ahora me estoy refiriendo[46]. Sin embargo, no creo que sea un tema menor que la administración romana se hubiera ido retirando de espacios como Britania, la Galia septentrional hasta el Loira, buena parte de Hispania y el norte de África. Se trató, insisto, de un proceso paulatino, más repentino en Britania que en Hispania, en África que en la Galia central, pero en todo

caso fue un proceso que provocó nuevas estrategias. Algunas de ellas serán expuestas en este libro, si bien tengo que señalar que serían más visibles después, a partir del siglo VI.

La referencia máxima de la autoridad había sido hasta entonces, y en las regiones en las que a distintos ritmos la administración romana dejó de ser operativa, el poder imperial. En Occidente en general, y en la Galia en particular (por ejemplo con la corte imperial de Tréveris), desde finales del siglo III incluso la presencia física de los emperadores se fue convirtiendo en una plataforma de difusión de tal idea, y así fue hasta finales del siglo IV. Momento a partir del cual, y sobre todo desde comienzos del V, dicha presencia fue menos evidente. La desconexión cada vez más patente entre el sistema y los liderazgos locales provocó la readaptación de éstos, que en ocasiones cristalizaron en usurpaciones contra el emperador legítimo, en las que se engancharon algunos de los cabecillas aristocráticos más conocidos por nosotros, entre ellos, y a pesar de sus excusas, el propio Paulino de Pella. En todo caso, la victoria sobre los usurpadores otorgaba a los emperadores la posibilidad de recalcar su legitimidad y su presencia política. Roma había perdido protagonismo político en el siglo IV, y en el V hubo una estrategia de mantenimiento de su papel desde el punto de vista retórico y del ritual del poder imperial. Si esto se discute para el caso de Roma, es comprensible que en otros puntos de referencia

de Occidente el vínculo con el poder imperial fuera aún más tenue[47].

Desde el punto de vista militar, el ejército de mediados del siglo V parece lejano, en la práctica, al esquema de tropas regulares y la información oficial recogida en la *Notitia Dignitatum* —documento de las cancillerías imperiales, una suerte de catálogo de cargos— al punto que es dudoso que las tropas pudieran haber sido operativas en momentos determinados. La impresión que uno tiene, sobre la base de la lectura atenta de los textos, es que cada vez lo eran menos. Es frecuente encontrar datos de regiones occidentales en la que se llevaron a cabo campañas por parte de tropas bárbaras federadas, *foederati*, que eran las que decidían realmente las batallas, como se ve en el ejemplo más espectacular, la ofensiva de Atila en 451. El contraste entre la *Notitia Dignitatum* y la realidad de base es cada vez mejor conocido, toda vez que los analistas del documento certifican la ideología que impulsó su composición, que no era otra que la proyección de unidad política y militar, que reunió información de estadios cronológicos diferentes, y que en el siglo V terminó derivando en un compendio fuertemente propagandístico[48]. Además, los fondos públicos con los que se alimentaban dejaron de ir llegando paulatinamente, lo que fue provocando, de modo similar al de la administración, la progresiva retirada de estas pequeñas guarniciones regulares[49]. El caso narrado en la *Vita Severini* sobre la guarnición de *Batavis* (Passau), en el

Danubio, acontecido en algún momento indeterminado probablemente de la década de los setenta, es bastante ilustrativo, es el ejemplo de una de las últimas guarniciones imperiales que abandonó sus puestos cuando, efectivamente, dejó de llegar la paga[50].

A mediados de siglo, desde el sur de la Galia, zona en la que aún era visible el sistema político y tributario, un crítico moral como Salviano conjugaba la idea de la desarticulación política con la de la excesiva carga fiscal. «El Estado romano, que ya está muerto, o en su último momento allá donde aún parece existir, *cum Romana respublica uel iam mortua, uel certe extremum spiritum agens in ea parte qua adhuc uiuere uidetur*, muere estrangulado tanto por las ataduras de los impuestos como por las manos de los ladrones, *tributorum uinculis quasi praedonum manibus strangulata moriatur*, y resulta que hay muchos ricos cuyos impuestos soportan los pobres, es decir, que hay numerosos ricos cuyos impuestos liquidan a los pobres, *inueniuntur tamen plurimi diuitum quorum tributa pauperes necant*»[51].

La referencia a la muerte del imperio puede parecer una hipérbole, de hecho responde a un esfuerzo retórico del autor, que trata de achacar los males de su tiempo a los comportamientos morales. Sin embargo, en los días en los que escribía, en la mayoría de las regiones de la Galia había ya un claro repliegue de la administración imperial, que apenas existía al norte del Loira y que tenía muchos problemas en algunas regiones del centro. Muy pocos años

después, a partir de los años sesenta, con el expansionismo de Eurico, en el sur, y de los francos, en el norte, el proceso iba a revelarse definitivo. Se trata de un tono retórico y moralizante, es cierto, pero a mi juicio sí manifiesta la percepción de un cambio que nosotros podemos correr el riesgo de valorar exclusivamente a partir de fechas simbólicas como 476.

Los dos pivotes sobre los que Salviano construye su crítica a la moral de sus compañeros, lo que aquí denomino genéricamente «los últimos romanos», son la tributación y los bárbaros. Sobre éstos como expresión de cambio insistiré en el siguiente apartado. En su armazón ideológico, la primera es la expresión del poder institucional, llevado a sus últimos extremos, que oprime a las clases medias y bajas, y que las más poderosas han terminado utilizando en su propio beneficio. De tal manera, dice, que son muchos los que han sido despojados por unos pocos, *plurimi proscribuntur a paucis*, para los cuales la exacción pública (es decir, la tributación) es una especie de coto privado, *quibus exactio publica peculiaris est praeda*[52]. En un pasaje muy conocido y citado, elabora una imagen que identifica a los curiales, las oligarquías urbanas, como tiranos, con independencia de la ubicación exacta de esas oligarquías, sea en ciudades o en asentamientos más pequeños, *quae enim sunt non modo urbes sed etiam municipia atque uici, ubi non quot curiales fuerint tot tyranni sunt?*[53]. En fin, Salviano acusa directamente a los poderosos de hacer recaer

el peso de la tributación en los demás grupos sociales[54].

Es cierto que se trata nuevamente de un uso retórico, pero yo no creo que por eso debamos apartarlo de la evidencia empírica. Más bien propongo que estamos ante una versión retórica de una percepción de lo que nosotros llamamos un proceso histórico. Que la tributación fue un mecanismo endurecido a partir de las reformas institucionales del Estado tardorromano, entre finales del siglo III y comienzos del IV en adelante, es algo difícilmente discutible. Que eso redundara en un fortalecimiento del sistema, o, por el contrario, en una grieta del mismo, responde a interpretaciones distintas, desde luego.

Pero hay que tener en cuenta la profundización en el sistema burocrático tardorromano, que exigió una mayor entrada del Estado en los recursos de los provinciales, como un factor nada desdeñable en el proceso de desentendimiento de las elites locales. Así como en el período del Principado éstas habían visto en el Estado una plataforma clara de promoción, de la cual esperaban nuevos enganches para ellos y sus descendientes, a través de la ciudadanía como resorte, y con los beneficios posteriores, desde la extensión de ésta, a comienzos del siglo III, y desde las reformas fiscales posteriores, las cosas comenzaron a cambiar. Las vías de promoción seguían estando en el Estado para los niveles más altos de la elite (como un Sidonio Apolinar o un Avito, por ejemplo), pero no tanto para las elites menos preeminentes. El control de la mano de

obra local y la transformación del tributo en renta eran la plataforma de mayor beneficio. Así que las cuitas de Salviano encajan no sólo desde su revestimiento retórico y moralizante, sino que lo hacen también con procesos de base social y política.

La deposición de Rómulo Augústulo en el verano del año 476 marcó un punto de inflexión; a partir de entonces el imperio de Occidente no existía, por más que Julio Nepote aún reivindicara su mandato, del que había sido apartado. Pero como señaló hace tiempo Momigliano, aquello había sido en cierto modo una «caída sin ruido», una *caduta senza rumore*[55]. Veremos en este libro que la idea según la cual la deposición de Rómulo supuso la desaparición del imperio en Occidente fue divulgada desde Constantinopla durante el gobierno de Justiniano, en el siglo VI, por motivos estratégicos[56]. Sin embargo, la erosión de las estructuras imperiales, y en particular la fiscalidad, la administración y el ejército, había empezado varias décadas antes.

Esto implica que entre 450 y 480, *grosso modo* la cronología que aborda este libro, las estrategias de los poderosos, o lo poco que podemos percibir de las comunidades campesinas, coincidía con tal proceso de enorme calado.

¿El asesinato del imperio?

En la primera mitad del siglo XX André Piganiol sostuvo

que el imperio romano *había sido asesinado*, refiriéndose a las invasiones bárbaras[57]. La bibliografía científica sobre el papel de los bárbaros es extensísima, prueba evidente no sólo del interés académico de la materia, sino también de lo útil que ha sido para quienes han buscado en la misma bien un origen nacional, bien una prueba inequívoca de una supuesta superioridad, bien un choque cultural, o incluso todo lo contrario, una prueba de la capacidad retórica de los textos y nada más. He resumido en otro lugar de este libro algunos de los parámetros de la discusión actual sobre el papel de los bárbaros en los cambios del siglo v. Me acercaré ahora más bien al tratamiento que de los bárbaros hacen los discursos retóricos, las construcciones literarias, de Paulino de Pella y de Salviano de Marsella. Las alusiones que en estos dos casos se hacen a distintos aspectos cobran cierto valor de referencia por cuanto coexisten entre ellas, quiero decir que las menciones a los bárbaros están inscritas en un contexto en el que aparecen igualmente citas al colapso de la administración romana o a ciertas actitudes de los poderosos y de sus encomendados.

En los dos ejemplos que he seleccionado para introducir algunos comentarios sobre los cambios del siglo v, aparecen los bárbaros. Y no se trata, creo una vez más, de meras alusiones poéticas (en Paulino) o retóricas y moralizantes (Salviano). Es indiscutible que hay una elevada dosis de poética y de retórica, de modo respectivo. Pero vuelvo a subrayar que en modo alguno eso debe invalidar el uso

expresivo de algo que a ambos era muy próximo. Que se utilizara como proyección poética o moralizante forma parte de la intención del autor, y por tanto no debe confundirnos y llevarnos a un análisis superficial de tal evidencia. Sería peligroso trazar ecuaciones de primer grado entre tal evidencia y la realidad. Pero aquélla formaba parte de ésta: que un poderoso aristócrata, de la más preeminente elite tardorromana, venido a menos, achacara parte de su infortunio a los bárbaros es un hecho en sí mismo, una evidencia empírica. Un tipo escribe un poema a sus ochenta años y achaca sus males y la pérdida de sus patrimonios a la crisis del mundo que le ha tocado vivir… y a los bárbaros. Ese uso expresivo del tema de los bárbaros es lo que tenemos encima de la mesa.

En el caso de Salviano, sucede algo parecido. A mediados de siglo coloca a los bárbaros como un tópico dentro de la tradición moralizante. El mensaje viene a ser el siguiente: nosotros, los romanos, somos tan malos, nos hemos portado tan mal, que merecemos estar ahora dominados por ellos, esos bárbaros que, a pesar de sus costumbres penosas y de su mediocridad, han conseguido mantenerse más firmes que nosotros en su comportamiento. Nosotros estamos más capacitados, pero nos hemos echado a perder precisamente por nuestro comportamiento. Y puesto que somos mejores de origen, y debiéramos haber solventado esta situación crítica, somos peores desde el punto de vista moral. Tal era la lección que Salviano trataba

de difundir.

Que eso fuera así es una cuestión, y otra muy diferente es que se trata de material empírico, es decir, que hubo quien en el sur de la Galia, a mediados del siglo v, quiso utilizar el tema de los bárbaros para proyectar un mensaje moral. Aquí es donde quiero incidir: la evidencia no es tanto que los bárbaros fueran directamente los causantes (o no) del deterioro económico de un aristócrata de primer grado como Paulino, o que fueran (o no) el contrapunto moral de los romanos, que por su conducta moral (o no) habían llegado a compartir con ellos suelo y vida. La evidencia es, más bien, que todo eso se escribiera y que se proyectara en ambientes intelectuales y por tanto elitistas.

El mundo de Paulino era el sistema político y administrativo romano en el que su familia y él mismo habían venido participando. Su itinerario geográfico, su periplo vital, viene expresado sobre la base de la *ciuitas*, como Burdeos, Bazas o Marsella, pero introduce el elemento bárbaro como un factor determinante en tal discurrir vital, al punto que aparece asociado constantemente al empobrecimiento personal. No obstante, Paulino hace referencia a la presencia de bárbaros, godos, y a cómo su instalación garantizaba cierta seguridad para las propiedades de quienes terminaban cediéndoles una parte de las mismas. Eso no le había sucedido a nuestro personaje, que liga directamente una parte de sus males a no haber participado de tal sistema[58]. De manera directa, en cambio,

achaca a los godos de Ataúlfo la pérdida de buena parte de sus propiedades, y la entrada en una espiral que iba a terminar con Paulino poco menos que devuelto a su entorno a cambio de una rémora absoluta en su posición económica[59]. En fin, el argumento final que sobre el tema de los bárbaros esgrime Paulino es que su presencia había terminado siendo nociva, al menos para él, y que un exilio más temprano, y cita las propiedades maternas en la zona de Grecia y de Epiro, hubiera sido la salida más inteligente[60]. De tal manera que superado el cambio de siglo, ya en su vejez, Paulino recuerda los tiempos de comienzos de siglo como una verdadera cesura, en la que la presencia de los bárbaros dista de ser un fenómeno sin alcance, al menos en la memoria de su peripecia personal.

Salviano también se refiere en esos años de mediados de siglo a los bárbaros, y lo hace siguiendo en parte la estela de Orosio, que a comienzos de siglo había articulado el binomio bárbaro/romano en la idea de una clave moral. Si Agustín, unos años antes que Salviano, había formulado la idea de la ciudad celestial como contrapunto de la terrenal, y de los problemas del *saeculum*, en cierto modo como contestación a las críticas del paganismo hacia los emperadores cristianos y los obispos, Salviano propone la moral como justificación de los acontecimientos seculares. Aplicado al tema de los bárbaros, Salviano trataba de contrarrestar a quienes achacaban al dios de los cristianos que se hubiera desentendido de los hombres y de sus

problemas y, en particular, del asentamiento de los bárbaros. Salviano trata de articular una respuesta a la pregunta *cur uinci a barbaris patitur*, estando el «nos» mencionado en la frase anterior, es decir, había que contestar a la crítica sobre las causas que hacían que la divinidad permitiera que los romanos fueran vencidos por los bárbaros. Es por tanto un argumento de base moral el que Salviano trata de desplegar, de manera que tal avance bárbaro dentro del suelo imperial tenía lugar porque los propios romanos se lo merecían merced a su comportamiento, *quia meremur ut ista patiamur*[61]. El uso de la comparación moral es un recurso efectista del que Salviano se hace eco, especialmente en pasajes como el que propone que los romanos son («somos») peores que los bárbaros, afirmación que reconocía que para muchos resultaba intolerable, *sed scio plurimis intolerabile uideri si barbaris deteriores esse dicamur*[62].

En fin, se aplica a los bárbaros el enfoque religioso ya tradicional del discurso cristiano en la Antigüedad tardorromana. Un discurso que había venido variando desde los tiempos del siglo IV hasta avanzado el V, que era la época de Salviano. Se había venido experimentando una readaptación del enfoque con el que los autores de textos literarios, cristianos en su gran mayoría, habían tratado el tema de los bárbaros[63]. Así, el moralista propone que entre todos los bárbaros sólo había dos grupos, el de los herejes y el de los paganos, *duo enim genera in omni gente omnium*

barbarorum sunt, id est aut haereticorum aut paganorum[64]. La proyección de la imagen de un mundo bárbaro ajeno al catolicismo consolidado como oficial en los días de Teodosio, hacía más de medio siglo, no es casual, por descontado. Lo que Salviano quería subrayar no era otra cosa que la inferioridad cultural y religiosa del bárbaro… a pesar de lo cual «nos» estaban superando —indicaba en este tratado con frecuencia— por «nuestra» propia decadencia moral, que se acentúa dada «nuestra» teórica superioridad. En otros términos, recordar la inferioridad del bárbaro, también en el terreno religioso («afirmo que somos mejores que ellos sin comparación posible», *dico nos sine comparatione meliores*), buscaba provocar en su público una sensación de desasosiego, por contraste con la superioridad romana que, merced a su mal comportamiento («somos» peores en la conducta, *quantum ad uitam ac uitae actus, doleo ac plango esse peiores* contando el *nos* de la frase inmediatamente anterior), ha conducido a una situación crítica. Hay por tanto un uso retórico e ideológico del tema del bárbaro, en este caso concreto a través de un mensaje de contraste religioso que, como todo en el texto de Salviano, obedece a la finalidad última de lanzamiento de un mensaje en clave de alerta moral a los propios romanos. Pudiera parecer que este tipo de discurso es ajeno al mundo que nosotros llamamos sistémico, al de las estructuras sociales y al funcionamiento del imperio. No lo creo. Naturalmente éstas son categorías académicas, científicas,

mientras la fuente obedece a patrones que nada tienen que ver con todo eso. Sin embargo, su información es susceptible de ser tratada como objeto de estudio de tales categorías. En otro pasaje Salviano atiende al mundo que le rodea, al de mediados de siglo, y se muestra preocupado por los avances bárbaros en las grandes islas mediterráneas, con el consiguiente golpe a los graneros fiscales, *id est fiscalibus horreis*, y, sobre todo, de nuevo aludiendo a los vándalos, por el control que han adquirido de buena parte de África, que es, dice, de algún modo el alma del imperio, *Africam ipsam id est quasi animam captiuauere reipublicae*[65].

Poderosos, iglesias, ciudades y campesinos. Emergencias de identidad elitista y campesina

Hace ya más de medio siglo que apareció la obra de Lewis Coser sobre las funciones del conflicto social. El gran mérito de aquel trabajo fue sintetizar su idea sobre las consecuencias que los distintos tipos de conflictos pueden llegar a tener en función de las sociedades en las que se produzcan. Sus planteamientos suponían un misil en la línea de flotación de teorías catastrofistas, y yo me atrevería a decir también que, aplicadas a la historia, en la de las visiones «biológicas» de las «civilizaciones» que entran en «decadencia». A quienes hemos sido sus lectores, Coser nos ha ayudado a entender mejor cómo las sociedades, y los sistemas que en ella funcionan, pueden quebrarse de manera más profunda en proporción directa a su rigidez. No es tanto

el conflicto el que destruye, como los parámetros rígidos de una organización social. De tal modo que, en grupos que sean más adaptables al cambio, más flexibles en su organización, es posible resistir mejor a las crisis y, en suma, readaptarse en fases de cambio sistémico[66]. Yo creo que las sociedades occidentales del siglo v, o al menos algunas de ellas de las que estamos mejor informados que de otras, experimentaron este tipo de procesos. Hubo una progresiva retirada de la administración romana, acompañada de lo que podemos catalogar como un descabezamiento sistémico, que iba de la mano de transformaciones de base y de reajustes sociales, políticos, económicos y culturales.

Elitismo y texto

Dado que el tema de este libro es sobre todo el final del imperio y las reacciones de las elites, todavía cobra más valor una frase de Sidonio Apolinar, escrita en el año 470, y que transcribiré al completo justo al comienzo del capítulo quinto de este libro. La frase venía a decir que si el imperio ya no disponía de defensas ni de ejércitos, la aristocracia romana tendría que retirarse o dedicarse a la Iglesia[67]. Se trata de una expresión inscrita en una carta a Ecdicio, a la sazón hijo de Avito, que había sido emperador en 455-456 y que era suegro del propio Sidonio. Se trata de una carta entre iguales, entre miembros de la más alta aristocracia romana de las Galias, que plantea directamente la disyuntiva

entre el retiro o la entrada en el clero, opción por la que Sidonio terminó inclinándose, siendo obispo de Clermont.

La disyuntiva entre el mantenimiento de la condición de laico o la entrada en el clero no implicaba necesariamente una cesura en la continuación de la condición de gran propietario para este tipo de grupos. Los ejemplos podrían acumularse, pero uno de los más interesantes es el que proporciona Remigio de Reims, que participó en el bautismo de Clodoveo y cuyo *testamentum* es una fuente de extraordinario interés y muy detallada para el acercamiento a las propiedades de un tipo poderoso, un gran propietario, que además era obispo entre finales del siglo V y comienzos del VI[68].

Ya he señalado más arriba que, desde la perspectiva del análisis de las fuentes literarias, nos movemos en un contexto elitista, lo que define en buena medida el origen y el destino de los textos. Las crónicas, las cartas o las *historiae* que se escribieron en el siglo V o inicios del VI estaban dirigidas a monjes, poderosos del sistema político, eclesiásticos en general y obispos en particular, y esto no puede olvidarse ni un solo instante. Los poderosos tejieron redes de dependencia personal, que en los textos podemos a veces detectar a duras penas. Los *coloni*, impulsados en los siglos IV y V por el propio imperio como mecanismo de sujeción fiscal, quedaron al amparo definitivo de los *domini*, que en un contexto como en el que nos movemos, de fuerte retirada del sistema político, encontraron más fácil

transformar en rentas lo que antes eran tributos. Me temo que buena parte de la panoplia material sobre el campesinado a la que me referiré más abajo no escapó del todo a la acción de estos poderosos. Hoy sabemos —véase *infra*— que fue a partir del siglo v cuando comenzaron a surgir en el Occidente romano numerosas aldeas de campesinos, tanto en el llano como en puntos en altura. El fenómeno tuvo una eclosión posterior, pero comenzó en ese siglo v. Y también sabemos que en esas aldeas hubo usos funerarios que incluyeron simbologías en forma de ajuares, al menos por parte de los mejor situados dentro de cada asentamiento. En fin, en términos generales, la memoria colectiva suele reforzar los vínculos de los grupos, y en no pocos casos tal refuerzo no es aleatorio, está conectado directamente a los intereses de quienes pueden mediatizar tal memoria y al grupo mismo[69].

¿Qué tiene esto que ver con los poderosos, con los intelectuales que son objeto de atención aquí? El mundo de Sidonio o el de Remigio no fue totalmente ajeno a todo esto. El papel del texto no puede ser bien detectado por nosotros. Hay ocasiones en que sí es posible ver indicios, por ejemplo en la hagiografía, en la que se codificaban imágenes de veneración emitidas por monjes o clérigos que recogían memorias locales adaptándolas a los intereses de la elite. En sociedades arcaicas la propia existencia de la escritura es algo muy destacado, y quienes tienen acceso a ella manejan un resorte de comunicación y de poder enorme. En este tipo

de sociedades, y la tardorromana lo era, la fijación de límites por escrito puede ser en sí misma una creación de los mismos, dada la singularidad que adquiere la manifestación escrituraria[70].

A nivel general, a partir del siglo v las tradiciones locales fueron progresivamente insertadas dentro de mecanismos de expresión controlados por las aristocracias. Me refiero por ejemplo a la construcción de basílicas e iglesias martiriales, con enorme potencial de concentración de las memorias locales y de sus manifestaciones religiosas. O también a la inclusión de referencias a tradiciones y cultos igualmente locales en construcciones historiográficas de escala occidental, por ejemplo las alusiones a Martín y Tours, que ya venían del siglo anterior, o a Mérida y Eulalia, o las referencias a escenarios y conflictos locales en Hidacio, o el tratamiento que de la presencia de los vándalos ofrece en sus sermones Quodvultdeus de Cartago. La expansión del culto a las reliquias, a los santos en general, así como el éxito del fenómeno monástico, son aspectos que venían de lejos, aunque su consolidación tendrá un largo recorrido. Y en tal esquema encontrarán acomodo los mecanismos de control de las tradiciones locales, que en la medida en la que iban siendo puestas por escrito adquirían un marchamo de legitimidad que podía en no pocos casos imponerse sobre otro tipo de conductos como el oral. Por más que tales textos pretendan extender la idea según la cual conjugan las tradiciones orales, más bien se sirven de ellas

para imponer sus propias versiones adaptadas a sus intereses y, de este modo, fijar una determinada tradición.

La arqueología confirma que en el siglo v se vivió un repunte de la construcción de basílicas y de iglesias, urbanas y rurales. Y las festividades de los santos eran una ocasión para difundir fragmentos leídos en alto a los *audientes*, muchos de los cuales nunca habían sido ni iban a ser, ni ellos ni sus nietos, *legentes*. Uno de los grandes especialistas en la escritura tardoantigua y altomedieval, Armando Petrucci, ha insistido en que no se debe exagerar la idea tradicional según la cual en la Antigüedad tardía la lectura silenciosa era absolutamente hegemónica, idea soportada por la influencia del famoso pasaje de las *Confesiones* de Agustín y su sorpresa al encontrar a Ambrosio leyendo *tacite*. La proliferación de *sermones* y *uitae* (algunos fragmentos de las cuales se leían en las celebraciones de los santos) es prueba, en sí misma, de la dimensión de las lectura en voz alta ante los fieles[71].

En el caso que nos ocupa, la segunda mitad del siglo v, la producción de textos estaba forjándose en tiempos de crisis. Por más que nos alejemos de lecturas decadentistas de la realidad, lo cierto es que para las décadas de los 450, 460 y 470, la administración romana, su capacidad coercitiva, simbolizada en la autoridad imperial y todo lo que de ella emanaba, era inexistente en la mayoría de las regiones de Occidente, y el descabezamiento de «476» afectó directamente sólo a Italia y una mínima parte de la

Galia más meridional. Quiero decir con esto que la emanación de textos literarios, elitista por definición en el siglo V, obedecía a un contexto de cambio y crisis, en el sentido etimológico del término. Y en este tipo de etapas, la antropología social suele apuntar a vías muy concretas que nos permiten entender mejor las cosas. Suele darse en tales casos, y en sociedades arcaicas, como era el mundo occidental de la Antigüedad tardía, mayoritariamente iletrado, que las masas tienden más que en otras ocasiones a soluciones mágicas, religiosas y rituales[72]. La religión cristiana, en su formato católico, no era la única en Occidente, pero sí la hegemónica y «oficial», y en su panoplia de recursos encontraron acomodo manifestaciones (los cultos a los santos, a las reliquias, las grandes ceremonias) que podían encauzar esas tendencias. Los obispos y los abades, como poderes de referencia en semejante contexto, no fueron ajenos a todo esto. Y si tenemos en cuenta la salida, metafóricamente expresada por Sidonio, que se abría a los aristócratas romanos de *ca*. 470, el vínculo entre poderosos, textos y adecuación de las respuestas a la crisis puede empezar a intuirse.

Después de todo, y como también han mostrado los antropólogos estudiando sociedades arcaicas, las responsabilidades que asumen quienes están al cargo de los instrumentos de espiritualidad nunca son aleatorias. Y en momentos en los cuales el sistema político no las asume o apenas lo hace, el campo de maniobra es más grande para

aquéllos[73]. En el siglo v, en el que había una crisis sistémica, el imperio no funcionaba tampoco en el terreno del control cultural o ideológico, los poderosos, bien como laicos bien como abades u obispos, encontraron un terreno más factible a la iniciativa que con anterioridad. Fue en ese contexto en el que se escribieron las crónicas de mediados de siglo en adelante, o las cartas de un Sidonio, que había sido prefecto de Roma en 468 pero que para el año siguiente vio ya como única la salida eclesiástica, o la *Vita* de Germán de Auxerre escrita a finales de siglo por Constancio en Lyon, o las *Vitae* que sobre los santos de Pavía o del Nórico se escribirán en los primeros años del siglo vi por Ennodio y Eugipio. Es decir, fue en aquel contexto en el que se elaboró una parte importante de nuestro material literario.

Ciudades, obispos, iglesias

En la mayor parte de Occidente las ciudades experimentaron transformaciones materiales que simplificaron su imagen, con niveles de riqueza aparente apreciablemente menores a los del Principado o a los de comienzos del período tardorromano[74]. Hay ciudades que, por ser sede política o religiosa de relevancia, experimentaron una fuerte inversión edilicia, como es el caso de Rávena precisamente para el siglo v[75]. Pero el modelo general que tenemos sobre la mesa es de un recorte importante. Se ha calculado que Roma tenía unos 800.000 habitantes en el siglo iv, y sólo la mitad a mediados del v. Al

tiempo, se ha constatado el abandono de numerosos enclaves públicos, la amortización de otros, el despoblamiento de algunos barrios y la preeminencia de un paisaje urbano salpicado de monasterios, iglesias y necrópolis, todo esto especialmente a partir del siglo v[76].

Naturalmente que esto ha sido leído en clave de decadencia durante mucho tiempo, lo que en sí mismo no explica absolutamente nada. Los edificios de viviendas se simplificaron, se aprovecharon materiales, hubo amortizaciones de casas hasta entonces de corte aristocrático, y el número de las que pueden ser atribuidas a las elites sociales es sensiblemente inferior a partir del siglo v. Además, los espacios políticos, en especial los foros, se fueron amortizando. Es cierto que en no pocos casos sobre ellos o sus entornos se asentarán los nuevos puntos de referencia política y religiosa, pero, como tales espacios centrales, experimentaron fuertes cambios comprobados por los arqueólogos. En lo que hasta entonces habían sido lugares de habitación y centrales se irán acumulando basureros, centros de producción, viviendas modestas, con independencia de que cerca siguiera habiendo puntos de referencia del poder. De tal guisa que una de las principales aportaciones de las investigaciones de los últimos años ha sido apuntar a las variables sociales, económicas, culturales e ideológicas que subyacen a un registro material que se caracteriza, en términos generales, por lo que acabo de resumir[77].

Ya desde el siglo III fueron apareciendo grandes cementerios suburbanos, pero este proceso es bastante más general en la etapa que ahora nos interesa; algo similar ocurre con las sepulturas *ad sanctos*, en las proximidades de oratorios con restos de un santo, o con la tradición de veneración al mismo. Subyace en estos cambios la idea de amortizar antiguos espacios públicos para uso funerario, y rentabilizar para tal función los *territoria* inmediatamente próximos a las *ciuitates*, *territoria* que ahora van a ir consolidando funciones articuladoras de la memoria pública, y de la sacralización de la misma, crecientemente controlada por las elites locales y el obispo[78]. La regulación por parte de los agentes eclesiásticos del filtro de quienes podían ser enterrados en los *loca* funerarios cristianos no es un asunto menor. Obedece a los cambios políticos y culturales del imperio romano tardío, y tiene su trasunto material en el despliegue de estas necrópolis, y en especial de las asociadas a iglesias y oratorios[79]. Y, en fin, el panorama más llamativo es lo que se suele llamar la cristianización de las ciudades. La arqueología va confirmando el despliegue de una red de puntos de referencia, que van desde la iglesia con función catedralicia episcopal hasta iglesias y basílicas mayores o menores, centrales o periféricas, que van componiendo en paisaje urbano jalonado de estos nuevos *loca sacra*. En no pocos casos las cronologías proceden de niveles antiguos, que remontan al siglo IV, incluso al III a veces, pero lo más usual

es que sea el siglo v el verdadero punto de inflexión en la generalización de tal paisaje[80].

Los ejemplos se acumulan en las fichas bibliográficas de las lecturas que podemos hacer de los trabajos de los arqueólogos, y no voy a entrar en mucho detalle. En ocasiones es posible detectar los cambios en conexión con un sistema político, y me refiero a este mismo siglo. Citaré dos ejemplos muy dispares, ambos procedentes de la Galia. En primer lugar, Arlés, que como es sabido tiene el protagonismo de la prefectura del pretorio, y capitaliza una de las zonas que seguirán bajo la tutela imperial hasta las últimas fases. En Arlés los arqueólogos han detectado cambios significativos en la trama urbana, y en especial en espacios tales como el circo o el foro, los grandes símbolos de la dimensión pública de tan relevante *ciuitas*. Hay otros casos dentro de Arlés que si bien han sido leídos en clave decadentista (se nos habla de «installations parasitaires»), aportan la evidencia de un cambio de significado de la ocupación de tales espacios, que hacen pensar a los arqueólogos en una planificación de las nuevas ocupaciones, que ponen en relación con la nueva estructura de la ciudad durante el siglo v[81].

Pongo, por otro lado, el ejemplo del reino burgundio, en la Galia oriental. En el valle del Ródano los arqueólogos detectan la ubicación concreta de espacios de uso áulico conectables con la consolidación del reino burgundio, en el siglo v y parte del vi. En las mismas *ciuitates* principales,

sobre todo Lyon, se documentan materiales asociables a la construcción de espacios de función política y religiosa por reyes y obispos[82]. Esta detección de evidencias empíricas de los conjuntos episcopales, iglesias urbanas y espacios de poder político a partir del siglo v es muy clara en el Ródano, pero se trata sólo de un ejemplo de algo para lo que cada día hay más datos[83]. Entre otros estudios regionales, cabe citar como ejemplo la Italia septentrional, con nuevas evidencias empíricas sobre los complejos episcopales de esta época[84].

En Hispania son ya bastantes los casos de ciudades que ven modificado sustancialmente su tejido urbano durante el siglo v, habiéndose individualizado algunos de los indicadores de cambios (iglesias, iglesia catedral en su caso, necrópolis, amortizaciones de espacios, conjuntos episcopales, grupos funerarios). Aunque no se dan todos los indicadores en todos los lugares, sí hay evidencias claras de los mismos, entre otras, en Tarragona, Barcelona, Valencia o Mérida[85]. Como ha advertido Sonia Gutiérrez, en el caso de Hispania la generalización de la cristianización topográfica urbana es visible más bien en el siglo vi[86]. Esto no entra en contradicción con la idea según la cual el siglo v fue una fase crítica en el sentido en el que se perciben transformaciones materiales de primer orden, que preludian la consolidación del fenómeno. En Mérida, por ejemplo, se han estudiado con especial intensidad los registros materiales del cambio urbano durante el siglo v y, en un plano concreto, la ampliación de lo que había sido un

oratorio con funciones funerarias y su transformación en una basílica (la de Santa Eulalia), poco menos que un símbolo de la relación entre la *ciuitas* y la *patrona caelestis*, y un nudo de funciones litúrgicas y funerarias[87].

En Italia la reconstrucción historiográfica dependió del peso de las referencias pesimistas que sobre sus ciudades habían plasmado Jerónimo y, sobre todo, Ambrosio, pero la arqueología ha ido poniendo nuevas evidencias sobre la mesa. En la mayoría de los casos puede hablarse de potentes cambios ya con claridad desde el siglo v, cambios que suelen moverse en la línea de la consolidación de tejidos eclesiásticos, en la amortización de antiguos espacios públicos y en la simplificación del nivel material[88]. Es cierto que hay iglesias que fueron construidas antes del siglo v, y otras después, esto es evidente. Pero lo que me parece sustancial es que fue ese siglo, a la luz de la reciente recapitulación de datos que ofrece Alexandra Chavarría, el horizonte en el que se asistió a una especie de *boom* en la construcción de iglesias urbanas y rurales y, de manera muy especial, en el caso de las iglesias directamente relacionadas con un obispo como agente de la construcción. Naturalmente que hay casos en los cuales la construcción de complejos episcopales es inmediatamente posterior a la cronología (*ca*. 450-480) que interesa en este libro, como es el caso de Comacchio, en el noreste de Italia, cuyas excavaciones han sido publicadas muy recientemente de modo sistemático, y en el que el obispado se asentó en una

isla, comenzando con estructuras de madera en el siglo VI y derivando después en un complejo eclesiástico considerable[89]. Pero debemos de retener el dato del siglo V como una especie de punto de inflexión, como otros que, igualmente derivados de registros arqueológicos, voy a sintetizar y resumir al máximo en las siguientes líneas[90].

Campesinos y paisaje rural

Salviano presenta una imagen de empobrecimiento de las clases medias y bajas. Alude especialmente a la situación de los *coloni* y de los encomendados en *patrocinium*. Aunque la discusión sobre el colonato tardorromano es de una enorme enjundia, con multitud de referencias textuales y bibliográficas, lo cierto es que hoy en día pocos niegan una conexión entre el impulso que esta forma de dominio recibió por parte del imperio del siglo IV y del V y la propia fiscalidad. El Estado, interesado en ahondar en la tributación, fomentó el colonato como mecanismo de sujeción fiscal. Esto no implica que los colonos tengan que ser vistos únicamente como piezas de contribución fiscal[91], pero el imperio sí diseñó una estrategia fiscal que trató de fortalecer el vínculo del colono a la tierra y a sus *domini*, como plataforma a partir de la cual podría reforzar su plan de exigencias tributarias que, como he dicho, aumentaron a partir de la multiplicación de los gastos militares y administrativos desde Diocleciano y Constantino en adelante.

Sin embargo, creo que no toda la explicación es fiscal. Como señalaron hace unos años Whittaker y Garnsey, el colonato le iba bien al imperio, pero también a los grandes propietarios[92]. Éstos encontraron una autopista de dominio social y económico, dominio que en los textos puede ser reconocido a partir de indicadores léxicos como *coloni* (los dominados), *patroni* (los dominadores) y *patrocinium* (su relación), entre otros términos, que presentan varias interpretaciones según los casos, pero que apuntan a estructuras de dominio de *potentes* sobre campesinos (muy especialmente sobre éstos) y sobre grupos medios urbanos.

En el año 1973 aparecía la revista *Journal of Peasant Studies*, que es una publicación especializada en el estudio de las estructuras rurales y de los cambios en las mismas, atendiendo a tal tema desde múltiples perspectivas, entre las cuales la historia es una más. En aquel primer número había una contribución nada menos que de Eric Hobsbawm. Aunque el trabajo, en una lectura apresurada, podía dar la impresión de ser muy general, con afirmaciones obvias en apariencia, lo cierto es que ponía el acento en claves nada desdeñables. Por ejemplo, resaltaba la idea de que el interés del historiador por el campesinado está fundamentado en su relación con otros grupos sociales, cosa que, me permito añadir, es válida para esos otros grupos. El estudio de un grupo, que además no suele actuar de manera homogénea ni coordinada, es válido en tanto en cuanto lo comprendemos en su contexto, en su interacción con otros. Otra afirmación

aparentemente sencilla de Hobsbawm argumentaba que los campesinos, en general, suelen estar integrados en el sistema político imperante a través de vectores precisamente ideológicos, tales como «rey», «Iglesia», «proto-nacionalismo», según los casos[93].

Qué duda cabe que las relaciones entre los grupos, y su estudio, contribuyen a entender los sistemas. A mayor complejidad de éstos, como sucede con los «sistemas-mundo», los *world-systems* propuestos en su día por Wallerstein, más intrincado resulta tal estudio. En el caso de éstos, además, los bienes de prestigio como indicadores de poder son especialmente sensibles a las contracciones del centro del sistema. Para quienes disponen de ellos, su escasez e incluso pérdida genera debilidad con respecto al resto del grupo o de otros grupos… salvo que se encuentren otros indicadores[94]. Ni una mera descripción de la cúspide del sistema, ni tampoco la de sus componentes, permite adentrarse en su funcionamiento. En lo que a la materia empírica que nos ocupa se refiere, yo creo que es más pertinente apreciar mecanismos y funciones específicas de las relaciones entre los componentes del sistema. Sólo con estudios parciales podremos avanzar, en este caso, en el entendimiento de la última fase del imperio romano, la que incluyó su desarticulación.

En el estado actual de los conocimientos —de los arqueológicos sobre todo— algo parecido a lo recogido arriba sobre los sistemas-mundo sucedió en el siglo v. Hubo

un cercenamiento de determinados circuitos de distribución económica. Pienso sobre todo en el cereal de la *annona* procedente de África, colapso que tuvo lugar desde la década de los años treinta del siglo. El paso vándalo a África tuvo lugar en 429, pero su auténtica expansión, y en especial su impacto desde el punto de vista de la distribución por cauce imperial, pudo verse sobre todo desde finales de los treinta (con la toma de Cartago) en adelante. Sabemos por el registro arqueológico que las producciones africanas siguieron circulando, lo harían durante todo el período vándalo (un siglo aproximadamente) y cuando la Constantinopla de Justiniano (en el siglo VI) pasara a controlar esos territorios. Pero el impacto que sobre la estructura fiscal y política romana de Occidente tuvo el colapso del circuito de la *annona* fue muy determinante. La reciente visión de conjunto sobre este problema elaborada por Chris Wickham ha ponderado con equilibrio el impacto al que me refiero. Los indicadores de circulación de materias básicas pueden orientarnos sobre el cambio (el cercenamiento) de éste, y la cerámica es nuestra principal pista[95]. No se trató solamente de la quiebra de un gran vector fiscal para el imperio, sino también de una cesura en los grandes intercambios. En cualquier caso, es probable que la quiebra del gran circuito procedente de África no fuera sino un ingrediente, importante eso sí, de otras quiebras de distribución, algunas de ellas difíciles de hallar para nosotros.

En las ciudades y en los campos hubo transformaciones que hoy, leyendo a los arqueólogos especializados en los registros tardoantiguos y altomedievales, apuntan claramente al siglo v como el punto de arranque de los grandes cambios. Recientemente, en un libro que trata de integrar la historia narrativa con la evidencia arqueológica, Neil Christie ha destacado el indudable avance en el conocimiento del registro material, gracias a los arqueólogos especializados en Antigüedad tardía y Alta Edad Media, al tiempo que recordaba algunas de las enormes lagunas que aún tenemos al respecto[96]. Queda mucho por hacer, es cierto. Pero los nuevos registros materiales que los arqueólogos presentan permiten reflexionar sobre los cambios. De entre todos ellos, me parece que los cuatro más importantes son las alteraciones en la topografía de las ciudades, a las que ya me he referido; el final de las *uillae* como expresión aristocrática; la aparición de *castella* o asentamientos en altura, y el surgimiento de aldeas. Todos ellos están, creo, conectados entre sí y, por el momento, pueden ser situados en numerosas regiones a partir del siglo v.

Tanto en el final de las *uillae* en su función anterior, como en la emergencia de *castella* y de aldeas, en especial en el segundo, la tipología es variadísima, y no entro ahora en ella, y sí en las ideas esenciales[97]. El fin de las *uillae* en Occidente no fue un proceso repentino, y de hecho hubo excepciones a la norma general. Ésta podría resumirse así:

el siglo v fue el punto final de las mismas como sistema operativo de la producción y la ostentación de la aristocracia romana, cronología que ha sido recientemente estudiada por Alexandra Chavarría[98]. Los espacios de las *uillae* siguieron en uso en no pocos casos, pero ya no con las mismas funciones que habían tenido en el siglo iv e incluso en el inicio del v. Como he dicho, en las ciudades se produjeron amortizaciones de materiales y de espacios centrales, aprovechamiento de estructuras anteriores y cambios de función (a producción, a almacenamiento, a viviendas menos aparentes) de esos antiguos espacios centrales y también de algunas zonas de viviendas anteriores. Algo similar ocurre en las *uillae*. El paralelismo ya fue trazado, por ejemplo, por Tamara Lewit, quien insistió, y creo que con acierto, en que todo respondía a fenómenos similares de base social y cultural. Cambiaron esas estructuras materiales (ciudades y *uillae*) porque lo estaban haciendo las que, a su vez, las sustentaban.

No se trata, por tanto, de una lectura decadentista, sino de un acercamiento a un cambio, cual era la transferencia de inversión de antiguos lugares de poder (foros, templos y *uillae*) a otros (aquí me permito destacar las iglesias)[99]. El final de la edilicia de las *uillae* no puede ser entendido como una decadencia, sino como un indicador de cambio, perceptible en la ocupación del espacio, que se va destinando a otras cosas, entre las cuales prima el almacenamiento, las viviendas modestas, las actividades

productivas agrarias y artesanales, y los aprovechamientos funerarios[100]. Se trató de un cambio en los patrones de referencia en la ocupación del espacio, que respondía a procesos de transferencia de tales patrones a nuevos receptores de los mismos, en particular, las iglesias. Las elites seguían existiendo, pero sus indicadores materiales, a juzgar por el registro arqueológico recogido por los especialistas, se habían ido transformando precisamente en el siglo v, el del cercenamiento tributario, el de la instalación (impactante o no, ésa es la discusión) de los bárbaros, el del final del imperio como sistema.

La arqueología actual parece detectar en numerosas regiones de Occidente un proceso de surgimiento de *castella*, de lugares habitados en altura, normalmente fortificados, proceso datable precisamente a partir del siglo v, y no antes, como se pensó durante bastante tiempo. Naturalmente esto se conoce mejor en unas zonas que en otras, en función no sólo de la evidencia empírica estudiable, sino también de los avatares de la investigación. Destacaré algunos ejemplos mejor conocidos[101]. En Italia, las fortalezas son muy visibles en el siglo v en las regiones del arco alpino, y ya para el siglo siguiente aumentarán en función de las dinámicas políticas, en especial de la tensión entre «bizantinos» y lombardos. Las interpretaciones de Brogiolo y Chavarría apuntan a un fuerte impulso político en la emergencia de esos *castella*, a veces, suponen, con finalidades de recaudación fiscal. Los yacimientos

conocidos como *castella*, llamados así un poco por las referencias en los textos y otro poco por comodidad y simplificación, también se registran a partir de contextos del siglo V en la Galia y en Hispania[102].

En Francia, como en otros lugares, hay una evaluación nueva de las cronologías y de la entidad de estos asentamientos en altura. Se conocen yacimientos que ejemplifican el inicio en el siglo V, especialmente en la zona central y meridional. En el norte ha habido un aporte de nueva evidencia empírica por la investigación sobre centenares de yacimientos sacados a luz como consecuencia del trazado de infraestructuras o de la construcción de parques temáticos[103]. Cabe señalar que no es infrecuente que se trate de lugares conectados con las vías de distribución comercial, lo que explica la presencia de materiales de importación, como se ve bien, por ejemplo, en Roc-de-Pampelune, en el Languedoc, entre otros[104]. En Hispania se detectan en numerosos puntos. Son más conocidos los de *Gallaecia*, seguramente por la referencia del cronista Hidacio a la resistencia que los suevos se encontraron en la primera mitad del siglo V entre la población local, acantonada en esos puntos, *plebem quae castella tutiora retinebat*[105]. La arqueología, en efecto, detecta algunos de esos *castella* en el noroeste, pero también en otros lugares[106]. Por ejemplo, en la Meseta aparecen yacimientos de altura, entre otros la Yecla (Burgos), La Morterona (Palencia), El Cristo de San Esteban (Zamora), La Cabeza

de Navasangil (Ávila) o El Castillo de Bernardos (Segovia)[107]. A diferencia de lo que se ha propuesto en algún caso para Italia, para los ejemplos de la Península Ibérica se manejan más bien hipótesis que ponen a estos lugares como referencias del poder, no necesariamente central, aunque tampoco exclusivamente aristocrático. Más bien la posibilidad con la que se trabaja es que en algunos casos y durante un tiempo pudieron estar al calor de poderes locales desconectados, que en otros ritmos pudieron formar parte de mallas políticas, dentro de sistemas como el suevo, aún en el siglo v (y luego en el vi) o el visigodo (ya a partir de finales del vi)[108].

Hasta no hace mucho el panorama historiográfico contemplaba las aldeas como un ingrediente del Occidente medieval, siendo frecuente que se situara su aparición en las sociedades del siglo x. Las excavaciones de los últimos años están mostrando que, en regiones diversas de Occidente, el fenómeno empezó en el siglo v, y que se fue extendiendo a partir de entonces. Tanto desde el plano empírico como desde el teórico, el fenómeno del surgimiento de las aldeas campesinas debe ser introducido en los parámetros explicativos de las sociedades occidentales a partir del siglo v[109]. En Gran Bretaña, España, Italia o Francia, entre otros grandes espacios, se han ido localizando y estudiando yacimientos que presentan las características de asentamientos de campesinos, aldeas, siendo el siglo v el origen cronológico del fenómeno, lo que no quiere decir ni

mucho menos que todos ellos empezaran entonces, pero lo relevante es que ese siglo es tomado por los arqueólogos como el punto de inicio del fenómeno. Es decir, que en el mismo siglo en el que la mayoría de las *uillae* de Occidente terminaron como tales *uillae*, aunque continuaran como centros de producción, como almacenes o como viviendas de los campesinos de la zona, se estaba produciendo otro fenómeno de enorme calado, cual fue la consolidación de formas de asentamiento campesino a las que llamamos aldeas.

En los estudios pormenorizados del tema que se han hecho por regiones de Occidente, se suele relacionar el surgimiento de las aldeas campesinas en el siglo v con la desarticulación del paisaje romano. Tal parece ser el caso del centro y del noroeste de Hispania, espacios en los que se han detectado tales aldeas y se han relacionado con los indicadores del colapso romano, que en la cuenca del Duero y en el noroeste ha sido un proceso particularmente bien estudiado durante los últimos años[110]. Y me parece difícil de discutir que, a su vez, éste fue un fenómeno ligado al colapso de las estructuras sociales, económicas e ideológicas del imperio romano. Con mucha razón, Margarita Fernández Mier ha llamado la atención sobre la indefinición en la que nos movemos en este mundo de aldeas de campesinos, de los cuales no sabemos apenas nada en muchos casos, salvo que en fechas más antiguas de lo que se pensaba estaban ya organizados en aldeas[111]. Si las

aldeas de campesinos en Occidente tienen hoy su visibilidad arqueológica bastante clara desde el siglo v, pero en algunos casos hay dataciones que arrancan desde ese siglo, creo que debemos integrar este asunto en el discurso explicativo de esta centuria. Igualmente desde el registro arqueológico se nos dice, por ejemplo, que existen dataciones del siglo v para una verdadera transformación del paisaje agrario, como sería el caso de algunas comarcas del noroeste de Hispania. La puesta en valor de aterrazamientos, por ejemplo, como muy agudamente acaba de anotar Paula Ballesteros, supone una «estrategia», un «diseño» y una «planificación» de los nuevos paisajes[112].

Alfonso Vigil-Escalera ha puesto en negro sobre blanco una serie de potentes evidencias empíricas para el centro de la Península Ibérica, que apuntan una vez más hacia esa panoplia de cambios en los indicadores principales de la ocupación del espacio rural a partir del siglo v. Los cambios se consolidan ya posteriormente, pero algunos de ellos se inician en ese siglo. El surgimiento de las aldeas, de los *castella*, el cercenamiento de los grandes circuitos de distribución, el auge de las producciones locales y las necrópolis antes llamadas «del Duero» como expresión de los cambios entre los campesinos son esos indicadores[113]. Vigil-Escalera ha propuesto un cuadro teórico y empírico, en un enorme esfuerzo por proporcionar no sólo nuevas evidencias y dataciones, sino también explicaciones coherentes. Entre sus argumentos quisiera destacar aquí las

conexiones que observa entre el final de las *uillae* y la emergencia de aldeas y *castella*, como nuevas formas de ocupación rural, siendo las necrópolis (hasta ahora conocidas como «del Duero») una expresión de tales comunidades. Propone para esas «necrópolis del Duero» el concepto de «necrópolis rurales postimperiales», y las valora como el registro material funerario que apunta a las formas sociales del paisaje rural de las aldeas[114]. En fin, lo que era conocido como «las necrópolis del Duero», y que tanta bibliografía ha merecido en el último medio siglo, pudiera empezar a ser visto como el uso funerario de los campesinos de las aldeas.

Y, en general en Occidente, la arqueología, que nos va informando de la existencia de estas aldeas como expresión campesina, como forma de asentamiento de comunidades locales que ocupaban el espacio rural, conecta invariablemente tal proceso con los cambios del siglo v. Aquí surgen discrepancias. La mayoría de los arqueólogos, insisto, conectan el fenómeno con los cambios del siglo v, pero no todos coinciden, por ejemplo, en que una parte significativa de esas nuevas aldeas sean o no producto del asentamiento bárbaro. En Italia se está defendiendo esta idea, en especial a cuenta de las aldeas de cabañas, *Grubenhäuser*, que han sido interpretadas por algunos como un trasunto del asentamiento de los godos a finales del siglo v, y luego de los lombardos, en la segunda mitad del vi[115]. En general, este tipo de registros con cabañas, que en ocasiones

se siguen gracias a restos tales como los agujeros de postes y suelos rehundidos, forman parte de un contexto general de simplificación material. Debe ser entendido dentro de los cambios del siglo v, en particular el retroceso del imperio en la mayor parte de los espacios occidentales y el giro de los intereses inversores, conectados a su vez con los esquemas culturales de signo elitista que conducirán a la emergencia de otros focos de atracción inversora, en particular las *ecclesiae*. En el caso de Francia, las persistencias de los modelos romanos de ocupación del espacio son visibles entrado el siglo v, pero desde mediados de siglo se aprecian cambios significativos. Uno de ellos, como en otros lugares, era el de la transformación de las *uillae*, que o bien fueron abandonadas o bien continuaron en usos productivos, como almacenes, como viviendas o necrópolis, y el otro fue el surgimiento de *castella* y de aldeas. Así que el paisaje rural de la Galia desde mediados del siglo v habría experimentado procesos muy similares a los conocidos en otras zonas de Occidente[116].

* * *

Quisiera hacer un pequeño balance sobre estas aportaciones del registro material al conocimiento de los cambios en las formas de ocupación del espacio rural. Insisto en que he seleccionado sólo algunos ejemplos. El

balance de esos cambios asombra por su contundencia, y por sus cronologías de inicio, precisamente centradas en el siglo v.

Uno de ellos es el fin de las *uillae* como expresión de los valores y de la inversión aristocrática romana, su transformación en centros productivos, a veces religiosos, casi siempre de almacenamiento, de viviendas modestas, frecuentemente con presencia de usos funerarios, y en general como signos de ocupación campesina. El otro puede ser resumido en la aparición, en no pocos casos coetánea a lo señalado anteriormente, de una red de aldeas y de asentamientos fortificados en altura, que pueden ser explicados desde los nuevos parámetros sociales, en los cuales ya no es tanto el *municipium* y la *ciuitas* quien coordina la organización de los *territoria* rurales, sino fuerzas campesinas que van definiendo núcleos estables de ocupación y gestión del espacio. Esto no implica que se trate siempre de grupos autónomos. A veces pudieron funcionar dentro de los intereses de los *potentes* —que no vivían en esas aldeas— e incluso de ciertas redes conectadas con sistemas supralocales de cariz político[117].

Las necrópolis rurales, en buena medida expresión de las formas de organización campesinas, arrojan resultados que nos alejan de interpretaciones necesariamente etnicistas. Puede que en algún caso grupos alóctonos puedan ser reconocidos en algunos registros. Ni siquiera los arqueólogos tienen una opinión común al respecto. Lo

realmente sustancial es que tales necrópolis, en los casos en los que puedan ser asociadas a comunidades campesinas, apuntan hacia las desigualdades incluso dentro de estas aldeas. Unos apenas tenían derecho alguno a ser enterrados en ellas, otros lo eran de manera muy poco destacada, y otros merecían una especial identidad y rango. La mera existencia de esos niveles de expresión funeraria es prueba de la organización interna de tales comunidades campesinas o aldeas[118].

Me parece que todo esto es muy relevante, puesto que nos empieza a permitir tener conocimiento de las jerarquías dentro de un campesinado que no era igualitario, y de cómo algunos grupos tenían acceso a los sistemas de intercambio y de distribución. Toda vez que los *potentes*, que vivían sobre todo en las ciudades y, a veces, en los *castella*, en buena medida trataban de controlar tales circuitos, y puesto que sabemos que el patrocinio y la dependencia personal no eran precisamente extraños en las sociedades occidentales del siglo v, estamos ante pistas del posible control que esos poderosos podrían estar ejerciendo en la configuración de las aldeas. Quienes ostentaban su rango interno con materiales de cierta entidad dependían de quienes tuvieran un acceso más directo a ellos, en suma, de quienes pudieran controlar el suministro de esos bienes de prestigio.

El mundo de los textos, el de Paulino de Pella, el de Salviano, o el de las *Formulae* sobre los campesinos que se encomendaban a los poderosos, y que tanto se copiarán en

la Galia y en la Hispania del siglo vi en adelante, pero que remiten a patrones formularios tardorromanos, podría estar relacionado con estos contactos de base que la arqueología parece ir aportando.

En fin, si en las ciudades se perciben síntomas clarísimos de cambio en los materiales de uso y en las funciones de los espacios, algo similar ocurre en no pocos campos de Occidente también en el siglo v. Naturalmente estas evidencias, de las que sólo he anotado algunos ejemplos representativos, se acumulan en los gabinetes de los arqueólogos y sus publicaciones, de las que yo sólo he mencionado algunas. Se puede argumentar que se trata de evidencias parciales. Puede ser. En mi opinión, no lo son tanto. Los datos empiezan a ser numerosos, y sobre todo interesan por la diversidad regional que presentan. La idea de cambios en la ciudad, y también en el campo, es poco menos ya que un lugar común en la evidencia empírica, y me parece que no podemos dejarla de lado. Creo además que hay nexos entre estas novedades arqueológicas y lo que el mundo del texto proyecta. He insistido ya en que tal mundo, el de la producción textual, es elitista, y obedece a los intereses de los grupos (eclesiásticos, monásticos, políticos, aristocráticos) que la genera.

La dosis retórica de un Paulino de Pella o de un Salviano puede conducir a que tal material tenga mala prensa científica, y a que alerte a nuestra capacidad crítica. Pero las alusiones a la degradación del estadio intermedio

de la sociedad romana de mediados del siglo v, a los cambios de referencias, a la vinculación de campesinos con poderosos que han decidido abstraerse del circuito fiscal, creo no están tan lejanas a los parámetros de ocupación del espacio rural y urbano que la evidencia arqueológica certifica, y que forman parte de los complejos cambios detectables en el siglo v, de los que he intentado ofrecer aquí una mínima versión.

CAPÍTULO 2
LOS BÁRBAROS

En los primeros años del siglo I d.C., un afamadísimo poeta romano decidió poner por escrito sus lamentos. Su vida se había oscurecido por el destierro. Exiliado por Augusto, sus huesos habían ido a dar a la zona del Mar Negro, a mucha más distancia de Roma de lo que hubiera imaginado nunca. Mandaba a Roma sus poemas, conocidos con el significativo nombre de *Tristia*, así como algunas cartas. Él, uno de los mayores poetas latinos, se hallaba en el confín del mundo civilizado, rodeado de bárbaros:

> «Pues los bárbaros habitan junto con nosotros, sin diferencia alguna, e incluso ocupan la mayor parte de las viviendas. Aunque no los temieras, los odiarías sólo con ver sus cuerpos cubiertos con pieles y por una larga cabellera. Incluso aquellos que se tienen por oriundos de una ciudad griega, se cubren con calzones persas, en lugar de con su vestido patrio. Ellos emplean entre sí una lengua común, mientras que yo me he de expresar con gestos. Aquí el bárbaro soy yo, puesto que nadie me entiende y los estúpidos getas se ríen de las palabras latinas.
>
> Aquí no hay ni un libro, ni quien me preste su atención, ni quien conozca el significado de mis palabras. Todos estos lugares están llenos de barbarie y de voces salvajes, todo lo embarga el miedo que el acento de los getas produce. Me parece que yo mismo me he olvidado ya de hablar latín: he aprendido ya a expresarme en gético y sármata»[1].

El bárbaro era, por definición, «el otro». Así lo había sido antes, en la Grecia antigua, escenario en el que surgió la *polis* como modo de vida, como comunidad política dotada de instituciones y de un sistema político, *politeia*. Fuera quedaba lo que los griegos entendían como la barbarie, que acogía a aquellos que no eran helenos y que, por lo tanto, sólo eran capaces —a sus ojos— de balbucear palabras. Después de todo —sostenían— sólo eran capaces de articular sonidos extraños, *bar*… *bar*… *bar*…, así que fueron conocidos como eso mismo, como *barbaroi*.

No hay que explicar mucho más para entender que el origen de la palabra, así como el desarrollo intelectual posterior, pertenecía a un contexto de sentimiento de superioridad helénica sobre todos los demás. Naturalmente, la idea de que «nosotros» somos los mejores, y los demás no, no era un invento griego. Puede encontrarse en los imperios próximo orientales y mesopotámicos, por ejemplo, en sus relatos de campañas militares y de sometimientos de enemigos. Pero los griegos sí crearon la palabra *barbaros*, singular, *barbaroi*, plural, y, con ella, toda una panoplia de características de los pueblos bárbaros, que en el caso de los pueblos septentrionales terminaron siendo verdaderos clichés que, *mutatis mutandis*, pasaron a Roma.

Cualquiera que haya leído a Heródoto comprenderá bien a qué me refiero. Pero, incluso quien no lo haya leído, y simplemente haya visto algunas vez ciertas representaciones del Partenón, podrá calibrar igualmente el sentido del

asunto. Las guerras entre griegos y persas fueron presentadas así, en la época llamada «clásica», como el conflicto entre la civilización y la barbarie. Y en ese mismo contexto hay que entender el programa iconográfico que Pericles impulsó para el Partenón, que expresaba en imágenes lo que los propios discursos del político ateniense trataban de insuflar a sus conciudadanos, o lo que las historias de Heródoto o Tucídides expresaban en textos. Por poner un ejemplo, hay que tener en cuenta que buena parte de los clichés que los helenos utilizaron para expresar cómo veían ellos a los escitas iban a pasar también a cómo los romanos veían a los godos.

Cuando la República romana se hizo con el control de Grecia, a partir del siglo II a.C., hacía ya mucho tiempo que mantenía contactos con los helenos que vivían en la propia Italia o en otras partes del Mediterráneo. Pero a partir de aquella fecha, la gran potencia que ya era Roma absorbió muchas de las ideas griegas, y entre ellas la del binomio entre bárbaros y griegos. Esto no era nuevo, Roma ya había asumido el contraste entre «nosotros» y «ellos», los *barbari* (ya en latín, precisamente derivado del griego *barbaroi*). Con todo, la eclosión del imperialismo romano posterior a su gran victoria sobre Aníbal en el final del siglo III a.C. y su control de Grecia en el II a.C. supuso el espaldarazo definitivo a semejante concepción. *Graecia capta ferum victorem cepit*, «Grecia fue conquistada, pero fue ella quien se hizo con el fiero vencedor». La idea poéticamente

expresada por Horacio, casi dos siglos después, consistía en reflexionar sobre cómo Roma había conquistado Grecia, sí, pero cómo ésta había sido realmente la vencedora, se entiende que intelectualmente hablando.

Así que cuando Ovidio fue exiliado por el primero de los emperadores, Octaviano Augusto, y recaló en el Mar Negro, tuvo que soportar un enorme contraste personal, el de su bagaje como miembro de la más alta cima cultural romana y la vida cotidiana entre aquellos bárbaros que tanto detestó. Cargaba las tintas en el aspecto (las pieles, las cabelleras) y la lengua. Ambos eran elementos distintivos que estarán en la base del binomio, del contraste, de la cesura entre romanos y bárbaros, y siempre bajo el manto de la superioridad absoluta en todo tipo de términos. La influencia de ciertas tendencias filosóficas griegas hacía mucho tiempo que había ido deslizando entre algunos círculos ilustrados romanos un cierto halo de simpatía, casi de una lástima por quienes eran vistos como salvajes. Ambos elementos, la superioridad y la compasión o el reconocimiento de ciertas virtudes bárbaras, son casi constantes en las alusiones al bárbaro que podemos encontrar en autores como César y, sobre todo, Tácito. Lo que quiero trasladar al lector es que Ovidio era, en cierto modo, un caso áulico, elitista, en cierto modo aislado, pero sumamente gráfico en cuanto que pieza del mosaico retórico, del tejido intelectual, sobre el que Roma sustentaba su posición intelectual frente a los bárbaros, en especial

frente a los pueblos del norte del Danubio y de más allá del Rin.

No podía imaginar Ovidio que cuatro siglos después la mismísima Roma iba a ser saqueada por unos bárbaros. A comienzos del siglo V, un hombre ya entrado en años que vivía en Belén quiso anunciar a todos sus lectores algo trágico. En el año 410, Jerónimo, que era el personaje al que me refiero, estaba escribiendo su comentario a Ezequiel. La obra, *Commentariorum in Hiezechielem libri XIV*, fue escrita durante cuatro años, entre 410 y 414[2]. A pesar de vivir en la Palestina romana desde hacía años, sus contactos con lo más granado de la aristocracia occidental eran muy fluidos, lo que le permitía estar relativamente bien informado de algunas noticias. Algo había sucedido en la capital del imperio, algo terrible a los ojos de muchos romanos. Jerónimo no salía de su asombro: Roma, la mismísima Roma, había sido saqueada por los visigodos. Desde los tiempos más antiguos de la República romana, hacía bastante más de medio milenio, no había sucedido nada ni siquiera parecido. Roma había sido invadida por ejércitos bárbaros, y saqueada durante varios días. Como habrá imaginado el lector, se trataba del famoso saqueo de Roma por Alarico, suceso acontecido en el año 410. En un mundo en el que las noticias tardaban en llegar a destinos lejanos, y en el que el propio Jerónimo, y sobre todo otros cronistas unos años posteriores, cometían errores debido a la dificultad para tener toda la información posible, aquel

episodio no pasó ni mucho menos de puntillas. Para nosotros, ciudadanos del siglo XXI, acostumbrados a pulsar una tecla y a entrar en imágenes de cualquier lugar de la Tierra a través de los satélites que sirven fotografías que circulan en Internet, es difícil, muy difícil, sopesar las dificultades que aquellos intelectuales tenían para valorar el mundo de su tiempo.

Pero el saqueo de Roma por Alarico fue un auténtico *shock* en la mentalidad colectiva de aquellos romanos que, de un modo u otro, se interesaban por la política. Naturalmente no podemos saber si esto preocupaba algo a los campesinos sometidos a servidumbres que en la práctica les convertían en poco más que esclavos de los grandes propietarios. Me inclino a pensar que en absoluto. Es posible además que incluso no pocos de esos grandes propietarios o de tipos bien situados en el sistema tampoco supieran gran cosa de lo que había ocurrido. Como mucho tendrían acceso a rumores, noticias sueltas, a veces ni eso. Otros, por el contrario, estaban más informados, formaban parte de circuitos de poder y, por tanto, de información, o a la inversa, y tenían más elementos de juicio. Entre éstos, algunos eran altos oficiales del sistema, tanto a nivel civil como militar, y otros formaban parte de la vida religiosa, bien como clérigos, bien como monjes. Jerónimo era uno de ellos. Se le ocurrió mencionar la metáfora de la luz para representar en el imaginario de su público nada menos que a la ciudad por antonomasia, la *Vrbs*, Roma.

> «La luz más brillante de todo el mundo se ha extinguido, y, de hecho, ha caído la cabeza del Imperio romano o, para decirlo más claramente, todo el orbe ha sido liquidado en una ciudad»[3].

La frase alberga la intención de destacar la entrada de Alarico en Roma en 410 como algo único, como un episodio poco menos que apocalíptico, como un punto de inflexión. Como veremos, no fue ésta la única alusión de Jerónimo al tema de lo que usualmente se conoce como «invasiones». Un poco antes ya mostró su preocupación por la situación de Occidente, siempre en el tono vehemente que le acompañó toda su vida, para desgracia de sus enemigos, que no eran pocos. Con frecuencia esto ha restado credibilidad a las referencias de Jerónimo sobre los bárbaros; pero su testimonio tiene el valor de la contemporaneidad, de pertenecer al selecto grupo de personajes bien informados en el mundo romano. Y en 410 los visigodos habían entrado en Roma. Sabemos que realmente el paseo de los visigodos por las calles de Roma no fue precisamente una visita turística, pero en todo caso no supuso un episodio más traumático en la práctica que lo que lo fue en la mentalidad colectiva de quienes pertenecían a la clase ilustrada del mundo romano.

De hecho, hacía poco más de tres décadas que el imperio había sido fuertemente derrotado por los propios godos en la batalla de Adrianópolis, en Tracia, en el verano del año 378. Allí murió incluso el emperador oriental Valente, y Amiano Marcelino, nuestra principal fuente,

compararía aquel desastre con el que tuvieron que vivir los romanos del siglo III a.C. ante Aníbal en la batalla de *Cannae*. Así que, después del fiasco de 378, no puede extrañar que el saqueo de Roma de 410, también a manos godas, provocara un impacto psicológico e intelectual en el mundo romano. Después de todo, el mismísimo Agustín iba a escribir su *Ciudad de Dios* para, en cierto modo, contestar a quienes veían en el triunfo del cristianismo la causa de semejantes males.

Roma y los bárbaros. El tema estaba sobre la mesa, sin duda. Y lo está en la de los historiadores actuales. Sucede que tanto la mirada de superioridad romana como la visión apocalíptica, que aquí hemos visto en los ejemplos de Ovidio y de Jerónimo, han restado credibilidad al tema en sí. Dicho en otros términos, hoy son muchos los colegas que minimizan la posible influencia de los bárbaros en los procesos de la desarticulación del siglo V. No todos, desde luego. En mi caso, estoy convencido de que el tema no debe ser aparcado. Incluso aunque este libro está centrado en el descabezamiento del sistema y en la posición intelectual de la elite romana, creo que es necesario echar un vistazo al asunto.

Habían sido bárbaros (quienes luego serían conocidos como visigodos) quienes vencieron a las tropas imperiales de Valente en 378, y quienes habían entrado en Roma durante unos pocos días del año 410. La frase de Jerónimo es una hipérbole retórica, pero expresa bien la preocupación

asentada en algunas de las cabezas de la intelectualidad romana del siglo v. Algo estaba pasando, y algo grave. Ya he dicho que Agustín trató de dar una explicación teológica a un planteamiento que era religioso pero también político. Después de todo, el mensaje agustiniano podría convencer a quienes se consideraban creyentes, miembros de una cristiandad que se había abierto paso triunfalmente en los esquemas de poder del imperio: la ciudad de los hombres podía caer, no así la ciudad celestial, el reino de los cielos en el que Dios espera a los hombres. Todo esto tiene mucho de mensaje religioso, por descontado, pero alberga además una consecuencia política, que tiene que ver con la superioridad con la que muchos obispos miraban ya al *saeculum*, al mundo que les rodeaba, y también al imperio, en pleno siglo v.

«Cubiertos con pieles y con una larga cabellera»

La frase, como ya hemos visto, pertenece a los *Tristia* de Ovidio, y está cargada de resquemor, no sólo hacia el bárbaro mismo, sino hacia la situación política y personal que al propio poeta le estaba tocando vivir cuando escribía éstas y otras palabras sobre los bárbaros de la zona del Mar Negro. Antes he mencionado a César y a Tácito. Dependemos de este tipo de textos, esto es, de la versión romana, para acercarnos a los bárbaros, porque los propios bárbaros no nos dejaron prácticamente ni una sola letra, si exceptuamos algunos casos muy específicos. Dicho con

otras palabras, para aproximarse a los bárbaros hay que leer a los romanos y a los griegos que vivían en el imperio, y esto es, en cierto modo, un problema. La imagen del bárbaro está pasada por el tamiz grecorromano. Ya en textos de finales de la República (César) o de comienzos del imperio (Ovidio y luego Tácito, entre otros), aunque distan varios siglos de la época de la que trata este libro, se ponen las bases para comprender cuál era el punto de partida intelectual desde el que aquellos romanos del siglo v analizaron lo que estaba pasando a su alrededor. Por eso creo necesario volver la vista atrás.

El romano descriptor de bárbaros por antonomasia es Tácito, quien muy a finales del siglo i escribió un ensayo, la *Germania*, que aunque describía a los germanos, realmente estaba focalizado a presentar a la *nobilitas* romana una lección moralizante, contrastando algunas virtudes bárbaras con la visión pesimista que Tácito tenía de su mundo. De manera que el texto está repleto de tópicos sobre los bárbaros (en este caso los germanos), al gusto helénico y también romano, pero siempre debe leerse dentro de una clave moral, ácida y crítica con la clase dirigente romana a la que él mismo pertenecía:

> «En el campo de batalla es vergonzoso para el jefe verse superado en valor y vergonzoso para la comitiva no igualar el valor de su jefe. Pero lo infame y deshonroso para toda la vida es haberse retirado de la batalla sobreviviendo al propio jefe; el principal deber de fidelidad consiste en defender a aquél, protegerlo y añadir a su gloria las propias gestas: los jefes luchan por la victoria; sus compañeros, por el jefe. Si la ciudad en la que

> nacieron comienza a embotarse por la paz y la inacción, la mayoría de los jóvenes nobles buscan voluntariamente otros pueblos que se encuentren en guerra, porque para esta raza la tranquilidad es enojosa y destacan con mayor facilidad entre peligros, aparte de que no se puede mantener un gran séquito sino con acciones violentas y guerras […] No se les puede convencer para que aren la tierra o esperen la cosecha tan fácilmente como para que provoquen al enemigo o se expongan a las heridas: es más, les parece de apocados y cobardes adquirir con sudor lo que puede lograrse con sangre»[4].

En el caso de César, que escribió siglo y medio antes que Tácito, es evidente que, en sus comentarios a la *Guerra de las Galias*, su intención era, precisamente, reivindicar su propia figura política. Es indudable que sus descripciones son apasionantes, en muchos casos imprescindibles. Siempre están mediatizadas por la imagen que César quería dar de César… en Roma. Con todo, es posible apreciar en algunas de sus descripciones ciertos ecos de los tópicos que pululan en la versión romana del bárbaro:

> «30. Pues bien, tan pronto como llegó nuestro ejército, comenzaron [los atuatucos] a hacer frecuentes salidas de la ciudad y a luchar con los nuestros en pequeñas escaramuzas. Después, habiendo sido circunvalados con un foso de quince mil pies de circuito y con numerosos castilletes, manteníanse en la ciudad. Cuando, avanzados los manteletes y formado el terraplén, vieron levantarse una torre a lo lejos, al principio se burlaban desde el muro y se mofaban a voces de que a tanta distancia se levantara tan grande aparato: ¿con qué manos o con qué fuerzas, sobre todo unos hombres de tan corta estatura (pues generalmente todos los galos desprecian nuestra pequeñez por ser ellos de tan gran tamaño), esperaban arrimar al muro una torre de tanto peso? 31. Mas, cuando vieron que se movía y aproximaba a las murallas, aterrados por aquel nuevo y desusado espectáculo, enviaron a César emisarios de paz»[5].

En este caso no se trata tanto de referencias a las costumbres, la apariencia física o un arquetípico carácter de los distintos grupos de bárbaros (como se puede leer del mismo César, por ejemplo, en la primera gran descripción de los germanos), sino de un telón de fondo que no es otro que la última superioridad romana en el terreno político y militar que, a pesar de desastres concretos, pone a salvaguarda el sistema pase lo que pase. Aquí la idea es deslizada por César bajo la apariencia de una de tantas anécdotas o episodios militares en su conquista de las Galias. Más o menos el mensaje es el siguiente, naturalmente parafraseado (he tratado de resaltar los énfasis con cursivas): *aquellos bárbaros* nos habían despreciado por *nuestra* pequeñez física, dada *su* evidente superioridad en ese terreno, todo ello sobre la base de su ignorancia sobre *nuestra* capacidad, inalcanzable para *ellos*, sorprendidos totalmente por *nuestra* ingeniería militar. Tal era el mensaje que César enviaba a sus lectores de la *nobilitas* romana.

Cuando Augusto, con una amalgama de medidas políticas, logró articular una base jurídica y sistémica a un poder autocrático que en la práctica ostentaba a partir de sus victorias en los ciclos de guerras civiles tras el asesinato de César, el tema del bárbaro fue uno de los vectores de la organización imperial. Su política fronteriza en el norte fue basculando desde las incursiones en Germania, más allá del Rin, hasta la fijación de la frontera precisamente en éste, además de la danubiana. En este sentido, el desastre de

Varo, que perdió miles de hombres en una batalla dentro de Germania, alteró los últimos tiempos del gobierno de Augusto. Cuando Veleyo Patérculo puso por escrito lo acontecido, dejó caer que los aires de confianza de Varo habían sido una de las causas del desastre, pero además deslizaba el agudo contraste entre la civilización, que griegos —primero— y romanos —después— se arrogaban representar, y la barbarie:

> «Pensaba que de hombres sólo tenían el habla y los miembros y que quienes no podían ser domeñados con la espada podían ser ganados por la justicia; con este propósito se adentró en el interior de Germania como si se tratara de hombres que disfrutaban de la paz, y pasó el verano administrando gustosamente la justicia y observando el correcto procedimiento legal… y se creía un pretor urbano administrando la justicia en el foro, no al frente del ejército en el corazón de la Germania»[6].

En fin, el mensaje intelectual y político que hay detrás de la versión emanada a partir de Veleyo Patérculo no era otro que, por un lado, la soberbia y exceso de confianza de Varo y, por otro, la incapacidad de los germanos para integrarse en las estructuras romanas, que en todo caso sólo podrían triunfar con la espada. Años después, cuando Tácito narre la revuelta de Julio Civil y los bátavos del Bajo Rin (acontecida en los años 69-70 d.C.), aportará una ácida reflexión sobre Augusto, lo cual, dicho sea de paso, no debe sorprender a quienes hayan leído alguna vez las *Historiae* y los *Annales* del gran historiador altoimperial. En este caso se trata de un fragmento de las *Historiae*:

> «Lo cierto es que Augusto había pensado que semejante recinto serviría para mantener a los germanos a raya, y no había previsto que la situación pudiese alguna vez degradarse hasta el punto de que fuesen ellos quienes viniesen a asediar a nuestras legiones»[7].

Puede que Augusto no hubiera calibrado con exactitud la capacidad de los germanos para movilizarse contra Roma en un momento determinado, pero es poco probable que el propio Tácito pudiera imaginar el papel que los germanos iban a tener en la historia romana posterior, a pesar de ser de los pocos intelectuales romanos que les dedicaron una atención específica, sin ir más lejos en su ensayo conocido como *Germania*. Se trata de un texto plagado de tópicos, una especie de guía de los arquetipos que los romanos manejaban sobre los bárbaros del norte. Pero era, sobre todo, un mecanismo para desplegar lecciones moralizantes a sus lectores. En cualquier caso, la percepción del bárbaro siempre parte de la dicotomía entre civilización y barbarie, tal y como, por ejemplo, se lee en Veleyo Patérculo, a quien ya he citado, que escribía en la primera mitad del siglo I d.C. y que, refiriéndose a los germanos que derrotaron a Varo, señalaba que no tenían nada de humano salvo sus miembros y el habla.

O, como sugería Plinio el Viejo, en una reflexión que recuerda algunas ideas de la *Política* de Aristóteles, aunque aquí no en alusión a la *polis* sino al *imperium* de los romanos, *Isdem* (los de las tierras intermedias, es decir, los romanos) *imperia*, *quae numquam extimis gentibus fuerint*[8].

Los romanos podían (podemos, desde la perspectiva de Plinio, claro) tener imperios, cosa que no pueden ni soñar los otros pueblos, los de fuera. Y los de fuera eran, por antonomasia, los bárbaros.

A nosotros nos interesan en este libro los del norte, especialmente los *germani*, sobre los que ya hemos visto qué pensaba Veleyo Patérculo. En fin, la impresión que tiene el lector de los textos escritos en la época del Principado es que los romanos eran conscientes del peligro de desastres específicos (como el de Varo al que se refiere el propio Veleyo). Y, sin embargo, al mismo tiempo hacían circular la idea de la imposibilidad de una derrota total, y la negativa a una última superioridad de los germanos. En esa referencia de Tácito que antes he citado sobre la revuelta de Julio Civil de los años 69 y 70, en la que contó con bátavos, y como suele ser habitual en sus textos, Tácito apostó por una reflexión personal bajo la apariencia de una mera referencia histórica de un pasado muy reciente para él:

> «Con las amenazas se mezclaban las promesas y, cuando la lealtad de los transrenanos se desmoronó, también entre los bátavos surgieron habladurías: no debía prolongarse más la agonía, y tampoco era posible que una sola nación aboliese la esclavitud del mundo entero. ¿Qué habían sacado de diezmar a las legiones a hierro y fuego, sino que acudiesen otras más numerosas y fuertes? Si era por Vespasiano por quien habían hecho la guerra, Vespasiano estaba ya en el poder; pero si estaban desafiando con las armas al pueblo romano, ¡qué pequeña porción del género humano eran los bátavos!»[9].

En la percepción de Tácito podía haber desastres, como

el de Varo, al tiempo que los bárbaros tenían sus propias virtudes, como describe en la *Germania* apoyándose en informaciones concretas pero también en ya clásicos clichés, pero en modo alguno cabía esperar nada especialmente preocupante. Recuérdese de nuevo la frase procedente del prefacio de los comentarios a Ezequiel por parte de Jerónimo, un texto escrito algo más de tres siglos después. De haberlas podido leer, sospecho que ninguno de los contemporáneos de Tácito pensaría que semejantes palabras habían sido escritas por un romano.

Evidentemente todo lo que hemos dicho hasta ahora está avalado sobre la base de cómo los romanos veían a los bárbaros del norte, o cómo querían que se les viera dentro del mundo romano. Los bárbaros no eran un único pueblo, y tampoco los grupos etiquetados con tal o cual nombre por los romanos eran conjuntos homogéneos. Lo que los romanos escribieron sobre los bárbaros obedecía o a la propaganda imperial, especialmente a la magnificación de las victorias o de los acuerdos, o a los intereses específicos de tal o cual autor o, como en el caso de Tácito, al deseo de moralizar y de plasmar en clave histórica la visión crítica que tenía sobre su propio tiempo. Llevo al lector casi medio milenio después de Tácito. Procopio de Cesarea, que escribía en griego en la Constantinopla de Justiniano, a mediados del siglo VI, mantenía aún los tópicos que habían recreado los autores del Principado. Escribiendo sobre los godos, un concepto que él generalizaba, hasta el punto que

en una alusión a godos y vándalos de la época de Honorio (muerto en 423), reiteraba que:

> «Todos éstos se distinguen entre sí por sus denominaciones, como ha quedado dicho, pero no se diferencian en nada más en absoluto, pues todos ellos son de piel blanca y rubia cabellera, de alta estatura y buen aspecto, están sujetos a las mismas leyes y practican la religión de forma similar»[10].

Como hemos visto más arriba, los clichés, la idea de una barbarie entre los pueblos precisamente del *barbaricum*, así como una cierta ideología moralizante y el convencimiento de la superioridad última romana, son los elementos comunes dentro del entendimiento del bárbaro por los romanos.

Tácito había usado sus descripciones sobre los germanos para proporcionar un mensaje moralizante dirigido a los cenáculos elitistas del imperio, de los que él mismo formaba parte. En su día, César lo había hecho para mostrar, pongamos por caso, que los germanos se encontraban en un estado de barbarie aún más acendrado que los galos, y en todo caso para ampliar la difusión de su propia gloria. Ovidio quiso subrayar algunos aspectos de los bárbaros en el Mar Negro para recordar a sus colegas en Roma su propia situación personal. Y así podríamos seguir. Interesa el bárbaro para algo, y cada caso, cada fuente, tiene su propia especificidad, pero todas ellas se mueven dentro de los clichés asumidos en su día por la *nobilitas* republicana, que a su vez había bebido en las fuentes de la intelectualidad

griega clásica y helenística.

En función de toda esta carga, ha sido muy habitual pensar que la relación entre romanos y bárbaros permaneció bastante inalterada durante el tiempo. Esto habría supuesto que, entrado el siglo v, la supuesta alteridad absoluta habría provocado un choque, un cataclismo. Claro que dicha alteridad se fundamenta en los clichés y la densa tradición que he tratado de resumir con la máxima brevedad de la que he sido capaz.

De nuevo entre el discurso textual y el material arqueológico

Más allá de los tópicos sobre la barbarie norteña que podemos encontrar en las fuentes de época imperial, lo cierto es que hace años que la arqueología va aportando datos específicos a partir de yacimientos situados más allá del Rin y del Danubio[11]. Es muy arriesgado interpretar tal o cual artefacto, tal o cual vasija, o tal o cual arma como indicativo absoluto de una vinculación con un determinado grupo bárbaro. Dicho en otros términos, asociar directamente un *ethnos*, una *gens*, que son conceptos propios de los griegos y romanos, y que terminaron por aplicar para referirse a un pueblo bárbaro (*gens Francorum* cuando no aparecía el escueto *Franci*, por ejemplo), con un material arqueológico específico es casi un salto de fe y, por qué no decirlo, un salto al vacío.

Sin embargo, pertenecieran a los grupos a los que

pertenecieran, los materiales que se conocen más allá de la frontera romana en la época imperial son muy interesantes. Del conjunto de tales datos puede extraerse una idea que me parece esencial. Y es que allá donde sabemos que existían jefaturas potentes, de las que tenemos claros indicios arqueológicos en algunos lugares al norte del Danubio Medio, no era extraño que se imitaran en el siglo IV las tipologías constructivas romanas, así como que se incorporaran objetos de uso y adorno personal de origen precisamente romano[12]. Lo cual también es rastreable más allá del Rin, desde el siglo III y especialmente en el IV d.C. Allí y entonces, y en no pocas ocasiones, tales jefaturas trataban de imitar y asumir el liderazgo romano. Esto es visible a través de la arqueología gracias a la documentación de materiales de prestigio civil y militar de origen romano, adquiridos por los grupos elitistas bárbaros bien a través del comercio bien de la imitación de las formas romanas.

Tales cuestiones son muy relevantes para comprender la transformación de las jefaturas bárbaras, que pasan a identificarse ante los suyos, en su condición de líderes, sobre la base de mecanismos romanos, proceso relativamente bien detectado desde el siglo III, y con bastante claridad en el IV y en el V. No puede extrañar, por tanto, y volviendo al caso de Alarico y el saqueo de Roma de 410, que el jefe visigodo, realmente, estuviera persiguiendo una titulación y unas asignaciones para su grupo, un reconocimiento oficial dentro del sistema, y no tanto

liquidar tal sistema. Después de todo, la política de los emperadores del siglo IV favoreció la participación de bárbaros como tropas al servicio del imperio, de manera que tanto los contactos comerciales (que a la larga tratarían de ser cercenados por los emperadores) como militares fomentaron que el lenguaje simbólico romano fuera la clave de la ostentación dentro del propio mundo del *barbaricum*.

Así que la idea de las invasiones debe ser matizada. Tal matiz no implica que no hubiera movimientos de pueblos más allá del Rin y del Danubio y que finalmente hubiera asentamientos relativamente masivos en los territorios imperiales, tanto en Europa como en África. Sí los hubo. Pero en el estado actual de las investigaciones, el concepto germano de *Völkerwanderung*, de las grandes migraciones, debe de tener en cuenta las relaciones que bárbaros y romanos habían tenido durante siglos, y que pueden percibirse en los textos pero también en la arqueología. Las grandes obras de síntesis, generalmente tituladas sobre la base del concepto «las invasiones germánicas», o sobre el más genérico de «las invasiones bárbaras», presentan, por tanto, ese problema. Se trata de trabajos meritorios, en algunos casos clásicos de la historiografía, que en todo caso ofrecen un relato de episodios demasiado perfecto.

El lector encuentra en tales libros, insisto que muy apreciados y respetables, obras en no pocos casos de grandes historiadores, una sistematización de todos los datos, de manera que se muestran hilos conductores de las

invasiones, desde la época del emperador Marco Aurelio hasta la instalación definitiva de los reinos de los visigodos, los vándalos, los burgundios, los ostrogodos y los francos, entre otros[13]. Muy recientemente, Heather ha compuesto una actualización de la cuestión de la migración, en todo caso convencido de que fue este complejo proceso uno de los motores fundamentales en las transformaciones del final del imperio, si bien su libro alcanza un horizonte cronológico más amplio que el romano[14].

En varios de sus trabajos ha sido Goffart uno de los autores que más ha insistido en minimizar el valor absoluto de tales reconstrucciones, y en llamar la atención sobre nuestra ignorancia, sobre los problemas que tenemos para saber qué era un godo o un burgundio en el siglo IV, en el V, en el VI. Nuestras fuentes son parciales, no tenemos una perspectiva completa, se nos dan nombres de pueblos en siglos distintos y en lugares diferentes, y la tentación de desplegar mapas con flechas de movimientos claros de pueblos (las «invasiones») es muy grande. Es indudable que hubo movimientos relativamente masivos de pueblos. Incluso autores muy críticos con el modelo historiográfico de la etnogénesis, como Goffart o Kulikowski, no dudan de semejante cosa. La cuestión estriba simplemente en llamar la atención sobre la dificultad de ofrecer un cuadro explicativo tan cerrado y perfecto como se hace en ocasiones. Las etiquetas con las que los romanos nombraban a los pueblos no necesariamente corresponden a pueblos

idénticos durante siglos, ellos mismos estuvieron asentados en tierras muy diversas, asumiendo otros conjuntos humanos, importando materiales, símbolos romanos. Otros, como Halsall, ponen el acento del asunto no en los bárbaros, sino en los romanos, de manera que la entrada y asentamiento de pueblos no habría sido tanto un factor propiamente bárbaro, sino una consecuencia de los cambios dentro del funcionamiento del imperio[15].

También desde la arqueología se ha llamado la atención de la necesidad de hacer estudios locales, yacimiento a yacimiento, que hace ya tiempo que comienzan a demostrar la distancia entre el tópico grecorromano y la realidad material, por ejemplo, en lo referente a la incapacidad bárbara de articular ciudades y comunidades estables, cosa desmentida precisamente a partir de yacimientos situados más allá del Rin y del Danubio; del mismo modo, la identificación directa entre etnias y determinados materiales también ha entrado en crisis hace tiempo[16].

Cuando uno explica en clase estas cosas algunos alumnos sienten una cierta frustración, al menos yo tengo esa impresión. Probablemente esperaban del profesor un relato apocalíptico del fin de un mundo a manos de los ya famosos melenudos de Ovidio y de tantos otros «clásicos». Tales «melenudos», en cambio, llevaban siglos comerciando con Roma y, en la época sobre la que este libro trata, estaban más interesados (como Alarico y tantos otros) en obtener generalatos y titulaciones oficiales romanas, además

de tierras y pagos en oro o plata, que en destruir nada de lo que bien conocían.

Además, los bárbaros eran grupos desde luego mucho más heterogéneos de lo que las fuentes dan a entender. En el caso de los grupos situados más allá del Rin, que desde la República tardía y los días de Augusto se terminaría configurando como la principal frontera con el *barbaricum* en Europa, junto a la del Danubio, la idea y el término de *Germani* puede hacer pensar en una falsa simplicidad. Eran muchísimos los grupos interpretados por Roma como susceptibles de relacionarse con el término. Basta leer la propia obra de Tácito. Pero dicha simplicidad, reitero que falsa, fue muy útil siglos después. En el siglo XIX y desde luego también en el XX, aunque hay precedentes en el Renacimiento, se consolidó la idea según la cual había un vínculo directo entre los alemanes y aquellos pueblos de Germania. En el invierno de 1807 a 1808, Fichte pronunció los famosos *Discursos a la nación alemana*, en un contexto de presión del entonces victorioso Napoleón. Y en ellos, Fichte asimilaba a los romanos del siglo I a los franceses de su época, y a los germanos con los destinatarios de sus discursos. Todo esto se fue articulando no sólo sobre bases propagandísticas, sino también académicas, como fue, por ejemplo, toda una serie de estudios que ponían el acento en la filología, es decir, en los vínculos de lenguas germánicas habladas por aquellos pueblos de más allá del Rin. En fin, también a comienzos del siglo XIX fundará Stein la sociedad

que se iba a dedicar a estudiar la historia antigua alemana, con particular atención a la recuperación del imaginario germánico, muy volcado a la recopilación de textos. El historicismo del siglo XIX y de buena parte del XX, en suma, y no sólo en los ambientes de Berlín, dio formato definitivo a la ecuación entre lengua, nombres de pueblos y mapas con flechas[17].

Los textos romanos se refieren a *franci, alammani, gothi*, pero el estado actual de la investigación tiene bastante claro (es uno de los pocos lugares comunes de la ciencia en este punto) que realmente se trataba de amalgamas de pueblos, que con el tiempo fueron desarrollando identidades colectivas más gruesas. Donde sí existen grandes discrepancias es en la cuestión de la identidad de estos pueblos. Lo primero que hay que decir es que entre el mundo de los clichés y los tópicos que Tácito maneja en su *Germania* y los pueblos llamados germánicos (en atención a criterios filológicos forjados en el siglo XIX) del siglo V pasaron varios siglos, y no todos los nombres utilizados por él persistieron, y tampoco los que lo hicieron correspondían necesariamente a los mismos grupos. Ni siquiera todos los pueblos del norte eran germánicos, si aceptamos tal denominación. Los hunos, que pasaron a la zona del Mar Negro, y a mediados del siglo V a Occidente, procedían probablemente de las estepas asiáticas, y, por ejemplo, los alanos tampoco eran germanos. El lector no iniciado en estas rarezas puede sorprenderse por semejante barullo.

Siento confundirle aún más, pero las cosas fueron mucho más complejas que una invasión de melenudos. Es aquí cuando algunos de mis alumnos lamentan que no funcione la escena del anuncio de una famosa cerveza, en la que los bárbaros aparecen como bestias salvajes que sólo se rinden al placer del «bebercio».

Al mismo tiempo que hubo procesos de concentración de poder, riqueza y ostentación entre las jefaturas bárbaras, al calor de las relaciones con Roma, éstas fueron formando bases de identidad colectiva que permitieron sancionar las jerarquías. Semejantes procesos son rastreables en las fuentes, con la ya sabida dificultad de leer en autores que no eran precisamente bárbaros. Ya que en este libro se menciona más a francos, godos o hunos, digamos que los alamanes, por ejemplo, enfrentados a mediados del siglo IV al entonces césar Juliano, estaban dotados de una compleja estructura de poder con dos reyes, varios *proximi reges*, a los que había que añadir una decena de príncipes entre otros puestos con carácter real, en fin, todo un escalafón de realezas dentro de la gran confederación de *alamanni*[18].

Hoy se discute si este proceso de apuntalamiento de complejas estructuras aristocráticas y monárquicas, los grandes liderazgos que en ocasiones iban a quedar en el entorno de unas pocas familias, fue acompañado por la creación de leyendas dentro de tales núcleos de poder. Semejantes relatos, a los que sólo podemos acceder por versiones vistas desde el lado imperial, tenían mucho que

ver con los supuestos orígenes geográficos remotos, con líderes míticos, y con ciclos fundacionales de cada una de esas grandes amalgamas, a las que los romanos llamarán *gentes*, *nationes*… (*gens Francorum* o *Franci, gens Gothorum* o *Gothi*, etc.). Esta interesante versión tiene la virtud de conjugar aspectos culturales con políticos, y de entender la formación de las grandes identidades bárbaras bajo una perspectiva histórica, del desarrollo de unas familias dirigentes que habrían promovido tales mitos fundacionales. Otros, por el contrario, no creen ni una sola palabra de tales leyendas, criticando, yo creo que injustamente, a los primeros por algo que no han hecho, es decir, dar demasiada credibilidad a tales mitos. La cuestión radica, por el contrario, en explicarlos como parte de una estrategia de poder, muy lejana a la visión del bárbaro salvaje carente de toda articulación interna, que es la que ha prevalecido hasta nuestros días a través de cierta literatura romántica, del cine e incluso, hoy día, de videojuegos y de anuncios de televisión[19].

Como he dicho antes, es cierto que en el siglo XIX fraguaron determinados intereses políticos centroeuropeos que trataban de identificar una especie de nacionalismo germánico que supuestamente hundía sus raíces en la Antigüedad y en la Edad Media, y en el papel que habían ido teniendo los germanos desde entonces. Y, sobre todo, interesaba la idea de una invasión de grupos que apenas tenían nada que ver con los romanos, dicho en otros

términos, un choque de culturas que había terminado deparando una superioridad de los «recién» llegados. De hecho fue en época moderna, en el siglo XVI, cuando triunfó en Centroeuropa la expresión *Völkerwanderung*, en alusión directa a movimientos masivos de pueblos. No puede extrañar que la recurrencia constante a un supuesto pasado glorioso germánico, en el que la mayoría de estos pueblos habrían hablado lenguas precisamente germánicas, fuera un mecanismo nada desdeñable en el panorama académico del siglo XIX y de buena parte del XX. No fue casual, por ejemplo, la financiación de un gran proyecto académico (filológico e histórico) como los *Monumenta Germaniae Historica*, que pretendía recuperar ediciones críticas de todos los textos que de un modo u otro avalaran el supuesto protagonismo de un «mundo germánico» en la Antigüedad tardía y la Edad Media. El proyecto surgió a comienzos del siglo XIX, pocos años después del Congreso de Viena, pero realmente cogió ritmo avanzado el siglo, sobre todo merced al impulso que le dio G. H. Pertz, quien, por orden de Stein, se lanzó a una auténtica carrera a la búsqueda de manuscritos. Desde que en 1826 apareciera el primer volumen, la colección fue todo un éxito en términos académicos, y también políticos, después de todo Pertz obtuvo, gracias a la influencia de Ranke, el jugoso puesto de director de la Biblioteca Real de Berlín, y a pesar de su muerte el proyecto continuó, entre otros, nada menos que con Mommsen[20]. Hubo, en cierto modo, una apropiación de un proceso del pasado para

intereses políticos y culturales de un tiempo muy distinto, y no sólo en Centroeuropa[21].

Por lo tanto, no puede extrañar que entre los especialistas que critican la versión que se interesa por las leyendas fundacionales bárbaras, se utilice como argumento esta cuestión del pangermanismo, de tal guisa que a esos autores se les relaciona —creo que muy injustamente— con semejante línea de pensamiento. Se comprende que se use como argumento pero, al menos en mi caso, no se comparte. Insisto en que, si uno lee con atención los trabajos de Wolfram o de Pohl, no va a encontrar nada de eso en sus textos. Al menos yo no lo detecto. Ya he dicho que el interés por las leyendas no significa ni considerar que sean reales ni mucho menos llevar el asunto tan lejos como lo hicieron los pangermanistas del siglo XIX y la primera mitad del XX.

Si nos centramos exclusivamente en el concepto de «invasión», me temo que no avanzaremos mucho. Se trataría más bien, creo, de formular hipótesis sobre evidencias empíricas textuales y arqueológicas, y tratar de valorar en cada caso el papel de los bárbaros. No creo que funcione bien ni el modelo invasionista ni el que relega a los bárbaros de manera casi absoluta. ¿Debemos entonces prescindir, a pesar de sus cargas retóricas, de las referencias de Jerónimo, de Paulino de Pella, de Orosio, de Salviano o de Sidonio Apolinar? ¿Es que sus alusiones a los bárbaros son pura entelequia? No lo creo. Algunos de ellos vivieron en la época en la que los bárbaros comenzaron sus

instalaciones definitivas en suelos occidentales y meridionales. Otros, como en el caso de Salviano y sobre todo de Sidonio, ya dentro de los reinos bárbaros consolidados, de manera que iban a tener que adecuar sus estrategias de continuidad, y reformular sus mecanismos de poder dentro de tales sistemas. Este libro analiza, precisamente, varias de dichas adecuaciones.

* * *

La idea según la cual el imperio había finalizado por alguna causa concreta ha estado más presente en el panorama académico de lo que pudiera imaginarse, de ello da prueba Alexander Demandt, que ha contabilizado las causas que a tal respecto se han esgrimido… y son muchas decenas[22]. Ha sido así como mínimo desde el siglo XVIII y Edward Gibbon, quien sostenía que había sido el cristianismo el auténtico catalizador de la «decadencia» (*decline*) y «caída» (*fall*) del imperio. Puede imaginarse fácilmente que los bárbaros han ocupado un papel muy recurrente en este aspecto que pudiéramos denominar como causal. Al fin y al cabo, fue un bárbaro (Alarico) quien saqueó Roma en 410, fue otro bárbaro (Genserico) quien lo volvió a hacer en 455, y fue otro bárbaro (Odoacro) quien depuso a Rómulo Augústulo en 476. Es, por lo tanto, difícil sustraerse a la idea según la cual fueron los bárbaros los

causantes del final de Roma como imperio en Occidente. En el estado actual de la cuestión, ¿es operativo plantear que los bárbaros hayan sido *la* explicación directa al final del imperio?

Para algunos sectores —insisto que actuales— de la historiografía, sí. Me refiero a planteamientos que colocan los movimientos de pueblos que los romanos llamaban *barbari* como agentes motores, catalizadores e incluso decisivos. Recientemente, y con distintos planteamientos, han insistido en ello Peter Heather y Bryan Ward-Perkins[23]. Para otros sectores, no. En el lado opuesto del péndulo historiográfico encontramos a quienes sostienen que la continuidad del mundo romano (en usos fiscales, culturales y administrativos) fue lo más característico del siglo V y aun de los siguientes, con independencia de la consolidación de los reinos bárbaros. Quien mejor ha codificado este planteamiento es Jean Durliat, que en todo caso presenta numerosos problemas que, a mi juicio, son difíciles de asumir[24]. Y Walter Goffart, que no es partidario de la radicalidad continuista de Durliat, bien puede ser situado entre quienes se acercan más a tal posición que a quienes otorgan un peso específico de los bárbaros en las dinámicas históricas del siglo V.

En un planteamiento muy diferente se encuentran las propuestas que ven a los bárbaros como los protagonistas de una cultura política forjada en lo que ellos llaman unos núcleos de tradición (*Traditionskern*), a la que me acabo de

referir unos párrafos más arriba. Sin negar una fuerte influencia romana en sus parámetros culturales y políticos, esta teoría, desarrollada a partir de las hipótesis expuestas por Wenskus y articuladas después por Wolfram y Pohl sobre la «etnogénesis» bárbara, tiene el mérito de comprender los relatos sobre los orígenes de estos pueblos como productos culturales e ideológicos que tendían a fijar los valores que interesaban a los cabecillas de cada una de las gentes bárbaras que se instalaron en territorio romano[25]. El debate continúa, y es especialmente fructífero, aunque en ocasiones un tanto agrio[26]. Pero lo importante es señalar que, en el estado actual de los conocimientos y con independencia de la posición específica que se adopte sobre el protagonismo o irrelevancia de los bárbaros en la evolución de los indicadores políticos, tributarios, culturales y sociales del siglo v (y de los siguientes), es posible tener en cuenta algunos elementos que, a mi juicio, son básicos. Uno de ellos es la relativización del concepto «invasión». Éste se ha elevado durante mucho tiempo a categoría absoluta, a modo de explicación total, que cuadraba bien en el mundo de los Estados europeos de corte imperialista de la época moderna y contemporánea. Y no es ésta la única dificultad que tenemos para acercarnos al papel de los bárbaros.

Una de ellas, acaso la más importante, es la naturaleza de nuestra documentación. Ya he insistido al inicio de este capítulo en que dependemos de la percepción expresada a

través de textos griegos y latinos, que por definición tratan al bárbaro con una alteridad acusada, presente desde los orígenes de la historiografía griega y en la misma etimología de la palabra. Para la época del imperio tardío, es cierto que la intelectualidad romana se fue adaptando, por lo general, al calor de la inclusión del cristianismo en los cenáculos dirigentes del poder político y de la emisión de textos literarios y religiosos[27]. Pese a esa adaptación a la realidad de unos pueblos cada vez más presentes en la vida cotidiana de los romanos, cabe señalar que hubo una alta dosis de mantenimiento de los tópicos aplicados a estas gentes desde César y Tácito. No se trata sólo del problema de la etnicidad, que se contempla en los debates bien como mera invención bien como elaborado producto cultural y político, sino incluso de cuestiones aparentemente más concretas, tales como la realeza, las estructuras sociales de los pueblos bárbaros o su alcance demográfico.

Siendo esto así desde el plano textual, las cosas no están mucho más claras en el terreno de la cultura material, detectable a través del registro arqueológico. Entre los arqueólogos de prestigio actuales no existe en modo alguno acuerdo al respecto, de manera que hay quien cree detectar cabañas bárbaras en función de determinadas estructuras de habitación que se conocían más allá del Rin y que aparecen más tarde (sobre todo desde el siglo V) en territorio imperial, y hay quien entiende que en modo alguno se puede establecer tal asociación. En fin, hay quien otorga

atribuciones étnicas a determinadas necrópolis y hay quien recela de ello[28]. Y si tal es la horquilla de las posibilidades en el terreno arqueológico, puede imaginar fácilmente el lector que en el espacio de las instituciones, las relaciones de poder, las ideas o las fuerzas sociales las posiciones son a veces inabarcables incluso para los iniciados[29].

Pese a todo esto, es difícilmente discutible que hubo instalación de pueblos bárbaros dentro del territorio imperial, instalación que fue un fenómeno casi generalizado en este siglo v que nos ocupa. Es cierto que desde tiempos muy remotos hubo penetraciones de pueblos bárbaros en el imperio romano, con más o menos fortuna. Además, las relaciones entre los bárbaros y el imperio habían sido más intensas de lo esperable antes de que conociéramos datos sobre la importación de bienes de prestigio de origen romano por parte de las elites bárbaras del centro y del norte de Europa, sobre todo en los siglos III y IV. Ya dije que lo más destacable de tales contactos fue la adopción, por parte de tales grupos, del lenguaje simbólico romano, de la manera a través de la cual se podía cimentar en el terreno del ideario y de los indicadores externos una posición labrada sobre la base del linaje, del prestigio y de la jefatura militar.

Así que el diálogo entre la «barbarie» y la «romanidad» venía de lejos, y afectaba no sólo a los enfrentamientos y pactos militares (que de todo hubo en los siglos III y IV), sino también al ámbito del comercio y de la influencia en el

lenguaje de los símbolos y del poder. El cambio que se detecta para el siglo v consiste, en esencia, en que esos movimientos terminaron con el *asentamiento* de no pocos de ellos (suevos, vándalos, alanos, burgundios, visigodos y, más tarde, ostrogodos y francos, entre otros), un asentamiento que, con variantes, fue estable. Todo esto, naturalmente, también presenta problemas. Señalaré dos.

Uno: por más que hablemos de «visigodos», «francos», «alanos», estos nombres responden a etiquetas, a veces de muy rara detección en los textos (como el caso de los visigodos). Pero lo habitual es que se trate de denominaciones con las que los romanos, bien fuera el poder político, bien la elite intelectual, bien sectores de la Iglesia, trataban de simplificar a grupos que eran mucho más heterogéneos de lo que aparenta una denominación sencilla como «francos» o como «alanos». Había grupos diversos dentro de cada supuesto pueblo, en ocasiones con jefaturas diferenciadas, que sólo tras complejas evoluciones terminaron cuajando (en no pocas ocasiones ya fuera del ámbito cronológico de este libro) en unidades políticas estables. Además, su instalación, la ocupación de un espacio territorial, no fue inmutable, hubo cambios. Éstos pudieron ser sincrónicos (como los alanos, que al mismo tiempo estuvieron distribuidos en distintos lugares según sus jefaturas), o diacrónicos, en función de dónde estuviera un determinado pueblo o conjunto de pueblos en cada momento[30].

Dos: se discute si tal asentamiento consistió en un acceso directo a la tierra, que es la tesis tradicional al menos desde Gaupp, o si más bien, como propuso Goffart en 1980, se trataba de un control de los ingresos e impuestos derivados de esas propiedades[31]. Es una discusión que no está cerrada, pero que ha quedado en cierto modo encerrada en unos parámetros fijos, que suponen la discusión sobre si *sors* equivale a lote de tierra o a la compensación tributaria sobre la misma, por poner un ejemplo. Pero, fuera con acceso directo a la tierra o a la capacidad de recursos sobre la misma, lo cierto es que el siglo V es el de la consolidación de la cotidianeidad de la presencia bárbara en no pocas regiones de Europa y del norte de África. Aun siendo probablemente pocos en términos demográficos, creo difícilmente discutible que capitalizaron la construcción de símbolos políticos, generalmente a imitación romana, pero con un componente propio de sus tradiciones de jefatura encarnada en realeza, con las que los *domini* romanos tuvieron que convivir. El asentamiento de los bárbaros se produjo. Se puede tener una posición minimalista o maximalista en cuanto al alcance de tal proceso, pero éste existió. La aristocracia de carácter senatorial siguió existiendo como tal durante un tiempo, por ejemplo el que alcanza este libro. Con independencia de que el Senado siguiera funcionando, lo cierto es que se produjo un reajuste de la legitimidad, de las claves de la ostentación, y un crecimiento de la militarización[32].

CAPÍTULO 3
PERDIERON POR SU NEGLIGENCIA.
LOS ÚLTIMOS EMPERADORES

Los antiguos romanos habían disfrutado de un gran dominio territorial, pero…

> «lo perdieron por su negligencia»[1].

Esta frase fue recogida en un texto legal del siglo VI. Puede sorprender al lector que quienes anotaron la afirmación también eran romanos. Aquellas palabras salieron nada menos que de la oficina imperial de Justiniano. El propio emperador romano de Oriente estaba detrás de la frase, que pertenece a una de sus más famosas *novellae*. Y no es una paradoja. El documento jurídico en el que unos romanos decían que otros romanos habían perdido el imperio se publicó bajo el gobierno de dicho emperador, Justiniano, en el siglo VI, y en el Mediterráneo oriental. Para entonces hacía bastante más de un siglo que el antiguo imperio romano había quedado definitivamente dividido en una parte occidental y otra oriental, y hacía más de medio

siglo que la parte occidental había desaparecido como sistema político.

Así que era el gobierno de los romanos de Oriente quien recordaba que Roma había sucumbido por la negligencia de sus emperadores. No se atisba mucha lástima, pero tampoco demasiada indulgencia en semejantes palabras.

Para cuando Roma desapareció como imperio, a finales del siglo v, la parte oriental perduró casi mil años más. No está mal para una continuidad no exenta de rupturas, cambios y transformaciones. Aquellas gentes, o al menos sus elites, que controlaban el Mediterráneo oriental y el Oriente más próximo, se consideraban políticamente romanos. Su capital, Constantinopla, fue fundada por un emperador romano como Constantino, sobre la antigua ciudad helénica de Bizancio, en el estrecho del Bósforo. El viajero actual visita en Estambul sobre todo (aunque no exclusivamente) una ciudad musulmana, pero también percibe ecos, incluso restos visibles, de aquel pasado romano, que duró un milenio y que conocemos a veces como imperio bizantino. Pero, insisto, ellos se llamaban a sí mismos «romanos», y de hecho lo eran en el sentido político de la palabra.

Volvamos a la frase que me ha servido como pequeña introducción a este capítulo. El emperador bajo cuyo gobierno se emitió la disposición jurídica de la que procede semejante afirmación estaba empeñado en recomponer lo que había sido la integridad del imperio, pero en un sentido

total, o global, como diríamos hoy. Al menos estaba decidido a llegar hasta donde le fuera posible. Por descontado, me refiero al propio Justiniano, que gobernó entre 527 y 565. Hemos visto de modo gráfico en la frase que he seleccionado que este emperador estaba muy interesado en difundir la idea según la cual fue la negligencia de los romanos —occidentales, eso sí— la que había provocado la pérdida del imperio, a la sazón no menos occidental. El lector se percatará del continuo juego de superioridades con respecto a este lado del Mediterráneo que quiso insuflar Justiniano a este texto. Pero quedarnos aquí no agotaría el sentido de la frase. De hecho, comprenderla en su plenitud permite, precisamente, introducir la idea con la que deseo comenzar este capítulo.

Era mucho más que un reproche. Se trataba de todo un alegato sobre la pérdida de Roma, y sobre el fracaso de quienes habían dirigido Occidente. Que se recordara semejante cosa unas décadas después no era un asunto menor, de modo que se componía un enunciado ideológico, en el cual el todopoderoso Justiniano, que ordenó una ofensiva hacia el oeste, trataba de justificar dicha expansión. Dicho en otros términos, Justiniano estaba diciendo que iba a conquistar lo que se había perdido… porque él era el emperador romano. Quería hacer creer que estaba en su derecho. Tal era la ideología de la recuperación imperial. Y aquí cuajó plenamente, en la corte romana oriental, la idea de la pérdida de Roma, precisamente porque el

entonamiento de la incapacidad de los últimos emperadores occidentales permitía proyectar la idea según la cual Justiniano se limitaba a recoger lo que en derecho era suyo. La idea de que Roma había sido un desastre en su época final era así un argumento útil a quien se presentaba como un restaurador, como quien podía mejorarlo todo hasta el punto de revivir los tiempos del imperio único.

El gran historiador Arnaldo Momigliano escribió que el final de Roma como imperio había sido una suerte de «caduta senza rumore», una caída sin estruendo, el final lógico de un proceso que no había dejado grandes impactos en los textos de la época. Y tenía razón. Hay que buscar con lupa en las fuentes de Occidente para encontrar algún pequeño hilo que nos conduzca a una mínima expresión por parte de los contemporáneos que manifestara el sentimiento de estar viviendo un final. Da la sensación de que el famoso episodio de la deposición de Rómulo Augústulo en el año 476 por el bárbaro Odoacro, el envío de los símbolos imperiales a Constantinopla y el final de Roma como imperio apenas dejan ecos en los textos de la época entre los occidentales.

Sin embargo, la idea del año 476 como una especie de explosión política, de final histórico, cuajó *precisamente* desde Oriente. Fueron los cronistas que escribían bajo el gobierno de Justiniano quienes codificaron algo así como «el sensacionalismo intelectual» del asunto. Naturalmente, las razones que dichos cronistas tenían para subrayar que en

Occidente se había producido una catástrofe en el año 476 venían a ser las mismas que tenía su emperador, es decir, Justiniano, para anunciar que los occidentales habían perdido el imperio por su negligencia. Todo formaba parte de la misma estrategia, del mismo escenario político. La idea, en definitiva, era que había un vacío y que, naturalmente, la corte de Constantinopla estaba dispuesta a llenarlo con sus barcos de guerra, sus generales, sus tropas y sus burócratas.

Claro que hasta que Justiniano impulsara semejante despliegue ideológico, político y militar, había pasado mucho tiempo desde que el imperio romano de Occidente hubiera experimentado los síntomas definitivos de su desarticulación.

* * *

La situación militar y geoestratégica del imperio occidental a mediados del siglo V era muy delicada. A pesar de algunos logros, en conjunto no se puede hablar de un afianzamiento del poder imperial occidental. Más bien al contrario. Es cierto que en 451 se había vencido a Atila, y no lo es menos que la muerte de éste un par de años después vino seguida de una serie de movimientos que, salvo alguna ofensiva contra intereses romanos orientales, terminaron conduciendo a la desintegración de la «galaxia» huna, que

no era sino un gigantesco conglomerado de pueblos, una enorme confederación militar que no sobrevivió mucho tiempo más. Por ese lado, Occidente había salvado los muebles con bastante nota, eso sí, contando con la ayuda decisiva de los bárbaros, y entre ellos, y de manera especial, con los visigodos. Un segundo tema tiene más que ver con desavenencias palaciegas. Me refiero al asesinato de Aecio en 454 y al de Valentiniano III en 455. El primero había sido capaz de articular una estrategia defensiva sobre la base de los ya mínimos recursos imperiales, dando por perdidas las prósperas y vitales regiones africanas, y centrando su estrategia en salvaguardar Italia y cuanto se pudiera de las provincias del sur de Europa. El segundo, y sólo por su origen familiar, encarnaba el símbolo imperial que suponía la dinastía de Teodosio. Ninguno de los dos pudo resolver el problema de los vándalos en África, salvo a través de pactos progresivamente debilitadores para los intereses políticos y fiscales del imperio. El saqueo de Roma por esos mismos vándalos en 455 tuvo un efecto perverso, a modo de certificación de la imposibilidad de recuperar la necesaria tributación norteafricana.

También por entonces se produjo el vacío de poder que había dejado el apedreamiento y linchamiento de Petronio Máximo, senador, conjurador y a la sazón sustituto de Valentiniano III. De modo que la situación en Roma era una especie de caramelo envenenado. Quien accediera al poder iba a hacerlo con la consciencia de una serie de problemas

gravísimos. La detracción de excedentes por parte de las aristocracias era uno muy notable. Como ya he dicho, la consolidación del reino vándalo, el estrangulamiento de los circuitos de aprovisionamiento alimentario y tributario de procedencia norteafricana, acentuaba el problema. Además, la geopolítica tampoco ayudaba: suevos, visigodos, vándalos, burgundios y alanos eran algunos de los pueblos que controlaban antiguas provincias romanas, o parte importante de las mismas. En resumidas cuentas, el imperio occidental, justo tras la desaparición de Aecio y de la casa teodosiana, estaba en dificultades para, al menos, hacer frente al control de algo más que Italia. Y la impresión que uno obtiene de las fuentes es precisamente ésa, que los emperadores trataron de conservar Italia, sacrificando a cambio la escasa presencia imperial que, desde hacía algún tiempo, iba quedando en el resto de Occidente. El punto final de este proceso es bien conocido. Cuando ya sólo quedaba Italia, y en uno de los amotinamientos de las tropas bárbaras federadas, la autoridad imperial o lo que quedaba de ella no pudo salir adelante y fue depuesta.

En el terreno de los símbolos políticos, la situación no era mucho mejor. Cuando los vándalos de Genserico entraron en Roma, en 455, tomaron buena parte de tal simbología, encarnada en las damas imperiales. No creo que deba verse aquí una especie de imagen de salvajismo depredador, sino más bien un fino cálculo político del hábil Genserico. Ya había dado muchas muestras de su

inteligencia política, y también de su audacia. Lo que hizo en 455 fue llevarse a África nada más y nada menos que a Eudoxia y sus hijas, Eudocia y Placidia. Eudoxia era la viuda de Valentiniano III e hija de Teodosio II, el emperador romano de Oriente fallecido hacía un lustro. Genserico calculó bien las posibilidades que estas damas imperiales, descendientes directas de la casa teodosiana, daban como lanzadera de legitimidad para sus eventuales candidatos a la púrpura. En otros términos, estas féminas eran una carta política en la incertidumbre que se abría. Claro que no era el rey vándalo el primero en calibrar el interés estratégico de tales damas. Con dicha emperatriz se había casado por la fuerza el propio Petronio Máximo, quien además había forzado el enlace de una de las hijas imperiales, Eudocia, con su propio hijo, Paladio. Todo ello a pesar de que esta Eudocia estaba prometida a Hunerico, hijo de Genserico, desde hacía años. De tal modo que Petronio Máximo, buen conocedor de los ambientes áulicos y senatoriales a los que él mismo pertenecía, había intentado legitimar su poder sobre la base de casamientos con la viuda y una de las hijas del último teodosiano, Valentiniano III. Claro que la llegada de los vándalos a las afueras de Roma cambió todo, incluyendo el linchamiento de Máximo, y la entrada de los vándalos en la ciudad.

Un contemporáneo quiso dedicar una referencia a la entrevista que Genserico, el rey vándalo, habría celebrado con el papa León. No se trataba de la primera que el obispo

de Roma mantenía con un alto dignatario bárbaro, al menos en función de dicho contemporáneo, que no es otro que el cronista Próspero. Claro que Próspero formaba parte de los circuitos del obispado romano, y estaba especialmente interesado en difundir (¿exagerar?) la influencia de León en los acontecimientos políticos, como había sido el caso de la supuesta entrevista entre el citado papa y Atila, para la cual el propio Próspero es nuestra fuente principal. En todo caso, León no pudo evitar que, ahora sí, un rey bárbaro entrara a saco en Roma, y de manera más prolongada y devastadora de lo que había sucedido casi medio siglo antes, cuando el saqueo de Alarico en 410. Dice Próspero, que insisto es contemporáneo a los hechos y que conocía Roma perfectamente, que durante catorce días los vándalos saquearon la ciudad, llevándose miles de prisioneros. Aprovechando el vacío de poder oficial, Genserico se hizo no sólo con Eudoxia, sino también con Eudocia e, incluso, con Placidia[2]. En todo esto hay mucho de tradición romana, cual es el entroncamiento dinástico por vía femenina.

Otro contemporáneo, Prisco, incide en los elementos diplomáticos, como es habitual en él. Todo sería en buena medida la consecuencia de la sensación que el rey vándalo tenía de poder moverse con libertad, ya no sujeto a los últimos tratados suscritos con el imperio de un Valentiniano III que ya no vivía. Del mismo modo, incide en que habría sido la propia emperatriz Eudoxia quien habría llamado al vándalo, cosa que contaba ya con cierta tradición en la

narrativa del momento. La versión de Prisco, que escribe desde Oriente pero es coetáneo, es en cierto modo asumida por Marcelino, cronista que también redactaba en zona oriental, aunque en la época de Justiniano (527-565). De todo esto se haría eco, ya en los primeros años del siglo VII, Juan de Antioquía[3].

Yo creo que estas versiones de procedencia oriental subrayan el papel de la carta de la emperatriz Eudoxia a Genserico porque se trataba de exhibir cualquier detalle que implicara a la corte occidental en el desastre romano, simbolizado por el saqueo vándalo de la ciudad en 455. La negligencia a la que se refería Justiniano era así una especie de eslogan que tenía una cierta trayectoria en informantes anteriores como Prisco, pero que supo ser voceada por Marcelino. Juan se limitaría, medio siglo después de la muerte de Justiniano, a compilar estos fragmentos. Lo que estoy intentado explicar es que nuestras fuentes insisten en factores determinados, en unos personajes o en otros, pero con una tendenciosidad determinada. Así como a Próspero le interesaba resaltar, siempre que pudiera, viniera o no a colación, el papel de su protector el papa León Magno, a los orientales les sedujo más la propia incapacidad de los occidentales y, sobre todo, lo que Justiniano denominó «su negligencia»: la supuesta carta de Eudoxia, que pudo existir o no, cumplía ese papel en la versión que desde el imperio romano de Oriente se daba con respecto a los últimos colegas occidentales.

Pero Genserico no había capturado a las damas por un impulso. Tenía planes desde hacía tiempo, una estrategia que incardinara a su familia y, por tanto, a la cabeza de la *gens* real de los vándalos con la familia imperial, ahora descabezada tras la muerte de Valentiniano III, pero cuya tradición teodosiana encarnaban las féminas. El más importante no era otro que casar a su hijo Hunerico con Eudocia. Hunerico era su previsible sucesor en la realeza vándala, y el casamiento con la casa teodosiana podía otorgarle una plataforma de legitimidad nada desdeñable a futuro, en especial cara a la corte de Constantinopla, que podía llegar a ver con otros ojos a quien, después de todo, formaba parte de la familia teodosiana.

La solución gala

¿Qué ocurría mientras con el poder imperial en Occidente? A Petronio Máximo lo lincharon a finales de mayo de 455, y unas fechas después hubo una proclamación en las Galias. En los dominios aquitanos de los visigodos se aclamó como emperador a Avito. Este movimiento sin duda desconcertaría a los sectores que apoyaron la salida itálica capitalizada por el efímero Petronio Máximo. Se trataba de una solución periférica, aunque dentro de la nobleza romana, pero con base en las regiones galas. En suma, era una especie de golpe de mano de las aristocracias de la Galia y, sobre todo, de los visigodos.

Teodorico II, su rey, encontró la posibilidad de

promocionar a un candidato de su agrado. Avito pertenecía a la aristocracia galorromana, y ya había tenido responsabilidades políticas de envergadura. Sus conexiones con los visigodos explican que nada menos que Aecio le encargara negociar con ellos el apoyo militar para hacer frente a Atila, por ejemplo. Más recientemente, Petronio Máximo lo había designado como el hombre fuerte del imperio en las Galias, también a efectos de atraerse la connivencia de los visigodos, sabedor de su difícil situación. Las aristocracias itálicas podían apoyar a Máximo, que era uno de sus miembros, pero no tanto las de las Galias, y menos aún los visigodos. De ahí el papel que había tratado que cumpliera Avito. Ahora, desaparecido Máximo, tanto los visigodos como algunos poderosos de la Galia decidieron que había llegado el momento de hacer valer sus aspiraciones. En Arlés estaba establecido algo así como un consejo supremo de las Galias, que en el fondo no era sino una plataforma creada a comienzos de siglo por el propio imperio con la finalidad de saciar los deseos de protagonismo de los romanos de las Galias. Hay que tener en cuenta que los primeros años del siglo habían sido muy difíciles para los intereses del imperio en las Galias, dada la fuerza de las usurpaciones que allí habían cuajado, sin olvidar la proliferación de distintas *gentes* bárbaras. Arlés era, por lo tanto, además de la sede de la prefectura de las Galias, que aglutinaba también la administración de Britania y de Hispania, algo parecido a la cabeza de puente de los

lobbies galorromanos.

Así que, tras el primer pronunciamiento acontecido dentro de los dominios de los visigodos en el suroeste de la Galia, se proclamó a Avito como emperador de manera más solemne en Arlés, ya a comienzos de julio de aquel 455. No debe perderse de vista ni un momento que las tropas visigodas estaban con él, eran el auténtico apoyo sobre el que se construía su candidatura, que aún debía de ser refrendada ante el Senado de Roma. Pero semejante reválida no iba a pasarla Avito hasta el 1 de enero del año siguiente, 456. Sabemos que tuvo una cierta resistencia de los poderosos de Italia, que no veían nada clara la solución que Avito representaba, es decir, la entrega del poder imperial a la influencia visigoda, como dan cuenta de manera especial algunos autores orientales.

Desde el extremo del Occidente romano, Hidacio, dice que Avito, *Gallus ciuis*, fue proclamado emperador en *Tolosa* (Toulouse) por el ejército de las Galias, *ab exercitu Gallicano*, siendo confirmada la proclamación en Arlés. Hay otras versiones que apuntan a Burdeos como lugar exacto de la proclamación, pero en cualquier caso lo relevante que es que, a ojos de un obispo romano de *Gallaecia*, en el noroeste de Hispania, había sido el ejército de las Galias el que había proclamado a Avito. Sin embargo, el propio Hidacio reconoce que dicha proclamación se produjo en el corazón de los dominios visigodos, y otras fuentes, especialmente orientales, avalan la importancia que

el apoyo visigodo tuvo para este movimiento. En otros términos, yo creo que Hidacio está minimizando el papel de los visigodos en la proclamación de Avito, lo que encaja con la ideología digamos «romanista» de su crónica. A pesar de las dificultades de los tiempos, a pesar de las cautividades —de las que el propio Hidacio fue víctima—, de las batallas, de los conflictos, seguía apostando por la romanidad como eje vertebrador de la articulación política. Hidacio es consciente del punto de inflexión que suponía el final de la casa teodosiana, que en realidad se había producido con el asesinato de Valentiniano III, aunque la referencia a dicha cesura la coloca justamente tras la alusión al acceso de Avito[4]. De hecho, la entrada de los visigodos en Hispania para enfrentarse a los suevos, en plena expansión desde sus bases del noroeste hispano, es presentada por Hidacio como una decisión imperial, de manera que los godos aparecen como meros receptores de las órdenes de Avito, *cum uoluntate et ordinatione Auiti imperatoris*, «por deseo y orden del emperador Avito». Aquella campaña cristalizó a comienzos de octubre de 456 con la batalla del río Órbigo, cerca de *Asturica* (Astorga), con una victoria aplastante de los visigodos sobre los suevos, aunque sin los resultados tan definitivos que Hidacio difundió. Después de todo, el reino de los suevos iba a perdurar hasta que Leovigildo lo conquistara en 585[5].

El Avito de Hidacio, por tanto, se muestra como un emperador poderoso, que es capaz de ordenar a los

visigodos. Pero, visto desde un contexto global, me temo que su margen de maniobra era menor. De fondo subyace todo el bagaje ideológico del que Hidacio es representante, que se resiste a ver en los visigodos el verdadero soporte de un Avito que tiene problemas para asentarse en Italia, que cuenta con resistencias en el Senado y entre otros aliados bárbaros, y que depende absolutamente del temor que las tropas visigodas despertaban en Italia.

Si Hidacio fue contemporáneo de los hechos y escribe desde el extremo de Occidente, otro contemporáneo, Prisco, que además aporta una óptica oriental, insiste en tal resistencia. Dice que «le forzaron», presumiblemente los itálicos, a que echara a quienes le habían acompañado desde la Galia (a Italia, evidentemente), y en especial a los godos que le acompañaban a manera de guardia, es decir, a las tropas que había llevado consigo a Italia. Prisco afirma que el nuevo emperador accedió a despedir a los visigodos, pero no sin entregarles un pago en monedas, ante la indignación de los romanos. Desde la perspectiva oriental, Prisco no parece ver con simpatía alguna a este emperador apoyado por bárbaros, y sí se hace eco de las protestas de los habitantes de Roma, que se lamentaron de que el bronce de la ciudad, de sus edificios públicos, fuera empleado para pagar a aquellos godos que habían venido a apoyar a un nuevo emperador que los traía consigo desde las Galias[6].

Jordanes, que escribe en el siglo siguiente, y también desde Oriente, comparte en cierto modo esa perspectiva,

aunque de una manera particular. No entra en detalles sobre Avito, ni sobre cómo accedió al poder. Más aún, en un determinado pasaje lo ignora completamente. Me refiero al momento en el que Jordanes menciona al efímero Petronio Máximo. Tras la muerte de éste, dice Jordanes, fue el emperador Marciano, desde Constantinopla, quien colocó en el poder a Mayoriano. Ya entraremos luego en este asunto. Lo que me interesa ahora es destacar que Avito es ignorado absolutamente. Un poco más adelante, en cambio, sí es citado por Jordanes, al referirse a Ecdicio, su hijo. Dice que Avito había estado en el poder solamente unos días. Así que Jordanes o ignora a Avito al establecer la serie de emperadores tras Valentiniano III, o lo cita ocasionalmente y con el error de cifrar su gobierno sólo en unos días, cuando realmente se extendió durante casi un año, o algo más si computamos también su proclamación en las Galias.

Todo esto no es una casualidad. El tratamiento de la figura de Avito en los autores de historias y crónicas posteriores es muy significativo. Jordanes escribía dentro del contexto ideológico justinianeo, entrado el siglo VI, y Avito era de todo punto marginable en la construcción histórica propia de dicho contexto. Este emperador venía a ser algo así como la cara romana de los visigodos, la prueba del crecimiento de la expansión de éstos y de su influencia en la geopolítica occidental. Para Constantinopla, por tanto, Avito no dejaba de ser un personaje perfectamente prescindible. Tan prescindible que Marcelino, cronista

igualmente bajo Justiniano, ni siquiera lo menciona. Y tampoco Juan Malalas, que escribía en esos días de mediados del siglo VI en la capital imperial de Oriente. Por el contrario, también en ese siglo, desde Occidente, sí se introduce en el discurso cronístico la figura de Avito, así como el apoyo que había tenido de los visigodos. Mario de Avenches, obispo de esta plaza bajo el control de los burgundios, ciudad que finalmente entró en la órbita de los francos, cita a Avito, de quien afirma su base de poder gala y el hecho de la entrada «pacífica» de los godos en Arlés. Naturalmente Mario, que vivía en el mundo de la Europa de los reinos bárbaros en la que hacía un siglo que el imperio romano había desaparecido (con la salvedad de las conquistas por tropas de Constantinopla), tiene muy presente el papel de los bárbaros, y no quiso omitir el caso específico en que habían colocado en el poder a un candidato determinado, Avito en este caso[7].

La reválida a la que me refiero era un asunto formal y simbólico, pero suponía el reconocimiento oficial de Avito en el Senado de Roma, y su acceso al consulado. Y allí estaba su yerno, otro aristócrata de las Galias, Sidonio Apolinar, para ayudarle. Sidonio es uno de los personajes que con más frecuencia asoman en las páginas de este libro. En ese momento, el primer día de enero de 456, tenía la difícil tarea de convencer a quienes le escuchaban acerca de las bondades de su suegro. Y para conseguir tal fin compuso un panegírico en honor al nuevo emperador. Éste no era otro

que Avito, y quienes escuchaban a Sidonio eran los senadores de Roma. Sidonio se regodeó en halagos a su suegro, y trató de exponer en su discurso, cargado de hipérboles y de elogios, una idea central: Avito era uno de ellos. No era un asunto menor. Ya he dicho que las tropas visigodas que acompañaron a Avito a Italia no habían sido precisamente bien recibidas por los poderosos de Roma, y estos aristócratas de las Galias debían de vender la imagen de su indudable romanidad, y sobre todo quitar de las cabezas de los senadores un posible temor a los visigodos. Ésa era la misión de Sidonio. Eligió un discurso articulado sobre la base de la biografía de Avito. No era una mala opción. El mero repaso a algunos de sus logros le convertía, al menos, en un líder bregado en la negociación con los bárbaros, y conocedor de la alta administración romana. Sidonio sabía de la importancia de esos datos, y los revistió de un cariz literario, en clave de panegírico, tal y como correspondía a la ocasión.

Los elementos del discurso, de manera resumida, fueron los siguientes. Comenzaba por no escamotear alusiones a los problemas de Roma, que deseaba ardientemente que un nuevo Trajano le sacara del atolladero. La situación exigía, proseguía Sidonio, un emperador procedente de las Galias. La biografía del nuevo emperador arrancaba con una misión de juventud, en época del patricio Constancio (a comienzos de siglo), para defender los intereses de la Auvernia galorromana, básicamente para solicitar que el imperio

levantara a sus paisanos una especie de castigo fiscal que se les había impuesto por apoyar a uno de los usurpadores de la época. Sidonio dedicó especial atención a supuestos combates de Avito contra bárbaros, por ejemplo contra un huno. Por supuesto, mencionó que su suegro había sido prefecto del pretorio de las Galias. Una vez retirado, se produjo la invasión de Atila. Para que el imperio pudiera hacer frente a la misma, Avito tuvo un papel que Sidonio estaba dispuesto a explotar, a fin de proyectar su idoneidad para la dignidad imperial. Avito había sido intermediario en las negociaciones entre Aecio y los visigodos, que a la postre resultaron fundamentales para la victoria sobre el huno.

Probablemente aquí Sidonio tendría depositadas muchas esperanzas. El recuerdo de Atila todavía estaría fresco en las mentes de los senadores. Se le había vencido en 451, y había muerto en 453 (el discurso de Sidonio es del primer día de 456). Los siguientes versos de la composición se centraban en las terribles amenazas bárbaras (francos, alamanes, sajones) que Sidonio pormenorizó, pintando un cuadro de cataclismo en el breve mandato de Petronio Máximo que, como antes Aecio, terminó depositando su confianza en Avito, en este caso confiriéndole el alto mando militar. Se menciona una nueva entrevista entre Avito y los visigodos, que probablemente había tenido el encargo de contar con ellos no sólo para hacer frente a otros bárbaros, sino también para apuntalar la difícil situación del propio

Petronio Máximo, que terminó gobernando poco más de dos meses. Todo eso había ocurrido menos de un año antes de que Sidonio pronunciara este discurso en Roma. En fin, la muerte de Máximo alentó a los ancianos godos, con su rey Teodorico II a la cabeza, a proponer a Avito que asumiera el poder imperial[8].

La *solución gala*, como podríamos llamarla, tenía algunas ventajas para el sistema. Una de ellas era comprometer a los aristócratas galorromanos, al menos a poderosos sectores de ellos, en el gobierno de lo que quedaba de imperio en Occidente. La victoria sobre Atila había enseñado que la colaboración entre visigodos y emperadores podía ser una vía a explorar en el futuro. Aquéllos aportaban una de las fuerzas militares más poderosas del momento, y el imperio siempre podía sancionar la legitimidad de una expansión en las Galias y en Hispania. Esto interesaba sin duda a Teodorico II, como prueba el hecho de que su intervención en 456 en Hispania, en principio cumpliendo un acuerdo con Avito para hacer la guerra a los suevos, terminó derivando en una incipiente ocupación de ciudades y en una clara apertura de sus intereses hacia el sur, de manera que Hispania entraba en la estrategia visigoda[9]. Todo esto no haría sino multiplicarse a partir de 466, con el acceso al poder de su hermano Eurico.

Por el momento, un cierto giro expansionista visigodo era bastante perceptible. La idea de volver a pactar con ellos, como había hecho Aecio en 451, ya fue ensayada por

Petronio Máximo en 455, con Avito como intermediario en ambas ocasiones. Por tanto, que un emperador tratara de apuntalar el apoyo de los visigodos era una opción clara desde el punto de vista militar. Por el contrario, que lo de Avito hubiera comenzado con una proclamación digamos local, promovida dentro de los territorios en los que estaba el reino visigodo, despertó reticencias en otros lugares, y de manera especial en Italia y entre otros jefes bárbaros con aspiraciones de influencia política en las decisiones de los emperadores. Avito aprovechó el vacío dejado por la muerte de Máximo y el impacto del saqueo vándalo de Roma, pero tardó en ser reconocido, y tampoco la corte de Constantinopla parecía muy satisfecha con la jugada. De ahí que el discurso de Sidonio haya que valorarlo en sus justos términos. No fue una mera pieza de oratoria panegirista. Al menos, no sólo. Estos romanos de la Galia intentaban hacerse un hueco en los conciliábulos de Roma y de Italia, y sabían de la ventaja que suponía el apoyo visigodo, pero también de la resistencia que ese mismo apoyo, y una proclamación de origen local, despertaba entre los poderosos itálicos.

Al final, en los ambientes políticos y militares de Italia se abrió camino dicha resistencia, y los resortes que Avito podía manejar (los visigodos) no iban a poder ser pilotados con la contundencia esperada. La *solución gala* se diluyó, y nunca más volvería a aparecer. En este libro creo que se debe resaltar ese momento. Estoy convencido de que la

caída de Avito alejó a los grupos poderosos de la Galia de sus colegas romanos de Italia. En la segunda mitad del siglo v, si bien nominalmente el imperio aún controlaba algunas zonas (pocas) del centro y el sur de la Galia (el norte estaba en la órbita de los francos y de los alamanes, el este en la de los burgundios y el suroeste en la de los visigodos), la cesura que supuso el final de la *solución gala* redujo definitivamente la conexión entre ambos sectores de poderosos. Es cierto que el siguiente emperador, Mayoriano, iba a hacer un esfuerzo colosal por recuperar esos contactos, cosa que sí logró con algunos grupos, pero no pudo recomponer un gran pacto que —creo— sí había asomado en los días de Avito. Claro que el imperio que los articulaba hacía tiempo que había ido perdiendo los resortes suficientes, comercial y tributariamente, como para permitir muchas más plataformas de encuentro y de cooperación al servicio de intereses comunes. Los poderosos de las Galias, y todos los miles de campesinos y habitantes de ciudades que de ellos dependían, comprendieron definitivamente que debían de jugar sus cartas en otras mesas. En las de los reyes bárbaros. Esto no era una novedad, hacía tiempo que se jugaban esas «partidas», pero me parece que el final de Avito, y las decisiones que se tomaron en Italia, cerraron los circuitos entre ambos espacios de poder aristocrático.

El final de Avito vino certificado por un pacto entre generales, uno romano, Mayoriano, descendiente de altos mandos militares y políticos, y otro bárbaro, Ricimero, de

familia sueva, pero al mismo tiempo nieto del rey visigodo Wallia, y emparentado con la familia real burgundia. En el año 456 los visigodos aún seguían en su campaña en Hispania. Tras vencer a los suevos en octubre, habían hecho la guerra por su cuenta, ampliando sus horizontes e influencia, conquistando algunas ciudades. Desde el noroeste de la propia Hispania, Hidacio fue consciente de que la conexión entre los visigodos y Avito seguía funcionando pese a todo, y anota que un emisario imperial informó a Teodorico II de que el emperador se había ido de Italia y que se había refugiado en terreno más seguro para él, es decir, en Arlés. En una entrada posterior de su crónica se limitará a decir que Avito fue destituido del poder y que había fallecido[10].

También coetáneo, pero desde Oriente, Prisco coincide con Hidacio en que Avito se había marchado de Italia y se había refugiado en las Galias. Pero introduce el matiz según el cual fue interceptado en el camino por Mayoriano y Ricimero, siendo confinado a un edificio religioso, donde finalmente murió de inanición o, dice Prisco, según otros a causa de un estrangulamiento. Además, liga la caída de Avito con la información que acababa de dar inmediatamente antes sobre las resistencias que había tenido entre los habitantes de Roma[11]. En la línea de su tratamiento de Avito, Marcelino, en el siglo siguiente, ni siquiera lo cita, pero sí dice que Mayoriano accedió al poder imperial por expreso deseo de León (*cuius uoluntate*), emperador en

Constantinopla, en la que justo un siglo después escribía el propio Marcelino, mientras que Jordanes también apunta al deseo expreso del emperador oriental, aunque cita a Marciano[12]. Todos esos meses que transcurrieron entre 456 y 457, hasta que Mayoriano fue totalmente reconocido, serían transformados poéticamente por Sidonio Apolinar en una duda que habría asaltado al propio interesado sobre si hacer efectivo su poder o no. Por descontado que eso lo dijo Sidonio en presencia de Mayoriano… y en un discurso en su honor[13].

Así que en la versión que circulaba en la corte de Justiniano sobre todo esto, sucedido un siglo antes, se recogía que lo verdaderamente relevante era que los emperadores orientales habían logrado imponer a un candidato de su agrado. Nada más ni sobre Avito, ni sobre sus apoyos visigodos, ni sobre la alianza con Ricimero que aupó a Mayoriano.

En Occidente hubo otras versiones. Hay que recordar que el emperador Marciano murió en enero de 457, y que León accedió al poder unas semanas después. Y no estaba dispuesto, al menos de momento, a reconocer emperador alguno en Occidente. Sólo promocionó a Ricimero a los altísimos cargos de patricio y general en jefe (*patricius et magister militum*) y al propio Mayoriano también como *magister militum*. Una tradición occidental, mucho más tarde codificada en los *Fasti Vindobonenses Priores*, fecha ambos nombramientos a finales de febrero de 457. Así que

Mayoriano aún no era reconocido como emperador por la corte de Constantinopla. En su panegírico, Sidonio Apolinar aludió a algunas campañas que Mayoriano había ordenado en su condición de general[14]. El ejercicio de su condición de *magister militum* promocionó aún más a Mayoriano, en este caso entre las tropas, que fueron las que probablemente lo aclamaron como augusto, proclamación que es fechada por los mismos *Fasti Vindobonenses* el día 1 de abril de 457, suceso que tuvo lugar a seis millas de Rávena[15].

En el siglo VI, Mario de Avenches sí aludió al final de Avito como consecuencia del pacto entre Mayoriano y Ricimero, así como a la definitiva batalla de *Placentia* (Piacenza), la consagración episcopal del emperador depuesto, y sobre todo a la ocupación de tierras que los burgundios habrían ejercido, aprovechando la coyuntura, a costa de los grandes propietarios del sudeste de las Galias[16]. Un cronista de las Galias resumirá así el final de Avito: «Avito fue asesinado por Mayoriano, que era *comes domesticorum*, en Piacenza»[17]. A finales del siglo VI, el obispo Gregorio de Tours, bien informado sobre la historia de la Galia tardorromana a través de autores que no han llegado hasta nosotros y del acceso a registros y tradiciones locales, también hace mención del final de Avito. Dice el Turonense que Avito, con una fuerte oposición senatorial, fue apartado del poder y consagrado obispo de Piacenza. Consciente de que deseaban liquidarlo, marchó hacia lo que hoy se conoce como Clermont-Ferrand, la capital de

Auvernia, y se quiso encerrar en la iglesia dedicada a San Julián, mártir de referencia en la zona. Pero falleció por el camino y terminó siendo enterrado en Brioude, precisamente en la iglesia en la que estaban los restos de San Julián. Aunque el culto a este mártir de época romana no fue inventado por Gregorio de Tours ni mucho menos, puesto que de hecho tal culto era relativamente potente en los días de Avito y de Sidonio, es cierto que un tío del Turonense, llamado Galo, fue quien instituyó una peregrinación anual desde Clermont a Brioude. En otros términos, la familia de Gregorio capitalizó la expansión del culto a San Julián de Brioude, y no es extraño, por tanto, que el propio Gregorio quisiera mirar hacia atrás para hacer notar que nada menos que un emperador había sido enterrado en la iglesia en la que se veneraban los restos del mártir[18].

De manera que en el mes de octubre de 456, mientras los visigodos vencían a los suevos cerca de Astorga y, bajo el paraguas de su intervención por acuerdo con el imperio, expandían sus intereses en Hispania, en Piacenza era derrotado el emperador Avito por una coalición militar articulada sobre la base de un pacto entre Mayoriano y Ricimero. El depuesto gobernante fue confinado al obispado de la ciudad, y finalmente terminó falleciendo y, como apuntaban algunos rumores recogidos por el contemporáneo Prisco, quizás fue asesinado.

En cualquier caso, quisiera llamar la atención del lector

sobre el intríngulis ideológico de todo esto. Nos movemos sobre informaciones fragmentarias. A veces, se trata efectivamente de fragmentos, como los de Prisco, y los ecos que de éste llegaron, por ejemplo, a Juan de Antioquía, ya en el siglo VII. Claro que Prisco tiene un enorme interés, es contemporáneo a los hechos, y aporta un enfoque oriental, no muy proclive a los emperadores de Occidente, aunque a mi juicio no tan sesgado como el que proyectarían después autores como Marcelino. Hidacio también vivió aquellos momentos, de manera mucho más directa que Prisco, sobre todo en lo que tenía que ver con la actuación de los visigodos, y las conexiones que éstos tenían con Avito. Hidacio diseña en su crónica un Avito que, aunque aupado por godos y galorromanos, es capaz de «ordenar» a los visigodos una campaña, aunque no de controlar sus actuaciones posteriores, toda vez que iba a caer de manera prácticamente inmediata. Y otro contemporáneo, Sidonio, ofrece la versión de parte, del círculo más íntimo del emperador, de sus familiares y colegas galorromanos. Que Sidonio fuera el yerno es un detalle nada menor, pero no definitivo para comprender su versión, *su* Avito. El Avito de Sidonio es el hombre de confianza de Aecio, incluso de Máximo, el amigo de los visigodos, pero también el que puede conducir a Roma a una tranquilidad de la que carece. Pero se trata de un canto, de un discurso elaborado, que se mueve en una retórica sustentada en los recelos mutuos entre las elites de Galia y de Italia, entre sus aristócratas, sus

generales y sus bárbaros, es decir, en las fuerzas militares aliadas que pueden apuntar al éxito de tal o cual candidatura. Los difíciles equilibrios que Avito tuvo que sortear pudieron finalmente con él, y provocaron que su vencedor y sucesor, apoyado de nuevo en factores militares bárbaros, tuviera que buscar una nueva estrategia para un afianzamiento personal en el poder y, lo que era más relevante, una mera continuidad del poder mismo.

La vía militar: Mayoriano

Esa nueva estrategia pasó por una decisión de enorme calado. Mayoriano planteó un objetivo ambicioso que, por supuesto, pasaba por abrochar los pactos mínimos que le permitieran al menos bloquear la hostilidad que en la Galia podía despertar su mandato, toda vez que, unido a Ricimero, había apartado a Avito, la *solución gala*. Y ese objetivo no era otro que vencer a los vándalos. Se trataba de uno de los más desequilibrantes agentes geopolíticos del mundo mediterráneo, había trastocado las estructuras de aprovisionamiento imperiales desde hacía décadas, había limitado las capacidades tributarias y por tanto, militares del Estado romano. Vencer a los vándalos podía ser ya no una solución parcial, sino *la* solución.

Pero Mayoriano debía de hacer frente a la construcción de su propio poder. Había surgido a partir de un pacto con Ricimero, es decir, una alianza militar que venció a Avito, y a la que no eran ajenos los itálicos que tanto se habían

opuesto al emperador procedente de las Galias. La derrota de Avito en Piacenza se produjo en octubre de 456, pero pasaron meses sin que oficialmente Mayoriano pudiera ser considerado como el augusto de Occidente. Era uno de los lapsos de tiempo sin emperador que iban a ser frecuentes en Occidente hasta que el último de ellos ya no fuera cubierto.

En Oriente había accedido al poder el nuevo emperador León, que en febrero de 457 habría propuesto a Mayoriano como *magister*, siendo aclamado como emperador por las tropas de Italia en abril, y reconocido finalmente ya en diciembre[19]. Pero Mayoriano había sido partícipe directo de la caída de Avito, junto a Ricimero y el ejército que éste controlaba en Italia. De hecho un cronista galo, como vimos, achacó a Mayoriano el asesinato de aquél, pese a que las versiones eran dispares, como reconoce el contemporáneo Prisco. Todo esto permitirá entender mejor por qué estalló una conjura en las Galias contra el nuevo emperador. Puede decirse, en un tono coloquial, que estaba cantado, dada la resolución digamos «itálica» del gobierno del galorromano Avito, frente a lo que he tildado como una «solución gala». A esa conjura se le conoce en el mundo académico como «la conjura marceliana».

La cuestión es que cuajó una conjura contra el nuevo emperador, conspiración que se articuló sobre la base de círculos aristocráticos galorromanos que habían apoyado a Avito. Durante un tiempo se pensó que el candidato que estos poderosos trataban de aupar al poder imperial era

Marcelino, el general de Dalmacia, pero la crítica actual sostiene que más bien se trataba de Marcelo, uno de los miembros de la aristocracia galorromana. Había unos *Marcelli* procedentes de Narbona, una de las ciudades más importantes de la Galia meridional, y en esa zona había un resentimiento político hacia los itálicos y los generales que habían liquidado a Avito y ahora apoyaban a Mayoriano[20]. Años después, Sidonio Apolinar recordaría cómo le habían intentado implicar en la conjura, aunque ya en 461, después del fracaso de la misma. En una carta escrita a uno de sus amigos en 469, Sidonio quiso hacer memoria.

Recordaba que, en tiempos del emperador Mayoriano, llegó a circular en los ambientes áulicos un documento «secreto», que no portaba firma alguna, repleto de burlas y sátiras en las que se criticaban determinados vicios de personajes muy concretos, citados por sus nombres, de la ciudad de Arlés, que era el núcleo con más peso administrativo romano en las Galias. Dentro del desconcierto general en esa ciudad, quienes se habían visto acusados decidieron emprender una investigación. Se lanzaron a la búsqueda del autor de semejante documento. Durante esos días llegó a la ciudad, procedente de Auvernia, Catulino, buen amigo de Sidonio. A este mismo personaje, que era senador, Sidonio le expresaba, en uno de sus poemas, su hartazgo por compartir vida cotidiana con los bárbaros melenudos, que además provocaban la difusión de olores (como el del ajo) que al aristócrata le resultaban

difíciles de soportar[21]. A este amigo de Sidonio, Catulino, lo abordaron en Arlés los damnificados por el famoso documento secreto, que evidentemente había dejado de serlo. Una vez que consiguieron que estuviera sin su guardia habitual, se entrevistaron con él, ante testigos, y comenzaron a recitarle algunos de los versos satíricos del documento, inquiriéndole para que afirmara si reconocía el texto. Catulino comenzó a carcajearse y dijo que semejantes versos eran dignos de ser escritos en letras de oro y de ser llevados nada menos que a Roma para ser expuestos en el Capitolio. Uno de los acusados, Paeonio, se encolerizó, aún más de lo que ya lo estaba, por cuanto la sátira se mofaba de su dentadura. E, hinchado por la furia, proclamó a los cuatro vientos que estaba convencido de que Catulino estaba implicado, pero también Sidonio, a quien achacaba la autoría de los versos, que finalmente habría enviado a Catulino.

En fin, Sidonio recordaba todo esto con cierta amargura, mientras narraba el episodio en esta carta. Su relato continuaba con una afirmación que nos lleva de nuevo a aquella época de Mayoriano, puesto que incluye a Paeonio entre los implicados en la conjura marceliana, entre otros aristócratas de la Galia. Su idea era hacerse con la prefectura de las Galias, cosa que intentó aprovechando el vacío de poder dejado tras la caída de Avito y el lapso de tiempo hasta que Mayoriano fue oficialmente reconocido. Así que la conjura sí avanzó algunos pasos en aquel

intervalo. Solamente tenemos la versión de Sidonio, que en todo caso trata de dejar claro que él no sabía nada de esto, y que no era el autor de la sátira. Sidonio llegó a Arlés, tuvo además la ocasión de visitar al emperador (era el año 461). Al día siguiente el emperador invitó a unos cuantos aristócratas a un banquete. Sidonio fue uno de ellos. Entre los comensales destacaban Severino, cónsul en ese año, y Magno, el mismo Magno de Narbona que iba a cooperar activamente con Mayoriano. El emperador comenzaba a rodearse de estos poderosos de la Galia, algunos de ellos implicados en las conjuras de hacía un tiempo, pero que habían sido finalmente integrados en los circuitos de proximidad al emperador. De hecho, Magno de Narbona había sido uno de los principales gerifaltes de la protesta por el destino de Avito, y Paeonio había ocupado ilegalmente la prefectura de las Galias. Sería Magno quien en ese año iba a ser designado prefecto por el emperador, en detrimento de Paeonio.

Pero Mayoriano, haciendo de la necesidad virtud, había abierto negociaciones con estos líderes locales: el propio Magno había sido cónsul el año anterior, 460. Y celebraban banquetes como éste. Sin embargo, el ambiente era menos esperanzador de lo que puede dar a entender Sidonio, puesto que Mayoriano regresaba a Arlés de su fracaso en la expedición naval contra los vándalos en África, fracaso que había acontecido en las costas del levante hispano. Incluso así, Sidonio nos proporciona un vívido recuerdo de aquella

reunión, de las conversaciones literarias, y de cómo un posible conflicto político local iba ser resuelto sobre la base de un recurso literario. A propuesta de uno de los comensales, el emperador planteó abiertamente a Sidonio la cuestión de la sátira, a lo que éste respondió proponiendo una especie de ejercicio literario. Le acusaban de haber compuesto la sátira, y propuso improvisar una en ese momento. Paeonio, a la sazón criticado en el documento y acusador de Sidonio, estaba también presente en el banquete, y Mayoriano le preguntó si estaba de acuerdo con la propuesta de Sidonio, dando la callada por respuesta. Así que Sidonio improvisó una pequeña sátira: «Quien me culpa de haber escrito una sátira, debe probarlo o temer mi venganza, así te pido que lo ordenes, oh grandísimo emperador». La frase fue del agrado del emperador, todos los comensales aplaudieron, y salió airoso del trance y de la acusación, puesto que no se pudo esgrimir prueba alguna. Sidonio se recreaba en el recuerdo de la cara pálida de su antiguo amigo y entonces acusador, Paeonio, que parecía la de quien estaba a punto de doblar su cuello para recibir el golpe de la espada en una ejecución[22].

Volviendo a finales de los años cincuenta, hay que decir que la situación distaba de estar muy clara para los intereses de Mayoriano, a pesar de sus éxitos en el entendimiento con influyentes cenáculos galorromanos en 458. Desde el final del gobierno de Avito, en el otoño de 456, los visigodos habían aprovechado las circunstancias, además de su

victoria sobre los suevos, para expandir sus intereses a costa de campañas militares y de ocupación de enclaves importantes. De todos modos el rey en persona, Teodorico II, decidió regresar a sus bases en el suroeste de la Galia, aunque esto no significaba que los visigodos se hubieran olvidado de Hispania, más bien al contrario. El regreso del grueso de las tropas visigodas no fue precisamente un repertorio de convivencias con los romanos de Hispania. Así, por ejemplo, Hidacio, muy bien informado sobre estos temas del noroeste, se detiene en los detalles truculentos del destino de ciudades como *Asturica* (Astorga) y *Palantia* (Palencia) a manos de los godos, en su camino de vuelta hacia las Galias[23]. Volvieron a las Galias, recuerda Hidacio con aparente alivio tras mencionar los desmanes cometidos en las ciudades del norte hispano, *reuertuntur ad Gallias*. Leyendo las entradas de la crónica de Hidacio que se refieren a los acontecimientos posteriores, de finales de 457 y de 458, uno tiene la impresión de que tanto suevos como visigodos estaban enfrentados en Hispania con independencia de cualquier posibilidad de autoridad romana. Y es bastante claro que los visigodos, por más que su rey Teodorico II regresara a las Galias, mantenían fuerzas militares importantes al sur de los Pirineos, con operaciones incluso en la Bética[24].

Precisamente en las Galias, en la zona oriental, la expansión burgundia, recogida como vimos por Mario de Avenches, había agravado los problemas para el control

territorial imperial en el este y en el sur, y al inicio de su mandato Mayoriano se encontraba con esa conjura, en 457-458. Así que tuvo que lidiar directamente los asuntos de las Galias, antes de emprender otro tipo de empresas más ambiciosas, como el ataque a los vándalos en África. Ya en 458, uno de sus movimientos más inteligentes fue designar a Magno de Narbona como prefecto de las Galias (apartando definitivamente a Paeonio), y a Aegidio, bien relacionado con quien tenía algo que decir en las Galias, como *magister militum per Gallias*, general supremo de lo que quedaba del ejército imperial en las Galias. Aegidio logró además hacerse con el control de Lyon, uno de los núcleos neurálgicos del Ródano que estaba en manos de los burgundios. Sería en ese año cuando el emperador decidió salir de Italia y visitar las Galias, entrando precisamente en Lyon. Sidonio Apolinar compuso un panegírico dedicado al emperador. Si la situación en la que compuso y pronunció el panegírico a Avito en enero de 456 había sido muy difícil, no lo era mucho menos ésta, en la que iba a elogiar a quien, según muchos, era el asesino (y al menos el vencedor) de aquél, a la sazón suegro del propio Sidonio.

El discurso de Sidonio no era ahora el de un aristócrata romano de las Galias a un emperador proclamado precisamente en las Galias, sino a un emperador proclamado en Italia y vencedor de lo que he llamado la *solución gala*. Las cosas eran, por tanto, muy distintas, y Sidonio sin duda lo sabía. Tanto era así que se cuidó mucho de citar a su

suegro en el discurso: mentar a Avito hubiera sido sacar a la luz las hostilidades que todos los que escuchaban tenían por conocidas; no era necesario, y tampoco conveniente. Así que Sidonio se encargó de resaltar los problemas que seguían aquejando al imperio, comenzando por los vándalos de Genserico. Posteriormente se centró en loar la estirpe de Mayoriano, jalonada por generales y políticos competentes, así como un casamiento del padre del propio Mayoriano con una hija de Avito. Otro de los peligros estaba localizado al norte, los francos, a quien Sidonio no nombra pero sí describe. Lo más interesante del discurso, sin duda, es la colocación por el panegirista del problema africano como tema clave del momento, sabedor de los planes que Mayoriano tenía.

Para 458, probable momento del discurso, los aristócratas galorromanos sabían bien que ése era el objetivo de Mayoriano, que lo habría ido comunicando en las negociaciones que habían logrado desbaratar la conjura marceliana y colocar a poderosos locales al frente de las responsabilidades militares y administrativas de las Galias. Sidonio se mostró dispuesto a no nombrar a su suegro, pero no renunció a deslizar las críticas tradicionales de los galorromanos a la corte imperial: la Galia apenas había recibido atención imperial desde la época de Teodosio, había sido despreciada, y sus líderes sociales y políticos, los aristócratas, habían sido humillados entre tanto desaire. Todo podría cambiar si Mayoriano lograba, por fin, vencer a

los vándalos. De hecho, al final de su discurso, Sidonio nombraba a algunos colaboradores de Mayoriano, y sobre todo a Magno de Narbona, en una especie de reconocimiento a la decisión del nuevo emperador de contar con los gerifaltes de las Galias en su administración civil y militar. La situación de la Galia, finalizaba Sidonio, ahogada por tanto impuesto, no le iba impedir colaborar en lo que pudiera a la reunión de fuerzas que Mayoriano estaba compilando, cristalizada en la formación de una gran flota con la que se pretendía atacar el reino vándalo de África[25].

Mayoriano estaba necesitado de una reconducción de los asuntos más allá de los Alpes, de una negociación con los poderosos galorromanos, así como de una nueva articulación de la defensa frente a los bárbaros. Ese año también colocó como prefecto del pretorio de las Galias a Magno de Narbona. Todo esto suponía hacer entrar a la resistencia a su poder dentro del mismo, una vía pactista que desactivaba la cristalización de la usurpación, de las conjuras, y podía permitir al nuevo emperador tomar en consideración otros escenarios. En aquel viaje de 458, Mayoriano se reunió con distintos grupos de aristócratas, sin duda negociando todos estos movimientos. Tenemos algunos ecos de esos encuentros. Por ejemplo, Sidonio Apolinar, que estuvo en algunas de esas reuniones, recuerda una cena, que pudo haberse celebrado en 461 (como la de Arlés citada antes), aunque parece más probable que se celebrara en este primer viaje, en 458. Bastantes años

después Sidonio recordaría aquel banquete con el emperador por el certamen literario que los comensales, poderosos aristócratas todos ellos, celebraron a fin de elogiar una obra literaria que había compuesto uno de los altos cargos de Mayoriano[26].

Las cosas no iban mal del todo para los intereses romanos. Incluso se logró una victoria militar sobre los visigodos, que forzó a éstos a una negociación, noticia que llegó hasta rincones como el noroeste hispano desde el que escribía Hidacio[27]. Tanto la paz con los visigodos como los apoyos de los *nobiles* de las Galias animaron al emperador a dar el paso que mucha gente llevaba tiempo esperando: la ofensiva contra los vándalos. La campaña comenzó con el paso hacia territorios hispanos en la primavera del año 460. Prisco afirma que la escuadra se componía de unos trescientos barcos, noticia que habría logrado intimidar a Genserico, quien habría llegado a solicitar una negociación, a la que no accedió el emperador occidental. Prisco, que estaba particularmente atento a los movimientos diplomáticos de su época, de los que él mismo participaba en el ámbito de la corte oriental, quiso recoger la noticia de que Mayoriano había llegado a acuerdos con los godos de la Galia, es decir, los visigodos. Una vez más, es posible percibir en las fuentes de la época la necesidad imperiosa de pactar con los visigodos que tenía cualquier emperador occidental que quisiera mantenerse en el poder o, más aún, iniciar una ofensiva de calado contra los vándalos.

La flota se reunió en la costa del sudeste hispano, pero los vándalos lograron hacerse con el control de la situación, de manera que la expedición, apenas reunida la flota, concluyó en un rotundo fracaso. Desde la zona oriental, Prisco calificaba de vergonzoso el resultado final de la campaña de Mayoriano. El emperador inició el regreso a Italia[28]. En dicho regreso, iniciado tras este fracaso de 460, el emperador pasó algún tiempo en la Galia, tal y como hemos podido comprobar en el incidente de Arlés, recordado por Sidonio, episodio que tuvo lugar ya en 461. En el siglo siguiente, este recuerdo a la visita de Mayoriano a Arlés en su regreso a Italia iba a encontrar eco en una de las crónicas tardías que ha llegado hasta nosotros[29].

A su regreso le esperaban quienes antes le habían apoyado, y ahora no estaban dispuestos a hundirse con él. Me refiero a Ricimero y a las fuerzas militares de Italia que controlaba. Mucho antes de que el emperador alcanzara Roma, fue interceptado por las tropas de Ricimero, que le despojaron de la diadema y de la púrpura, símbolos de su dignidad imperial, y lo decapitaron, cosa que sucedió en agosto de 461 en *Dertona* (Tortona, en el Piamonte). En el siglo VI el cronista Marcelino ocultará la implicación de Ricimero en el final de Mayoriano. Dado que éste había sido reconocido por Oriente, presentará a Libio Severo como un usurpador, y por lo tanto le interesará el final de Mayoriano para destacar que el siguiente emperador occidental no iba a contar con el beneplácito de Oriente[30].

La hora de los generales

Ricimero, Aegidio y Marcelino son algunos de los generales más importantes del siglo v, y desde luego de las últimas décadas de existencia del imperio romano de Occidente. No era una cosa extraña que generales de alto rango hubieran tenido un papel político específico en los avatares imperiales. Así había sido, sobre todo, desde la muerte de Teodosio. Ricimero, que como ya he dicho era de origen bárbaro, suevo y visigodo por sus ramas familiares, había sido determinante a la hora de movilizar los recursos militares necesarios para eliminar a Avito, para colocar a Mayoriano, y finalmente para liquidar también a éste. Este último acontecimiento había tenido lugar en el verano de 461. En noviembre, promocionó a uno de los miembros de la aristocracia itálica, Libio Severo, que obtuvo la diadema imperial. En esos momentos, los generales con mando de tropas relativamente potentes eran, además del propio Ricimero en Italia, Marcelino en Dalmacia y Aegidio en la Galia. Y el principal peligro era, aparte de los bárbaros en Europa, el reino de los vándalos en África.

La situación se agravó precisamente porque Mayoriano había sido capaz de construir ciertas plataformas de entendimiento tanto con *lobbies* romanos como con los bárbaros, a pesar de su fracaso militar. Y su ejecución abría las posibilidades a nuevas fracturas de dichas plataformas. Genserico aprovechó las circunstancias inmediatamente y atacó Sicilia e Italia. El general Marcelino, que había

tomado posiciones con anterioridad en Sicilia, había abandonado la isla. Dice Prisco, fino observador de esos años, que Ricimero había tratado en todo momento de socavar los apoyos que Marcelino tenía entre las tropas que le habían encomendado, en las que tenían un peso específico los hunos, que finalmente habrían sido atraídos por Ricimero. Intervino León, emperador de Oriente, para tratar de intimidar diplomáticamente a Genserico, a fin de que no sólo se mantuviera alejado de Sicilia y de Italia, sino que además devolviera a las damas imperiales que, como el lector recordará, se había llevado con él tras su saqueo de Roma del año 455. De hecho, Genserico había logrado que se celebrara el matrimonio entre Eudocia (hija de Valentiniano III) y su hijo Hunerico, pero sí envió a Constantinopla a Eudoxia (viuda de Valentiniano) y a Placidia, la otra hija, que al casarse con el senador Olibrio daba a éste una posibilidad de ser emperador. Reunía el apoyo militar de los vándalos, puesto que era cuñado del heredero al trono, Hunerico, y además había emparentado directamente con la casa teodosiana, o con lo que quedaba de ella[31]. Genserico estaba decidido a forzar que Olibrio asumiera la púrpura y la diadema, y atacó Italia. Desde el otro lado del imperio romano se percibió que la excusa del ataque era la recuperación de propiedades de Valentiniano, que, esgrimía Genserico, le correspondían por el matrimonio de su hijo con la hija de aquél, e incluso de Aecio, pues el hijo de éste, Gaudencio, residía en el reino

vándalo. Esos mismos observadores orientales comprendieron que, de fondo, se estaba jugando la partida de una candidatura de Olibrio al poder en Occidente, avalada por el desafío militar que el temido Genserico estaba planteando[32].

Otro desafío al que tenía que hacer frente Ricimero, como hombre fuerte en Italia y por tanto en lo que quedaba de imperio en Occidente, era la reacción del general Marcelino tras la ejecución de Mayoriano. Entre sus planes, nos dice Prisco, que es nuestra fuente principal a este respecto, figuraba un ataque a Italia, puesto que Marcelino contaba con un potente ejército que tenía sus bases principales en Dalmacia. Por si fuera poco, también Constantinopla envió una misión diplomática a Marcelino para convencerle de que desistiera de su intención de plantear un ataque masivo a Italia. El enviado era un tipo llamado Filarco, que tuvo cierto éxito con Marcelino, pero no tanto con Genserico, a quien León lo había enviado a fin de instarle a que no atacara más veces ni Sicilia ni Italia. Todas las primaveras, los vándalos lanzaban expediciones de ataque a la isla y a la península. Prisco introduce a estos efectos una interesante reflexión. El imperio de Oriente, en relaciones diplomáticas con Genserico, no iba a enviar flota alguna (de momento), lo que causó un gran perjuicio a los occidentales[33].

En cuanto al otro general con mayores recursos militares, Aegidio, tampoco aceptó ni la ejecución de

Mayoriano en agosto ni la proclamación de Libio Severo en noviembre de 461. Como se ha resaltado recientemente, hay que tener muy en cuenta que las tropas romanas, imperiales, que Aegidio mandaba en la Galia eran, sobre todo, conglomerados bárbaros, entre los que destacaban los francos. Los francos aún no eran un grupo políticamente unificado, cosa que iría sucediendo sobre todo a finales de siglo y comienzos del siguiente, pero sus jefes militares manejaban tropas bastante considerables. Uno de ellos, Childerico (padre de Clodoveo), pasaría a la historia como rey de los francos, y de hecho disfrutó del título de *rex*, como muestra su anillo, hallado en su tumba de Tournai[34]. Pero había otros jefes francos en esos momentos. Aegidio aprovechó la colaboración militar de los francos, lo que le constituía en un punto de referencia militar muy destacado. Un siglo después, Gregorio de Tours dirá que llegó a proclamarse rey de los francos, en la ausencia de Childerico[35]. En el mismo fragmento en el que Prisco afirma que Marcelino preocupaba mucho en Italia por su posible ataque, el autor oriental afirma que también Aegidio era un temor para los intereses de los occidentales, queriendo referirse en ese contexto a Ricimero y Libio Severo. Aegidio se había visto promocionado en los días de Avito y de Mayoriano, tenía él mismo un origen aristocrático galorromano, y no parecía muy dispuesto a perder terreno en la nueva situación que Ricimero había planteado desde finales de 461.

Si cualquiera de los dos, Marcelino o Aegidio, hubiera contado con el apoyo visigodo, las fuerzas aglutinadas hubieran sido sin duda determinantes. Ricimero era consciente de ello, como lo era Prisco desde el otro lado del mundo romano, y así lo hace notar en este fragmento que acabo de citar. Desde la perspectiva de quienes ahora controlaban el poder imperial, había que anular cualquier posibilidad de una coalición en la Galia, es decir, entre los visigodos y Aegidio. Es casi seguro que por ese motivo se entregó la ciudad de Narbona a los visigodos de Teodorico II. Esto sorprendió, y no gratamente, a un contemporáneo como Hidacio. Ciertamente indignado, el obispo y cronista anotó en su texto que el culpable directo de la traición había sido Agripino, que también era galorromano y enemigo visceral de Aegidio. Es llamativo poder comprobar cómo un contemporáneo percibió perfectamente la maniobra, y quiso explicitar el trasfondo de la misma: se trataba de ganar el apoyo de los visigodos, *ut Gothorum mereretur auxilia*[36]. De esta acusación de Hidacio sobre la figura de Agripino aún encontramos algún eco en la Galia ya en el siglo VII[37].

Hidacio, que pugnaba desde su posición de obispo y de poderoso local por solidificar las posiciones de los romanos en el noroeste de Hispania, lo que conllevaba negociar y en numerosas ocasiones luchar contra los suevos, veía cómo el imperio estaba decidido a entregar directamente ciudades de la trascendencia de Narbona a los visigodos, a cambio de un eventual apoyo. Es evidente que la entrega de Narbona no

fue un episodio más, sino que resulta enormemente ilustrativo de la trastienda de toda esta panoplia de nombres, batallas o emperadores. El imperio romano no era ya un sistema que pudiera asumir frentes en más de un lugar. Solamente Italia parecía un resguardo relativamente seguro. Incluso en regiones en las que su soberanía era aún teórica, como la Galia, tenía fuertes limitaciones prácticas. En ocasiones éstas venían dadas por la presencia de los bárbaros, que como los visigodos o los burgundios estaban sólidamente establecidos como reinos con bases territoriales, que además apostaban cuando podían por políticas expansionistas.

Otras veces, allá donde existían ejércitos romanos, como el que lideraba Aegidio, que había tenido el rango de general supremo de las Galias, éstos estaban compuestos por fuerzas multiétnicas, crecientemente francas. En Hispania, los suevos mantenían su reino y los visigodos operaban con cierta libertad, por más que Hidacio nombre de vez en cuando a algún enviado imperial diplomático o militar. Este Agripino ya había tenido altas responsabilidades militares en la Galia en la época de la invasión de Atila, una década atrás[38]. Una versión menos hostil hacia Agripino que la de Hidacio vendrá a sostener que se trataba de un hombre de una especial sagacidad, *sagacitate singulari*, pero que fue acusado ante el emperador precisamente por su enemigo Aegidio. Se nos dice, en esta versión tan distinta, elaborada a comienzos del

siglo VI, y que es hostil en este caso hacia Aegidio, que éste usó muy malas artes para convencer al emperador (*callida malitiosaque apud imperatorem arte*) a la hora de acusar a Agripino. Circulaba la acusación de favorecedor de los bárbaros (*barbaris procul dubio fauens*), y de que estaba tratando de sustraer provincias al control del imperio: *subreptione clandestina prouincias a publica niteretur ditione deiscere*. Como tendremos ocasión de ver en algún caso un poco posterior, esta idea no era para nada extraña en estos años, en los que la percepción del avance del control bárbaro planteaba la posibilidad de acusaciones —con fundamento o no— de colaboracionismos. Agripino, finalmente, fue arrestado y condenado en Italia. Solamente su refugio en la iglesia de San Pedro le libró de un castigo seguro[39]. En cualquier caso, Aegidio seguía teniendo bajo su control un potente ejército, como muestra su victoria sobre Frederico, hermano del rey visigodo, hacia 463[40].

En fin, la posición de Ricimero, y no digamos la de «su» emperador, Libio Severo, era relativamente estable en Italia, pero padecía mucha fragilidad en Galia e Hispania. La hostilidad manifiesta de generales como Aegidio en Galia o Marcelino en Dalmacia era un factor añadido. Y, desde sus bases en África, Genserico estaba dispuesto a seguir hostigando la geopolítica imperial a fin de forzar la negociación que llevara a Olibrio hacia la púrpura. Ésta era la situación, a grandes rasgos, a comienzos de los años sesenta. Que el recurso militar directo que el imperio podía

controlar era el ejército de Italia quedó muy claro en 464, momento en el que fueron tropas precisamente de ese ejército las que sofocaron un movimiento militar de los alanos del rey Beorgor[41].

Aegidio murió en 464. Su figura dejó honda impresión en Hidacio, que interpretó que sólo él había sido capaz de contener a los visigodos, y de frenar el crecimiento de sus dominios a costa de las regiones que Aegidio había estado conservando en el nombre de Roma, *regiones quas Romano nomini tuebatur*[42]. La muerte de Aegidio favoreció que una parte de lo que quedaba de las tropas romanas en el Loira pasara al control de Childerico, quien, tras unos años de exilio, se erigía en el principal de los jefes francos. Otra parte terminaría bajo el mandato del hijo de Aegidio, Siagrio, que con el tiempo llegaría a autotitularse como *rex Romanorum*, rey de los romanos, en lo que no pasaba de ser una jefatura militar más de las que pululaban en el norte de la Galia, desde el Loira hasta la zona de París[43].

El emperador Libio Severo murió en el verano de 465. Casiodoro, muy bien informado de los asuntos de Italia, y que aunque escribía avanzado el siglo VI había tenido acceso a textos anteriores, quiso recoger en su escueta crónica que Severo había sido envenenado en su palacio de Roma[44]. Iban a pasar casi dos años hasta que un nuevo emperador ostentara la diadema en Occidente.

«Todo el orbe aprueba esta decisión»: *el griego*

El día 1 de enero del año 468, un orador expresaba en un discurso lleno de elogios y loas su alegría por el acceso al consulado del emperador Antemio. El orador era, como había sucedido con los panegíricos a Avito y a Mayoriano, Sidonio Apolinar, quien de nuevo hablaba ante el Senado de Roma[45]. Para cuando Sidonio comenzó a pronunciar su elogio al augusto Antemio, hacía ya bastantes meses que el emperador de Oriente, León, había promocionado a este hombre de la corte, nacido en Constantinopla, para hacerse con la diadema imperial de Occidente, cosa que fue oficial desde abril de 467, hasta el año 472. Desde luego, Antemio no era un desconocido en la política romana oriental. De hecho, sabemos que había tenido más proyección política que el propio León, que no había pasado de ocupar escalafones inferiores comparados con los que Antemio había ostentado. Pero las intrigas habían favorecido a León y, ahora que estaba en el poder, quiso quitarse de la corte a tan cualificado personaje, y lo envió lejos de Constantinopla… a Roma.

Claro que esto no sentó muy bien a algunos senadores de la ciudad del Tíber. A pesar de que todavía puede leerse en muchos manuales que la capital del imperio en el siglo V era Rávena, esto no es del todo cierto. Rávena fue sede de emperadores, desde luego, pero desde mediados de siglo Roma había recuperado una parte de la función áulica que había perdido desde hacía ya mucho tiempo en favor de ciudades como Milán y la propia Rávena. Desde mediados

de siglo los emperadores y la corte en general volvieron a residir con mucha frecuencia en Roma. La vida política en su escala más alta volvía a gravitar sobre la *Vrbs*[46]. Así que Sidonio no lo tenía fácil.

En su discurso trató de proyectar la idea de que, dado que se trataba de una especie de conjunción de los intereses de Oriente y de Occidente… «todo el orbe aprueba esta decisión». Y, sin embargo, entre algunos cenáculos de poderosos occidentales se había difundido la idea de que estaban gobernados por un «griego». Era ésta una queja que tenemos atestiguada entre ciertas aristocracias de Galia y de Italia. Que Antemio era un *graecus imperator* era tan cierto como su nombre, puesto que procedía de Constantinopla, sede imperial de un mundo básicamente helenófono. Sí, desde esa base, Antemio era un griego. Pero quien lo decía, quienes lo manejaban entre círculos de poder, tenían en mente el hecho de que había sido el emperador de Oriente quien les había colocado a uno de los suyos. Así que entre esa aceptación universal a la que Sidonio se refería, y los comentarios despectivos sobre el «griego», había todo un mundo de posibilidades, pero también de problemas[47]. Después de todo, Antemio iba a tener que hacer frente a varias conspiraciones. No sólo la de Arvando en Galia, que trató de pactar con Eurico un reparto de las provincias, sino también, por ejemplo, la de Romano, que había sido *magister officiorum*, un altísimo cargo administrativo. Hacia el año 470 trató «de hacerse ilegalmente con la dignidad

imperial», pero fue ejecutado[48].

Una vista al bagaje político de Antemio basta para comprobar que León apostó fuerte. La familia de Antemio ya había tenido muy altas responsabilidades políticas desde hacía más de un siglo, a veces apoyando a usurpadores que habían sido derrotados. Esto no debe extrañar al lector. Era más bien frecuente que un nieto de un implicado en un golpe militar o político llegase a disfrutar de altas cotas de poder. Sidonio no tenía que mirar muy lejos para buscar ejemplos: él y su familia eran uno evidente. Antemio, en suma, había asumido altísimas responsabilidades tales como el consulado o uno de los generalatos importantes en Oriente. Además, se había casado con Eufemia, hija del emperador oriental Marciano, que había fallecido hacía una década[49]. Un oficial, León, había terminado haciéndose con el poder en Constantinopla, y Antemio había perdido una ocasión para ser emperador en Oriente, para disgusto, sentido o no, de Sidonio, que no perdió ocasión de mencionar esto en su discurso. En cualquier caso, Antemio continuó llevando adelante una serie de campañas contra algunos grupos hunos que aún hostigaban las posiciones orientales, así como contra los godos de Valamiro, que se habían expandido alarmantemente en el Ilírico.

Prisco, que una vez más proporciona la visión de un diplomático oriental, buen conocedor de los entresijos de la política de Constantinopla, apuntó que, de manera previa a la decisión de Antemio, hubo una visita, una embajada, de

romanos occidentales a la corte oriental. De hecho, Prisco sostiene que el envío de Antemio a Italia fue la consecuencia directa de aquella embajada[50]. Parece lógico pensar que algunos entendieron que la suerte de Italia y de las regiones extraitálicas que un emperador podía controlar estaba en manos de un eventual apoyo oriental, en especial cara a la constante presión de los vándalos, al cercenamiento de los circuitos económicos, y por tanto de los recursos fiscales y militares que desde hacía décadas lastraban al imperio occidental. Procopio de Cesarea, que escribía en Constantinopla un siglo después, en los días de Justiniano, y que manejaba archivos y materiales de la capital, dirá que el hecho de que Antemio hubiera sido propuesto directamente por León tenía como objetivo conducir directamente la guerra contra los vándalos[51].

Sea como fuere, desde su palacio de Constantinopla, León había decidido que Antemio se hiciera con la diadema en Occidente o, más bien, en lo que quedaba de la *Pars Occidentis*, esto es, en las regiones más o menos controladas por la sede imperial, que eran ya muy pocas[52]. De todos modos, había que apuntalar semejante decisión, y la mejor manera de hacerlo era forzar una negociación favorable con Ricimero, que controlaba las tropas en Italia. Para tal fin, se consiguió que el general Marcelino, desde Dalmacia, apoyara la candidatura de Antemio, y su llegada a Italia durante la primavera del año 467. Un observador contemporáneo como Hidacio fue consciente de este

movimiento, de manera que se refiere al ejército que Marcelino puso a disposición de Antemio *cum ingente multitudine exercitus copiosi ad Italiam*[53]. Hidacio parece haber depositado esperanzas en esta decisión de León, que considera *deo ordinante*, es decir, que a su entender dios estaba detrás de todo el plan. No olvidemos un detalle cronológico, y es que para cuando Hidacio concluyó su crónica, quizás en 469, aún era Antemio el emperador occidental. Este ejército multitudinario al que se refiere Hidacio, que ayudó a Antemio a entrar en Italia de un modo nada silencioso, más bien pretendidamente escandaloso, impelió a Ricimero a avenirse al pacto, que quedó sellado además a través del matrimonio de éste con Alipia, hija de Antemio.

El discurso de Sidonio, pronunciado en enero de 468, se articulaba sobre la base del elogio a Antemio, como correspondía a un panegírico. No pasaba por alto las principales misiones políticas y militares que había llevado a cabo, como tampoco que había sido el emperador León quien había colocado a un tipo de Constantinopla en Roma. Sin embargo, leyendo y estudiando el texto, uno tiene la impresión de que Sidonio era muy consciente de que la clave no sólo para al encumbramiento de Antemio, sino también para su consolidación y la consecución de los objetivos que preocupaban a los poderosos de Occidente, pasaba por el pacto con Ricimero, por un lado, y con esos mismos poderosos, por otro. De ahí que Sidonio tratara de

proyectar la imagen de Antemio como político de experiencia y como general de éxito… que contaba con el apoyo de Constantinopla. Esta idea es omnipresente en el discurso, a veces más explícitamente, otras de manera más latente. La mención a Ricimero, que por cierto alude a sus ancestros suevos y visigodos, pone el acento en la enemistad de los vándalos[54].

Después de todo, incluso al comienzo de su pieza oratoria, Sidonio había puesto al «pirata» en el centro de las preocupaciones de los asistentes, sabedor de que efectivamente era así. Y aquí radicaba la cuestión: debían de unirse el potencial militar que Ricimero controlaba en Italia con las fuerzas que Antemio pudiera canalizar como enviado de Constantinopla, esto estaba en el tablero del juego político y pienso que Sidonio trataba de encajar todas las piezas en su discurso. Una vez más, la esperanza parece anidar en las palabras de Sidonio, en su romanidad, en la idea de colaborar en su medida, como hará más tarde como obispo defensor de Clermont, para que el imperio retroceda en la menor medida posible. El difícil equilibrio que los poderosos occidentales trataban de mantener entre sus mallas sociales, sus propiedades y los señores de la guerra que además consolidaban sus reinos podía verse mejorado con un rearme que este viraje de la política oriental parecía preludiar.

El discurso tuvo en este caso un efecto directo sobre la carrera política de Sidonio. En ese mismo año ocupó una

altísima magistratura, puesto que fue prefecto de la Ciudad (Roma). Desde la ciudad del Tíber, y mientras se encontraba aún en pleno ejercicio de este cargo, escribió una carta a Herenio. En ella le relataba su llegada a Italia un tiempo atrás, en misión como delegado de los de Auvernia a Roma. Una vez en la ciudad del Tíber, durante 467 había tratado de acceder a conductos que le llevaran a los tipos realmente poderosos en el Senado y en los cenáculos políticos. Entre ellos, aunque cita a Avieno, él se quedaba con la efectividad de Basilio. Ambos habían ostentado las más altas dignidades políticas occidentales, pero le había resultado mucho más provechoso el contacto con Basilio. Cuenta en su carta que llevaba avanzado con Basilio algún tipo de intercesión para el tema de los de Auvernia. Tal misión le había llevado a Roma cuando comenzaba a acercarse la fecha (1 de enero de 468) en la que el nuevo emperador (Antemio) iba a asumir el consulado. Fue precisamente este poderoso senador, Basilio, quien encargó a Sidonio la composición del discurso (el *carm.* 2) en honor de Antemio. No podía perder la ocasión. Cualquiera que haya leído los poemas, pero sobre todo las cartas de Sidonio Apolinar, sabe del gozo que le producía hablar de sí mismo, regodearse en sus logros y relatarlos con una verborrea a veces difícil de seguir, y algunos dirán que de aguantar. Pero gracias a ese afán, hoy sabemos que Basilio le encargó el discurso a Sidonio, con una oferta difícilmente rechazable: «créeme, muchas de tus preocupaciones serán solucionadas

por esta representación»[55]. A la luz de los hechos, parece que Basilio no quedó insatisfecho del todo… promocionó a Sidonio en el entorno imperial para que fuera designado nuevo prefecto de la ciudad.

El discurso de Sidonio, cuyos principales puntos, como he dicho, son la decisión de León y el pacto con Ricimero, así como la expedición prevista contra los vándalos, puede ser valorado sólo en función de su naturaleza como pieza de oratoria. Pero creo que, además, debe hacerse otra lectura. Sidonio no actúa de manera aislada. Después de todo, su presencia en Roma ya en 467 se debía a una delegación para los asuntos de Auvernia. Formaba parte de los círculos de máxima influencia de la aristocracia occidental, con altos índices de riqueza y amplias capas de dependientes en su entorno. Este tipo de individuos no eran importantes sólo en sí mismos y en su clase social, sino también para las pequeñas comunidades de campesinos (que vivían en aldeas, en *uici*, en *castella*…) y los habitantes de *ciuitates* que, de un modo u otro, gravitaban en torno a ellos. Insisto en esta idea con cierto exceso quizás, pero creo que es necesario no perderla de vista ni un instante. En no pocas regiones del Occidente romano, el imperio había «adelgazado» o era prácticamente inexistente desde los años cincuenta. Eran estos poderosos quienes, para bien y para mal, emergían como referentes para sus comunidades. En los lugares en los que habían cuajado *regna* bárbaros como el visigodo o el burgundio, entre otros, había que negociar

espacios de colaboración con quienes mantenían ya unos mínimos rudimentos políticos, pero que empezaban a ser ciertamente estables y duraderos en el tiempo.

Así que el discurso era una pieza de oratoria, pero además expresaba la necesidad de algunos con respecto a la eventual continuidad del imperio romano en Occidente. Los ejércitos de Italia, mayoritariamente compuestos por federados bárbaros al servicio de Roma, estaban en buena medida controlados por Ricimero. Antemio, por su parte, aportaba una cierta voluntad de Oriente por apoyar el final del estrangulamiento fiscal y militar que suponían los vándalos de cara a los recursos de África, y Marcelino contribuía igualmente con sus tropas de Dalmacia. No puede extrañar, así, que algunos poderosos como Sidonio y sus colegas percibieran síntomas de cambio. Pero todo pasaba por la campaña contra los vándalos. Cuando Sidonio hablaba ante el Senado, en enero de 468, se habían iniciado los preparativos, que concluyeron ese mismo año. Así que la gran ofensiva romana contra los vándalos, que iba a superar con mucho a la llevada a cabo por Mayoriano, tuvo lugar en aquel año 468.

Se ha calculado que el imperio oriental invirtió una suma superior a las veinte toneladas de oro, y que se preparó una escuadra que superaba el millar de barcos, frente a los trescientos que había dispuesto Mayoriano para la fracasada expedición ocho años atrás[56]. La corte de Constantinopla hizo, por tanto, un esfuerzo, y en la partida se jugaba

también el escalafón de influencia política que en ese momento se disputaban Aspar y Basilisco. Éste, cuñado de León, fue quien recibió el mando supremo de la expedición, cuya flota fue a parar a la zona del cabo Bon, para así preparar la ofensiva total hacia Cartago. Por otro lado, la campaña contó también, entre otras, con las fuerzas de Marcelino, que tomaban Cerdeña. El texto más enjundioso sobre la campaña lo proporciona Procopio, quien, aunque escribía en el siglo siguiente, lo hacía desde la corte y manejaba no sólo a Prisco, sino otro tipo de materiales procedentes de la propia Constantinopla. Así quiso contar Procopio el resultado de la campaña:

> «Pero la realidad es que la demora del general, producto ya sea de la cobardía, ya sea de la traición, impidió el triunfo. Gicerico [Genserico], por su parte, aprovechándose de la negligencia de Basilisco, obró de la siguiente manera: habiendo armado a todos sus súbditos de la mejor manera que pudo, los embarcó en las naves, pero mantuvo preparadas otras vacías de hombres, que eran las que más velozmente navegaban. Seguidamente envió emisarios a Basilisco para pedirle que retrasara cinco días el comienzo de la guerra, a fin de que, durante ese intervalo de tiempo, pudiese reflexionar y llevar a cabo aquellas acciones que agradasen especialmente al emperador. Y afirman que él había enviado además una gran cantidad de oro a ocultas del ejército de Basilisco y que, de esta forma, compró el armisticio. Y actuó así pensando, como realmente sucedió, que durante ese período de tiempo tendría viento favorable»[57].

Basilisco mantuvo a su flota ese tiempo que Genserico esperaba, siempre según la versión de Procopio, y con el cambio de viento el rey vándalo planificó un ataque sobre la base de barcos incendiados que eran proyectados contra la

escuadra romana, que fue derrotada absolutamente. Además el general Marcelino fue asesinado en Sicilia[58]. Marcelino comandaba un grueso de tropas importante cuyas bases estaban en Dalmacia… más tarde dirigidas por Julio Nepote, de quien hablaremos pronto. En fin, la ofensiva de 468 resultó un fiasco para los intereses de Roma y de Constantinopla.

Ya en 466, antes del acceso de Antemio al poder, Eurico se había convertido en rey de los visigodos. Se iniciaba una época de expansionismo definitivo de los visigodos, que no sólo iban a acrecentar su presencia militar en Hispania desde sus bases en el suroeste de las Galias, sino que iban a consolidar y aumentar el control que ejercían en numerosas ciudades y aldeas de la propias Galias. Desde Oriente, Prisco fue perfectamente consciente de que algo se estaba moviendo en las Galias: los godos de las Galias desataron las hostilidades, o al menos ésta fue la idea que anotó entre sus materiales[59]. Recordemos la carta, citada más arriba, en la que Sidonio exponía cómo Arvando había sido acusado de proponer a Eurico un pacto para proceder a un reparto de las regiones galas. Al parecer, algunos poderosos habían decidido optar por abandonar definitivamente cualquier colaboración con el sistema político romano, o lo que quedaba de él, y echarse en brazos del visigodo. El juicio a Arvando se celebró en el mismo año, 468, en el que Sidonio disfrutaba del cargo de prefecto de la ciudad de Roma, juicio del que por cierto decidió ausentarse, y en el que

fracasó la expedición contra los vándalos.

La derrota de la escuadra en África no favoreció para nada los intereses de Antemio. El hombre fuerte de las tropas de Italia, Ricimero, que había pactado con él (y con León), diseñó otro tipo de estrategias, y estalló un conflicto abierto, que posicionó a ambos, Antemio y Ricimero, en el contexto de una auténtica guerra civil. Las desavenencias fueron percibidas con más claridad en Italia, por supuesto. La *Vida* de Epifanio, obispo de Pavía en la segunda mitad del siglo V y por tanto personaje coetáneo a los hechos, escrita a comienzos del VI, da cuenta de esa percepción. El texto dice que la fama del obispo de *Ticinum* (Pavía) había llegado a oídos nada menos que del mismísimo Ricimero, justo en la época, hacia 470, en la que era claro que se habían abierto demasiadas distancias entre el emperador y el general. Que las cosas se estaban poniendo feas en Italia no sólo fue algo percibido por el obispo de Pavía, sino también por los poderosos itálicos, que no dudaron en entrevistarse con Ricimero en Milán y poco menos que suplicar una concordia entre él y Antemio. Al parecer, el general vio bien esta posibilidad, y se establecieron algunos contactos con el emperador, en los cuales, a petición de los poderosos de Liguria, ocupó un papel destacado el propio Epifanio.

Así que el obispo de Pavía tuvo un papel destacado, o al menos eso dice Enodio, su hagiógrafo, en dichas negociaciones entre Ricimero y Antemio. Epifanio tuvo que dejar temporalmente su diócesis y marchar a Roma, para

entrevistarse con Antemio. Es uno de los momentos que todo hagiógrafo debía esperar, el del protagonismo excelso del santo en cuestión. Aquí, Enodio, por otra parte gran conocedor de los ambientes áulicos entre finales del siglo v y comienzos del vi, se recreó en el impacto que Epifanio habría causado en la corte imperial[60]. Ennodio fue también obispo de Pavía a comienzos del siglo vi y, más allá de la retórica propia de la hagiografía, manejó informaciones directas sobre las actividades de Epifanio. Según su versión, el discurso que éste pronunció ante el emperador (en 470, quizá más bien ya en 471) fue todo un alegato al entendimiento con Ricimero, a pesar de todos los pesares:

> «vuestra Italia y el patricio Ricimer han enviado mi insignificante persona a rogaros, suponiendo sin duda que un romano quiera hacer a Dios el regalo de la paz, aunque sea a ruegos de un bárbaro»[61].

Y, según esa misma versión, la contestación del emperador Antemio a Epifanio, se habría producido más o menos de esta guisa:

> «Santo obispo, los motivos de mi amargura con respecto a Ricimer no pueden expresarse en palabras y no ha servido para nada haberlo honrado con mis mayores favores».

Antemio pasaba a lamentarse por haber entregado a su hija en matrimonio a Ricimero, a quien no era sino «un godo *pellitus*, cubierto de pieles». En fin, lo importante no es tanto la retórica que Ennodio vuelca en su versión de la conversación entre emperador y obispo. Quizás no lo es ni

siquiera la propia paz entre Antemio y Ricimero, en cualquier caso efímera. Lo relevante aquí es la implicación, una vez más, de poderosos locales, que entendieron que, tras la catástrofe de África, una guerra civil entre el general y el emperador acosaría aún más las frágiles bases de sus mallas de poder, secularmente integradas en el sistema romano. Que éste englobara cada vez menos regiones en Occidente podía preocupar más a los poderosos de Hispania (cuyos intereses emergen en cierto modo en la crónica de Hidacio) o de la Galia (es el caso de Sidonio y sus colegas), pero que estallase por los aires en Italia era ya una auténtica emergencia para los líderes locales, que no dudaron en mover una ficha diplomática. Funcionó durante un tiempo, pero no mucho.

De todos modos, la situación en Galia se complicaba cada vez más. No sólo Eurico, el rey de los visigodos, estaba decidido a iniciar una estrategia expansionista, que le conducía a zonas más orientales y septentrionales, sino que además hubo una penetración de britones comandados por Riotamo. Estos britones fueron derrotados por Eurico[62]. Desde Lyon, Sidonio Apolinar envió una carta al propio Riotamo, en la que le exponía algunas quejas de quienes afirmaban que sus esclavos huían a causa del avance de los britones[63]. El propio hijo del emperador, Antemiolo, cruzó los Alpes con tropas imperiales (con mandos bárbaros bajo la coordinación del hijo de Antemio) en el año 471, a fin de enfrentarse a los visigodos, pero la batalla supuso una

derrota completa de los romanos[64]. Se ha planteado la posibilidad de que la entrada de Riotamo y sus tropas y la de Antemiolo respondieran a una estrategia de pinza militar, para así lograr una cierta superioridad sobre Eurico[65]. Es cierto que Jordanes afirma que fue Antemio quien pidió ayuda a Riotamo ante el problema de la expansión visigoda. En suma, las operaciones de Eurico en los primeros años setenta le llevaron no sólo a ampliar el reino visigodo, sino a vencer a Antemiolo en el sur de la Galia, y a pasar a supervisar buena parte de lo que teóricamente el imperio controlaba en Hispania (la Tarraconense). Los francos de Childerico, en el norte, suponían un baluarte demasiado lejano y temible, que además llevaban a cabo su propio proceso de expansión que, por ejemplo, les iba a llevar con el tiempo a hacerse con el control de la provincia Bélgica II.

Que la ofensiva de Eurico no era un asunto menor pareció estar claro para Jordanes, que casi un siglo después señalaba que aquel rey, al observar cómo los emperadores romanos se sucedían con tanta celeridad, decidió intentar conquistar todas las Galias[66]. Es probable que Jordanes exagere las intenciones de Eurico, pero es seguro que su política viró hacia ofensivas que iban más allá de las ya iniciadas por su hermano y antecesor. Tenemos una confirmación contemporánea a los hechos. En una carta datada hacia 470 nada menos que a Ecdicio, hijo del antiguo emperador Avito, Sidonio exponía la preocupante situación. Baste por ahora anotar que resumía así la situación: «si

Antemio no tiene recursos ni soldados…»[67]. En cualquier caso, no quiero extenderme ahora sobre Eurico, puesto que habremos de volver sobre su época para comprobar cómo se movilizaron las estrategias de los poderosos locales ante el cambio notabilísimo que supuso aquel reinado en el sur y el centro de la Galia. La multiplicación de los efectos expansivos, el cambio de escala que el reino experimentó, supone un laboratorio de estudio para comprobar cómo actuaron algunos de los más relevantes grupos de poderosos romanos.

Decía que las negociaciones para la tregua entre Antemio y Ricimero, llevadas por el obispo Epifanio de Pavía, tuvieron éxito. Pero no por mucho tiempo. Entre finales de 471 y comienzos de 472 la situación había derivado en un conflicto entre el emperador y el general. Al poco, esas hostilidades entre Antemio y Ricimero cristalizaron en una guerra civil. Nada podía hacer ni siquiera Alipia, hija y esposa, respectivamente. Circunstancia ésta (el papel de Alipia como pieza de un pacto) que no pasó desapercibida al contemporáneo Prisco, que observó que la guerra estalló incluso a pesar de ello. No sabemos si el panorama que pinta Prisco es simplista o no, pero sitúa los apoyos romanos para Antemio, y los bárbaros para Ricimero. Teniendo en cuenta que la parte principal de los ejércitos imperiales en Italia (escenario de la guerra) estaba formada por mercenarios bárbaros, cabe comprender que Antemio tuviera pocas posibilidades, porque tampoco

Constantinopla podía mojarse mucho más de lo que había hecho para la fracasada expedición de 468. Así que la guerra se convirtió, más bien, en un asedio constante, de varios meses, por parte de Ricimero, a las posiciones de Antemio en Roma. Mientras, Ricimero no perdió ocasión de proclamar emperador a Olibrio, quien, recordemos, era el candidato pretendido por los vándalos, dada la situación matrimonial que ya expliqué. Finalmente, los partidarios de Antemio terminaron aceptando la evidencia de la superioridad militar de Ricimero ya entrado el año 472, y hubo una serie de rendiciones masivas. Antemio, consciente de su derrota, trató de refugiarse en una iglesia, pero fue asesinado; corría el mes de julio. En este caso el ejecutor fue Gundobado, miembro de la casa real burgundia, sobrino de Ricimero[68].

Prisco continuó sus informes sobre el final de Antemio, de los que había dado cuenta detallada. En abril de 472, Ricimero había logrado colocar a Olibrio como emperador, pero el general falleció a las pocas semanas, ya en agosto. Y, más aún, tampoco sobrevivió Olibrio mucho más a la muerte de quien lo había llevado al poder, puesto que falleció en otoño. El puesto de Ricimero lo ocupaba ahora su sobrino, el burgundio Gundobado, quien optó por Glicerio para que ostentara la diadema, ya entrado 473. Glicerio había ocupado el cargo de *comes domesticorum*, un alto puesto de la guardia imperial y palaciega. Prisco resume apretadamente los acontecimientos. Continúa con la toma de

posición del emperador León, quien habría decidido intervenir y enviar una fuerza militar que depuso a Glicerio, sin apenas recurrir a la violencia, y colocó a Julio Nepote al frente de lo que restaba de imperio occidental[69].

Esta versión tan rápida de los acontecimientos puede sorprender, pero Prisco escribía desde Oriente y, aunque vivía en esos años, estaba interesado en la perspectiva constantinopolitana, y no tanto en un registro de los acontecimientos occidentales, solamente complementarios en su discurso. De hecho, sus informaciones al respecto suelen hacer alusión a Italia, pero apenas nada a la Galia o a Hispania. Incluso Procopio, que, aunque escribiera en el siglo siguiente, dedica más atención a aspectos regionales, apenas alude de pasada a todo esto. En el caso concreto del final de Antemio, lo achaca a Ricimero, así como lo que sucedió inmediatamente después[70]. Y no muy distinta es la actitud de Jordanes[71]. También desde Oriente, y también en el siglo VI, Marcelino sí se refiere al asesinato de Antemio y, como Procopio, señala que fue obra de Ricimero, cuando realmente había sido Gundobado. También incluye, en la misma entrada, el acceso de Olibrio y su muerte varios meses después, a finales del mismo año 472[72]. Tampoco debe sorprender este tipo de divergencias en las fuentes. Las había habido incluso en tiempos contemporáneos y por cronistas occidentales como Hidacio, así que no es una sorpresa que los autores de la época de Justiniano cometieran este tipo de errores.

Merece la pena dedicar un poco de atención a otro de los cronistas orientales. Me refiero a Juan Malalas, que sí apunta algún detalle más, como por ejemplo el papel diplomático que la corte de Constantinopla quiso tener en todo el galimatías de Italia. En realidad Malalas estaba descargando al emperador oriental León de cualquier responsabilidad en la liquidación de Antemio o en la posterior promoción de Olibrio. Malalas subraya que ésta se debió más bien a la propia ambición del senador, además de los apoyos que tenía entre los vándalos. Malalas era un ciudadano de Antioquía que durante la época de Justiniano vivió en la capital romana de Oriente y que moriría algunos años después de éste. Tuvo acceso a documentos palaciegos y a archivos, y así quiso consignar en su crónica la carta que el mismísimo emperador León remitió a su colega occidental, Antemio. El texto es toda una admonición hacia su bien conocido colega, a quien él mismo había promocionado, y a quien había tratado de ayudar con la escuadra de 468.

Ahora, a comienzos de los setenta, le escribía con cierta pesadumbre. El consejo era claro y contundente: Antemio debía liquidar a Ricimero cuanto antes. No sólo eso. Le había enviado a Italia al propio Olibrio. Todo el mundo que pintaba algo en las cortes imperiales sabía que Olibrio llevaba tiempo aspirando a la diadema en Occidente, y disponía de los apoyos vándalos y de algunos sectores de Constantinopla, ciudad a la que había acudido hacía un

tiempo. Ahora León lo enviaba a Italia, y en la carta a su colega era tan expresivo como lo había sido con el consejo sobre Ricimero. Con Olibrio debía hacer lo mismo, es decir, ejecutarlo cuanto antes. La carta fue enviada a Roma, y una copia quedó en los archivos imperiales, a los que tendría acceso Malalas casi un siglo después. Pero el texto que llegó a Roma fue interceptado por las guarniciones bárbaras que Ricimero tenía dispuestas por toda la ciudad y sus aledaños, así como en todas las entradas. Puesto al corriente de todo, Ricimero encargó a su sobrino Gundobado que ejecutara a Antemio, como así sucedió. Le llegaba la diadema a Olibrio. A partir de aquí hay una cadena de errores en la entrada de la crónica de Malalas, como el hecho de que Ricimero colocara después de Olibrio a Mayoriano (que llevaba muerto más de una década), o que luego colocara a Nepote (cuando esto sucedió, Ricimero llevaba meses fallecido). Parece que Malalas ha descansado mucho en la información documental que le permite apoyar la versión de la carta de León, pero a partir de ahí sus recursos son confusos y los errores abultados[73].

En Occidente, Hidacio ya no llega a estos acontecimientos, para esa época o acababa de morir o no estaba muy lejano a hacerlo y, en cualquier caso, no anotó más entradas en su crónica a partir de 469. En los *Fasti Vindobonenses Priores* se anotará la guerra civil, la proclamación de Olibrio y, finalmente, la muerte de Antemio, fechada en julio de 472[74]. A comienzos del siglo

VI, Casiodoro, como harán más tarde en Oriente Marcelino y Procopio, sitúa a Ricimero como el culpable de la muerte de Antemio[75]. Así que no puede sorprender que desde Occidente, seguramente desde Arlés, se anotara a comienzos del siglo VI que Antemio había sido liquidado «o por Ricimero o por Gundobado»[76]. Lo más probable es que éste tuviera una parte ejecutoria, pero la decisión fue de Ricimero. Así que en aquel año 472 no sólo tuvo lugar una guerra de asedio, sino también la proclamación de Olibrio (abril), la muerte de Antemio (julio), la de Ricimero (probablemente en agosto) y la de Olibrio (noviembre).

* * *

Antemio había sido un emperador enviado desde Oriente, apoyado por generales como Marcelino, asumido con resignación por Ricimero, y calificado como «griego» de manera despectiva por algunos aristócratas latinos. Trató por todos los medios de cercenar lo que suponían los vándalos, es decir, el ahogamiento total de los recursos que el imperio occidental tradicionalmente había tenido desde África. Pero no lo consiguió, ni siquiera con la ayuda que prestó Constantinopla. Ignoramos si aquella expedición tuvo exactamente la enjundia de la que hacen gala las fuentes orientales, que son las que mayoritariamente proporcionan los detalles, como el número de unos mil cien barcos, las

toneladas de oro invertidas y demás. Incluso siendo así, la cuestión era, entrado el siglo VI, *recordar* aquel desastre.

El mensaje que en el siglo VI se quería dar desde Constantinopla era que semejante inversión había sido fatalmente canalizada y dirigida. Encajaba perfectamente con la visión que de Occidente quiso dar Justiniano casi un siglo más tarde, aquella idea de «perdieron por su negligencia» sobre la que volveré más adelante. Pero, aunque así hubiera sido, lo cierto es que los vándalos siguieron impidiendo que el imperio romano occidental pudiera canalizar recursos que eran imprescindibles para su continuidad como sistema. Cuando Sidonio ejerció la prefectura de la ciudad de Roma, en 468, se mostró muy preocupado por los problemas de orden público que en cualquier momento pudieran desatarse en la ciudad. Habían llegado rumores, que se extendieron entre las masas, de la llegada de un cargamento de miel y cereal procedente de Brindisi. Había que hacerse rápidamente con su control y difusión para evitar cualquier sensación de desorden[77]. Hacía tiempo que África ya no abastecía a Roma.

A esto se unía que en las Galias el reino visigodo no sólo se había consolidado, sino que desde 466 había iniciado un viraje claramente expansionista. Cosa que ya había comenzado en Hispania tiempo atrás, en los días de Teodorico II, aprovechando las campañas que había llevado a cabo contra los suevos, en teoría, por mandato imperial, como le gustaba decir a Hidacio. Eurico había apostado por

la expansión en Hispania, pero también en las propias Galias. Y Antemio también trató de hacer frente a semejante desafío, por un lado, como había ensayado Mayoriano, contando con algunos aristócratas locales; por otro, enviando tropas desde Italia. Pero también fracasó en ese frente. Y en Italia la evolución de las cosas terminó siendo definitiva para él.

La evidencia de que ningún apoyo provincial, y tampoco constantinopolitano, iba a sacar al emperador del atolladero, animó a Ricimero a buscar sus propias alternativas de continuidad en la máxima jefatura militar de las tropas itálicas. Sabía que los vándalos, desde hacía años, buscaban que Olibrio se hiciera con la diadema. Y así fue. Ni siquiera los esfuerzos de algunos senadores y aristócratas itálicos, que buscaron la capacidad de influencia y negociación de la Iglesia, fueron capaces de apartar a Ricimero de su decisión. Lo que en las fuentes aparece como una guerra civil fue más bien, como quiso anotar irónicamente Casiodoro medio siglo después, un episodio militar en la ciudad de Roma. Pero, después de todo, el final de Antemio no fue nada lejano al del propio Ricimero e incluso al de Olibrio, como tan apretada cronología deja entrever.

Síntomas como que Gundobado *heredara* el papel de Ricimero, o que, como veremos, Sidonio entendiera y explicara por escrito en estos años que al aristócrata romano no le quedaba otra alternativa que irse al clero aclaran que el portador de la diadema había dejado de ser en la práctica un

gobernante imperial.

Capítulo 4
ASUMIÓ EL TÍTULO DE REY. EL FINAL DEL IMPERIO

«Asumió el título de rey»[1]. Según un cronista muy bien informado que escribía ya en el siglo VI, esto es lo que hizo un bárbaro llamado Odoacro cuando depuso a quien, a la postre, iba a ser conocido como el último emperador romano de Occidente, Rómulo Augústulo. Sucedió en el verano del año 476. Aquel evento, a la larga, ha marcado una suerte de hito en la historia de Occidente. ¿Hasta qué punto el año 476 es una fecha simbólica? ¿Es sólo una referencia teórica?, ¿desde cuándo? Debemos atender a cómo este asunto fue tratado por los contemporáneos y por sus inmediatos epígonos.

«Cuando aún existía el imperio romano»

Ni la dama imperial ni el poderoso bárbaro pudieron ayudarle hasta bastante tiempo después de lo que hubiera deseado. Olibrio había tenido que esperar años. A pesar de haber contado con el apoyo de Genserico y sus vándalos, y de algunos grupos cortesanos de Roma (pertenecía a la

familia de los Anicios, de gran raigambre senatorial) y Constantinopla, no había podido ser emperador en el momento en el que parecía que podía serlo, hacia 455. Había emergido como un candidato demasiado claro. Su matrimonio con Placidia, hija de Valentiniano III, le había abierto las puertas de una cierta legitimidad dinástica, por haber entroncado con la casa de Teodosio. Claro que esto hubiera podido valer más en 455, cuando la muerte del último emperador de la casa de Teodosio parecía que podía dar lugar a una sucesión dentro de la dinastía. Como sabemos, se impuso momentáneamente el grupo galorromano (Avito) y, sobre todo, el apoyo de los visigodos, que pocos años antes habían sido claves para vencer a Atila.

Pasada aquella oportunidad, Olibrio tuvo que esperar. Y lo hizo durante casi dos décadas, desde 455 hasta 472. Así que cuando volvió a aparecer el desafío de la competitividad por la diadema imperial romana, las cosas habían cambiado. Para aquel momento, a comienzos de los setenta, hacía tiempo que lo dinástico no funcionaba en la práctica como principio electivo. Eran más bien los poderosos militares bárbaros, y Ricimero estaba a la cabeza de todos ellos, quienes manejaban los hilos en Italia. El ejército imperial casi equivalía a las tropas que había en Italia, a pesar de que se mantuvieran aún algunas guarniciones fuera. Y tales tropas estaban compuestas en buena medida por aliados bárbaros, que recibían una paga. Ricimero manejaba los

recursos y las tropas, y, como hemos visto, había decidido finalmente desprenderse de Antemio y promocionar a Olibrio, con una guerra civil como itinerario principal. Pero Ricimero falleció aquel mismo año 472, y el propio Olibrio lo hizo en noviembre[2].

Que lo que aún podemos seguir llamando imperio romano de Occidente, puesto que había un *Augustus* al frente, no lo era tal en el sentido geopolítico de la palabra puede verse bien en la *Vita Severini*. Se trata de una hagiografía escrita a comienzos del siglo VI por un monje llamado Eugipio, en la que contaba la vida y milagros de Severino, que había vivido en el Nórico (en la actual Austria y su entorno) hasta el año 482. Acercarse a este texto supone hacerlo a una zona que, pese a su cercanía a Italia, estaba al albur de pueblos bárbaros como, entre otros, los rugos, que acosaban a las poblaciones locales, que eran las que vivían en el sistema romano que había existido en el Nórico durante siglos. El imperio tenía allí importantes destacamentos, legiones incluso, con centros logísticos y administrativos de importancia, como *Lauriacum* (Lorch). Pero el sentido periférico al que me refiero se aprecia en la incapacidad que el imperio tuvo, en la segunda mitad del siglo V, para intervenir decisivamente allí, más allá de iniciativas aisladas.

Lo que más llama la atención del texto es que, siquiera parcial y mínimamente, permite acercarse al proceso de desarticulación fiscal y política que estaba detrás del

debilitamiento militar. Las tropas se fueron poco a poco de sus cuarteles… sencillamente porque no cobraban. Y no cobraban porque el tributo sobre el que se generaban esos pagos, que era canalizado desde Italia, hacía tiempo que se había ido cortocircuitando. Severino había muerto en la zona del Danubio. Su discípulo Eugipio dice que estaba allí, aunque recientemente se ha dudado al respecto, y se ha planteado que quizás se trate de un añadido codicológico posterior para reafirmar la supuesta verosimilitud de lo que se cuenta en la narración[3]. Sea como fuere, el cadáver de Severino fue trasladado a Italia. Tras algunas vicisitudes, fue finalmente depositado en el monasterio del *Castellum Lucullanum*. Ese discípulo llamado Eugipio fue monje y abad del citado monasterio, y en él escribió esta obrita hagiográfica.

En un momento determinado, para una época casi imposible de fechar, pero que en cualquier caso no es muy lejana a los años en los que nos movemos a estas alturas del libro, dice Eugipio:

> «En aquella época, en la que aún existía el imperio romano»[4].

La frase llama la atención a cualquier lector del texto original, debido a su concreción y contundencia, no muy frecuente en este tipo de textos: *per idem tempus, quo Romanum constabat imperium*. Eugipio escribía estas palabras hacia el año 511. Y en la composición de su obra relacionaba directamente el final del imperio, al que

recuerda como algo del pasado, con el problema de los pagos a las tropas. Las guarniciones de la frontera —dice en ese mismo párrafo— eran costeadas con fondos públicos, *publicis stipendiis*, y cuando éstos dejaron de llegar, las tropas desaparecieron: *qua consuetudine desinente simul militares turmae sunt deletae cum limite*, «cuando tal costumbre [la de pagar a las tropas] fue declinando, las unidades militares fueron desapareciendo al mismo tiempo que la frontera».

El texto, en ese mismo pasaje, se detiene en algunos detalles. Uno de los más interesantes es aquel en el que se da cuenta de cómo la guarnición de *Batava*, que era la única de cierta enjundia que había quedado por allí, trató de acceder a los pagos… yendo a buscarlos. Así, algunos soldados decidieron nada menos que viajar a Italia para cobrar los salarios que el imperio les adeudaba. Pero, al regresar, fueron atacados y su sangre inundó el río, algo que, insiste el hagiógrafo, el santo ya había visto mientras leía un libro. Cuando tuvo la sensación de que tan grave acontecimiento estaba ocurriendo, cerró el volumen de golpe y comenzó a llorar desconsoladamente. Más allá de la retórica propia de este tipo de obras, el fondo del pasaje es interesantísimo. Nos permite acercarnos a la visión de un contemporáneo como Eugipio que, algunos años después, recordaría como crucial el problema del abastecimiento del pago a las tropas, de las dificultades que el imperio tenía para canalizarlo, y del abandono por el que las guarniciones

se vieron obligadas a optar.

No podemos concretar fechas exactas para este abandono de las guarniciones en Retia y Nórico que Eugipio cuenta, pero no eran muy lejanas al momento en el que nos encontramos en esta exposición. Sí podemos situar en los primeros años setenta otro proceso de desarticulación total de la presencia digamos «estatal» romana, en este caso en Hispania y en algunas regiones de Galia. Me refiero, precisamente, a la época en la que se había ido deteriorando la relación entre Antemio y Ricimero, a la guerra entre ambos, a la apuesta por Olibrio, y a la muerte de Ricimero, al ascenso de Gundobado al generalato supremo, y al fallecimiento del propio Olibrio. Mientras todo eso ocurría en Italia, en provincias como la Tarraconense se decía adiós a cualquier presencia administrativa o política romana. Había llegado el turno de la expansión de los visigodos de Eurico a costa de los declinantes intereses romanos.

Hacia el año 471 la expansión visigoda en las Galias, más allá de sus solares nucleares en el suroeste, era un hecho. No sólo se habían conseguido algunos avances en regiones del centro, al sur del Loira, sino que además las tropas de Eurico, tras cruzar el Ródano de oeste a este, fueron capaces de imponerse al ejército que el emperador Antemio había enviado desde Italia. Su propio hijo, Antemiolo, iba al frente de la expedición, que fue todo un fracaso y en la que falleció el propio hijo del augusto de Occidente. Aquello dio a Eurico más margen de maniobra,

sobre todo en el sur de las Galias, la zona que aún permanecía bajo la teórica soberanía imperial. En cualquier caso, no debemos exagerar las cosas. En las Galias había muchos «señores de la guerra»[5]. Eurico era, entonces, el más poderoso de ellos, pero había otros nada desdeñables. Desde quienes, como Paulo y Siagrio, el hijo de Aegidio, se consideraban herederos de los mandos romanos, hasta reyes bárbaros como Childerico, que colaboraba con frecuencia con el imperio, pero que, por otro lado, hacía algún tiempo que estaba centralizando su jefatura entre otros caudillos francos, y asentando ciertas bases territoriales al norte del Loira. Había que contar también con otros grupos bárbaros, como los alamanes, más al este, o con el reino de los burgundios, en el este y sudeste, por citar sólo algunos referentes más significativos.

Quiero decir con todo esto que la situación estaba lejos de una hegemonía visigoda que sustituyera a la romana en las Galias. Semejante idea no se ajustaría a la impresión que se tiene a través del estudio de las fuentes. Más bien, la desarticulación de la capacidad de respuesta romana a todos esos agentes fue aprovechada por el rey visigodo, pero solamente en algunas regiones. Esto fue más llamativo en el sur y en el centro. Las ciudades grandes del sur, que hasta hacía poco eran sedes administrativas romanas, comenzaban a asistir con frecuencia al crecimiento de la presencia de los visigodos en sus vidas, por más que no creo que pueda hablarse aún, para 471 y 472, de una conquista de las

mismas, sino más bien de las consecuencias que en esas regiones meridionales tuvo la derrota del ejército que el imperio había enviado desde Italia.

En otras regiones, un poco más al norte, pero en todo caso al sur del Loira, la construcción de la hegemonía visigoda parecía más evidente, pero también lo era el deseo de los poderosos locales, o al menos de un grupo de ellos, por resistir ante semejante proceso, que les alarmaba y desagradaba profundamente. Por más que nuestras informaciones dependan de escuetas crónicas, y de la retórica ampulosa de Sidonio Apolinar, creo que es necesario insistir una vez más en que estas gentes se identificaban con la «romanidad». Esto se unía al control de numerosas comunidades de campesinos, de habitantes de ciudades, de redes de distribución de productos, cada vez más regionales y aun locales. Y muchos no estaban dispuestos a pasar por el aro de un sistema, el visigodo en este caso, que podía perturbar seriamente tal estatus, toda vez que la capitalización del mismo venía articulada sobre la base de las *gentes*, en este caso de la *gens Gothorum*.

Por el momento, algunos apostaron por la baza de la resistencia. Lo que se vivió en la región de Auvernia en los años setenta fue la expresión militar de la negativa de esos poderosos locales a formar parte del *regnum Gothorum* de Eurico. Como veremos en otro capítulo, esta resistencia distó de ser unánime, hubo algunos de los miembros de la elite que concluyeron que esa batalla estaba perdida, y

decidieron colaborar. Es lo que, a ojos de sus colegas romanos, era una traición. Quiero adelantar al lector que, algunos años después (y no muchos), la actitud colaboracionista fue más frecuente, entrando en ella incluso algunos de quienes habían liderado la resistencia. Los combates definitivos en Auvernia llegarían en esos años posteriores, por más que Jordanes, que aprieta mucho los acontecimientos, hable del asunto en el momento en el que se refiere a la muerte de Antemio y la fase inmediatamente posterior[6].

Por lo que respecta a los inicios de la década de los setenta, no sólo había comenzado la ofensiva visigoda contra la Auvernia, sino también hacia la Tarraconense. Un cronista que escribía probablemente en Arlés a comienzos del siglo VI, casi medio siglo después de estos hechos, pero bien informado de lo que había sucedido en el sur de la Galia, anotó en su crónica que el rey Eurico había enviado a Hispania a un ejército, al mando de Gauterit, que entró por la zona de Pamplona y de Zaragoza, y otro ejército, al mando de Heldefredo y del antiguo general romano Vincencio, por la costa, atacando las ciudades del litoral y, de modo especial, Tarragona. Para el caso de Pamplona, Zaragoza, *et uicinas urbes*, las ciudades vecinas, el cronista galorromano usa el verbo *obtinuit*. Para Tarragona dice *obsessa Terrachona marithimas urbes obtinuit*. Creo que no se ha puesto suficiente énfasis en el uso de estos verbos. Si asumimos dicho énfasis como verídico, entonces habría que

pensar que, como mínimo, las tropas enviadas por Eurico desde el otro lado de los Pirineos obtuvieron una conquista temporal en la costa tarraconense.

Es cierto que tal énfasis responde a la tradición cronística latina tardía, y que en ocasiones no sabemos con certeza si el uso de estos verbos implica una conquista auténtica. Y, al mismo tiempo, parece que Eurico tuvo problemas con la aristocracia hispana de la Tarraconense, problemas que no serían muy distintos a los que tuvo con la aristocracia de Auvernia. Hay una diferencia documental, puesto que sobre lo que pasó en Auvernia disponemos del testimonio singularísimo de Sidonio Apolinar, al que habrá que volver más adelante, para los episodios de años inmediatamente posteriores. Por el contrario, para el de la Tarraconense no disponemos de ninguna fuente de esa amplitud contemporánea para los años setenta. Esto sucedió entre 472 y 473. Mucho tiempo después, ya en el siglo VII, Isidoro de Sevilla, que anota campañas visigodas en Lusitania durante el reinado de Eurico, también recogió éstas de los ejércitos visigodos en la Tarraconense, mencionando la conquista (utiliza la forma verbal *capit*) de Pamplona y de Zaragoza, y dice que se hizo con el control de la *superiorem Spaniam*. Siempre refiriéndose a la Tarraconense, señala que sus tropas tuvieron que sofocar la resistencia de la aristocracia local (*Tarraconensis etiam prouinciae nobilitatem*)[7]. Hay que decir que los últimos estudios de Manuel Koch están insistiendo en que las

alusiones de los *Consularia Caesaraugustana* a una entrada de visigodos en Hispania en 494 y 497, y que tradicionalmente se interpretaban como referencias a una especie de migración, se referirían más bien a la etnicidad política, al formato del control godo de buena parte de Hispania, que se habría ido forjando antes, en la segunda mitad del siglo, en la época de la que aquí hablamos[8].

El final del año 472 coincidía con el crecimiento de la influencia visigoda en Hispania, al tiempo que se consolidaba la expansión en el sur de las Galias, con episódicas conquistas de Arlés y Marsella, que se habrían de refrendar más adelante. Los de Auvernia, con Clermont-Ferrand como sede principal, preparaban su denodada resistencia, que se prolongaría durante algunos años. Al augusto de Occidente, en la práctica y en términos generales, no lo que quedaba nada más que Italia. Y… ¿quién era ese augusto?

Recordemos que el senador Olibrio, el habitual (al menos lo había sido desde 455) aspirante al poder imperial, aupado finalmente por Ricimero, murió en el otoño de aquel 472. Para entonces, hacía meses que había fallecido el mismísimo Ricimero. Su sobrino Gundobado, que tenía fuertes intereses de poder en el reino burgundio (en el este y sudeste de las Galias), había heredado el puesto de patricio y general en jefe de lo que quedaba de los ejércitos imperiales. Después de varios meses sin emperador, Gundobado se decidió por Glicerio. Esto ya no puede

sorprender —espero— al lector. A estas alturas ya habrá comprobado que los emperadores o eran directamente colocados por estos generales bárbaros, o al menos debían de contar con su tácito apoyo, eso sí, debiendo luego recibir los parabienes institucionales, la proclamación, en fin, el revestimiento áulico. Pero era ahora Gundobado quien decidía. Y decidió que fuera Glicerio el nuevo augusto de Occidente.

Esto sucedió ya en marzo de 473. Glicerio no era un desconocido en los ambientes militares y palaciegos. Era *comes domesticorum*, jefe de un grupo importante del complejo de la guardia imperial, como lo había sido en su día Mayoriano, más de década y media antes. Su proclamación oficial como emperador tuvo lugar en Rávena en los primeros días de marzo de 473. Con una cierta socarronería, y teniendo en su cabeza esa idea de *quién* decidía *qué*, Casiodoro, ya en el siglo VI, anotó en su crónica que Glicerio había accedido al poder imperial en Rávena *Gundibado hortante*, «por orden de Gundobado»[9]. Sí fue contemporáneo a los hechos, por el contrario, Prisco. En uno los fragmentos de su obra que ha llegado hasta nosotros en transmisiones posteriores, Prisco escribió desde Oriente que Gundobado, efectivamente, había sucedido a Ricimero, y que no fue otro quien decidió que Glicerio, hasta entonces *comes domesticorum*, fuera el nuevo emperador. La noticia fue muy mal recibida en Constantinopla. Prisco, bien informado de lo que sucedía en la capital romana de

Oriente, dice explícitamente que el emperador León decidió enviar una expedición militar contra Glicerio, y puso esos recursos bajo la dirección de Julio Nepote, sobre quien volveré muy pronto. Sin lucha alguna, eso fue suficiente para que Glicerio dejara el poder, fuese sacado del palacio imperial y convertido en obispo de Salona. El nuevo emperador se llamaba Julio Nepote[10]. Hasta aquí la versión de Prisco, de la que se hizo eco más tarde Juan de Antioquía. Y es la más extensa sobre el breve mandato de Glicerio.

Glicerio no gozó de buena fama en Oriente. Es evidente que en Constantinopla preferían otros candidatos, como el propio Julio Nepote. Otros autores que escribieron también desde la zona oriental del mundo romano, aunque ya en el siglo VI, dan versiones muy reducidas. Y, además, ya hemos comprobado hasta qué punto había cierta confusión sobre quién había sido emperador de Occidente y cuándo. Después de todo, dos de ellos, como Marcelino y Jordanes, dan buena muestra de lo que afirmo. El primero directamente omite cualquier referencia a Avito, mientras que el segundo hace lo propio con Olibrio. Y ambos no habían sido bien vistos desde Constantinopla, que era desde donde Marcelino y Jordanes escribían, ya en el siglo VI. Así que despreciar directamente la mención a algunos emperadores no era algo extraño para los cronistas. Y, sin embargo, Marcelino sabía muy bien lo que quería decir en su escueta referencia al acceso de Glicerio al poder. En ella

escribió que el nuevo emperador lo era más por atrevimiento que por *electio*, de manera que se le negaba cualquier legitimidad, fórmula que también usó Jordanes, quien respondía igualmente a los intereses ideológicos de la corte de Justiniano en Constantinopla[11]. Al menos de esa idea se haría eco Marcelino, la que interesaba a *su* emperador Justiniano.

A esta época de Glicerio (473-474) corresponde un episodio interesante. La base del mismo es un breve texto, escrito en una crónica gala del siglo VI. El pasaje indica que Vincencio, el oficial romano que había pasado a obedecer a los bárbaros, fue enviado por Eurico al frente de una expedición militar, y que resultó liquidado por Alla y Sindila en Italia. Vincencio había sido enviado no precisamente para repartir donativos, sino en misión militar. La crónica en cuestión está bastante bien informada de los episodios del reinado de Eurico, y esta referencia puede estar aludiendo a una campaña militar ordenada por el rey visigodo, campaña que pudo tener como destino nada menos que Italia, o al menos la zona entre los Alpes y la Italia más controlada por Glicerio y sus tropas bárbaras mercenarias. En plena expansión en Galia e Hispania, Eurico ponía sus miras en lo que quedaba de imperio, que casi no era otra cosa que Italia. O al menos trataba de abrir corredores controlados entre sus nuevas conquistas en el sur de las Galias y las vías hacia el corazón de Italia. Eligió como jefe militar a Vincencio, a quien entregó un generalato

específico, que el cronista denomina como *quasi magister militum*, es decir, como si fuera un alto general en la perspectiva tradicional romana[12]. Estos generales, frecuentemente de origen bárbaro, servían a los intereses del imperio, en ese momento en manos de Glicerio[13].

Esta referencia de la crónica gala, escrita a comienzos del siglo VI, creo que encuentra confirmación en otro texto muy diferente. Se trata de la *Vita* que sobre Epifanio de Pavía escribió Ennodio, quien como sabemos también terminó ocupando aquel obispado a comienzos del siglo VI. Escribe Ennodio que, efectivamente, Olibrio fue sustituido por Glicerio, emperador que habría accedido a las peticiones de clemencia que le había hecho llegar Epifanio de Pavía a cuenta de algunas gentes que habían injuriado a la madre del nuevo augusto. En esa misma hagiografía se nombra a Julio Nepote, el siguiente emperador y sustituto de Glicerio, y se deja entrever la tensión con Eurico, que gobernaba a los visigodos y que había atacado los confines del territorio itálico, *Italici fines imperii*[14]. Una lectura literal parece situar el episodio más bien en época de Nepote y no de Glicerio, refiriéndose además a territorios conquistados por Nepote más allá de los Alpes, que el visigodo ahora estaría atacando. A mi modo de ver, la campaña de Vincencio se inscribe en el contexto expansivo de quien la había ordenado, Eurico, que justo en esos momentos acababa de conquistar (aunque no era algo definitivo) las ciudades de Marsella y Arlés[15].

Así que no tiene nada de extraño, por más que pueda llamar la atención, que el rey visigodo planeara una invasión de Italia, de la que la campaña de Vincencio era un movimiento preliminar. Puede ser. Pero, en todo caso, aquello fue un fracaso dentro de las conquistas visigodas de la época de Eurico, que como hemos visto había apuntalado su hegemonía en la mayor parte de la Galia meridional y en no pocos lugares de Hispania. Ya no puede sorprender que la respuesta que la corte imperial diera a una ofensiva como la planteada en la expedición de Vincencio estuviera liderada por generales bárbaros. Hacía ya mucho tiempo que esto era así. Y, sin embargo, Glicerio, con escasísimo margen de maniobra, fue capaz de atajar la expedición visigoda. Y también lo fue de rechazar otra amenaza, en este caso liderada por los godos (ostrogodos) de Vidimero, pero el emperador, con pagos y donaciones, logró que marcharan a las Galias, donde se unieron a los visigodos[16].

Estos éxitos no variaron para nada la decisión que la corte imperial de Constantinopla había tomado hacía meses, que no era otra que colocar en el imperio occidental a Julio Nepote[17]. Y la operación se concretó ya avanzada la primavera del año 474, cuando las tropas que éste comandaba desembarcaron cerca de Roma. Varias décadas después, y escribiendo al calor del gobierno de Justiniano, el cronista Marcelino dejó ver claramente que Oriente nunca terminó de reconocer a Glicerio. En su crónica escribió que el «césar» (y no el «augusto») Glicerio había sido depuesto

por Julio Nepote, a la sazón hijo de una hermana de aquel Marcelino al que ya hemos aludido atrás, que había sido poderoso general en Dalmacia. No hay mención a reacción alguna del patricio Gundobado, promotor de Glicerio, que habría regresado a su reino burgundio para competir por el trono con sus hermanos[18].

Los textos dejan entrever que Glicerio o comprendió bien la situación o al menos no fue capaz de articular reacción militar alguna, ya que fue depuesto del poder sin lucha, como ya había señalado Prisco, y nombrado obispo de Salona. Jordanes narró estos episodios a modo de sucesión legítima… de Antemio[19]. De tal modo que, desde la ideología política de Justiniano (en la que escribían, entre otros, Marcelino y, luego, Jordanes), realmente sólo Antemio y Nepote habían sido emperadores legítimos en Occidente, puesto que habían sido designados desde el palacio de Constantinopla. Veremos más adelante hasta qué punto esta ideología de los autores constantinopolitanos estaría en la base de la construcción del final del imperio del año 476 como resultado de la mera deposición de Rómulo Augústulo. Sea como fuere, tal y como le había sucedido a Avito casi dos décadas atrás, un emperador —Glicerio ahora, en 474— pasaba de la diadema a la mitra[20].

Así que Julio Nepote fue proclamado emperador en 474 con la aquiescencia de la corte de Constantinopla. Julio Nepote, desde luego, no era ningún desconocido. Además, se casó con una pariente del emperador oriental León. Hijo

del general Nepociano, y sobrino de otro general aún más relevante, Marcelino, había digamos que «heredado» la posición de éste como general en Dalmacia, disfrutando de unas tropas nada desdeñables, sobre todo si las ponemos en el contexto occidental en el que el emperador tenía que recurrir a grupos de bárbaros federados y mercenarios[21].

La impresión que uno tiene después de estudiar las fuentes sobre Julio Nepote es que, como había tratado de hacer Mayoriano, e incluso también Antemio, comprendió que la posible continuidad del imperio pasaba, precisamente, por superar su absoluta dependencia de las tropas federadas en Italia. Esto se traducía en buscar apoyos militares más allá. Y ese más allá estaba en las Galias. Es posible que una cierta tregua con la amenaza constante que los vándalos de África suponían ayudara a esta estrategia. Los vándalos, con su potente escuadra, parecían responder ya solamente a las redes diplomáticas de Constantinopla.

Malco es un autor de la zona oriental, que escribía ya en época del emperador Anastasio, entre finales del siglo V y comienzos del VI. Por lo tanto es otra de las fuentes orientales e inmediatamente posteriores, digamos, al tema «476». Hay que decir que apenas le interesaban los asuntos de Occidente, salvo algunos temas de África e Italia, pero será una de nuestras fuentes primordiales para el famoso episodio del final del imperio en 476. Por ahora nos interesa porque, de entre los fragmentos de su «Historia Bizantina» que han llegado hasta nuestros días, comienza con una

alusión a cómo el emperador Zenón había pactado precisamente con los vándalos. En el quinto de esos fragmentos (en la edición de Blockley), Malco despliega toda su inquina contra Zenón. Se recrea en la crítica: no le gustaba la guerra y no era muy capaz para hacer frente a los problemas. Pone como ejemplo la embajada que despachó hacia los vándalos, nombrando a un senador llamado Severo que logró alcanzar acuerdos diversos con la corte vándala de Cartago[22]. Claro que Malco escribía ya en tiempos de Anastasio, y sus diatribas contra Zenón debieron ser muy bien acogidas en la corte de Constantinopla, en la que entonces se respiraba un ambiente hostil hacia el recuerdo a Zenón. Pese al enfoque «anti-Zenón» de Malco, este acuerdo posiblemente supusiera cierto respiro para Italia, en la que Nepote acababa de hacerse con el poder.

Así que Nepote trató de desplegar una estrategia de acercamiento a los poderosos de la Galia, a las fuerzas que le pudieran suponer apoyos, incluidos refuerzos militares. Para 474, el año en el que Nepote accedió al poder, ya sabemos que Eurico había desplegado su expansionismo en el sur y parte del centro de las Galias, además de en Hispania. En el norte, los francos de Childerico estaban en pleno proceso de articulación de su fuerte liderazgo militar; en el este y sudeste, el reino de los burgundios dirimía sus conflictos internos, de los que terminaría saliendo triunfador precisamente el mismo Gundobado que acaba de ser patricio en la época de Glicerio. Así que Nepote buscó el apoyo de

la aristocracia galorromana, y en concreto de Ecdicio, hijo del antiguo emperador Avito, y estrechamente relacionado con los principales grupos de poder de las Galias. El emperador lo nombró patricio y *magister militum*, general en jefe, su hombre fuerte en las Galias, o en lo que al imperio le quedaba de las Galias. La noticia habría sido muy bien recibida en los sectores desde los que se había impulsado, casi dos décadas atrás, la candidatura de Avito a la diadema.

En ese mismo momento del año 474 en el que Nepote tomó la decisión de proponer a Ecdicio como general en jefe, Sidonio Apolinar escribía una carta desde Lyon. La destinataria era Papianilla, esposa del propio Sidonio, hija del antiguo emperador Avito, y hermana de Ecdicio. Como era de esperar, la carta destila gozo por todas sus letras[23]. Sidonio se detenía en los detalles sobre cómo se había conocido oficialmente el nombramiento de su cuñado Ecdicio[24]. Nepote había enviado a uno de los altos cargos de su palacio, Liciniano, para que saliera desde Rávena hacia las Galias. Al poco de cruzar los Alpes, este burócrata imperial remitió una carta que fue enviada por delante de su séquito, en la que daba cuenta de que portaba documentos relevantes, al punto que a la recepción de los cuales Ecdicio iba a ser nombrado nada menos que patricio. Sidonio se alegra de la noticia y, en uno de sus alardes retóricos, se lamenta de que tal nombramiento hubiera llegado tarde, dados los méritos de Ecdicio. Pero se congratulaba de que,

al mismo tiempo, lo hubiera hecho pronto, si se atendía a la juventud del personaje. Que Julio Nepote estaba siguiendo en cierto modo la estrategia llevada a cabo por Antemio fue algo percibido por el propio Sidonio, que indica a Papianilla que, al fin y al cabo, Nepote estaba certificando ahora lo que en su día le había prometido Antemio a Ecdicio, es decir, el patriciado. Sidonio daba rienda suelta a su optimismo. Ahora sí merecía la pena sentirse identificado con el sistema, *res publica*, así que del nombramiento de Ecdicio como patricio por el emperador Nepote se deducía que:

> «La consecuencia de todo esto es que en cada época, los mejores ciudadanos pueden y deben dedicar sus esfuerzos a favor del Estado, en la confianza de ver que después de la muerte de cada emperador, cualquier cosa que éste hubiera prometido a sus devotos sirvientes es siempre cumplida por el Principado»[25].

En fin, a pesar de los problemas cotidianos, entre los que Sidonio citaba los asedios, se supone que por parte de los visigodos de Eurico, Papianilla tenía ahora —en la mentalidad sidoniana— motivos para estar contenta. La fuerte impronta aristocrática romana en la ideología de estos personajes se percibe bien en el final de la carta. No olvidemos que la misiva iba dirigida de marido a esposa: ambas familias, la de Papianilla (los *Auiti*) y la de Sidonio (los *Apollinares*) tenían también motivos para el gozo. Después de todo, su tradición prefectural, es decir, la altísima posición que distintos miembros de las familias habían tenido en el imperio, continuaba ahora en la persona

de Ecdicio.

Como se recordará, en 472 y 473 los visigodos habían ocupado buena parte del sur de las Galias, incluyendo ciudades que eran auténticos símbolos de la administración romana en la zona, tales como Marsella y, sobre todo, Arlés. La expansión visigoda había culminado en esos años también en Hispania, a costa de los últimos intereses romanos en el nordeste, en la provincia Tarraconense. Nepote era probablemente consciente de que no podía hacer frente a todos estos desafíos, pero se observa en su actuación una decidida política de recuperación al menos parcial de la presencia imperial más allá de los Alpes, es decir, en la Galia meridional ocupada ahora por los visigodos. Nepote podía movilizar algunas tropas que mediatizaran a Eurico a negociar. De otro modo no se entiende que éste, en pleno proceso expansivo, terminara reculando de sus éxitos en la Provenza, por ejemplo. Efectivamente, sabemos que el emperador envió varias embajadas para negociar con el rey visigodo. Una de ellas estuvo protagonizada por Epifanio de Pavía. El obispo ya tenía experiencia, puesto que había intentado mediar varios años antes en la guerra entre el emperador Antemio y el patricio Ricimero. Nuevamente iba a tener que lidiar entre un emperador y un bárbaro. En aquella ocasión había sido entre los dos gerifaltes del imperio, en ésta entre otro emperador y un rey godo en plena expansión.

En su *Vida de Epifanio*, Ennodio se deleita en los

detalles de la misión diplomática. Es evidente que, como era de esperar, utiliza los tópicos hagiográficos, que tienden a subrayar el papel sobrenatural de las actuaciones de su «hombre santo», en este caso el obispo Epifanio de Pavía. Pero resulta muy interesante comprobar cómo en el texto se percibe claramente que eran los intereses locales de Liguria y Provenza lo que estaba en juego, y cómo los notables de Liguria influyeron en Nepote, como lo hicieron años antes en Antemio, para que la misión recayese en el prelado. No era tanto el imperio como sistema, sino la malla de poder regional, lo que abrochaba los intereses de Nepote y de los notables del noroeste de su imperio. Lo que sucedía en las Galias al norte de Provenza era ya cosa de gentes como Sidonio y Ecdicio. Por este motivo, la misión diplomática de Epifanio fue ensalzada en el texto de Ennodio como otra actividad excelsa de «su» santo, pero fue vista poco menos que como una traición por quienes, en la Auvernia, trataban de defenderse de los visigodos. Veamos los detalles.

Ennodio dice que, finalmente, Nepote, tras escuchar a los notables de Liguria, tomó la decisión de enviar a Epifanio nada menos que a *Tolosa* (Toulouse, la capital del reino visigodo) para negociar con el rey Eurico[26]. El hagiógrafo se detiene en los matices que daban juego literario, las penalidades del viaje, la actitud enérgica de Epifanio, hasta que finalmente alcanzó la corte de Eurico en Toulouse. Allí fue León quien se encargó de anunciar la visita y conducirle por los cenáculos palatinos. Este León

fue consejero de Eurico y también de su sucesor, Alarico II, y pertenecía a la aristocracia galorromana que había decidido integrarse en el sistema visigodo, y proporcionar una especie de revestimiento romano a la monarquía goda: después de todo, Eurico le encargaba que le escribiera sus discursos. Era a la sazón amigo de Sidonio Apolinar, y unos años más tarde iba a ser un personaje clave para que el rey visigodo permitiera a Sidonio regresar de su exilio[27]. El caso es que Epifanio entró en el palacio de Eurico en Toulouse.

Como suele suceder en los textos hagiográficos, el autor introduce una serie de diálogos, de los que evidentemente no podemos asegurar, ni mucho menos, su verosimilitud. La cuestión es que Ennodio, que era obispo en la Italia de comienzos del siglo VI controlada por los ostrogodos, pone en boca de Epifanio, en su discurso ante Eurico, que Nepote gobernaba ahora en Italia, y que deseaba la paz en las zonas fronterizas entre ambos:

> «por eso Nepote, a quien el querer divino ha confiado el gobierno de Italia, me ha mandado para obtener que, vueltos vuestros ánimos a la confianza recíproca, las tierras colindantes se unan con lazos de afecto»[28].

Aquí hay dos cosas que merecen ser subrayadas. Primera, que Ennodio, a comienzos del siglo VI, deja entrever que el emperador Julio Nepote gobernaba sólo Italia. Segunda, que había conflictos militares en las regiones de contacto entre esos territorios controlados por el emperador romano y los de Eurico. Esto es muy verosímil, a

la luz de lo que hemos visto. Así que no puede extrañar la preocupación de los poderosos locales de Liguria, ni la implicación del obispo Epifanio, que viene revestida como una misión de santidad en la hagiografía de Ennodio. Lo que realmente preocupaba a Nepote y a los notables de Liguria no eran grandes cuestiones estratégicas sobre la situación de la romanidad, sino intereses puramente regionales: que los romanos siguieran controlando Liguria, y a poder ser que volvieran a mandar en las populosas ciudades del sur de las Galias. Ésa era la cuestión. Lógicamente, estamos ante una escala sensiblemente inferior a la que habían manejado los emperadores incluso a comienzos de ese mismo siglo. El mapa geopolítico que el emperador romano podía manejar atañía solamente a Italia y, en el mejor de los casos, a algunas regiones un poco más allá de los Alpes. Eurico, como en tantos otros lugares, había roto también ahí los equilibrios de poder seculares, y se iba a negociar ahora la situación de esas regiones… a cambio de que rompiera otros equilibrios.

Por descontado que la *Vida de Epifanio* no dice ni una sola palabra de estas maniobras, de lo que suponía un intercambio regional para que Eurico dejara tranquilos a los poderosos de Liguria y Provenza y entrara de lleno en otras regiones. Hay que atender a otra fuente, a la que dedicaré atención de forma inmediata. Pero antes quisiera concluir con esta alusión de la obra de Ennodio a la misión de Epifanio ante Eurico. Ennodio, buen conocedor de las cortes

bárbaras puesto que él mismo se movía con soltura en la del ostrogodo Teodorico en Italia, entre finales del siglo v y comienzos del vi, se detiene en algunos detalles de la supuesta conversación entre Eurico y Epifanio. Por ejemplo, en que, al comenzar su réplica, el rey visigodo hablase en su lengua bárbara, y que se dirigiera a un intérprete, a pesar de que, como la mayoría de los jefes bárbaros, conocía el latín. Al parecer, y siempre según el testimonio de Ennodio, esta embajada de Epifanio concluyó con un acuerdo de paz en esas zonas fronterizas entre Italia y las Galias, aunque no se dan más detalles del pacto, salvo que Epifanio declinó una invitación del rey para acudir a un banquete palaciego, dado que en él iban a estar presentes sacerdotes arrianos. Pero lo más relevante aquí es señalar que Ennodio menciona este pacto entre Nepote y Eurico de 474-475, aunque no dice nada más al respecto. ¡Qué distinta iba a ser la percepción que de ese acuerdo iban a tener en una región de la Galia!

Me refiero, cómo no, a la Auvernia. Como se ha dicho más arriba, la Auvernia tenía como ciudad principal la *ciuitas Arvernorum*, es decir, lo que nosotros conocemos como Clermont Ferrand. La región se encontraba adscrita a la provincia romana de Aquitania I, que tenía en Bourges uno de sus centros administrativos y eclesiásticos más relevantes. A estas alturas, iniciados los años setenta del siglo V, los visigodos habían conquistado ya buena parte de la provincia, pero no la Auvernia, que estaba siendo defendida por los ejércitos de Ecdicio, a quien ahora Nepote

había nombrado patricio, y la defensa local articulada por el obispo de Clermont, que no era otro que «nuestro» Sidonio Apolinar. Se contaba que Ecdicio, en el contexto de los ataques visigodos a Auvernia, había llegado a traspasar las filas bárbaras con tan sólo dieciocho hombres (diez en un texto muy posterior) en mitad de una llanura y a plena luz del día[29]. Estas gentes de Auvernia tuvieron que comprobar en 475 cuál era el precio del pacto: la propia Auvernia. El acuerdo entre Nepote y Eurico se concretó con la embajada de Epifanio, pero culminó con otra misión diplomática para la que, de nuevo, el emperador escogió a obispos. En este caso de trataba de cuatro prelados de las Galias, a saber: Leoncio de Arlés, Fausto de Riez, Greco de Marsella y Basilio de Aix. Podemos seguir el asunto en las cartas de Sidonio Apolinar, que en los días del pacto entre Nepote y Eurico (475) era obispo de Clermont, sede principal de Auvernia. Por tanto, estaba en la primerísima línea de actuación política en este tablero de ajedrez. Si hacemos caso a sus cartas, Sidonio iba a pasar del desconocimiento a la indignación, toda vez que pudo conocer cuál era realmente la posición de Auvernia en ese tablero.

En una de sus cartas, escrita probablemente hacia el año 474, dirigida al obispo Greco de Marsella, daba cuenta a su colega de la amarga situación por la que pasaba la región y, sobre todo, la ciudad de Clermont:

> «Y aquí estoy yo, encerrado en las casi destruidas estrecheces de tan frágiles murallas, me encuentro totalmente atenazado por la amenaza de una

> guerra tan próxima, y me resulta imposible cumplir mi deseo de verte. ¡Así que pido al cielo que la situación y la causa de Auvernia fueran tales que tuviera que poner menos excusas!»[30].

Sidonio concluía la breve misiva a su colega de Marsella recalcando el miedo que sentía por la situación de la región en la que era obispo, y deseando que las circunstancias le permitieran rendirle una visita próximamente.

Nada en la carta deja entrever que Sidonio supiera ni una sola palabra de lo que se estaba urdiendo, bien porque Greco aún no estaba en el asunto, bien porque aún no se sabía. Pero lo cierto es que, ya en 475, este obispo de Marsella y otros colegas iban a participar en la embajada ante Eurico que, en nombre del emperador Julio Nepote, iba a entregar Auvernia, y con ella a Sidonio y Clermont, a los visigodos. Puede verse el cambio de actitud de Sidonio, que pasa de la preocupación por la situación a la indignación siquiera disimulada, en una carta que dirigió en el año siguiente a la anterior a otro colega, Basilio de Aix, quien, como Greco de Marsella, también era miembro de la misión diplomática romana a Eurico. Esta carta de Sidonio, fechable en 475, debió de tener un enorme impacto no sólo entre los círculos aristocráticos y eclesiásticos de la Galia de los años setenta, sino también mucho tiempo después[31]. A finales del siglo VI, nada menos que Gregorio de Tours se referiría a ella[32].

Sidonio comenzaba reconociendo el papel que su colega Basilio de Aix había tenido en el combate contra el

arrianismo, algo propio de esta época en la que la extensión territorial del reino visigodo suponía igualmente una cierta ampliación de los horizontes del arrianismo, variante cristiana que era la fe oficial de la monarquía visigoda desde hacía casi un siglo, y que lo iba a seguir siendo hasta los tiempos de Recaredo, más de un siglo después de que Sidonio escribiera esta carta. Acto seguido, entraba en materia. La situación era dramática, y decía por qué: Eurico había roto la tradición del antiguo pacto y estaba extendiendo su reino, *quod limitem regni sui rupto dissolutoque foedere antiquo*. Este rey, proseguía Sidonio, le daba más miedo por sus maldades contra las leyes cristianas que por lo que pudiera hacer contra las murallas, *non tam Romanis moenibus quam legibus Christianis insidiaturum pauesco*. A los ojos de un romano y obispo como Sidonio, la situación era tan grave que había numerosas ciudades de las Galias, de las que daba una nómina, cuyas sedes episcopales estaban vacantes a la fecha. Además, había obispos que habían sido exiliados. En fin, Sidonio pinta un panorama tétrico para los intereses de los romanos católicos. E inmediatamente, como buscando un efecto demoledor en el contraste entre la grave situación y la actuación del propio Basilio, le recuerda a éste que junto a Leoncio de Arlés, Fausto de Riez y Greco de Marsella acababan de ser protagonistas de un pacto con ese mismo Eurico. La carta es apasionante, está cargada de una retórica que busca realzar la sensación de alarma que probablemente Sidonio sentía

sinceramente. Y, a los efectos políticos que nos interesan ahora, le dice a su colega, refiriéndose a ellos, a los obispos que habían participado en la embajada a Eurico:

> «a través de vosotros discurren los pactos y las condiciones entre los dos poderes»[33].

En fin, Sidonio estaba reprochando a su colega que cuatro obispos (su corresponsal entre ellos) hubieran participado en semejante pacto. El reproche no es tanto explícito como latente dentro de la ampulosa retórica «sidoniana». En la organización de la carta, la cesura establecida por el autor entre la dramática situación que vivía Auvernia y buena parte de la Galia, así como la cita a la embajada de los cuatro obispos, no podían sino encubrir el asqueo que sentía ante la actuación de sus colegas. En tal circunstancia, le pedía a Basilio que, al menos, consiguieran que las sedes episcopales vacantes pudieran ser ocupadas por nuevos prelados.

Pero en ese mismo año, 475, envió otra misiva a Greco de Marsella. He citado antes una carta que le había remitido el año anterior… ¡qué distinta es ésta! Para este momento, Sidonio conocía bien lo que había sucedido. El texto está un poco en la línea de la remitida a Basilio, pero redactado si cabe en un estilo más áspero. Y qué decir de cualquier comparación con la que le había enviado el año anterior al propio Greco. Para cerciorarse del cambio de tono, basta comprobar cómo acaba la primera sección de la carta:

«Así está pues la situación hoy en este rincón desdichado, de tal manera que, según lo que se conoce, fue menos penosa en época de guerra que en este momento de paz»[34].

La época de guerra había correspondido a los años 472-475, pero ahora, en ese año 475, el pacto entre Nepote y Eurico, en el que habían intervenido como embajadores obispos como Epifanio de Pavía y los cuatro galorromanos, estaba en pleno vigor. Merced a él, Auvernia había pasado a manos de los visigodos, cosa que Sidonio percibía como detestable. Al fin y al cabo, confiesa a Greco, prefería seguir en los días de la resistencia armada contra los visigodos. Lo que había sucedido indignaba a Sidonio, puesto que la Auvernia había sido entregada a los visigodos a cambio del control romano en otras zonas, como Liguria, que tanto preocupaba al emperador, y la Provenza. Así que, a los ojos de los notables locales, entre los que Sidonio era obispo, esto era una traición:

«nuestra servidumbre ha sido el precio pagado por la seguridad ajena»[35].

La carta rezuma indignación en todas sus letras. Sidonio lanza una invectiva de reproches hacia sus colegas, que han participado en la embajada. Elabora algunas reflexiones interesantes sobre la percepción de lo romano, sobre las que habremos de volver en otro capítulo. Desde su perspectiva, el tratado no era ni útil ni decoroso, y Sidonio esperaba que sus colegas se avergonzaran de haber participado en semejante misión, *pudeat uos, precamur, huius foederis, nec*

utilis nec decoris. La ocupación visigoda de Auvernia en 475 iba a tener como consecuencia personal para Sidonio su propio exilio, a *Livia*, en el sur. En el año siguiente, o como muy tarde en 477, escribirá a su amigo León, a quien ya me he referido como «agente cultural» en la corte de Eurico, agradeciéndole que influyera en el rey godo para que le levantara semejante castigo. Así fue y de hecho la carta está escrita desde Clermont, ciudad a la que Sidonio había regresado para continuar en su puesto como obispo[36]. En fin, la ocupación de Auvernia en 475 supuso no sólo que el obispo católico de Clermont marchara al exilio durante un tiempo, sino que Ecdicio, que dirigía la defensa armada de la región, viera definitivamente el final de cualquier posibilidad de resistencia, y también se retirara de Clermont[37].

Julio Nepote era consciente de que Ecdicio, a quien había nombrado patricio, no había sido precisamente un colaborador en su estrategia pactista con Eurico, y decidió relevarlo de semejante cargo en el mismo 475, en beneficio de Orestes[38]. Orestes era un tipo muy bregado en los ambientes políticos y militares desde hacía décadas. De origen panonio, había sido *notarius* nada menos que de Atila, de lo cual hacía más de dos décadas. Prisco, uno de nuestros informantes esenciales para esos años, lo conoció en persona. Del mismo modo que Prisco había sido enviado por Constantinopla dentro de una misión diplomática a Atila, así también Orestes había viajado a la capital oriental

por orden del rey huno[39].

Pero la jugada le salió fatal a Nepote. Orestes, al poco de ser nombrado patricio, se hizo con el control de las tropas suficientes como para marchar de Roma a Rávena y deponer al propio Nepote en agosto de 475, colocando a su hijo Rómulo, conocido como Augústulo, como nuevo emperador. Julio Nepote huyó a Dalmacia. Allí, como se recordará, tenía el grueso de sus apoyos y tropas disponibles. Como los había tenido su tío Marcelino. O gracias a eso mismo[40].

Adiós a la púrpura

El nombre de Rómulo Augústulo puede resultar conocido a muchas personas. Incluso en la enseñanza secundaria se recurre a él, a su deposición por Odoacro, como referente simbólico del final del imperio romano. La idea del «último emperador» es correcta en términos generales, por más que quepan matizaciones. Desde luego, la primera es que se debe precisar que, en todo caso, sería el último emperador en Occidente. La segunda es que Julio Nepote no renunció a recuperar el poder. Desde sus cuarteles generales en Dalmacia siempre mantuvo que él era el emperador legítimo, cosa que defendió hasta su muerte, ocurrida hacia el año 480, cuatro años después de la caída de Rómulo y de la desaparición oficial del imperio occidental. Como veremos de inmediato, el emperador oriental Zenón sí otorgó cierto reconocimiento a esa

continuidad de Nepote. Sabemos, por ejemplo, que reprendió al Senado romano por haber prescindido de él. Pero no movilizó recurso alguno, que sepamos, para reponer a Nepote en el poder.

Ya hemos visto cómo, desde hacía unos años, los emperadores de Occidente apenas controlaban Italia y, en el mejor de los casos, ciertas franjas del sur de las Galias, en torno a Arlés, que había pasado de manos romanas a visigodas y viceversa. También sabemos que las tropas que estos últimos emperadores podían manejar en Italia estaban compuestas fundamentalmente por bárbaros, que servían a sus intereses a cambio de pagas y de concesiones de tierras. Habíamos visto cómo la *Vita* de Severino del Nórico es un buen ejemplo de hasta qué punto el cortocircuito de los pagos condujo por esos años al desmantelamiento de las tropas en regiones más o menos periféricas pero no lejanas de Italia. La situación era, desde el punto de vista político y militar, ciertamente precaria.

Tanto que, cuando las tropas bárbaras asentadas en Italia, y aliadas de los emperadores, demandaron que se les entregaran ciertos lotes de tierras, todo se precipitó. Las fuentes señalan que Orestes, padre del emperador Rómulo Augústulo, y verdadero mandamás en la práctica, se negó a conceder esas tierras. Quizás ya no había nadie en Roma o en Rávena con capacidad efectiva para hacer este tipo de concesiones. Las tropas estaban compuestas no por un grupo bárbaro homogéneo, sino por una multitud de

pequeños contingentes, pertenecientes a pueblos tales como los hérulos o los esciros, entre otros. Lo que las fuentes presentan como una negativa de Orestes, que quizás era más bien una incapacidad institucional, provocó una reacción airada de las tropas bárbaras, lideradas por un personaje llamado Odoacro. Bastantes años antes, Odoacro había visitado a Severino en el Nórico, y el hagiógrafo que compuso la *Vita* del santo no perdió ocasión de recordar el encuentro. Claro que cuando Eugipio escribía el texto, a comienzos del siglo VI, Odoacro ya había pasado a la historia. Así que una entrevista entre ambos era un jugoso episodio, que se revistió con el típico matiz profético de este tipo de textos. De tal manera que, según Eugipio, Severino habría profetizado la posterior gloria de Odoacro:

> «Ve a Italia, ve, hoy cubierto de miserables pieles, pero pronto has de colmar de regalos a muchos»[41].

Sea como fuere, años después de aquel encuentro con Severino, Odoacro consiguió la fidelidad de las tropas bárbaras, que lo iban a proclamar rey, a finales de agosto de 476. No esperó mucho más para actuar.

Sin más dilaciones, a finales de aquel mismo mes de agosto del año 476, Odoacro, apoyado en las tropas bárbaras (sobre todo en los esciros, *cum gente Scirorum*, señalará un texto anónimo posterior) se impuso a Orestes cerca de Piacenza, lo ejecutó y, entre los últimos días del mes y los primeros de septiembre, depuso a Rómulo en Rávena y, de

momento, no colocó a ningún otro emperador. Ese mismo texto anónimo un tanto posterior señalará que Odoacro, pese a deponer a Rómulo, le concedió una pensión de seis mil *solidi* (*donauit ei reditum sex milia solidos*), lo que no era precisamente una compensación menor, y lo envió a Campania para que viviera con sus parientes. También Jordanes se refiere al exilio de Rómulo en esa región meridional[42].

Así que un bárbaro había depuesto a un emperador romano. Nadie podía sorprenderse mucho. Después de todo, eso mismo había pasado otras veces. La diferencia iba a estribar en que lo que parecía otro interregno más… iba a ser un acto definitivo. Ningún otro sucesor se iba a colocar la diadema en Occidente. Es más, ésta, junto a otros símbolos de poder imperial como la púrpura, fue enviada a Constantinopla. Casiodoro, que escribe su crónica varias décadas después de estos hechos, puso el acento precisamente en esta decisión de Odoacro. Señaló que éste asumió el título de rey —de ahí el título de este capítulo—, *nomenque regis Odovacar adsumpsit*, y que no quiso utilizar ni la púrpura ni los *regalia*, los símbolos imperiales[43]. Peor informado del asunto estaba, también en el siglo VI, el cronista Marcelino. Claro que Marcelino escribía en el Oriente de Justiniano, y al dictado ideológico de éste. Como veremos en otro apartado de este mismo capítulo, Marcelino viene a ser una especie de «creador» de 476 a modo de proclama ideológica del final de Roma como

imperio. No es que Marcelino se lo inventara: por más que Nepote siguiera presentándose como emperador, ya no lo había de modo oficial en Occidente después de 476. Pero lo que sí hizo Marcelino fue proclamar a los cuatro vientos la trascendencia de aquella fecha, cosa que nadie había hecho:

> «El imperio occidental de los romanos finalizó con este Augústulo»[44].

Jordanes, que también escribía desde Constantinopla entrado el siglo VI, aunque unos años más tarde que el cronista Marcelino, participó de esa misma perspectiva, es decir, la que consistía en delinear el episodio de Odoacro y Rómulo como el final de una larga historia… la de Roma[45].

Sin embargo, tenemos que recurrir a un autor que escribía en griego, Malco de Filadelfia, para encontrar algunos detalles sobre la deposición de Rómulo. En particular, tales detalles atañen no sólo al acto en sí, sino también a la reacción de Zenón, emperador de Oriente. Gracias a Malco sabemos que llegaron varias embajadas a Constantinopla en aquel verano de 476. Una de ellas estaba compuesta por senadores de Roma, que hacían ver a Zenón que en esos momentos lo mejor era que hubiera un solo emperador (él mismo), y que resultaba conveniente que reconociera a Odoacro como patricio. Otra procedía de Julio Nepote, que, como se recordará, después de su deposición como emperador se había acuartelado en Dalmacia. Nepote seguía presentándose como el emperador legítimo de Occidente, y solicitaba a Zenón ayuda militar para volver al

poder.

¿Cómo reaccionó Zenón ante ambas embajadas? Hay que decir que el emperador de Oriente había recuperado el poder recientemente, después de graves problemas en la corte. Su situación no era precisamente estable, y aquí actuó de manera un tanto ambigua. Según Malco, sí decidió ayudar a Nepote. No sabemos si tal ayuda se concretó en algún tipo de expedición, es algo que no está atestiguado, lo más probable es que la cosa no pasara de una mera promesa. Es cierto que Zenón sólo reconocía a Nepote como posible emperador de Occidente, pero no hizo nada para que lo fuera en la práctica. A la embajada de senadores romanos le reprochó que hubiera apartado del poder, en tiempos recientes, a dos emperadores apoyados por Oriente (Antemio y el propio Nepote), y a Odoacro sí decidió tratarlo como patricio[46].

La impresión que uno tiene de la lectura de los textos es que Zenón, en cierto modo, se «lavó las manos» en este asunto. No parecía estar dispuesto a actuar como lo habían hecho algunos de sus antecesores en un pasado no muy lejano. Podemos recordar el apoyo a algunos emperadores, o a la gran campaña contra los vándalos de la época de Antemio, quien, por otro lado, no dejaba de ser un enviado de Oriente a los asuntos de Roma. Zenón adoptó una posición de reconocimiento teórico de Nepote, de rechazo a la actitud del Senado, pero en la práctica comprobó que Odoacro era el hombre fuerte de Italia, como jefe de tropas

bárbaras hasta entonces mercenarias del imperio, que habían decidido asumir el poder de manera directa. Que Odoacro se proclamara rey era una cuestión menor para Zenón. Para Occidente, todo esto significaba el final de un imperio que en los últimos años lo había sido solamente para Italia y algunos reductos del sur de la Galia, y poco más. Más o menos en esas mismas fechas, quizás unos meses después, la ciudad de Arlés caía definitivamente en manos de Eurico[47].

Pero para entonces la púrpura ya estaba en Constantinopla. Odoacro, que «asumió el título de rey», en expresión de Casiodoro, la había enviado allí. Y, como había hecho Rómulo, y era usual por parte de los emperadores, Odoacro ordenó que acuñaran monedas con su nombre[48].

476 como fecha simbólica

El año 476 está marcado como una fecha de referencia, como el final del imperio romano, asunto que trasciende al ámbito académico y que ha llegado a medios de comunicación o a textos de educación secundaria. No es extraño, por ejemplo, que en 1976 se celebraran algunos encuentros al respecto, conmemorando la fecha[49]. Otras corrientes académicas han sostenido más bien que nada cayó porque no había nada ya que pudiera caer, como formuló hace casi un siglo Bury y me permití recordar en la introducción. En cualquier caso, la idea según la cual con la deposición de Rómulo Augústulo se había acabado un

imperio no surgió de manera repentina. Después de todo, que un emperador hubiera sido depuesto no era una novedad, y tampoco que el puesto quedara vacante durante meses, incluso durante más de un año. Había ocurrido otras veces. Todo comenzó a cambiar cuando fue evidente que no había otro candidato y, sobre todo, en el momento en el que se proyectó la idea según la cual era el imperio, es decir, el único en funcionamiento (el de Constantinopla) el que iba a hacerse cargo de la situación. Claro que para eso había que desalojar a los reyes bárbaros de Occidente[50]. Y ese punto político y propagandístico llegó en la primera mitad del siglo VI. Y no antes.

Desde un tiempo casi inmemorial, los romanos habían decidido que el origen de su historia tenía que ver con la «fundación» de su ciudad. Por eso la obra monumental de Tito Livio se había conocido como *Desde la fundación de la ciudad*. Elementos legendarios, tales como el mito de Eneas, así como tradiciones locales, se habían ido fundiendo ya en épocas muy remotas, como ha mostrado recientemente Tim Cornell con argumentos textuales y arqueológicos[51]. Gracias a la arqueología, hoy sabemos que el origen de Roma tiene más que ver con un proceso formativo, paulatino, en el que la amalgama de elementos latinos, etruscos y griegos fue dejando una impronta que, más tarde, la tradición romana fue definiendo sobre la base de una serie de nombres a los que fue otorgando actos simbólicos que jalonaban las diferentes etapas de su historia más antigua. Por encima de

todos esos nombres estaba el de Rómulo, su primer rey y «fundador», que recogía toda la tradición mítica griega de los fundadores de ciudades y de colonias. Rómulo pasó a ser en la historia romana algo así como un padre, que había fundado la ciudad, pero que también la había dotado de sus primeras instituciones.

Puede entenderse así mejor que el Rómulo del que he hablado hasta ahora, el depuesto en el verano del año 476, resultara después un referente simbólico, pero en este caso del final de Roma como potencia, como imperio. Su propio nombre permitía jugar con la idea de una fatal coincidencia onomástica, la del «fundador» y la del «último» emperador. Que Julio Nepote siguiera siéndolo, o reivindicando que lo era, hasta su muerte en 480, y que de tal guisa fuera reconocido desde Oriente por Zenón, apenas incidió en la versión difundida unas décadas más tarde. Debe decirse de inmediato que todo esto, es decir, la idea según la cual el imperio romano de Occidente terminó con Rómulo Augústulo, no fraguó hasta algún tiempo después. Asumiendo una vez más que el final del imperio romano fue un proceso lento, con distintas caras, en el que intervinieron varios factores, creo difícilmente discutible que, en el terreno simbólico e institucional, hubo un punto final, que no fue otro que el momento en el que, una vez depuesto un emperador —algo que ya había sucedido en numerosas ocasiones— nadie más volvió a vestir la púrpura. Desde tal perspectiva, la comprensión procesual y estructural de los

cambios históricos no está reñida, creo, con el terreno de los giros simbólicos, institucionales, que en todo caso están absolutamente relacionados con procesos de largo recorrido.

En la época del final del imperio, nos decantemos bien por 476 (deposición de Rómulo), bien por 480 (muerte de Nepote), no hay una formulación expresa de tal final digamos «oficial», ni entonces ni en los años inmediatamente posteriores. Ni la hay en Sidonio Apolinar, ni en Fausto de Riez, ni en Ruricio de Limoges, por citar tres nombres. Aunque son bastante posteriores, ni siquiera las continuaciones que se hicieron de la crónica de Próspero, que nos interesan porque usaron material de procedencia itálica del siglo v, anotan explícitamente que la deposición de Rómulo hubiera supuesto el final del imperio. Dichas continuaciones son textos del tipo de los *Additamenta ad Prosper. Haun., Auctarium ad Prosper. Haun. Priores* y *Post.*, entre otros. Los compiladores de este tipo de textos, que escribían en el siglo vi y aun en el vii, dieron formato conjunto a una serie de materiales itálicos, repito, del siglo v. Y tampoco en ese fondo documental encontramos dato alguno al respecto de una ecuación entre la deposición romulea y el final de un imperio. Para el año 476 este material anota los hechos presentados a modo de una invasión de hérulos (*intra Italiam Eruli*), que habría tenido como consecuencia del entronamiento de Odoacro como rey, *regem creant nomine Odoacrem X K. Sept.*, que aparece muy valorado como *hominem et aetate et sapientia gravem*

et bellicis rebus instructum[52]. Sin embargo, esta compilación sí anotará, en su tercera entrada para el año 476, que

> «de todo esto el Estado tuvo una penosa consecuencia: desde entonces [los romanos], oprimidos por todos los pueblos [el uso de *gens* para los pueblos bárbaros], perdieron las provincias y el poder[53].

Estos materiales compilados ya en época posromana sí incluyen una alusión, dentro de las entradas para el año 476, a una pérdida de poder imperial, pero no se inscribe el final del imperio propiamente dicho, y mucho menos se vincula con la deposición de Rómulo, que no aparece siquiera mencionada. A diferencia de otras fuentes, hay que subrayar que sí se establece un cierto vínculo entre Odoacro y, dos entradas más abajo, el *prouincias et dominationem amiserunt* en relación con los romanos (que no aparecen citados como tales, aunque sí con el concepto político *res publica*), con *undique* utilizado en dos ocasiones, marcando deliberadamente el punto de inflexión. Otro material similar, que Mommsen incluyó igualmente dentro de los *Consularia Italica*, tampoco hace mención a la deposición de Rómulo, aunque sí, como sucede en las continuaciones de Próspero que acabo de citar, a que aquél fue directamente colocado por su padre Orestes. Pero no aparece ni una sola palabra de la deposición de Rómulo, de manera que para el año 476 lo único que se cita al respecto, además de la caída de Orestes (no de su hijo) es el encumbramiento de Odoacro, *leuatus Odoacar rex X Kl. Septembris*[54].

Habría que esperar hasta que otro emperador romano, muchos años después, quisiera presentarse como el «recuperador» de la romanidad, quien se proponía como «reconquistador» de lo que otros habían perdido. Dado que los emperadores de Occidente *ya no existían*, ese emperador lo era sólo en Oriente, pero quería serlo de lo que tradicionalmente había sido el mundo romano, lo que incluía Occidente[55]. Naturalmente, ese emperador no era otro que Justiniano (527-565)[56].

Como acabamos de ver, la primera formulación explícita según la cual la deposición de Rómulo entre finales de agosto y comienzos de septiembre del año 476 había supuesto el final de la larga historia de Roma como imperio corresponde a Marcelino. Se trataba de un cronista de origen ilirio, que escribía en latín en Constantinopla en la época en la que Justiniano fue emperador, aunque la primera edición de su crónica se data en 518, al poco de la muerte de Anastasio (que se produjo en el verano de aquel año), y ya dentro del gobierno de Justino. Hay que decir brevemente que Odoacro, como hemos visto, expulsó a Rómulo de su condición de emperador, y que envió a Constantinopla los símbolos del poder imperial. Odoacro, apoyado en sus ejércitos de bárbaros, dominó Italia hasta su muerte en los años noventa. A comienzos de esa década se habían impuesto los ostrogodos. Tradicionalmente asentados en Panonia (*grosso modo* lo que hoy es Hungría), y con relaciones de amistad y hostilidad, según los casos, con los

emperadores de Oriente, habían marchado a Italia, donde finalmente se asentaron, tras una guerra contra Odoacro, que tras su derrota fue finalmente ejecutado por el propio Teodorico, rey de los ostrogodos. Así que desde el año 493, casi dos décadas después del episodio de 476, los señores militares en buena parte de Italia eran los ostrogodos. Y aún lo eran cuando Justiniano accedió al poder como emperador en Constantinopla en 527. No obstante, sabemos que Marcelino había estado desde hacía años al servicio de Justiniano, y creo que el mensaje que explica la referencia al final del *Hesperium imperium*, el imperio Occidental, está ligado directamente a lo que iba a ser la clave de la ideología justinianea. Me refiero a la conquista de Occidente (o de lo que se pudiera de lo que había sido el antiguo imperio romano en Europa y el norte de África), y toda la panoplia ideológica que justificara semejante empresa.

Cuando Justiniano inició su política de expansión en Occidente, los enemigos principales eran los vándalos (en África) y, sobre todo, los ostrogodos (en Italia). Los años 530s, 540s y 550s están repletos de historias militares, batallas, guerras, que narró con detalle Procopio de Cesarea en sus obras escritas en griego. Justiniano era consciente de la necesidad no sólo de contar, sino también de justificar y legitimar su expansionismo, que apareció recubierto de una propaganda intensísima. La idea de recuperación del imperio, naturalmente bajo su protagonismo, inundó los

textos que emanaban desde Oriente. Autores como el cronista Marcelino, cuya crónica se publicó tras la primera edición, en una segunda ya en 534, y más tarde Jordanes o Procopio, que escribían a comienzos de los años cincuenta, entre otros, proyectaron tal imagen.

La idea según la cual lo acontecido en 476 era algo así como un inmenso cataclismo resultaba sumamente útil. Lo he señalado en el título de otro capítulo: «Perdieron por su negligencia», que es la frase que el propio Justiniano emitió en un texto legal publicado en el año 536, al poco de la conquista de Sicilia y tras los éxitos en África, en el mismo año en el que las tropas imperiales de Belisario entrarían nada menos que en la propia Italia[57]. Todo se basaba en la idea según la cual los emperadores de Roma habían sido un desastre, de modo que sólo su «negligencia» explicaba que hubieran perdido el legado de generaciones de emperadores anteriores, es decir, el imperio. La conclusión que se desprendía —que Justiniano quería que se desprendiera— era que él sería el campeón de la romanidad, el emperador que iba a restaurar toda la gloria romana. Roma era pues, ante todo, algo que conquistar en la batalla (contra los ostrogodos) y que asumir como propio de un único emperador[58]. Esta gran bandera ideológica era el armazón propagandístico con el que justificaba los recursos invertidos en sus guerras en Occidente (sobre todo contra los godos de Italia y los vándalos de África). Y como esperaba que los romanos occidentales colaborasen en su

administración, en el mantenimiento de tributos y de su gobierno en tan lejanas tierras.

De ahí que la historia le fuera de enorme interés: había que contar que los emperadores occidentales habían sido un desastre, y sobre todo había que propagar que lo de 476 había sido un cataclismo. Porque eso suponía acrecentar la idea de que su expansión equivalía a una mejora sustancial, a la superación de una etapa nefasta. No puede extrañar, por tanto, que fuera precisamente en la época de Justiniano en la que cuajara la difusión del asunto en crónicas e historias. Y tampoco puede ser una sorpresa que fuera este cronista llamado Marcelino quien lo publicara por primera vez. Después de todo, sabemos que antes de que Justiniano fuera emperador, Marcelino ya estaba a sus órdenes, formando parte de su cuerpo de oficiales y burócratas, al menos desde el ascenso de quien luego sería emperador al generalato en la época de su familiar Justino. La crónica de Marcelino, que se ocupaba del período entre 379 y 518, fue finalmente continuada hasta el año 534 (habría luego una anónima continuación posterior a modo de aditamento).

En la ideología de la crónica de Marcelino subyace constantemente una hostilidad a los godos, que habían devastado el Ilírico entre finales de los setenta y comienzos de los ochenta del siglo v. Teniendo en cuenta que el propio Marcelino procedía de allí, su escasa simpatía hacia los godos tiene una explicación directa. Además de eso, en el momento en el que escribía, a finales de los 510s en una

primera edición, y sobre todo como mínimo en los 530s, en la segunda, lo hacía al dictado de los intereses de Justiniano, a cuyo servicio había entrado antes de que éste fuera emperador. Así que razones personales y políticas impelían a Marcelino a proyectar una imagen nefasta de los godos, que aparecían como los gobernantes ilegítimos de Italia… y que, por tanto, debían de ser aniquilados por Justiniano. En tal contexto ideológico también encuentra sitio la propagación de la idea de que lo de 476 había sido algo realmente importante, cosa que apenas encontramos en ninguna otra fuente anterior a Marcelino. Para que el año 476 pasara a convertirse en un símbolo político e histórico había razones de peso, a las que me he referido antes. Solamente la ya citada mención de la *Vita Severini* a «la época en la que aún existía el imperio romano» puede ser tenida en cuenta, pero tampoco allí se establecía la ecuación entre la caída de Rómulo y el final del imperio. De hecho, la parte occidental del mundo romano apenas le interesa en su crónica, sólo encuentra protagonismo precisamente para la valoración enjundiosa de lo ocurrido en 476[59].

La teoría de Ensslin, en cierto modo seguida por Wes, mantenía que la perdida *Historia Romana* (*ca*. 519) de Q. Aurelio Memmio Símmaco, el Símmaco que fue cónsul en 485 y ejecutado por orden del propio rey ostrogodo Teodorico el Grande en 525, situaría el acento en los episodios de 476, y que tal idea fue simplemente seguida por Marcelino y por Jordanes. De ser así, fue ese Símmaco

de finales del siglo v y comienzos del vi, y en Occidente, el primero que habría formulado el asunto de manera tajante, es decir, que la deposición de Rómulo había sido un acontecimiento de primera magnitud, y que había sido el final de Roma como imperio. No obstante, los estudios recientes de Croke apuntan más bien a la influencia de Justiniano y su propaganda, por más que Símmaco pudiera haberse ocupado del asunto, cosa, por otro lado, difícilmente demostrable puesto que el texto no ha llegado hasta nosotros. De hecho, Croke muestra cómo Marcelino ya trabajaba en la primera edición de su crónica a finales de 510s, fecha no muy lejana a la de la composición de la perdida obra de Símmaco, para la cual existe un acuerdo extendido en fecharla hacia 519. Que Marcelino y Jordanes pudieron usar el texto de Símmaco es, respectivamente, posible y seguro. Sabemos que Símmaco estuvo en Constantinopla y quizás allí difundió su obra. Tenía una casa en la capital imperial, que fue arrasada después, en los días de la famosa revuelta popular *Nika* del año 532[60]. En todo caso, Marcelino editó la suya en 518, lo que plantea problemas para sostener una deuda potente de éste con respecto a Símmaco. En cuanto a Jordanes, que escribe más tarde, en los años cincuenta, es evidente que sí usó la obra de Símmaco, de hecho él mismo lo dice a cuenta de su alusión al emperador Maximino el Tracio.

No sabemos si Símmaco trataba el tema de la deposición de Rómulo, e ignoramos, en tal caso, cómo enfocó el

asunto. Su obra fue publicada en tiempos del rey ostrogodo Teodorico, al cual servía el propio Símmaco y buena parte de sus compañeros de clase, los senadores romanos. Por más que en los años veinte del siglo VI Símmaco y su yerno Boecio cayeran en desgracia a ojos del rey godo, lo cierto es que habían colaborado directamente en el sistema político y administrativo ostrogodo en Italia. Ambos fueron ejecutados entre 524 y 525. Sabemos que los sucesores del rey godo devolverían a las familias de Símmaco y Boecio los patrimonios expropiados, y que hubo una cierta tendencia política de la monarquía post-teodoriciana, liderada por su hija Amalasunta —regente de Atalarico— que trataba de acercar posturas con algunas familias dirigentes de la aristocracia itálica[61].

Frente a lo que pudiera parecer, Italia y Constantinopla no eran compartimentos estancos a comienzos del siglo VI. Y no me refiero sólo a la guerra (en las décadas 530s-550s), que supuso la ocupación de Italia por las tropas imperiales, sino también años antes. Recuérdese que, como vimos, Constantinopla no había sido ajena del todo a los avatares políticos del imperio occidental. Había habido potentes ayudas militares, como para la fracasada escuadra que Antemio lanzó contra el reino vándalo, o intervenciones directas a la hora de colocar emperadores, como había sucedido con Antemio, o incluso con Nepote, además de otros casos más sutiles. A pesar de lo que muchas veces se dice, Constantinopla no se mantuvo al margen de Roma,

aunque no se pueda hablar de una intervención sistemática. Después de todo, hubo occidentales con influencia que terminaron exiliándose a Constantinopla. Todo esto tuvo además una versión de difusión de circuitos latinos en la corte de Oriente, con personajes como Prisciano que ejercieron magisterio latino, a modo de catalizadores de enseñanzas y de transmisiones de textos latinos[62].

Uno de los puentes a los que me refiero fue el de las poderosas familias de la alta nobleza romana, nobleza que en ciertos casos emparentaba directamente con el poder imperial. Era el caso de los *Anicii*. La familia, de gran tradición senatorial, contaba con influyentes representantes, sobre todo en Italia, aunque también en la Galia y, finalmente, en la propia Constantinopla[63]. Deseo detenerme en este aspecto, puesto que enlaza con el problema de la obra de Símmaco, quien también tenía vínculos con los Anicios. Resulta llamativo el influjo de las conexiones de esta familia con la producción literaria de comienzos del siglo VI[64].

El emperador Olibrio, que lo había sido de Occidente durante unos meses del año 472, se había casado con Placidia, una de las hijas de Valentiniano III, y por tanto bisnieta de Teodosio. Anicia Juliana, hija del matrimonio, vivió desde su infancia en Constantinopla. Sabemos que disponía de una inmensa fortuna, parte de la cual destinó a los trabajos que convirtieron a la iglesia de San Polieucto en la más grande de la capital hasta la obra que Justiniano

emprendió en Santa Sofía. Gregorio de Tours, que escribía a finales de ese siglo VI desde las Galias, recogió una tradición al respecto[65]. Según su versión, Justiniano había tratado de recabar una fuerte contribución en oro por parte de la dama. El texto propaga una versión ciertamente hostil a Justiniano, según la cual Juliana habría decidido «invertir» en la edificación de una iglesia colosal antes que dar al emperador una sola moneda de oro.

Esta tradición entronca bien con la mala prensa que Justiniano tuvo en no pocos ámbitos del siglo VI europeo dadas sus campañas de conquista y, sobre todo, su apoyo a la condena de los Tres Capítulos. Después de muchos avatares político-religiosos, el emperador había asumido una parte sustancial de las condenas a las enseñanzas de ciertos teólogos del siglo V. A estas alturas del VI, las posturas estaban muy radicalizadas, y apenas hubo posibilidad de entendimiento. No entraré ahora en los detalles teológicos, y me limitaré a señalar que en Occidente era mayoritaria la posición aprobada en el concilio de Calcedonia celebrado en 451, mientras que Oriente estaba más dividido, unos apoyaban posiciones monofisitas (sobre la naturaleza de Cristo como dios), aunque había interpretaciones intermedias, y no faltaba quien coincidía con los planteamientos occidentales, más partidarios de entender la relación de Cristo en su participación divina y humana.

Todo esto, naturalmente, tenía sutilezas difícilmente

demarcables, y en no pocas ocasiones la política mediatizaba los debates, en especial si se producía, como era frecuente, la intervención imperial. Aunque Justiniano, de origen ilírico y latinófono, había apoyado distintas alternativas, al final se decidió por una especie de versión de compromiso, que en todo caso condenaba los llamados Tres Capítulos (las enseñanzas de los teólogos Ibbas de Edesa, Teodoro de Mopsuestia y Teodoreto de Ciro, todos ellos del siglo anterior), lo que suponía una baza para los monofisitas. Es cierto que éstos tampoco se contentaron, puesto que deseaban que el emperador diera más pasos para romper los puentes con lo aprobado en Calcedonia (a. 451) o, lo que es lo mismo, con lo que más se identificaban el obispo de Roma y sus colegas occidentales. Probablemente esta anécdota de Anicia Juliana y de Justiniano, fuera o no cierta, desempeñaba un papel en la tradición de hostilidad al emperador que había difundido la condena de los Tres Capítulos.

La guerra que Justiniano, a través de sus generales y sus tropas, había llevado a África, a Sicilia y finalmente a Italia (más tarde llegaría la Península Ibérica), supuso una dificultad añadida para la ya deteriorada situación de la clase senatorial romana. No extraña así que algunos de sus representantes huyeran precisamente a la capital imperial. Allí buscaban el cobijo del poder político y militar, los canales de la corte y una tregua de estabilidad en sus vidas y sus negocios. Sabemos que el propio Símmaco tuvo una

casa en la capital, que visitó al menos en una ocasión, y que es más que probable que se encontrara con Anicia Juliana, miembro de su grupo familiar. Otro de los Anicios, Cetego, era la cabeza visible del Senado de Roma, aunque en los años cuarenta marchó también a Constantinopla, en la que aún permanecía hacia 553-554[66]. Procopio informa que Cetego y otros de estos exiliados urgían al emperador para que liquidara cuanto antes la guerra en Italia[67]. De ser así, un sector de la aristocracia itálica estaba realmente comprometido en la caída de la monarquía ostrogoda que, no lo olvidemos, había ejecutado a algunos de sus colegas y familiares, como Boecio y Símmaco.

Del estudio de las fuentes a nuestro alcance, la impresión más fundada es que la aristocracia itálica se fue apartando de cualquier veleidad de apoyo a los godos conforme avanzaba la guerra. La actitud de Cetego recogida por Procopio sería, por tanto, algo más que una mera posición individual[68]. Cetego aún estaba en Constantinopla en la época del concilio (553-554), y no regresaría a Italia hasta 556, una vez acabada la guerra. No es casual que Casiodoro, que buscaba claramente mostrar su relación familiar con los Anicios, dedicara a Cetego su *Ordo generis Cassiodororum*, que no es otra cosa que una exhibición documental de lo que Casiodoro consideraba su vínculo con los Anicios. El documento ha llegado hasta nuestros días en forma muy fragmentaria, pero lo suficientemente clara como para observar que Casiodoro se detenía en el elogio a

personajes como Boecio y Símmaco, a quienes consideraba de su familia. Después de todo, en la especie de manual que escribió al final de su vida para sus monjes del monasterio de Vivarium, en Italia, llamaba a Proba (descendiente directa de Símmaco) como *parens nostra*[69]. Bastantes años antes, en 535, ya había hecho un elogio de los Anicios, en el que destacaba la influencia política que la familia había tenido[70].

Es cierto que Casiodoro participó de la idea de la colaboración entre romanos y godos, seguramente porque las circunstancias tampoco daban mucho más juego toda vez que la hegemonía de Teodorico en Italia parecía muy asentada a comienzos del siglo VI. Así, la complementariedad entre romanos y godos era una suerte de espina dorsal en sus *Variae*, en la recopilación de textos oficiales que editó, y a buen seguro era la clave de su *Historia de los Godos*, que no ha llegado hasta nosotros. La obra le había sido encargada por los ostrogodos, y según las palabras del propio Casiodoro, puestas en boca del rey Atalarico en el año 533:

> «Hizo que los orígenes de los godos pasaran a ser historia romana»[71].

En ese mismo sentido orientó su crónica, que sí ha llegado hasta nuestros días, compuesta en 519 en pleno consulado de Eutarico, esposo de Amalasunta, la hija de Teodorico. Que el imperio romano que quedaba, en Oriente, reconociera a Eutarico como eventual sucesor de Teodorico

(la fatalidad lo impediría), junto con el propio emperador Justino, que acababa de acceder al poder en 518, era un hito que Casiodoro trató de aprovechar[72].

Años después, Casiodoro estuvo durante un tiempo difícil de calcular en la capital imperial, en todo caso a comienzos de los cincuenta y quizá incluso antes. En aquella fase Jordanes, que escribía en Constantinopla durante el apogeo de Justiniano, trabajó sobre el texto de Casiodoro, como él mismo reconoce, hasta el punto que su *Getica* es, en buena medida, una especie de resumen particular de la perdida *Historia de los Godos* de Casiodoro. Algunos especialistas, como Goffart, han insistido en que Jordanes no copió o no se limitó exclusivamente a resumir a Casiodoro. Otros, como Momigliano, han subrayado que la deuda de Jordanes con aquél era enorme. Como sucede en el caso de la *Historia Romana* de Símmaco, realmente no podemos ir mucho más allá, porque ambas obras se han perdido[73].

Pero Jordanes sí coincide, con algunas variantes, en la fórmula usada en la crónica de Marcelino en lo que se refiere al final del imperio occidental con la caída de Rómulo, es decir, en el tema «476». Dado que la *Getica* y la *Romana* de Jordanes se publicaron a comienzos de los años cincuenta, en plena efervescencia de las victorias de los generales de Justiniano en Italia, no creo que pueda entenderse bajo ningún concepto que semejante fórmula fuera ajena a la ideología justinianea. Que la idea ya hubiera

aparecido en Símmaco, o incluso en la *Historia de los Godos* de Casiodoro, es algo indemostrable.

A modo de muestra, la crónica de Casiodoro, publicada en 519, y que sí ha llegado hasta nosotros, no da ninguna importancia a la caída de Rómulo, aunque sí menciona la de su padre Orestes y el hecho de que Odoacro se proclamara rey, pero no establece ninguna ecuación, como sí lo hizo Marcelino en 518 y 534, entre aquel suceso y el final del imperio occidental[74]. En cambio, es evidente que tal idea circuló, se difundió y se proyectó en Constantinopla, en el mandato de Justino de manera muy preliminar (con la primera edición de la crónica de Marcelino, publicada entre 518 y 519), y plenamente, con la segunda edición de la misma (534), y la *Getica* y la *Romana* de Jordanes, editadas en los años cincuenta.

Y, por si fuera poco, el propio Justiniano se había encargado de mencionar, ya en 536, por tanto después de la doble edición de la crónica de Marcelino, que estaba dispuesto a dominar todo lo que los antiguos romanos habían controlado en su día, y que habían perdido *por su negligencia*[75]. En tal sentido, la idea de que la caída de Rómulo había supuesto el final del imperio en Occidente fue, en cuanto que proclama ideológica, un producto justinianeo.

* * *

En realidad, la deposición de Rómulo formaba parte de un contexto que hemos ido viendo en este capítulo y en el anterior. Me refiero a la dependencia absoluta de los últimos emperadores, dependencia que radicaba en la enorme influencia de la que gozaban los generales bárbaros. Esto era así tanto para los generalatos supremos, que habían ostentado últimamente personajes como Ricimero o Gundobado, pero también en los reyes y jefes bárbaros extraitálicos. En mi opinión, la historia de los últimos emperadores, además de cuestiones estructurales, funcionó en torno a la necesidad perentoria de apoyos, siquiera sectoriales, de algunos de esos sistemas que se habían ido configurando fuera de Italia pero dentro del territorio imperial. Me refiero sobre todo a los visigodos y a los vándalos, y en menor medida a los francos y a los burgundios. La derrota de Atila en 451, después de todo, había dependido de dicha colaboración. Como también dependía de ella el encumbramiento en el poder o las posibilidades de consolidación.

Los ensayos que Oriente había hecho para tratar de hacerse con las riendas en Occidente, en el caso de Antemio, más indirectamente en el de Julio Nepote, fueron finiquitados por la influencia de grupos de presión bárbaros, y en particular por las tropas federadas y mercenarias de Italia y de quienes (como Ricimero o como Odoacro) fueron capaces de liderarlas como patricios. Así que la deposición

de Rómulo por Odoacro, en principio, no se diferenciaba mucho de la que había practicado por ejemplo Ricimero con algunos de sus antecesores. Incluso en aquellos casos hubo momentos de interregnos ciertamente extensos, como el que parecía atisbarse en septiembre de 476.

La gran diferencia estribó en que nadie parecía muy interesado en colocar a otro en el lugar de Rómulo. Alguno, como Nepote, pretendía mantener la identidad imperial, haciendo valer su condición de emperador relegado. El emperador de Oriente parecía apoyar esta posibilidad, pero apenas hizo nada por sacarla adelante. Lo que realmente se impuso fue la decisión de Odoacro de proclamarse rey y de enviar los símbolos imperiales a Oriente. Como le dijeron sus embajadores a Zenón, ya no hacía falta sino un emperador. Claro que él mismo se reservaba Italia. Odoacro comprendió que los nuevos tiempos estaban protagonizados por reyes, y no por emperadores. En consecuencia, la reducción de la escala de poder a un ámbito más o menos regional podía ser más fructífera, y sobre todo más factible. Y para ello era necesario contar con tropas y con el apoyo de la aristocracia local.

Ésas fueron, después de todo, las bases sobre las que se iban a consolidar los reinos bárbaros en Occidente.

CAPÍTULO 5
DESPRENDERSE DE LA PATRIA O DEL CABELLO.
BUSCANDO UNA IDENTIDAD

En el año 470 Sidonio escribía a su cuñado Ecdicio. Hacía ya más de una década que Avito, suegro y padre respectivamente de ambos, había fallecido, después de su apartamiento del poder imperial y de su breve ejercicio del obispado. En una carta llena de amargura y de preocupación por la situación del imperio y de la suya propia, Sidonio concluía con estas palabras:

> «Si el Estado no tiene ni defensas ni soldados, si el emperador Antemio no tiene recursos ni militares, entonces nuestra aristocracia habrá tenido que decidir, bajo tu guía, desprenderse de esta patria o de este cabello»[1].

Era la época del emperador Antemio, ya después de la derrota de la escuadra imperial frente a los barcos de Genserico. Lo que había sido una «gran esperanza de nuestro tiempo», como el propio Sidonio había anunciado en su panegírico al emperador pronunciado en 468, ahora ya no era sino una frustración[2]. Tras semejante golpe militar y psicológico, apenas había lugar para pensar que las cosas

fueran a cambiar repentinamente a mejor, al menos desde el punto de vista de personajes tales como el propio Sidonio, que fue designado precisamente para la prefectura de la ciudad de Roma para aquel 468. La carta a Ecdicio está elaborada después del gran fracaso de la expedición imperial de 468. Como vimos en su momento, Antemio era un emperador de origen oriental cuya instauración en el poder tenía no pocas resistencias en algunos círculos aristocráticos de Italia y de la Galia, pero incluso en ésta se había reconocido que contaba con respaldo militar de Constantinopla, de ahí la *spes* que había manifestado Sidonio en su panegírico de enero de 468. Y esta carta, ya de 470, deja abierta una vía personal, la del propio Sidonio, planteada como disyuntiva entre el retiro y el clero. Después de todo, a finales de ese año iba a ser consagrado obispo de Clermont. Pero, al tiempo, era esa vía también colectiva, grupal. Una verdadera salida.

Varios años más tarde, quizás incluso, si hacemos caso a las dataciones de Loyen, en 476 (el de la deposición de Rómulo Augústulo), escribiría a Ferreolo, uno de los políticos más destacados de la última fase del gobierno romano en las Galias. Más adelante volveré sobre esa carta, pero baste ahora indicar que Sidonio, en el mismo año de la deposición de Rómulo, bien justo antes bien justo después, deja entrever a su colega que la disyuntiva entre ser prefecto del emperador y «perfecto» de Cristo está ya bastante dilucidada. El pequeño juego de palabras permite al autor

del texto poner en circulación en sus circuitos elitistas la plataforma de autoridad que es ya, para 476, la única que se va a proyectar por estas mismas elites como típicamente romana: la episcopal. Siempre había habido obispos que habían sido aristócratas, esto no era novedad alguna. La cuestión radicaba más bien en proyectar la idea según la cual ser obispo era ahora una reafirmación de la identidad romana de la elite, en la búsqueda de parámetros de referencia dada la retirada del sistema de cargos que había sido inherente a su posición durante siglos.

Ante la disyuntiva que él mismo plantea, elegir entre un retiro o la apuesta fuerte por el obispado, él escogió la segunda, y como él no pocos de sus colegas aristócratas en Occidente. En los años 470s apenas hay referencias a las reacciones a la erosión de la administración imperial en la mayoría de las regiones de Occidente. Mientras todo esto está sucediendo, mientras el imperio, como hemos visto, se ha descabezado como sistema, en el horizonte documental disponemos, por ejemplo, del epistolario del papa Simplicio (468-483). El estudioso encontrará, en la edición clásica de Thiel, poco más de una veintena de cartas. Como es habitual en los epistolarios de los pontífices romanos, se trata sobre todo de contenidos doctrinales, disciplinares y teológicos. En el caso de Simplicio descuella el tema de Acacio, por ejemplo. Pero en cualquier caso es interesante comprobar cómo se cartea con Basilisco, que había retirado del poder a Zenón, y con éste de nuevo, una vez instaurado ya

definitivamente en el poder imperial. Naturalmente, Simplicio trata de afianzar la posición teológica y eclesiástica romana, frente a las tendencias monofisitas a las que se abrocha Basilisco[3]. El mismo Zenón al que Odoacro enviaba los ornamentos imperiales de Occidente era receptor de cartas del obispo de Roma, quien hacia 477 se congratulaba de la vuelta al poder del emperador, que en todo caso revertiría —o eso esperaba Simplicio— en el beneficio de la fe católica[4]. El código de ésta y otras cartas escritas desde Roma es religioso, teológico. Pero es también político en la medida en la que Simplicio sigue los pasos marcados por algunos de sus antecesores, en particular León Magno, en la línea de reforzar el papado romano a través de la búsqueda de la colaboración con el poder imperial. El argumento residía en la necesidad de una garantía de seguridad general sobre la base de la defensa de la fe[5]. En todo caso, el siglo V fue el del inicio de la consolidación del papado en Italia y fuera de ella[6]. Bastante tiempo después, el *Liber Pontificalis* acogerá la semblanza del papa Simplicio, y los datos allí recogidos son los habituales en este compendio, es decir, fundamentalmente las obras que se atribuían a dicho papa[7]. El papado de Simplicio, por tanto, emerge en la documentación como uno más, con las habituales referencias a discusiones teológicas y construcciones. El descabezamiento sistémico que hemos visto en el anterior bloque de este libro apenas deja huella alguna en la documentación coetánea, por cierto muy escasa

para los años setenta y ochenta, si la comparamos con la elaboración de crónicas entre 440-470, o el repunte del siglo VI.

Para medir reacciones contemporáneas a la fase de los años 470s dependemos en gran medida de los autores de la Galia, de Sidonio y de sus colegas, con alguna excepción. Hidacio terminó de escribir su crónica hacia 469, quizá ya en 470, y algunas de sus entradas aún nos son útiles, como sucede incluso con cronistas anteriores como Próspero o el autor de la crónica gálica de 452, por ejemplo. Pero ninguno de esos textos se escribió durante los últimos años de los setenta o comienzos de los ochenta. Todo esto es un problema en sí mismo, y también lo es desde una perspectiva metodológica. Sidonio es Sidonio, Fausto de Riez es Fausto de Riez, y no podemos generalizar nuestras conclusiones sobre su documentación a todo el horizonte aristocrático de Occidente.

La evidencia empírica nos permite medir ciertas variables en una escala local, regional y, en ocasiones, percibir sus conexiones supra-regionales, como es el caso de Sidonio cuando está conectado con otros líderes aristocráticos y/o episcopales de otras provincias de la Galia. Lo que viene en adelante, con algunas excepciones como por ejemplo es el caso de los cronistas, es válido en la medida en la que lo sea Sidonio y su mundo, como referente en una escala intermedia, de algunas reacciones y estrategias durante el proceso de desarticulación final del

imperio.

Nosotros no podemos saber lo que realmente pensaba Sidonio. Tampoco lo que pensaban otros, como por ejemplo Constancio de Lyon, o incluso Fausto de Riez. La evidencia que manejamos es lo que estos tipos *quisieron que circulara* en textos que se leían y se copiaban entre la elite aristocrática y clerical. Y ahí sí es posible estudiar estrategias, comportamientos y lógicas de las posiciones que ciertos sectores de la aristocracia fueron tomando mientras el imperio comenzaba a ser un recuerdo incluso antes, e inmediatamente después, de que Odoacro enviara sus símbolos a Constantinopla.

«La patria de la libertad»

Amiano Marcelino, que escribía a finales del siglo IV, es sin duda uno de los historiadores fundamentales del mundo romano. Cualquiera que haya leído su obra sabe bien que, pese a su admiración por Roma y por las formas de vida romanas, era muy crítico con lo que consideraba desviaciones y malos comportamientos, tanto de emperadores como de oficiales, burócratas, aristócratas y el común del pueblo. Lo cual no debe sorprendernos, puesto que esa posición estaba dentro de la tradición romana. Las críticas de Tito Livio o de Tácito a casos del pasado eran mensajes de fondo a la *nobilitas* de sus propias épocas. Y, sin embargo, a pesar del pesimismo con el que concluirá su obra, algún tiempo después de la derrota de los romanos

ante los godos en Adrianópolis (378), no dudó ni un instante en considerar que Roma era un ente eterno, destinado a perdurar a pesar de sus malos gobernantes. En uno de los pasajes de su obra histórica se percibe bien esta idea:

> «En el momento en el que, bajo los primeros auspicios, vio la luz Roma, destinada a existir mientras existan los hombres…»[8].

En la tradición política e intelectual romana existe un denso elenco de referencias a la eternidad de Roma, a la idea según la cual los malos tiempos serían en todo caso superables, y de todo ello hay numerosos ejemplos también en lo que nosotros llamamos período tardorromano[9]. Cabe plantearse cómo enfocaron este asunto las mentes elitistas de la época a la que se dedica este libro. Suele pensarse que los contemporáneos no son capaces de comprender los alcances de las crisis que viven. Puede ser. Escribo estas líneas en plena crisis económica mundial, momento en el cual los grandes medios de comunicación se preguntan por la dimensión, naturaleza y alcance de la crisis. ¿Podemos nosotros, contemporáneos de nuestro mundo, fijar con certeza respuestas claras? Es cierto que disponemos de parámetros, medidores económicos y sociales, que permiten establecer distintos tipos de curvas, indicadores, síntomas, que a veces no están sólo en función de las variables estadísticas. A pesar de haber estudiado durante años los textos de la época del final del imperio romano de Occidente, reconozco que no soy capaz de decir si los

contemporáneos mejor informados estaban en condiciones de apreciar el alcance de *su* crisis, si asumimos que, al menos políticamente, se asistía a la desarticulación del sistema imperial. Pero creo haber encontrado algunas reflexiones, ciertos desasosiegos, que es posible percibir en algunos de aquellos protagonistas. En el caso de textos de mediados de siglo, ya comenté mis impresiones en el primer capítulo. Creo también que sí hay una cierta huella de percepciones del cambio de mundo político en el caso de los textos de Sidonio Apolinar. Pero lo que me parece más relevante es que, al menos en esta documentación, hay ensayos de reacciones, ciertas proclamas que fueron puestas en circulación de los *nobiles*, que suponen, a mi juicio, una toma de posición ideológica y social respecto a lo que estaba sucediendo, a lo que he dado en llamar el descabezamiento del sistema.

He elegido el título «La patria de la libertad» para este apartado en función de una de esas proclamas, una frase que Sidonio colocó en el texto de una carta que dirigió a su amigo Eutropio en una fecha muy difícil de precisar, pero que seguramente pudo ser durante el año 467. Sidonio animaba a su amigo a visitar Roma, reprochándole que, pese a su abolengo aristocrático, se dedicara más a cultivar sus campos que su carrera política. Es en ese contexto en el que Sidonio teje sus elogios a Roma, entre los cuales vendrá a insistir en que era *patriam libertatis, in qua unica totius orbis ciuitate soli barbari et serui peregrinantur:*

> «la patria de la libertad, única ciudad del mundo en la cual sólo los bárbaros y los esclavos son extranjeros»[10].

En fin, el texto estaba repleto de cariñosos reproches de Sidonio a su amigo. Le venía a decir que traicionaba la memoria de sus antepasados si decidía dejarse llevar por la vida placentera. Y él —concluía— no estaba dispuesto a ser cómplice de semejante decisión, aunque terminaba por ofrecerse para ayudarle en el caso de que decidiera moverse en las aguas de la alta política. Lo que nos interesa ahora es subrayar cómo utilizaba la idea de *libertas* como símbolo de identidad romana, excluyendo por supuesto a los esclavos y a los bárbaros. En fin, esta «patria de la libertad» lo era, naturalmente, a los ojos de los poderosos, como Sidonio y Eutropio, como tantos otros de los protagonistas de este libro. No sabemos cómo podía percibir esto, en caso de hacerlo remotamente, el campesino que vivía en alguna de las aldeas hoy conocidas para la Galia, para Italia o para Hispania a las que me refería en el primer capítulo. Después de todo, tanto los *rustici* como la amplia sociedad urbana conforman una masa a veces informe en nuestras fuentes, pese a que se trataba de la gran mayoría de la población, que vivía en algunos casos con cierta autonomía, en otros a expensas de la dependencia de los poderosos, en *castella*, en *uici* rurales, o en las grandes ciudades.

Creo haber insistido suficientemente en aquel momento en que el horizonte en el que nos movemos es de un uso escriturario elitista. Todo lo que vamos a analizar en éste y

en el siguiente capítulo procede de la elite, lo que no excluye —más bien al contrario— que de los valores expresados por ella se esperara mantener la posición de privilegio que le permitiera seguir controlando los resortes de poder para que la mayor parte de *rustici*, de *turbae*, de *multitudines*, siguieran dentro del sistema que, aparentemente, podía verse alterado por la sustitución del modelo imperial por el de los *regna*.

Mi impresión, una vez estudiados esos valores e inquietudes, que ahora desglosaré, es que —al menos en los escasos ejemplos que la evidencia nos permite— la proyección de los mismos para consumo propiamente aristocrático formaba parte de un mecanismo para que tal sustitución fuera lo más leve posible para sus intereses. Dicho en otros términos, estas gentes asumieron que los *officia* y las *dignitates* imperiales, los cargos, ya no iban a depender de los habituales conductos. Y la reacción intelectual fue reforzar la propia identidad de los *nobiles*, apegándose a un papel de conservadores de la tradición romana y explorando vías de consolidación de su poder. Entre éstas cabría destacar la ocupación de los puestos eclesiásticos y el entendimiento con los jerarcas de las *gentes* (*gens Gothorum, gens Francorum*) bárbaras. En lo que resta de este capítulo me voy a ocupar de los dos primeros aspectos (la tradición romana y la salida eclesiástica), el tercero será atendido en el último capítulo de este libro.

La preocupación por la *res publica*

Desde los tiempos más antiguos, los romanos se referían a su sistema político como *res publica*, la cosa pública, todo lo que nos afecta para la vida en común, concepto relativamente equivalente al griego *politeia*, todo lo que tiene que ver con la comunidad, con la *polis*, con la manera de vivir que consideraban como civilizada. Es frecuente que asociemos esta idea a la de Estado en cuanto se refiere a sistema político, a un conjunto de instituciones de poder. Todo ello a pesar de que el concepto «Estado» que manejamos en el mundo contemporáneo es posterior, por supuesto, y resultado de otras transformaciones históricas más propias de la Historia Moderna y Contemporánea. Pero sirve para entendernos.

Aún en vida de Valentiniano III (asesinado en 455), es decir, mientras gobernaba todavía la casa de Teodosio en Occidente, y muy poco después de la derrota de Atila en las Galias, un autor escribió una crónica probablemente en el sur galo, en Marsella, o algo más al norte, en Valence. En cualquier caso, este anónimo cronista terminó su texto con acontecimientos del año 452. De manera poco imaginativa pero muy efectiva, por ese motivo el texto se suele conocer como la Crónica Gálica del año 452[11]. En él, el cronista quiso poner por escrito una reflexión sobre la situación de Occidente, del Estado romano:

> «En semejante situación de miseria se encontraba el Estado, en tales

> turbulencias, que ni siquiera una provincia se hallaba libre de los bárbaros, y la infame herejía de los arrianos, que se mezcló con los pueblos bárbaros, extendida por todo el orbe, suplanta a la fe católica»[12].

El cronista, que escribía probablemente aún en ese mismo 452, o quizás ya en 453, conjugaba los dos grandes vectores ideológicos en torno a los que giraba la preocupación intelectual por la situación de las cosas públicas, que nosotros traducimos con toda la cautela con la idea de Estado, aun con los matices que ya he hecho. Esos dos vectores son los bárbaros y la religión. La conversión digamos «oficial» del sistema al catolicismo desde los días de Teodosio había dotado al imperio de un aparato ideológico de primer orden, por cuanto le permitía insuflar dogmas con las *leges* en la mano, como puede comprobar cualquier lector del libro XVI del *Codex Theodosianus*, por poner sólo un ejemplo. Ese libro XVI compendia numerosas disposiciones imperiales en materia religiosa, que dan una buena idea de la intolerancia que, en un proceso de definición de dogmas y exclusiones, asumieron no pocos de los emperadores de los siglos IV y V. La escenografía ideológica de un ambiente de disyuntivas, de binomios, era algo perfectamente asumido por la intelectualidad romana del siglo V. Y creo que esto está en la base de lo que los textos emanados de los intelectuales proponen como su descripción del mundo que les rodeaba. De ahí que las dos grandes vías de alteridad, de definición de lo que es «el otro», fueran, precisamente, la religión y la presencia de los

bárbaros.

A pesar de toda esa carga retórica, que se explica desde la base del triunfo de la versión providencialista y teleológica de la historia, ya articulada más de un siglo antes por Eusebio de Cesarea y por Lactancio, sucede que, como en el caso de Salviano de Marsella que propuse en el primer capítulo, emergen pequeñas dosis de referencias que, por motivos siempre particulares, esgrimen reflexiones muy interesantes. Al igual que en el caso de Salviano, también para el cronista de 452, que era contemporáneo y que no escribía muy lejos de aquél, la toma de Cartago desde 439 por los vándalos de Genserico había sido un duro golpe para el imperio. Sin prescindir de su habitual lenguaje hiperbólico, establecía un vínculo entre la escala regional del problema africano (*Carthago a Vandalis capta*) y la general del imperio, de manera que la situación de África había provocado funestas consecuencias para el resto del imperio (*cum omni simul Africa lacrimabili clade et damno imperii Romani potentiam deiecit*)[13]. Hoy en día, no pocos especialistas en arqueología y en historia del siglo v insisten en que, efectivamente, la pérdida del norte de África supuso un auténtico cortocircuito para los recursos financieros, tributarios y, por lo tanto, militares del imperio. Autores como Lepelley han mostrado que no debemos caer en una visión catastrofista para los ejemplos africanos[14]. En cualquier caso, que se siguiera produciendo la vajilla de lujo africana, o que los *potentes* de la zona continuaran

manejando imponentes recursos, no excluye que, desde el punto de vista de la estructura del imperio, sí se produjo una especie de cesura en la circulación de la *annona*, con gran calado en el sistema tributario y, en definitiva, en la capacidad de maniobra de los emperadores[15].

Más o menos contemporáneo del cronista de 452, y también de Hidacio, Próspero Tiro concluía su crónica a mediados de aquel siglo v. Su texto rezuma un especial apego al papado, concretamente a la figura de León Magno, bajo cuya sombra había ascendido el propio cronista dentro del clero romano, por más que procediera de las Galias. La lucha contra las herejías y, junto a ello, la idea según la cual la ortodoxia religiosa debía estar liderada por el obispo de Roma son el sustento ideológico de su crónica. Después de todo, el propio Próspero había batallado por la defensa del agustinismo frente a algunos de los clérigos, obispos y monjes de sus Galias, al punto que radicalizó enormemente las propias posiciones de Agustín, en un contexto general de polarización del pensamiento teológico que se estaba dando en las Galias sobre todo desde los años veinte, con la recepción de algunos de los ensayos de Agustín sobre la gracia[16].

Este fundamento teológico, radicalizado, está en la base de cualquier referencia que podamos expurgar en Próspero. Por lo tanto no puede extrañar que, al final del texto, el mensaje que tratara de inculcar en sus lectores fuera precisamente que era el papa quien podía hacer algo por la

humanidad, y no tanto el emperador. El mensaje no era nada menor. La supuesta intervención del principal héroe de su crónica, León Magno, con Atila, a fin de salvar a la ciudad de Roma de los hunos, era contrapuesta directamente con la que poco después introducía sobre el saqueo que llevaron a cabo los vándalos en la ciudad del Tíber, pese a que León se había reunido con Genserico. Esta idea de la superioridad de lo eclesiástico sobre lo civil, de su capacidad de maniobra, que Próspero ejemplifica con la figura de su admirado León, es una auténtica alternativa ideológica al sistema de los emperadores como referente político, al menos en el marco de la creación cronística[17]. Y enlaza directamente con la propuesta de algunos textos hagiográficos, que analizaré en el siguiente capítulo, escritos entre finales del siglo V (la *Vida de Germán de Auxerre*) y muy a comienzos del VI pero sobre protagonistas del V (la *Vida de Epifanio de Pavía*, la *Vida de Severino del Nórico* o la *Vida de Genoveva de París*).

Desde el noroeste de Hispania, desde *Gallaecia, que está en el extremo del mundo*, como él mismo dijo, el obispo Hidacio terminaba su crónica hacia el año 469. Probablemente entonces elaboró el prefacio a la misma, en el que se definía como una especie de heredero de la labor cronística que habían hecho, antes que él, Eusebio de Cesarea y Jerónimo. La mayor parte de las crónicas de esta época suelen tener ese mismo engarce con los modelos eusebiano y jeronimiano. Delante de las entradas

cronológicas de los hechos que había seleccionado, Hidacio quiso colocar su prefacio, que concluye con un largo párrafo en el que afirma:

> «He presentado el penoso estado de las fronteras del imperio romano, que están condenadas a desaparecer; y lo que es peor, he relatado los hechos de Gallaecia, que está en el extremo del mundo, esto es, la situación de los sucesores eclesiásticos corrompidos por nombramientos indiscriminados […] Todo por el predominio de los herejes y las destrucciones de los bárbaros»[18].

Hidacio coincide con su colega cronista galorromano, el anónimo de 452, en cuanto que ortodoxia religiosa y bárbaros eran problemas principalísimos. Este tipo de discurso venía de lejos, naturalmente. El impacto que había provocado el saqueo de Roma por Alarico en 410 había animado a algunos paganos a replantear la vieja aspiración del emperador Juliano, esto es, a erosionar definitivamente el papel dirigente que el cristianismo tenía en el imperio[19]. Era demasiado tarde para ellos. Una selección nada aleatoria de la transmisión manuscrita ha provocado que apenas dispongamos de estos enfoques que, en todo caso, aún se pueden reconstruir en las perspectivas historiográficas que, pongamos por caso, compuso Eunapio de Sardes en este mismo siglo v y que podemos recomponer con fragmentos y con Zósimo, que escribía ya muy a finales de siglo. Esta versión, por ejemplo, achacaba a Constantino que su apuesta por el cristianismo había sido el origen de los males que ellos, un siglo después, certificaban como omnipresentes[20].

Por si acaso, Agustín de Hipona había compuesto *La ciudad de Dios* para oponer un contraataque que a la postre sí fue definitivo. El mensaje agustiniano suponía marginar directamente el debate digamos político: por muchos disgustos que los romanos y los hombres en general tuvieran en este mundo, lo sustancial era lo que pudiera acontecer después, en la ciudad de Dios, que por sí misma superaría con creces —para bien— cualquier desastre terrenal[21].

El propio ceremonial imperial romano, ya desde la época de la Tetrarquía y de Constantino, se había ido nutriendo de simbologías que trataban de separar al representante del poder imperial del resto de las circunstancias[22]. El cristianismo, desde Constantino, y luego de modo definitivo con sus sucesores, tuvo un papel influyente en las cortes de los emperadores, y la idea de una única divinidad aglutinada en torno a un —también— único emperador fue una de las claves de los pactos del emperador con los obispos[23]. Así que, con el tiempo, fue cuajando una especie de simbiosis entre el ritual imperial, de alejamiento de la figura imperial con respecto al resto de los hombres y de las cosas, y la ideología unitaria que podía aportar el cristianismo, como religión principal, a pesar de todas sus desavenencias internas.

La elite tardorromana funcionaba sobre la base de la ocupación de *officia* y *dignitates* imperiales, cargos, puestos y prebendas. Había ya una separación evidente entre los

escalafones militares y políticos, cosa que en buena medida diferencia el entendimiento del poder político por parte de la elite con respecto a períodos anteriores de la historia romana. La dependencia de la aristocracia tardorromana con respecto a la ocupación de cargos imperiales le convertía en un grupo sensible a cualquier tipo de fractura en el sistema. No lo era por la posibilidad de un seísmo social, sino por la necesidad de explorar otros mecanismos de anclaje político. Hidacio tuvo claro un cierto cortocircuito en el imperio con el asesinato de Valentiniano III, suceso acontecido en el año 455:

> «La dinastía teodosiana ostentó el Principado hasta Valentiniano (III)»[24].

Puede pensarse que es algo obvio. Sin embargo, no se trata tanto de preguntarse por el contenido de la frase. Creo que la pregunta más bien debe ser: ¿por qué Hidacio anotó esto? La casa de Teodosio, la casa en sentido político y generacional, su dinastía, *generatio*, se había extinguido, ése era el primer mensaje. Naturalmente esta referencia de Hidacio no es en modo alguno casual, no es un comentario gratuito. Hay que entenderla dentro del género cronístico, por definición sumamente lacónico en sus afirmaciones, telegráfico podríamos decir. Pero es que además, como han venido insistiendo los especialistas en Hidacio, y en particular Richard Burgess, Hidacio participaba de la idea de que el mundo estaba próximo a finalizar, puesto que daba crédito a uno de los textos apocalípticos apócrifos que venía

a datar próximamente el fin de la humanidad, más que probablemente la llamada *Reuelatio Thomae*, conocida como el «Apocalipsis de Tomás». Por si fuera poco, Hidacio incluye numerosas referencias a profecías bíblicas de carácter escatológico, con el horizonte de la *consummatio mundi*, el fin del mundo y la venida definitiva de Cristo[25].

La violenta desaparición de Valentiniano III debió de provocar un gran impacto en líderes locales como Hidacio. El eco del recuerdo histórico de Teodosio, que había fomentado con la enorme maquinaria legal del imperio la oficialidad del catolicismo, aumentaría ese impacto en obispos que, como Hidacio, estaban muy movilizados contra lo que consideraban herejías. Y hemos de tener en cuenta que escribía su crónica en los primeros momentos de expansión del reino visigodo de Eurico (rey desde 466). Aunque no sabemos con certeza la fecha de su muerte, si asumimos esa horquilla para el final de su crónica y su muerte, es probable que Hidacio no llegara a conocer la conquista visigoda de la Tarraconense (472). Pero sí había vivido durante las campañas visigodas de los años cincuenta, y la preocupante situación que, desde su perspectiva católica y romana, presentaban lo que él seguía viendo como *prouinciae* romanas en los años sesenta. En tal situación, debió de valorar, y decidir, la inclusión de tan escueto como elocuente mensaje —el final de la dinastía teodosiana— en su crónica.

La idea de una cesura, de un corte de tipo político en la

evolución del imperio occidental, coincidente con los acontecimientos del final de la dinastía teodosiana, estaba incluida en la ideología oriental, tejida en la Constantinopla del emperador Justiniano, en el siglo VI. Hemos visto en otro lugar de este libro cómo fue precisamente en ese contexto en el que se elaboró la doctrina política de la pérdida del imperio, y de la ecuación entre la deposición de Rómulo y el final de la parte occidental del imperio. Fue el interés por la conquista de tierras occidentales y la restauración del orden romano como proclama belicista pero también ideológica la base de la codificación del mensaje de la caída del imperio «por la negligencia de los emperadores». Dentro de ese mismo panorama, también se aludió a cesuras menores, pero que eran interpretadas como tales, y en este caso sí son parangonables a lo que Hidacio había dejado entrever en su tajante afirmación sobre el final de la casa teodosiana. Procopio, uno de los puntales de la ideología del desastre occidental, dejará escrito, refiriéndose a Aecio y a Bonifacio, que

> «si alguien llamase a cualquiera de los dos "el último de los romanos", no estaría equivocado»[26].

Procopio escribía en Constantinopla en el siglo VI. No obstante, para la época de Aecio (asesinado en 454) de la que habla, e incluso algo después, que es a la que se ciñe este libro, los cenáculos elitistas que participaban del aparato, cuyas familias ocupaban tradicionalmente los

cargos, las jefaturas administrativas, los puestos políticos, seguían teniendo sus ojos puestos precisamente en los cargos del Estado. Desde comienzos del año 468, Sidonio Apolinar fue prefecto de Roma por voluntad del emperador Antemio, de origen oriental[27]. A pesar de la implicación personal y política de Sidonio en la época de su suegro Avito, e incluso de Mayoriano, Antemio le había confiado una de las dignidades oficiales más altas de cualquier carrera senatorial. Habría que ver aquí la necesidad que Antemio tenía de ganarse el apoyo de las poderosas aristocracias galorromanas, bastante desafectas al sistema después de la fracasada experiencia de Avito y lo sucedido después.

Sidonio había viajado a Italia en 467, entre otras cosas para capitalizar una misión diplomática con peticiones al emperador por parte de los de Auvernia. En una carta a su amigo Herenio, fechable en ese mismo año, relataba las peripecias de su viaje. Había conseguido finalmente alcanzar Roma. Elogiaba la calidad de las aguas conducidas por los acueductos y distribuidas por las fuentes, y desde luego reconocía haber visitado las iglesias de San Pedro y de San Pablo. Aún no se había entrevistado con el emperador, puesto que su llegada a la ciudad del Tíber había coincidido con los esponsales de Alipia, hija de Antemio, con el general bárbaro Ricimero, quien desde los días de la caída de Avito era el hombre fuerte de las tropas romanas. Vemos aquí el grado de adaptación de uno de los *nobiles*

tardorromanos a cada tiempo político. Ricimero, el vencedor junto con Mayoriano, de su propio suegro Avito, era ahora elogiado por Sidonio, que acababa de medrar en esta nueva situación, que después de todo se había dado una década más tarde de la caída de Avito. Y este observador privilegiado que es Sidonio no tiene reparo alguno en tratar de contagiar su entusiasmo. O al menos eso es lo que iba a pronunciar en público en su discurso del 1 de enero de 468. No sabemos ni podemos saber lo que realmente pensaba, pero sí lo que quería que *los demás* pensaran. En un tono ya propiamente epistolar, a pesar de que iba a ser crítico con los gastos del evento, quiso que se asumiera que la boda entre la hija de Antemio y el patricio, general supremo, Ricimero, podía ser la clave de una necesaria estabilidad para el imperio, *in spem publicae securitatis*[28].

Unos meses después, ya en 468, y también desde Roma, Sidonio volvió a escribir a Herenio. Ya habían pasado los esponsales de Alipia y Ricimero. Se permitió difundir un comentario crítico sobre los excesivos gastos invertidos en los festejos de la boda, *post imperii utriusque opes euentilatas*, «después de que las riquezas del imperio hayan sido aireadas», *tandem reditum est in publicam serietatem*, «finalmente ha vuelto la seriedad a los asuntos públicos»[29]. La carta es extremadamente interesante, puesto que encontramos a un aristócrata que ha medrado en Roma, pero que ha necesitado llamar a las puertas de quienes tenían algo que decir dentro del Senado. Esas voces autorizadas eran las

de Genadio Avieno y Caecina Basilio, que ya habían ocupado las más altas magistraturas desde hacía muchos años. Por ejemplo, este Caecina Basilio «de Sidonio» es el *Caecina Decius Basilius* de una inscripción fechable entre 457 y 461, el mismo que fue cónsul en 463, pero no el Basilio del famoso díptico consular repartido entre Florencia y Milán que más bien se refiere al Basilio cónsul oriental de 541[30]. Sidonio se había movido en aquel final de 467 para ver a cuál de los dos poderosos senadores le convenía más llegar, y había terminado decidiéndose por Basilio. Tenía que defender los intereses de los auvernios, y en buena medida estaba tratando de aprovechar la situación. Fue precisamente Basilio quien le habría encargado, o al menos eso es lo que contaba Sidonio, que elaborara el discurso en honor del consulado del emperador Antemio, celebración que iba a tener lugar el 1 de enero de 468. Así que se puso a escribir el discurso.

El texto supone el número 2 del *corpus* poético de Sidonio. En realidad, el panegírico trata de elogiar la procedencia oriental de Antemio. Se trata de un esfuerzo retórico para convertir el talón de Aquiles que Antemio tenía con respecto a los *nobiles* occidentales (su procedencia) en una virtud. Sidonio sabía muy bien, puesto que él era miembro de los mismos, que los cenáculos aristocráticos occidentales veían la llegada de Antemio al poder como una intromisión de Constantinopla. Lo hemos visto en otro capítulo: la decisión del emperador oriental

León de colocar a Antemio en Occidente no fue bien recibida, tenemos datos en tal sentido para sectores de la Galia y de Italia. Por eso las palabras de Sidonio estaban dirigidas a subrayar la carrera de Antemio, que presentaba un elenco de indiscutibles éxitos políticos, habiendo ocupado altas magistraturas en la corte oriental.

Es probable que a los senadores occidentales que escuchaban el discurso aquel día 1 de enero de 468, las palabras de elogio a Antemio les molestaran profundamente. Pero mi impresión es que Sidonio, y probablemente otros como él —sería el caso de Basilio, que le encargó la pieza— comprendieron que era el momento de ensayar una salida pactada con Oriente, que podría además apoyar militarmente para hacer frente a los problemas geopolíticos que tenía el gobierno occidental, o lo que quedaba de éste. Y la clave estaba en Cartago, es decir, en la monarquía de los vándalos, que hacía años que había desestabilizado buena parte de las bases comerciales romanas. Derrotar a los vándalos era una de las grandes esperanzas romanas, de ahí la expresión de «máxima esperanza de nuestro tiempo» que Sidonio manejó en el prefacio a su panegírico. Como sabemos, todo terminó en un rotundo fracaso, y la expedición naval romana, de la que los barcos que Constantinopla prestó eran la fuerza mayoritaria, no consiguió ni mucho menos su objetivo. Pero antes de que eso ocurriera, Sidonio estaba proyectando ante los senadores romanos la idea de esperanza, precisamente, en torno a

Antemio o, lo que era lo mismo, a Constantinopla. Ésta es la clave del discurso. De ahí que sean numerosas las palabras del mismo dedicadas a elogiar tanto la trayectoria personal de Antemio, su vínculo con la capital Constantinopla, y con la idea de la colaboración con lo que Roma suponía[31].

El desgraciado final de la escuadra y de la expedición a África provocó un contraste definitivo entre los horizontes tradicionales de los *nobiles* de fuera de Italia y las decisiones que se tomaban en Roma o en Rávena. La provincialización, la regionalización, la mirada hacia escalas cada vez más locales y menos interconectadas, fue una de las características de la fase final de la Antigüedad tardía y de la Alta Edad Media[32]. En el nivel de la aristocracia y de la capa áulica de la sociedad de la segunda mitad del siglo v, creo que esto es perceptible en un nivel de coyuntura en el fracaso de la expedición de 468 y sus consecuencias.

Quizás por eso llama más la atención que, en una fecha como 474, cuando las posibilidades del poder imperial estaban totalmente menguadas, cuando la mayor parte de Occidente estaba fuera de su alcance, Sidonio aún tuviera reflexiones sobre la naturaleza del imperio, del sistema, como si éste realmente fuera operativo. En una carta a su esposa Papianilla le anuncia que el hermano de ésta, Ecdicio, como ella hijo del antiguo emperador Avito, había sido nombrado patricio por el emperador Julio Nepote. Sabemos que Ecdicio había tenido un papel importante en la resistencia de Auvernia a los visigodos de Eurico, manejaba

los rescoldos de las tropas imperiales en esa zona de la Galia, pero sus posibilidades efectivas de hegemonía frente a la fragmentación romana y a la consolidación política y militar bárbara eran mínimas. Incluso así, Sidonio le expresaba a su mujer, hija del emperador Avito:

> «La consecuencia de esto es que todo buen ciudadano puede y debe consagrar todo lo que esté en su mano al servicio del Estado […] incluso aunque muera el emperador, el imperio asume las promesas hechas por aquél»[33].

Vengo insistiendo en la tradicional preocupación aristocrática por el cargo como referencia personal en el sistema tardorromano, muy dado a la complejidad burocrática, en el que incluso el lenguaje, los modos de vida, los ropajes, lo símbolos, eran mecanismos de identidad de quienes ostentaban *officia* y *dignitates*, de estas elites cargadas de propiedades, pero también de cargos[34]. La relativización del fallecimiento de un emperador en las consecuencias de sus designaciones que Sidonio esgrime se debe a la promesa que Antemio había hecho a Ecdicio, y que ahora cumplía Julio Nepote. Pero lo interesante es comprobar cómo, a pesar de todo, en el año 474, en pleno proceso de disgregación del imperio, cuando el entorno geográfico de Sidonio estaba experimentando la expansión visigoda, aún seguían vivas las esperanzas de la continuidad teórica imperial para algunos de los que se beneficiaban del mismo. Así, el esposo, que desde hacía unos cuatro años era obispo de Clermont, expresaba a la esposa su anhelo de que

sus descendientes ocuparan, como sus dos familias habían hecho (la de los Apolinares y la de los Avitos), las más altas magistraturas[35].

Hacia ese mismo año había escrito a su colega Greco de Marsella, dándole cuenta de la dificilísima situación por la que atravesaba Clermont, en la que Sidonio era obispo, y la Auvernia en general, en plena fase prebélica, se entiende que frente a los visigodos de Eurico, por entonces en plena expansión[36]. En fin, son numerosas las referencias de Sidonio a las dificultades de la época, en particular a la expansión militar de los visigodos. Entre finales del año 470 y comienzos de 471, se encontraba en Bourges por asuntos eclesiásticos, en concreto para la elección del nuevo obispo de la ciudad, que era la capital de la Aquitania I de la que dependía la Clermont del mismo Sidonio. Escribía a su colega Agroecio de Sens, en la espera de que pronto llegara a Bourges para ir formando la comisión de quienes iban a supervisar el proceso de elección. La carta tiene, por tanto, un especial interés por los temas episcopales, pero ahora me interesa por la presencia del elemento de preocupación por la situación geopolítica. La Sens de Agroecio pertenecía a la Lugdunense IV (era la sede metropolitana de la misma); por tanto, se trataba de otra provincia. Sidonio alertaba a Agroecio sobre la situación de su Aquitania I, en la que las guerras acababan de dejar solamente a Clermont del lado romano, *solum oppidum Aruernum Romanorum reliquum partibus bella facerunt*[37].

Hacia 471 o 472, en una misiva que es prácticamente un encomio a su colega Paciente de Lyon, uno de los prelados más influyentes en ese momento, Sidonio, que era un obispo poco menos que recién llegado a la cátedra, elogia el papel que Paciente había tenido como suministrador de cereal a las multitudes cuyas tierras habían quedado devastadas. Gracias a la labor del prelado de Lyon el cereal se había distribuido a través de las vías de comunicación, incluido el Ródano, hacia las ciudades del sur del valle, tales como Orange, Aviñón, Valence e incluso la importantísima Arlés. Ignoramos el alcance real de estos suministros, pero es probable que el obispado de Lyon efectivamente canalizara distribuciones de cereal en un momento crítico que, por otro lado, contribuía a ensalzar el papel de referente del obispo, como el propio Sidonio iba a hacer en breve en Clermont.

En 474 escribió a Calminio, personaje de la Auvernia pero que vivía en las zonas controladas por los visigodos, que en ese momento asediaban Clermont. La carta deja entrever la necesidad de prudencia que el texto había de mantener, dentro de la cual no dejaba de mostrarse que Calminio era visto en su propia patria como un agresor[38]. En esos momentos de tensión máxima a escala local y regional, que suponía la posible anexión de Auvernia por Eurico, Sidonio trataba de articular la oposición y, de paso, cimentar aún más su propio liderazgo local. En el mismo 474 escribía a Félix, que había sido nada menos que prefecto del pretorio de las Galias, y que era uno de los personajes mejor

informados. Sidonio le consultaba sobre Liciniano, miembro de la corte del emperador Julio Nepote, que era el enviado imperial para el análisis de la situación estratégica en Auvernia. Sidonio consultaba a su amigo sobre este Liciniano, sobre el que había recibido estupendos informes que, en todo caso, deseaba confirmar. Claro que Sidonio aún no imaginaba la decisión final que iba a tomar el emperador, que no fue otra que, entre finales de ese mismo año y ya en 475, entregar la propia Auvernia a Eurico, para desesperación del obispo de Clermont, como vimos en otro capítulo.

Probablemente hacia 476, Sidonio escribió a Tonancio Ferreolo, que había ocupado altísimas responsabilidades políticas ya incluso en la época de la guerra contra Atila en 451. La carta es de mediados de los años setenta, según la edición del epistolario de Sidonio a cargo de André Loyen, es probable que del mismo 476, el año de la deposición de Rómulo Augústulo. Sea como fuere, en la carta Sidonio mencionaba algunos de los altos cargos que Tonancio había tenido, y en especial su papel como prefecto del pretorio de las Galias en el año de la invasión de Atila. Recordaba Sidonio cómo Tonancio había contribuido decisivamente a articular los recursos que Aecio había necesitado. En cierto modo esta carta es una especie de resumen de la trayectoria de Tonancio Ferreolo, y en ella el autor quiso destacar precisamente la dificultad de las resistencias que Tonancio tuvo que aglutinar primero frente a Atila, luego frente a los

visigodos del rey Turismundo.

Éste había sucedido a su padre Teodorico I, caído en el campo de batalla de los Campos Catagáunicos, en la célebre victoria sobre Atila (451). Y había comenzado una política de cierta expansión del reino godo, que estaba desde hacía casi medio siglo confinado al suroeste de las Galias. La carta de Sidonio, que es posterior pero alude a aquella época, atestigua bien cómo los poderosos locales habían sentido entonces el temor por el inicio de la expansión visigoda, que más de veinte años después, en el momento en el que Sidonio enviaba esta misiva, era algo más que evidente, en pleno reinado de Eurico. Así que la carta tiene un cierto eco de los tiempos en los que, desde la perspectiva de estos magnates, había comenzado la etapa en la que ahora, dos décadas después, vivían en la *certeza* de que eran los visigodos quienes iban a tener la llave política, *y no los emperadores*. Así que la resistencia frente a tal fenómeno de expansión bárbara es la clave de la misiva, pero al mismo tiempo se menciona el papel que Tonancio había tenido para levantar un tanto la agobiante presión fiscal del Estado tardorromano. Así que el propietario galorromano, agobiado por el yugo tributario, *possessor exhaustus tributario iugo*, debía estar agradecido por la labor que para dulcificar tal situación había hecho Tonancio. Y, aun con todo, había conseguido que las Galias se mantuvieran a salvo en aquel tiempo en el que él las había gobernado, *Gallias tibi administratas tunc, cum maxume incolumes erant*[39].

Aquí *tunc* es muy importante, puesto que marca un «entonces» muy distante, entre la época de mediados de siglo y el «ahora» de la carta, es decir, avanzada la década de los setenta. Todo gravita en torno a la idea política, sustentada en la comparación entre dos épocas. A mi juicio, el mensaje de Sidonio es muy claro: incluso en aquel momento crítico ya pasado hacía tiempo (la invasión de Atila en 451), lograste que las Galias se mantuvieran incólumes, pero lo estuvieron *tunc*, entonces… puesto que ahora (precisamente hacia 476, fecha que Loyen da a la carta) no lo están. Hay aquí una preocupación implícita por los tiempos «actuales», en los que la carta fue remitida. Más aún, elogia a su amigo por haberse acercado a la profesión de vida religiosa, en la que el mismo Sidonio hacía ya años que había decidido entrar definitivamente. Qué diferente es este mensaje del que una década antes había enviado a Siagrio, pidiéndole que dejara su vida apartada y se dedicara a cultivar su carrera política, con un cierto aire de reproche[40].

Hay mucho de idea del imperio en ambas misivas, idea que ha evolucionado entre ambas. En los tiempos de la carta a Tonancio Ferreolo, la idea de seguridad de las Galias era *tunc*, en aquel tiempo, a pesar de todos los problemas de los años cincuenta. Incluso en los sesenta recrimina a algunos de sus colegas aristócratas por no participar más de la vida política del imperio. Pero la carta a Ferreolo es todo un recuerdo nostálgico de los tiempos de dificultad que

encontraron respuestas efectivas del imperio articuladas por personajes como el propio Ferreolo o Aecio. Ahora, hacia 476, lo que les quedaba, y lo deja entrever al final de la carta, haciendo un juego con los *perfecti Christi* y los *praefecti Valentiniani* (Ferreolo fue prefecto de las Galias bajo el gobierno de Valentiniano III):

> «Mi pluma ha decidido que era más correcto situarte entre los perfectos de Cristo que entre los prefectos de Valentiniano»[41].

La salida que muchos de estos poderosos aristócratas van a elegir está ya enunciada en este juego de palabras: dado el final de los prefectos del emperador, no pocos iban a tratar de estar entre los «perfectos de Cristo».

«Es nuestro turno». Los intentos de adaptación a los emperadores

Ya hemos visto que hacia el año 469 el cronista Hidacio quiso valorar la muerte de Valentiniano III, acontecida en 455, en una entrada de su crónica, subrayando el hecho simbólico del final de la casa teodosiana en Occidente. Por más que algunas damas imperiales pertenecientes a la dinastía fueran utilizadas como mecanismo legitimador, lo cierto es que Hidacio introduce esta entrada en su crónica, prueba del impacto que entendía que tenía el hecho. A partir de entonces se iban a suceder unos cuantos emperadores. Algunos, como Mayoriano o Antemio estuvieron más tiempo en el poder; otros, como Petronio Máximo,

solamente unos pocos meses. La quiebra dinástica se produjo con el asesinato del emperador en una conjura que terminó permitiendo la proclamación de Petronio Máximo, que estuvo en el poder algo más de dos meses. En fin, algo se había roto en la plataforma del poder imperial que, con algunas particularidades, se había ido transmitiendo a través del sistema desde Constantino, con distintas dinastías. Las casas constantiniana, valentiniana y teodosiana eran ahora, desde 455, un recuerdo. Pero sobre todo lo era la posibilidad de que en algún momento una plataforma de estabilidad dinástica pudiera volver a funcionar.

Catorce años después de aquellos acontecimientos, Sidonio Apolinar recordará a Petronio Máximo. Escribió desde Lyon en el año 469 (más o menos al mismo tiempo en el que Hidacio concluía su crónica en el noroeste de Hispania) una carta a Serrano, que había sido protegido de Máximo, a la sazón su *patronus*. Sidonio establecía una fuerte cesura entre el Petronio Máximo anterior al acceso a la púrpura y el Máximo emperador[42]. Discrepaba con su amigo y corresponsal en los elogios que éste hacía del antiguo augusto. Reconocía que, en los inicios de su carrera, Máximo había sido un hombre de buen carácter, muy rico, extraordinariamente organizado y ordenado, con una cierta reputación literaria, y que además había ido recorriendo los altos escalafones del sistema. El juicio de Sidonio sobre Petronio Máximo pasaba a centrarse en los escasos meses en los cuales fue emperador. La carga de responsabilidades

le superó, de manera que no pudo seguir manteniendo sus formas de vida anteriores. Dejó de lado sus propias normas de comportamiento, y se comportó de muy malas maneras, teniendo que hacer frente a sublevaciones de las tropas y del pueblo. Sidonio concluía su carta con una amarga reflexión sobre los hombres que llegan al poder supremo:

> «ignoro si llegan a ser dichosos, pero está claro que se convierten en miserables»[43].

Claro que esto está escrito en el año 469. Ya se había producido el fracaso de la expedición contra los vándalos, y el Antemio que había promocionado al propio Sidonio a la prefectura de Roma del año anterior es ya un emperador en desgracia. Algunos años antes, Sidonio había elaborado otra reflexión, dentro de su ya citado panegírico al nuevo emperador, su suegro, leído ante el Senado de Roma en enero de 456. Allí ya citaba a Petronio Máximo, pero aludiendo a que había sido quien había designado a Avito como *magister;* recordaba cómo Avito reconocía a la memoria de Máximo que le hubiera nombrado general en jefe de las tropas de la Galia, o cómo también se habría referido a eso el rey godo Teodorico II[44]. Recordar a los senadores en Roma, en enero de 456, la figura de Petronio Máximo, linchado hacía menos de un año, tenía un cierto sentido político. A pesar de los pesares, Máximo había sido augusto, y sobre todo pertenecía a la aristocracia itálica, la misma que le estaba escuchando aquel 1 de enero de 456.

Sidonio estaba recordando a su público, el Senado, que su suegro ya había sido designado por el augusto como *magister* para las Galias. Se trataba de recalcar la carrera de Avito, que es el núcleo de todo el discurso, y para eso sí le interesaba citar a Petronio, de cuyo gobierno daría su opinión muchos años después, en la carta a Serrano. En este último caso, el interés por Petronio Máximo era poner en circulación la idea de la decadencia de los emperadores, a pesar de haber tenido fases más o menos esplendorosas en sus carreras. A mi modo de ver se trata de una revisión crítica del gobierno de Antemio que, circulando en vida de éste (la carta a Serrano es de 469), lo hizo de manera discreta, con una aparente mirada al pasado.

Precisamente una lectura atenta del epistolario de Sidonio Apolinar da pie a afirmar la capacidad de adaptación del personaje a los cambios políticos y, en especial, al emperador de turno. Dada la excepcional prolijidad de la documentación que de él nos ha llegado, podemos calibrar su evolución, desde los días de Avito, en 455 y 456, hasta la década de los setenta, en la que dejará de haber emperadores, con la excepción de Nepote, quien, hasta su muerte en 480, asumía cierta legitimidad imperial. La actitud de Sidonio puede ser entendida como unipersonal. Sin embargo, yo creo que en buena medida refleja la del sector al que pertenecía, la aristocracia galorromana, que aunque a veces tenía conexiones familiares con grupos de Italia, mantenía en general una

cierta distancia con respecto a ésta. Ve con entusiasmo el ascenso de su grupo en 455, con la proclamación de Avito, para la que, como vimos, fue decisivo el apoyo de los visigodos. Una generación antes, no pocos de los padres y abuelos de estos poderosos galorromanos se habían implicado en las conspiraciones de comienzos de siglo, que habían terminado en rotundos fracasos. Veían ahora llegado su momento.

Así que no puede extrañar la presuntuosidad de uno de esos aristócratas cuando trató de vender las cualidades de su suegro para ser emperador[45]. Claro que la proclamación ya se había hecho en las Galias, y el peso de la misma había descansado en los visigodos, una de las fuerzas de combate más poderosas de la época. Escogió la imagen poética de una reunión de dioses, en la cual Roma presentaba sus cuitas por la decadencia en la que estaba sumida, en el suspiro por un nuevo Trajano que la sacara del atolladero. Por descontado que ese nuevo Trajano de cuya necesidad Sidonio hablaba ante los senadores no era otro que su suegro. A partir de ahí, articulada sobre numerosos encomios, construía la biografía de Avito, haciendo especial hincapié, al menos desde mi punto de vista, en su capacidad militar, y en la habilidad diplomática que tenía con los visigodos. Sidonio sabía bien qué era lo que preocupaba a los senadores, que hacía unos meses habían visto que el último teodosiano, Valentiniano III, era asesinado, y que el siguiente emperador, Petronio Máximo, fue linchado y poco

menos que descuartizado, y que los vándalos habían terminado saqueando la mismísima Roma, llevándose consigo a las damas imperiales que pudieran mantener ciertos hilos de legitimidad con la casa de Teodosio, legitimidad que el rey vándalo Genserico iba a tratar de capitalizar en su entorno. Sidonio trataba de aprovechar todas esas preocupaciones para mostrar que la Galia aportaba no sólo un nuevo emperador, sino una cierta respuesta militar a aquéllas[46].

El discurso de Sidonio en la ceremonia del acceso al consulado de *su* emperador y *su* suegro, Avito, es un esfuerzo retórico ímprobo por tratar de colocar el mensaje de la pertinencia de la proclamación, que había sido irregular. Los senadores que escuchaban el discurso tenían sin duda muy presente que Sidonio era yerno de Avito, pero probablemente las armas de los visigodos pululaban en sus mentes como desafío y amenaza a la que no tenían muchos más argumentos que oponer. El discurso de Sidonio, el panegírico a Avito, es, desde ese punto de vista, la proclama según la cual éste no era otro que «uno de los vuestros», precisamente porque, hasta cierto punto, no lo era. Fue presentado como el referente a quien le debían la supervivencia del propio Estado, dado el papel clave que había desempeñado cuatro años antes para negociar con los visigodos el apoyo a Aecio en la campaña contra Atila. La proclamación de Avito por los visigodos no fue escondida en el discurso, sino incluso recalcada, lo cual necesita una

explicación. Realmente todos los senadores sabían bien de dónde procedía la fuerza de Avito. Lo que intentó Sidonio fue hacer de la necesidad virtud, y esa grieta en la legitimidad de Avito fue cubierta retóricamente por la propia praxis: paradójicamente, lo que le otorgaba debilidad de origen podía ser su argumento principal para reforzar al necesitado imperio. Sea como fuere, aunque al poco de acceder al poder Avito ya usó a los visigodos, por ejemplo para enviarlos contra los suevos en Hispania, lo cierto es que en modo alguno pudo resolver la oposición que tenía en Italia, y que fue capitalizada por Ricimero y Mayoriano.

Una vez que la coalición logró imponerse, Mayoriano sabía que sus fuerzas residían básicamente en los ejércitos de bárbaros federados acuartelados en Italia, que a su vez estaban al mando de Ricimero. Supo comprender que eso no implicaba que pudiera prescindir de la poderosa aristocracia galorromana y, sospecho, del papel que ésta podía tener, una vez más, para pactar con los visigodos, al menos en aras a una cierta estabilidad. Porque el peligro principal era tanto el escaso margen de maniobra que ya tenían los emperadores como la continuidad del estrangulamiento comercial, económico y geopolítico que los vándalos de Genserico capitalizaban en el Mediterráneo central. Ya he defendido la idea de que Mayoriano trató de congraciarse con quienes, realmente, eran los derrotados tras la caída de Avito, es decir, los colegas de éste, los magnates galorromanos. Por eso no creo casual la actitud

relativamente benévola del nuevo emperador con los sublevados en Lyon, y tampoco que permitiera a Sidonio un panegírico en su honor, discurso que fue pronunciado a finales del año 458, algo menos de tres años después del que este mismo autor había leído ante su suegro Avito.

El panegírico a Mayoriano es una muestra más de la sagacidad política de Sidonio, capaz de esconder bajo una profusa retórica un mensaje claro. En este caso yo creo que la idea fundamental era precisamente la misma que Mayoriano estaba comenzando a desarrollar, y que iba a culminar con la designación de galorromanos para altos cargos, a saber, la concordia entre los poderosos de las Galias y el nuevo emperador. La imagen de éste como un liquidador de la influencia que aquéllos habían recobrado con Avito comenzó así a disiparse. Pero no a desaparecer del todo. Flotaba en el ambiente, como el propio Sidonio se encargó de deslizar en su discurso. Manejando la idea del protagonismo que los galorromanos habían tenido, por ejemplo, en la época de Teodosio I, solicitaba que les fuera reconocido de nuevo ese papel, como así terminó siendo. Y, por otra parte, quedaba el telón de fondo de los visigodos. Todos sabían que habían sido la clave en la proclamación de Avito. Mayoriano deseaba que no fuera una constante de hostilidad en su etapa de gobierno, y creo que también era consciente de que la llave la tenían estos romanos de la Galia. Sidonio, por su parte, asumió que la presentación de los visigodos como argumento de poder de su grupo podía

restar posibilidades de incardinación en los cuadros de dirección del imperio[47]. Así que pasó de puntillas por el tema, poniendo todo el acento en la capacidad que Mayoriano había tenido, como general, para vencer a los francos, por ejemplo, o en resaltar que el enemigo común a todos era Genserico, a quien se debía intentar derrotar de una vez por todas. Sidonio puso en boca de la personificación de África estas palabras:

> «Este depredador [Genserico], hijo de una esclava, después de eliminar a mis jefes, tiene desde hace tiempo mi tierra bajo un cetro extranjero; aunque es un advenedizo, en su demencia ha erradicado completamente a la nobleza, y este loco advenedizo no ama nada que no sea locura. ¡Oh fuerza adormecida del Lacio! Él se ríe de que tus muros hayan sucumbido a su asedio [el del año 455]»[48].

Mayoriano se movió en el difícil equilibrio de las circunstancias. Pese a su soporte básico, que era Ricimero y sus tropas federadas en Italia, trató de ganarse a los magnates galorromanos, de ahí los nombramientos de algunos de ellos para altos cargos. El banquete en Arlés del año 461, cuando el emperador regresaba de su fiasco en la costa del sudeste hispano en la campaña contra los vándalos, es esclarecedor[49]. Ya me referí en su momento a las implicaciones de aquel convite, a las tramas que circulaban, y que atañían directamente a Sidonio, y a cómo el emperador resolvió el asunto. Pero la anécdota en sí misma es reveladora de la política que Mayoriano trató de llevar a cabo y, sobre todo, de la decisión de algunos de aquellos

magnates de participar del gobierno de quien había apartado del poder a uno de los suyos. La idea de la continuidad del imperio a pesar de todas las circunstancias pesaba sobremanera en la ideología de aquellos poderosos, que llevaban generaciones formando parte de la esencia misma de lo que ellos llamaban *res publica*.

El día 1 de enero del año 468, Sidonio Apolinar pronunció otro panegírico dedicado a un emperador, en este caso a Antemio. A diferencia de Avito o de Mayoriano, Antemio era de procedencia oriental, se trataba de un político de densa trayectoria, formado en su Constantinopla natal. El emperador León había logrado colocarlo como emperador en Occidente. Esto cayó fatal en no pocos círculos aristocráticos occidentales (especialmente en Galia e Italia), como queda atestiguado por distintos conductos informativos[50]. En un capítulo anterior ya había llamado la atención sobre la paradoja que manejó Sidonio en su discurso, es decir, su conocimiento sobre lo mal que había caído en Occidente la proclamación de «un griego» y la necesidad que ellos mismos tenían del apoyo de Constantinopla, en especial en relación con la espectacular expedición que se estaba preparando contra los vándalos. Esta contradicción es visible no sólo en el discurso de Sidonio, sino también en algunas de sus cartas o, por ejemplo, en la *Vida de Epifanio de Pavía* que escribió Ennodio. A todo eso ya me referí en su momento. Ya dimos cuenta también de las cartas en las que Sidonio tocaba el

asunto de la negociación del emperador Julio Nepote con los visigodos, a resultas de la cual les entregaba la Auvernia, para desazón de Sidonio, obispo de su capital Clermont desde hacía algunos años, y cabeza visible de la resistencia romana de la región contra los godos. Hubo embajadas episcopales, entre ellas las de obispos galorromanos. La participación de obispos colegas de Sidonio tales como Basilio de Aix, Greco de Marsella, Fausto de Riez y Leoncio de Arlés disgustó sobremanera a quien, con amargura, mostraba su pesar por lo sucedido.

En fin, a través de los textos que nos han llegado de Sidonio uno puede acercarse, siquiera desde una perspectiva unipersonal, a las actitudes de uno de los más conocidos representantes de la aristocracia romana en el final del imperio, y a las de varios de sus colegas. A pesar de todos los problemas, Sidonio deja entrever en sus cartas su entrega a la causa imperial, de la *res publica*, de todo lo que tuviera que ver con el Estado romano, en nuestros términos contemporáneos. Y expresó sus lamentos, como ya vimos, cuando se enteró de la negociación entre el emperador Julio Nepote y el rey visigodo Eurico, en la que habían intervenido sus colegas prelados, y también Epifanio de Pavía. No había, pues, una voz única, sino distintas actitudes: la de Basilio, Greco o Leoncio no era la misma que la de Sidonio. La ventana que se nos abre con sus cartas nos permite vislumbrar su propia posición, pero también la de otros.

La retórica de Sidonio no debe confundirnos. A mi modo de ver fue un tipo práctico, aunque su criterio para ciertos comportamientos no coincidiera con el de otros compañeros de la elite. Sus esfuerzos por adaptarse a los cambios quedan de manifiesto en los panegíricos dedicados a emperadores tales como Avito, Mayoriano o Antemio, distintos entre sí, pero que compartían la necesidad de encontrar apoyos allá donde nos los tenían en el principio de su gobierno. Avito necesitaba a la aristocracia itálica y a las tropas federadas en Italia, Mayoriano a los magnates galorromanos, déficit del que también adolecía Antemio. Sidonio Apolinar se movió entre todos ellos, en las décadas de los 450s, los 460s y los primeros años de los 470s, en función de sus propios intereses, pero también al servicio de Roma —o eso es lo que quería expresar en cartas que él y sus colaboradores recopilaron para la publicación—.

Particularmente, creo que puede ser de interés la carta que dirigió, y subrayo la fecha, entre 476 y 477, a Aquilino, uno de sus amigos. Hacía ya varios años que Sidonio era obispo, y esa misiva se fecha en los tiempos en los cuales el imperio, desde el plano de los símbolos, o había finalizado o estaba a punto de hacerlo, dependiendo de los meses en los que la carta fuera escrita. Aquilino y Sidonio tenían muchas cosas en común, además de su origen geográfico. Entre otros asuntos, lo más destacado era que sus respectivos abuelos, Rústico y Apolinar, habían sido prefectos del pretorio de las Galias, en 408 y en 409 o 410, y habían

estado implicados en las conspiraciones contra el emperador Honorio que habían cuajado en las Galias en esos años. Sidonio recuerda a su amigo la trayectoria de sus respectivos abuelos, y cómo, a pesar de todo, habían terminado participando del imperio de Honorio. Más aún, los hijos de aquellos abuelos, esto es, los padres de Sidonio y de Aquilino, habían también ejercido responsabilidades políticas en la época de Valentiniano III. Sabemos, por ejemplo, que el padre de Sidonio fue nada menos que prefecto de las Galias hacia 448. En fin, lo que Sidonio estaba poniendo de manifiesto, en los meses o inmediatamente anteriores o justamente posteriores al final de los emperadores, era que en la idiosincrasia aristocrática era básico el desempeño de cargos políticos, lo cual resultaba propio a la tradición romana, pero que ahora cobraba especial dimensión justo en el momento en el que se estaba asistiendo al final del sistema político imperial. Quiero llamar la atención del lector sobre esta idea, puesto que es una de las claves de la capacidad de adaptación a los señores bárbaros por parte de algunos segmentos dentro de los magnates romanos.

En fin, Sidonio señalaba a su amigo que ahora les había llegado el turno a ellos o, lo que era lo mismo, a los nietos (de aquellos Apolinar y Rústico): *uentum ad nos, id est uentum est ad nepotes*[51]. Y Sidonio concluía su carta apelando al deseo de que sus propios hijos, Apolinar y Rústico, tuviesen la oportunidad de imitar, y no sólo por sus

nombres, a sus respectivos abuelos. El texto es muy gráfico, no sólo por la carga sentimental que el autor vuelca en el mismo, sino por el mensaje político que asume. Nosotros tenemos que retomar la trayectoria de nuestras familias, es decir, el poder, la participación en el sistema político, e incluso nuestros hijos deben continuar tal tarea. Todo un alegato en tiempos políticamente muy singulares. La cuestión iba a radicar en el formato concreto en el que estos magnates occidentales podrían seguir participando de la malla sistémica, de los cargos, en un mundo en el que el imperio estaba dejando paso definitivamente a los *regna* bárbaros, muchos de los cuales llevaban tiempo funcionando dentro de los propios territorios romanos, como muy bien sabían Sidonio y su amigo Aquilino.

«Numerosos candidatos para una sola cátedra». La salida eclesiástica

La arqueología lleva ya tiempo mostrando hasta qué punto la construcción de iglesias es un fenómeno característico de la Antigüedad tardía, pero en particular a partir del siglo v. No quiere decir que se tratara de un proceso masivo, ni mucho menos, pero sí significativo. Se habían ido construyendo iglesias ya en tiempos anteriores, pero la evidencia empírica parece incidir en que el siglo v fue una especie de punto de inflexión en la construcción de iglesias tanto en el medio urbano como en el rural. La reciente síntesis de Alexandra Chavarría es un excelente

estado de la cuestión para todo Occidente, y pone el énfasis precisamente en el aumento de tales construcciones a partir del siglo v, una parte muy importante de las cuales fue impulsada directamente por los obispos y su estructura, y una parte menor por iniciativas de laicos[52]. Existen indicios suficientes como para pensar que el evergetismo que había insuflado inversiones en los esquemas de la municipalización romana fue progresivamente cercenado a favor de otro tipo de inversiones, mayoritariamente eclesiásticas, precisamente al compás del crecimiento de la influencia de los obispados. La crisis imperial, la erosión de la administración y de sus puestos dirigentes no hicieron sino acelerar ese proceso[53].

Desde hacía tiempo los obispados solían ser destinos pretendidos por miembros de la poderosa aristocracia romana, en cualquiera de sus rangos. Se había desarrollado una cierta retórica del desdén por el puesto, de renuncia más o menos exhibida a ocupar las cátedras episcopales, que en el fondo y en no pocos casos eran precisamente eso, retórica. Durante el siglo v, y merced a la progresiva erosión de las estructuras de poder romanas en la mayor parte de las provincias occidentales, los obispados emergían como un referente que comenzaba a no tener parangón posible, puesto que los escalafones de la administración imperial, objeto de deseo aristocrático en el imperio tardío, estaban siendo desarticulados en no pocos lugares. Sabemos que la burocracia tardorromana había desarrollado incluso una

panoplia de elementos de identidad propia, que le alejaban del resto de la población, y los cargos dirigentes de la misma, más allá de los puestos técnicos, eran los que habían copado las aristocracias de Italia, de la Galia o de Hispania. Cargos que eran objeto tanto de compra como de influencia dentro de los circuitos de la *amicita*[54]. De manera un tanto irónica con estas prácticas, a finales de 467 Sidonio felicitaba a uno de sus colegas, Gaudencio, por haber obtenido un cargo precisamente sin haber gastado la fortuna paterna, ni la renta materna, ni las joyas de dama alguna, no sin antes romper una lanza por el compromiso aristocrático con los cargos imperiales, que para no pocos de estos personajes era una seña de identidad de su clase social, mientras que otros «perezosos» (dice Sidonio) prefieren filosofar sobre los vinos que tienen en sus bodegas[55]. Lo que no excluye que el gusto por las descripciones de las propiedades eclesiásticas, inherente a la aristocracia romana, continuara muy presente, como muestran varias cartas de Sidonio, por lo general además muy extensas[56]. En fin, las cartas sidonianas de finales de los sesenta y comienzos de los setenta dejan ver la frecuencia con la que estos personajes competían por los cargos, cómo había sectores enfrentados, cómo se recibía con regocijo el nombramiento de uno considerado como próximo, y cómo era frecuente que en cada familia importante, en no pocas de ellas al menos, hubiera miembros pertenecientes al clero[57].

La desarticulación de la estructura imperial obligó a un

esfuerzo de adaptación a nuevos signos de identidad, que en lo político iban a tener que ver con los *regna*, pero que, en esencia, fueron ajustados a lo que era ya propiamente una estructura romana y bien conocida para aquellos *potentes*, me refiero a los obispados. Los obispos asumían, pues, varias vertientes, además de la propiamente religiosa y eclesiástica. La preeminencia en *ciuitates* y *territoria*, una nada desdeñable capacidad de resolución de conflictos locales o la especial relación tejida con el culto a los santos y sus reliquias son algunas de ellas. Desde una perspectiva intelectual, además, su preeminencia se proyectaba, en especial en aquellos miembros más ilustrados de entre los cuadros episcopales, en cierto modo siguiendo la *karteria* de los filósofos, que les elevaba conceptualmente al margen de la oficialidad[58]. El uso del lenguaje, tanto escrito como hablado (en *sermones*, por ejemplo) dotaba a estos personajes de una capacidad de emisión de mensajes que ya no tenía igual posible. No hace falta insistir mucho en que, en el contexto específico de la desarticulación de la administración romana y en momentos en los que casi todo era negociable, todas estas vertientes adquirían un peso específico muy especial.

No puede extrañar en modo alguno que, en el caso en el que mejor podemos acercarnos a una escala detallada de la actividad de estos obispos justo en el punto crítico de la desarticulación romana occidental, los años 470s, lo que vamos a encontrar es una competencia muy fuerte por la

ocupación de estos puestos.

Quiero llamar la atención sobre una carta que Sidonio dirigió en 475 a su colega Basilio de Aix, y que ya fue citada a cuenta de las negociaciones entre el emperador Nepote y el rey Eurico para la entrega de Auvernia a los godos. Se trataba de un momento especialmente crítico. Sidonio ya era consciente de que había negociaciones muy serias, y su preocupación no era otra que el mantenimiento de la red de obispados. Pedía a su colega, uno de los delegados en la negociación, que se asegurara de que las numerosas sedes episcopales vacantes fueran ocupadas. El descabezamiento de no pocas de ellas había provocado una cesura en el mantenimiento de las iglesias urbanas (*urbanae ecclesiae*) y de las rurales (*rusticae*). Las descripciones siempre efectistas de Sidonio se detenían en el detalle de los rebaños moviéndose por las zonas de los altares, en las puertas arrancadas, o en las zarzas que ya cubrían algunas entradas a iglesias. En fin, Sidonio presentaba un cuadro catastrofista, dando a entender que la Iglesia estaba en ruinas físicas. Pedía al negociador que, en la medida de lo posible, se apuntalara que el pacto con Eurico permitiera la continuidad de las iglesias y, sobre todo, de los obispos. Haciendo un cierto juego de palabras entre *fides* y *foedus*, venía a solicitar, con un tono de amargura, que se permitiera la ordenación episcopal para los pueblos de las Galias que estaban dentro de las fronteras godas —por cierto, iba a ser el caso de la propia Auvernia como consecuencia de tal

pacto—, de manera que los romanos las retuvieran aunque fuera sólo con la fe, ya que no con el tratado (*teneamus ex fide, etsi non tenemus ex foedere*) que se estaba cerrando entre el emperador y Eurico a través de obispos como Basilio[59].

Desde una perspectiva política, no deja de ser sintomático que la preocupación fundamental de un miembro destacado de la aristocracia romana, que había sido hacía unos años nada menos que prefecto de la ciudad de Roma, y cuya familia, como las de sus colegas, había acumulado cargos y prebendas durante décadas, fuera, precisamente, el mantenimiento de la red de obispados. Claro que a estas alturas Sidonio llevaba casi un lustro en la cátedra de Clermont, y mi impresión es que había entendido, como otros muchos colegas suyos, que la clave de la autoridad en los próximos años iba a estar en la ocupación de los obispados. Porque la otra plataforma de autoridad, que tradicionalmente venía definida por la carrera civil al servicio del imperio, simplemente estaba desapareciendo, al menos fuera de Italia. En los horizontes personales de personajes como Sidonio, el imperio quedaba cada vez más lejos. Particularmente en el caso de Auvernia, incluso la figura imperial (Nepote en este caso) iba a ser la catalizadora del pacto que suponía la entrega de la región a Eurico y su *regnum Gothorum*. Las carreras civiles, como la de algunos amigos del propio Sidonio, iban a tener que hacerse precisamente dentro de los *regna*, y no fuera de

ellos.

No extraña que la arqueología presente un cuadro de salto cuantitativo en la construcción de iglesias precisamente desde mediados del siglo v, tal y como muestra la reciente sistematización elaborada por Alexandra Chavarría en un libro ya citado. Además, los estudios prosopográficos de Martin Heinzelmann para la Galia, a los que hay que añadir los trabajos que anteriormente había publicado Stroheker, entre otros, dan buena cuenta del grado de simbiosis entre la aristocracia romana y la autoridad episcopal: ésta salía, directamente, de aquélla[60]. Y, desde el punto de vista epigráfico, obras de conjunto recientes, como la de Carlo Carletti, apuntan a que durante el siglo v se aprecian cambios significativos en los usos epigráficos. Entre ellos llama la atención la reducción del campo para la escritura, en favor de espacios destinados a la imagen, en la idea de proyectar mensajes más contundentes y, al tiempo, aparentemente más simples y directos, todo esto incluso dentro de inscripciones propias de la edilicia eclesiástica. De este modo ganó terreno una función simbólica, que en parte desplazó la hegemonía de la lectura del texto[61].

He elegido como título para este capítulo la frase que Sidonio dirigió a Ecdicio, su cuñado e hijo del antiguo emperador Avito, en la que, crítico con el gobierno del emperador Antemio, anunciaba que sólo les restaba renunciar a su patria o al cabello (*seu patriam dimittere seu capillos*), es decir, entrar en el clero. Como sabemos,

Sidonio fue obispo de Clermont. En el contexto general de su carta, estaba contraponiendo la actitud de un Seronato, que había decidido colaborar con Eurico, acogiendo bárbaros en territorios de propietarios romanos, y encarcelando clérigos, con la del propio Ecdicio y él mismo[62]. Sidonio califica a Seronato como «ese Catilina de nuestro tiempo», *ipse Catilina saeculi nostri*. La simbiosis del clero católico con la romanidad es desplegada con el habitual lenguaje sidoniano, al mismo nivel que la ley, por ejemplo. Las alusiones a las conculcaciones que Seronato hacía de la tradición legal recogida en el *Codex Theodosianus* suponía una acusación directa esgrimida en la carta, con el añadido de que eran las disposiciones visigodas de la época de Teodorico las que Seronato estaba asumiendo, *leges Theudosianas calcans Theudoricianasque proponens*. En fin, la acusación de tiranía estaba igualmente en ese nivel de la disyuntiva entre lo romano y el modelo que Seronato, procedente de esa misma tradición, estaba dispuesto a imponer, que no era otro que el colaboracionismo con los godos. Esta misiva es un lustro anterior a la que dirigió a Basilio de Aix.

En ambas, creo, es posible encontrar dos estrategias: de resistencia, primero, y de negociación, después, que permitieran apuntalar la gran plataforma que la aristocracia romana iba a tener como vía de preeminencia incomparable, la eclesiástica. De lo cual creo que era consciente Sidonio cuando escribió nada menos que a Polemio, que había sido

prefecto del pretorio de las Galias en 471-472, durante el inicio de la ofensiva definitiva de Eurico hacia el este de sus dominios en las Galias, e incluso a la Tarraconense. La carta, fechable en 472, alberga algunas frases en las que Sidonio proyectaba un cierto aire de superioridad del obispo hacia quien aún seguía aferrado a la carrera civil. Aprovechaba una referencia de Tácito a la importancia de las relaciones privadas por encima de las institucionales, y en ese plano situaba su texto, en buena medida porque estaba relativizando el alcance de los más altos cargos imperiales, como había sido el caso de Polemio en la prefectura de las Galias. Según tal concepción, su amigo había desdeñado la posibilidad de la salida clerical, y contraponía el argumento de que, finalmente, ésta era superior[63].

Si bien la autoridad episcopal había sido desde hacía tiempo un objeto de deseo de las aristocracias romanas, en los años 470s se planteaba la disyuntiva novedosa, y es que salvo en Italia y en pequeñísimas franjas costeras de la Galia meridional, el imperio era ya poco más que un recuerdo en todo Occidente. Las campañas de Eurico en las Galias y en la Tarraconense, el avance de los francos y la cristalización de sus diversas jefaturas militares al norte del Loira, la consolidación de reinos muy asentados como los de vándalos (África) y suevos (noroeste de Hispania), por no mencionar la situación de Britania, alejada de la administración romana desde inicios de siglo, son los

argumentos que nos vienen a situar en un punto crítico en el sentido de constituir una disyuntiva. La autoridad episcopal se construía en Occidente ya fuera del horizonte imperial. En Hispania, incluso cuando el imperio aún tenía cierta resonancia (más que presencia) al oeste de la Tarraconense, los obispos habían delineado su autoridad sobre la base de presentarse como adalides de la romanidad, como hace Hidacio negociando con suevos, buscando los apoyos escasos del imperio, o articulando la resistencia romana local. En los años sesenta, Ascanio, prelado de Tarragona y por tanto metropolitano de la Tarraconense, junto con otros obispos de la provincia, escribió a Roma, a fin de conseguir al menos dos objetivos. Por un lado, una condena para Silvano, obispo de Calahorra, que venía ejecutando ordenaciones que ellos consideraban ilegítimas; por otro, la aprobación de una especie de designación directa de sucesor por parte del obispo de Barcelona. La contestación vino de la mano del papa Hilario, que propuso asumir los hechos consumados en el caso de Calahorra e invalidar la previsión de designación en el de Barcelona. En la segunda mitad del siglo v la Tarraconense se encontraba, al menos en un plano teórico, dentro del imperio y de su capacidad administrativa. Los obispos de la provincia ponían en manos del papa de Roma la supervisión (o no) de decisiones tan conflictivas como lo sucedido en Calahorra y en Barcelona, que afectaba nada menos que a la disciplina de las consagraciones episcopales. Además, en el caso de Silvano de Calahorra,

éste se había visto apoyado por *honorati* y *possessores* de distintas *ciuitates* del Ebro Medio y Alto, que habían escrito a la propia Roma (*cum subscriptionibus diversorum litteras nobis constat ingestas*) a fin de defender (*excusabant*) a Silvano cuyos intereses, muy probablemente, eran los de ellos mismos. El papa Hilario, aludiendo a la dificultad del momento que se vivía, *temporum necessitate*, había apoyado que se asumiera lo que ya se había hecho, *decernimus ad veniam pertinere quod gestum est*. Es posible detectar entre líneas en la documentación que ha llegado hasta nosotros que estamos ante una conexión directa entre los nombramientos que Silvano llevó a cabo —entendidos como ilegítimos por sus colegas de la provincia— y los intereses de los grandes propietarios de la zona. Parece como si en un contexto de desarticulación, como el que vivía Hispania en la segunda mitad del siglo v, en las escalas locales funcionara tanto tal conexión que incluso podía llegar a ser entendida como una suerte de segregación por parte del resto de la estructura, en este caso de la ordenación provincial eclesiástica[64].

En la Auvernia, Sidonio asumió el obispado hacia 470, y su pontificado coincidió con la expansión de los godos de Eurico, que obtuvo la forzada anuencia final del imperio de Julio Nepote en 474-475. Por eso tiene tanto interés observar cómo funcionaba la elección de obispos para sedes vacantes en pleno proceso de desarticulación —ya definitiva — de la administración romana[65]. Al poco de su propio

acceso al obispado de Clermont, Sidonio fue reclamado nada menos que para participar en la elección de prelado para Bourges, a la sazón sede metropolitana de Aquitania I, la misma provincia a la que pertenecía Sidonio[66]. Dicho con otras palabras, acababa de acceder al obispado y ahora tenía que participar en la elección de quien iba a ser su superior provincial. Se apresuró a recabar apoyos entre otros miembros del grupo que iba a supervisar la elección, que según la tradición debía en todo caso pesar sobre la masa abstracta del *populus*, pero con la presencia de calidad e influencia de los prelados. Por esta razón Sidonio buscaba esos apoyos, sin duda —a pesar de su aparente distancia al respecto— para promocionar a su candidato preferido, que no era otro que Simplicio. Escribió una carta a Eufronio, obispo de Autún, en la que le hacía partícipe de la cuestión, toda vez que Eufronio debía de estar presente en el proceso final de elección[67].

Claro que Eufronio ya tenía experiencia en la participación en procesos de designación episcopal. A finales de 469, quizá ya a comienzos de 470, Sidonio escribió una carta en la que daba cuenta de la elección de obispo que había tenido lugar para la sede de Chalon-sur-Saône, vacante desde la muerte del obispo Pablo. Fue Paciente de Lyon, por tanto metropolitano de la Lugdunense I, quien supervisó el proceso, ayudado precisamente por Eufronio de Autún, quien unos meses después, como acabamos de ver, debía de participar (también el propio

Sidonio) en la elección de obispo para Bourges. Al parecer había tres candidatos más o menos claros (*triumuiratus competitorum*) para la designación final en Chalon, pero entre Paciente y Eufronio decidieron promocionar a Juan, que no estaba en la terna pero que sí había ido formando parte de los distintos grados de la carrera eclesiástica[68].

Así que Eufronio de Autún conocía bien los entresijos de un proceso de elección episcopal en el que hubiera una fuerte competición, en la que, como daba cuenta Sidonio en la carta que acabo de citar, entraban en juego variables tales como el linaje aristocrático, el populismo y la demagogia, o incluso el acceso directo al patrimonio eclesiástico y la negociación que sobre el mismo se hubiera hecho antes con segmentos locales. Eufronio era, sin duda, un obispo curtido en estas lides. Que fuera a participar en el proceso de Bourges no pasaba, lógicamente, desapercibido al recién llegado a la cátedra de Clermont. Así que, de manera nada indirecta, Sidonio se ofrecía para colaborar con Eufronio en el proceso de selección, de modo que cualquier cosa que deseara que se hiciera, *ut si quid fieri uoles*, no debiera sugerirlo, sino ordenarlo, *non suadere tam debeas quam iubere*. En fin, Sidonio proponía a Eufronio que Simplicio era el hombre. Pertenecía a la aristocracia senatorial, pero no a la más alta (era *spectabilis uir*), y ni siquiera era clérigo, de manera que su designación supondría pasar directamente al episcopado. Tenía varios rivales, uno de los cuales estaba apoyado por los arrianos, que seguramente

debían de estar de algún modo conectados con los visigodos que en ese momento comenzaban a hacerse con amplios territorios de la Aquitania I. En fin, despedía la carta instando a Eufronio a señalar algunas instrucciones o estrategias para llevar a cabo el proceso selectivo que debía de contar, como era preceptivo, con un cierto ceremonial participativo de la masa del *populus*, de lo cual Sidonio era muy consciente; lo anotaba en esta carta y lo iba a tener muy en cuenta a la hora de la elección final.

Entre finales de 470 e inicios de 471, Sidonio escribió una misiva desde Bourges. Lo hacía mientras participaba en el proceso de elección episcopal, y la carta estaba dirigida a otro colega, Agroecio de Sens, a la sazón metropolitano de la Lugdunense IV. La impresión que se obtiene de todo este material es que Sidonio estaba tomando posiciones entre sus colegas, sabedor de que el proceso de Bourges no era un asunto menor, toda vez que se trataba de sede metropolitana, en este caso de la provincia (Aquitania I) a la que pertenecía la Clermont de la que Sidonio era prelado desde hacía unos meses. La carta transmite sentimiento de desasosiego e, incluso, de llamada urgente[69]. El panorama en Bourges era de una tensión muy elevada, con una fuerte división interna, *fremit populus per studia diuisus*. Se trataba de momentos muy preocupantes para los romanos de Aquitania I, como hemos visto desde un panorama político, pero Sidonio utiliza un argumento que maneja en otras ocasiones en su epistolario, la idea según la cual *in religione causa*

coniungitur. Había que estar unidos al menos en materia religiosa, ése era el mensaje, en realidad tratando de aquilatar los procesos selectivos, el mantenimiento de la red episcopal que, unos pocos años después, y cuando casi toda la amplia provincia esté en poder de Eurico, era lo que más preocupaba a Sidonio. También entonces (474-476), en las cartas a sus colegas, como ya vimos, terminará esgrimiendo este mismo mensaje: la religión es lo que supera a la política, y sobre todo la plataforma episcopal, que había que dotar a toda costa más allá de la nueva situación de referencia política que ya no era el imperio sino el *regnum Gothorum*.

A fin de mantener tal plataforma, pedía Sidonio a Agroecio de Sens que acudiera a Bourges para participar en el proceso de selección del futuro metropolitano de la Aquitania I. Esgrimía además el argumento de la soledad episcopal de la Clermont de la que él era prelado, puesto que era la única sede de la provincia con un obispo en ejercicio, situación que directamente ligaba a las guerras, en alusión a la ofensiva visigoda, *solum oppidum Aruernum* [Clermont] *Romanorum reliquum partibus bella fecerunt*. El uso ideológico del concepto romano, aquí «en el lado de los romanos» literalmente, pretendía ser sumamente efectista, y está presente en los textos sidonianos de estos años.

La carta a Agroecio estaba redactada durante el proceso de elección, desde la misma Bourges. Un poco más tarde, escribirá a Perpetuo de Tours, otro metropolitano, en este

caso de la Lugdunense III[70]. Perpetuo le había solicitado una copia del discurso que Sidonio había pronunciado ante el *populus* de Bourges, precisamente con ocasión del proceso de elección episcopal. Aquí Sidonio se movía como pez en el agua. Acostumbrado a los discursos políticos, como había sido el caso de sus tres panegíricos imperiales (Avito, Mayoriano y Antemio), y dada su mal disimulada vanidad literaria, este tipo de peticiones, de las que recoge varias en la edición de su epistolario, eran para él motivo de regocijo, que a duras penas se esfuerza por esconder. La contestación de Sidonio, que se produjo en ese mismo año 471, una vez terminada la designación para Bourges (en la persona de Simplicio, el candidato apoyado por él), incluía el discurso que había pronunciado en la iglesia principal, y que tanto le reclamaba Perpetuo desde Tours.

Sidonio trataba de hacer ver a Perpetuo que el discurso no había sido compuesto con rigor histórico ni con una vocación poética, *aut pondera historica aut poetica schemata*. La idea fundamental que subrayaba ante su corresponsal era que se había tenido que enfrentar a la desunión, al enfrentamiento entre facciones (en Bourges), que resume como *partium seditiones*. Y en cuanto a los entresijos propiamente eclesiásticos decía:

> «Tanta era la cantidad de competidores, que los numerosísimos candidatos para una sola cátedra episcopal no hubieran podido caber en dos filas de asientos […] Todos se gustaban a sí mismos, y a todos desagradaba el resto»[71].

Según el relato que de los hechos transmite Sidonio a Perpetuo de Tours, el pueblo dejó finalmente la designación en manos de los obispos que habían asistido a Bourges, eso sí, con la resistencia de algunos presbíteros locales, que «parloteaban en las esquinas», *presbyterorum sane paucis angulatim fringultientibus*. En fin, Sidonio adjuntaba el texto del discurso que había pronunciado ante el pueblo de Bourges. Se trata de una pieza oratoria típica de su autor, que se movía bien en el uso de hipérboles, ironías y contradicciones más aparentes que reales. Buena parte del mismo estaba destinada a señalar todos los posibles ángulos de crítica que la decisión podía tener, en función de la personalidad de quien eventualmente resultara elegido, fuera monje, humilde, aristocrático, ignorante o intelectual. Ponía mucho énfasis en que no se había dejado influir ni por favor alguno ni mucho menos por un soborno. En fin, pasaba a hacer el elogio de su candidato, de quien había sido designado, que no era otro que Simplicio, a quien aún vinculaba con los posibles beneficios que podía reportar al imperio tenerle como metropolitano de Aquitania I. Incluso en plena desarticulación imperial, pero inmediatamente antes de la fase última y definitiva en la región en la que Sidonio se movía, al menos en el plano retórico el vínculo con el imperio funcionaba como resorte teórico.

«En tal extremo de miserias». Asumiendo la identidad romana

Como vengo diciendo, este capítulo descansa fundamentalmente sobre materiales galorromanos. Y, allá hasta donde podemos estudiar, se percibe que las aristocracias romanas de la Galia no sólo apostaron por introducir cuadros ya definitivamente en el clero y en concreto en los obispados, sino que operó un esfuerzo intelectual de redefinición del sentimiento de pertenencia al mundo romano. La preeminencia específica de los obispados, con capacidad para difusión de mensajes orales (*sermones*) y escritos que se aseguraban una cierta circulación en un mundo cada vez más fragmentado fue el reducto en el que se proyectó dicho sentimiento. La aristocracia tardorromana estaba acostumbrada a perpetuar a sus miembros en el sistema, generación tras generación, formando parte de la administración y de los cargos políticos más relevantes. Desde mediados del siglo v esto comenzaba a ser más difícil, y en la década de los setenta se terminó convirtiendo en imposible. Naturalmente no hubo un giro instantáneo de los poderosos. Pero, allá hasta donde la documentación nos permite estudiar, sí es posible rastrear algunos mecanismos que estas gentes pusieron en marcha.

Uno de ellos fue la apuesta por su atención hacia el control del episcopado. No es que antes no hubiera ido con ellos, pero el interés fue mucho más general a partir de ahora. Ya he dicho que probablemente ésta sea la razón de que la arqueología certifique hoy que es a mediados del siglo v cuando se percibe un repunte de la edilicia episcopal

en Occidente, que coincide con el final de otros resortes de ostentación, tales como las *uillae*. Estos grupos asumieron su papel de referente de lo romano, y lo trasladaron a la esfera literaria y cultural. Todo esto era, naturalmente, un producto de la elite intelectual, que en principio consumía esa misma elite. Pero en la medida en que los *sermones* y las *orationes* funcionaban como mecanismo de comunicación con las masas de *audientes*, podía empezar a funcionar como mensaje de calado más generalista. La insistencia en la decadencia de las letras latinas, que ellos mismos proyectaron, era un mecanismo para separarse aún más del resto de la población. Máxime en un contexto de dificultades para el mantenimiento de estructuras educativas a estas alturas del siglo v[72].

El diseño de una cierta cesura intelectual entre la posesión de las letras y, por tanto, de la tradición literaria romana por parte de estos grupos con respecto a todos los demás y, en particular, la toma de los mandos literarios por parte de obispos y monjes es algo que creo puede considerarse definitivo precisamente a partir de este momento. En los circuitos senatoriales de finales del siglo v se encargaron y difundieron copias de Virgilio, y algunos especialistas han insinuado que detrás de su gran eco estaba la influencia paganizante de los grupos familiares de Nicómacos y los Símmacos. Se trata de códices (*codices*) tales como el llamado *Virgiliano Vaticano*, o el *Virgilio Mediceo*, encargado éste por Macario, miembro del Senado

y revisado por el cónsul Turcio Rufo Aproniano Asterio. Como ha explicado Cavallo, estos manuscritos que copian obras virgilianas son desde luego obras de producción y consumo aristocrático, están elaborados en letra capital. Es una especie de epílogo de una tradición que será superada por la letra uncial, visible, por ejemplo, ya en la *Quedlinburg Itala* de Berlín, que contiene libros del Antiguo Testamento y que preludia el éxito de la uncial para los tratados eclesiásticos, monásticos y teológicos, que van a ser la parte del león de la producción literaria a partir de estos momentos[73]. Un complejo proceso de adaptación de las antiguas tradiciones a nuevos tiempos está en la base de todos esos cambios aparentemente sólo formales, pero que en el fondo son el trasunto de una redefinición del pensamiento político y religioso. Seguramente ese contexto fue el que permitió que funcionara la idea según la cual eran solamente estos grupos quienes «tenían» el conocimiento pertinente de la cultura romana, del latín y de las letras latinas. Eso, unido a la consolidación de su interés por la «salida eclesiástica», reforzaba sus señas de identidad.

Por más que en la historiografía sobre el imperio romano haya sido casi una constante hablar de decadencia, parecería como si fuera precisamente esta generación del tercer cuarto del siglo v la que personificara más que ninguna otra semejante etiqueta. Hubo una crisis política de primer orden, sistémica por cuanto afectaba a otros terrenos, y debemos atender a los medidores de las reacciones

intelectuales. Y en ese sentido es curioso comprobar cómo fueron estos mismos autores de los años 460s-470s quienes proyectaron la idea de decadencia en lo cultural. Mathisen, centrándose en estas mismas fuentes, ha explicado que no puede hablarse de decadencia literaria en la Galia del siglo v, con generaciones de autores pródigos en cartas, ensayos, tratados o poemas. Y también ha puesto el acento sobre cómo estos mismos autores se identificaban como los únicos portadores de la capacidad literaria, que, afirmaban ellos mismos, cada vez era menos frecuente. Había en esto un deseo de autoproyección y de construcción de identidad en un panorama de crisis, que quedó como un referente principal del grupo aristocrático[74].

Sidonio señalaba en una de sus cartas que las letras iban a ser ya, en ausencia de cargos públicos, la única seña de identidad de la aristocracia romana[75]. Vuelvo al habitual tratamiento que creo que hay que dar a las informaciones sidonianas. Lo relevante no es cómo nos suene a nosotros la frase, sino que ésta tuviera un sentido para los receptores, quienes en los textos del mundo tardorromano aparecen como *potentes* y *nobiles*. Se suele incidir en la idea de la relación entre superioridad cultural y mantenimiento del estatus de estas aristocracias, sin embargo creo que, siendo ésta la clave, hay más enjundia que una mera proclama de orden cultural[76]. Ya he señalado al inicio de este apartado que no es que esta identidad fuera nueva, sino que ahora era necesario reforzarla, justo en el momento en el que la

estructura de cargos, tradicional plataforma de la aristocracia tardorromana, ya no era viable. Al menos no en cuanto al sistema imperial se refiere.

* * *

En el primer capítulo de este libro se ha señalado que hubo una retórica del cambio, de la crisis, hacia mediados de siglo. Como todo discurso elaborado, el mensaje de mediados de siglo obedecía a intereses y objetivos específicos que nos conducían a distintas regiones de Occidente. Entre otros, habíamos visto casos como los cronistas, Quodvultdeus de Cartago, Paulino de Pella o Salviano de Marsella. La retórica de cambio de los años setenta vuelve a funcionar con intensidad, pero en una escala documental muy menor, en el caso de la Galia. No fue un repunte casual. A mi modo de ver formaba parte de un proyecto ideológico, social y político, que no era otro que la toma de posición de los *nobiles* de la Galia ante el cambio de ritmo tanto de la desarticulación imperial en la región como el de las ofensivas franca en el norte y, sobre todo, visigoda en el centro y en el sur. Algunos comprendieron que había que reforzar las señas de identidad como grupo. Creo haber detectado una reacción semejante en el plano de la teología, como trataré de exponer.

A comienzos de los años setenta del siglo v, mientras lo

poco que restaba del imperio romano estaba en pleno proceso de desmantelamiento, en especial en las Galias y en el nordeste de Hispania, zonas en las cuales la expansión de Eurico era manifiesta, el obispo de Clermont trataba de continuar la resistencia romana al visigodo. En una carta redactada en la capital de Auvernia entre 472 y 473, en plena ofensiva de Eurico, y dirigida a su amigo Euquerio, Sidonio Apolinar expresaba su honda preocupación por el estado de las cosas:

> «Si el mundo romano [en el sentido político, la *res publica*] está postrado en tal extremo de miserias que ya no puede recompensar a aquéllos que se afanan por él…»[77].

Así que *Romana respublica in haec miseriarum extrema defluxit*. La inclusión de *haec* me parece que no es casual. Es realmente la situación concreta de la Auvernia lo que preocupaba a Sidonio, a la sazón obispo en la región. Sidonio se lamentaba de que el imperio no reconociera el mérito que Euquerio había tenido. Era el tema de la ofensiva militar visigoda a lo que el obispo de Clermont se refería en su carta, puesto que esgrimía que las fuerzas romanas estaban siendo controladas por una nación de federados, *natione foederatorum*, en clara alusión a los godos que se expandían en Auvernia. La situación era grave, porque incluso el imperio apenas proponía reconocimiento alguno para aquellos que, como Euquerio, habían tomado parte activa en la resistencia. Ése es el tema de la carta: los

hombres de valía, de noble nacimiento y cualidades militares, no eran reconocidos por el imperio, al menos ésa era la percepción de uno de los más egregios representantes de la aristocracia romana de las Galias.

Habíamos visto cómo Roma era, para Sidonio, entre otras muchas cosas, «la patria de la libertad, única ciudad del mundo en la cual sólo los bárbaros y los esclavos son extranjeros»[78]. Sin embargo, la dicotomía entre romanidad y barbarie, por más que continuara inoculada en la actitud intelectual de los pocos romanos que podían dedicarse a reflexionar sobre estas cosas, estaba condenada a ser acompañada por la vida cotidiana. Y los bárbaros, siempre numéricamente una minoría, estaban presentes en ella. El hecho de que a mediados de los años setenta el imperio romano desapareciera no excluía la idea de un deseo, del anhelo según el cual los intereses locales podían aún ser salvaguardados por el propio imperio, esa *res publica* a la que aún se citaba con cierta frecuencia. De ahí el reproche que Sidonio difundió sobre tal claudicación, en la que algunos de sus colegas prelados habían participado. Me refiero a la negociación entre el emperador Julio Nepote y el rey visigodo Eurico, a resultas de la cual Auvernia pasó a poder de los godos entre 474 y 475. El reproche de Sidonio a su colega Greco de Marsella es poco menos que fulminante. El obispo de Clermont se quejaba de que «nuestra servidumbre haya sido el precio pagado por la seguridad ajena», *facta est seruitus nostra pretium*

securitatis alienae[79].

Un lustro antes, el propio Sidonio había escrito a Ecdicio una importante carta en la que le hablaba de Seronato, uno de los gerifaltes de la administración romana en las Galias, personaje abiertamente colaboracionista con los godos. Me interesa ahora el argumento que emplea para criticar la actitud de Seronato. Además de arremeter contra su mala administración y esa actitud colaboracionista, concreta que *exsultans Gothis insultansque Romanis*. La idea de la *lex*, consustancial al ordenamiento político romano, también es puesta de manifiesto en la crítica que Sidonio hace de su colega de clase social. De nuevo contraponía romanidad y barbarie, como ya vimos, con rotundas afirmaciones[80]. Probablemente la frase tajante está imbuida de la habitual retórica de Sidonio, en ocasiones hiperbólica, pero lo interesante aquí es comprobar su argumento teórico y político: Seronato era un mal administrador, pero sobre todo insultaba a los romanos mientras ensalzaba a los godos. La tradicional dicotomía, heredada de la clásica panoplia intelectual griega y romana, seguía estando presente en el debate político y teórico de los años setenta, en pleno desmantelamiento del ya prácticamente liquidado imperio.

Hacia 470, Sidonio había escrito a Hesperio, joven orador y poeta, a quien le enviaba un poema. Este mismo Hesperio iba a ser maestro de uno de los hijos de Ruricio, obispo de Limoges. La carta es todo un alegato a la

participación de los romanos, se entiende de los de noble alcurnia, en las letras, faceta de la que Sidonio estaba muy orgulloso de sí mismo y de los colegas de clase social que aún la cultivasen. Deja entrever de nuevo la situación crítica en la que estaba sumido el mundo que le rodeaba. En los últimos tiempos, se lamentaba, incluso la lengua latina estaba sufriendo los reveses del avance bárbaro. A no ser por los poquísimos, *nisi uel paucissimi*, que estaban (incluye a Hesperio) defendiendo la pureza de la lengua latina, *meram linguae Latiaris proprietatem*, amenazada por el uso de barbarismos groseros, *de triuialium barbarismorum*, muy pronto se estaría asistiendo a su práctica desaparición, *eam breui abolitam*[81]. Una vez más hemos de leer entre la retórica y la hipérbole de Sidonio, siendo posible percibir no sabemos si una sincera preocupación por el retroceso de lo romano, pero a buen seguro sí una proyección y difusión de dicha preocupación, que no es exactamente lo mismo. La idea puesta en circulación residía en que lo pertinente era preocuparse y, por tanto, reforzar esa faceta, siempre desde la perspectiva grupal que no abandona a Sidonio ni a algunos de sus colegas.

Esta preocupación por la supervivencia del latín es expuesta no como una cuita cultural, sino como un símbolo identitario del mundo romano en los momentos de cambio hacia le hegemonía definitiva de los *regna*. A este respecto es significativa la carta que Sidonio dirigió en los años setenta a Arbogasto. De origen franco y descendiente del

famoso Arbogasto de la época teodosiana, éste era hijo de Arigio. Arbogasto ostentaba un alto puesto administrativo en Tréveris (*comes Trevirorum*), una ciudad de enorme tradición política en las Galias. Algunos autores han sostenido una cronología tardía para esta carta, hacia 477, en cuyo caso la autoridad de Arbogasto estaría directamente sometida a los francos. La edición, a mi juicio clave, de las obras de Sidonio a cargo de André Loyen sostiene para esta carta una fecha en torno al año 471, en cuyo caso la autoridad de Arbogasto estaría sujeta a la teórica del imperio, o más bien a la de Siagrio, que, como sabemos, pretendía funcionar como una pretendida extensión del sistema político romano en la Galia central y septentrional. En cualquier caso, Arbogasto había solicitado a Sidonio, a través de una carta, que compusiera un tratado teológico, en concreto una exégesis a los textos sagrados. Sidonio rechazó con diplomacia la petición. Lo más interesante es comprobar cómo, en el elogio que hace de Arbogasto, la clave es precisamente la lengua latina, en cuyo uso éste destacaría, a juicio de Sidonio, a pesar de vivir junto al Mosela. Empleando uno de los juegos de palabras a los que tan aficionado era, el obispo de Clermont señalaba:

> «eres muy próximo a los bárbaros, pero ajeno a los barbarismos»[82].

El pesimismo sidoniano sobre la situación del latín emerge de nuevo en la carta, y el ejemplo de Arbogasto, de origen franco e incardinado en el sistema imperial, le sirve

perfectamente a su construcción literaria, que una vez más pone el acento en la lengua latina no sólo como exponente cultural, sino también como símbolo de identidad de un mundo que retrocede:

> «La gloria del discurso latino, si es verdad que aún existe en algún lugar, sobrevive en ti, a pesar de haber sido eliminado desde hace mucho tiempo de Belgica [*sic*, sin tilde puesto que es el concepto romano y la palabra en latín] y del Rin»[83].

Esta preocupación del obispo de Clermont por la *sermonis pompa Romani*, y la elevación de un descendiente de francos, aunque incluido dentro de la clase de poder romana de los años setenta del siglo v, va más allá, insisto, de la inquietud cultural. Es una especie de reclamo, de proclama, de idea fuerza. La pintura de un contexto crítico como la que traza Sidonio obliga a traducir como «sobrevive» un *resedit*, que en otro contexto podría ser visto más bien como un simple «reside», «permanece» e, incluso, un muy genérico «está». Quiero decir que la elevación de su corresponsal al papel a modo de una suerte de representante postrero de la latinidad, que «sobrevive en ti», *in te resedit*, es todo un alegato político e ideológico. Miembro de la aristocracia romana, y ahora también representante del estamento clerical, Sidonio propone la latinidad, el cultivo de la literatura en concreto, como un medio de supervivencia en el plano teórico, como un reforzamiento de identidad en tiempo de cambios. El avance de los francos y de otros grupos bárbaros en la Galia septentrional y central

es percibido, entiendo que claramente, por un contemporáneo como Sidonio, como un síntoma de tal cambio.

Y la latinidad puede ser el símbolo de identidad que agrupe a los romanos, sobre todo a sus clases poderosas, laicas y eclesiásticas, y que les otorgue coherencia interna de cara a los nuevos tiempos. O al menos el mensaje que circulaba entre la elite; mensaje del que este tipo de referencias de Sidonio no son sino ecos, que para nosotros son determinantes dada la problemática documental. Lo relevante no es tanto lo que se diga en la carta, sino que tal mensaje circulaba, y que se esperaba que tuviera una buena acogida entre la aristocracia romana, que era quien podía leer tales textos. Así que, teniendo en cuenta la recepción que el público posible (los *potentes*) podía dar al texto, Sidonio decidió incluir esta panoplia de alusiones en buena medida porque sabía que eran mensajes que circulaban y que eran deseados por sus colegas.

Plantea el tema de la supervivencia latina en los lugares en los que el avance bárbaro es poco menos que definitivo, como sucedía en la Tréveris en la que vivía su corresponsal. Así, propone la idea según la cual en las zonas fronterizas en las cuales la ley romana iba retrocediendo, no lo hiciera la propia lengua, el latín. La *lex*, otro de los símbolos de la romanidad, es aquí susceptible de retroceso político debido al avance bárbaro, en todo caso superado por el símbolo supremo, la lengua: *etsi apud limitem Latina iura*

ceciderunt, uerba non titubant, puede ceder el derecho, pero no nuestra lengua, ésa era la idea.

Esto es más que una mera reflexión cultural entre amigos. La latinidad podía ser el último reducto de lo romano, junto a la religión, y Sidonio no dudó en esgrimir tal idea. Después de todo, ambas, religión y latinidad, iban efectivamente a sobrevivir, al menos en el plano institucional y normativo, en la mayor parte de los *regna* bárbaros, con conversiones al catolicismo romano incluidas, como la de Clodoveo o, mucho más tarde, la de Recaredo, por citar dos muy conocidas.

En la misma Galia estaba extendido entre círculos muy influyentes un ideario ascético no exento de compromiso con la vida pública, el de los monjes de Lérins, desde hacía algo más de medio siglo. Como ha analizado Salvatore Pricoco, la tradición de Lérins es monástica, en cierto modo ascética, pero de ninguna manera supone una renuncia absoluta al mundo. De hecho, se trataba más bien de una *militia Caesaris*, de una panoplia de intelectuales que para nada pensaban que lo que les rodeaba no tenía nada que ver con ellos, por más que en sus trayectorias vitales desplegaran prácticas ascéticas[84]. Después de todo, aquel monasterio, fundado en la isla de Lérins frente a lo que hoy es Cannes, fue una auténtica cantera de obispos. Y, lo que es igualmente interesante, la mayor parte de los monjes lerinienses que luego iban a ser obispos procedían no tanto de la Galia más meridional, sino más bien de la central y la

septentrional, con todo lo que eso implica de transversalidad geográfica del asunto. No es esto lo sustancial, sino la interrelación entre esa ideología monástica y la capacidad de maniobra que daba el obispado. Sin ir mucho más lejos, Euquerio es uno de los principales ideólogos de la ascesis leriniense, y sin embargo fue obispo nada menos que de Lyon, y algo parecido podemos decir de Fausto de Riez. Sermones de ambos serían compilados ya en el siglo siguiente, dentro de la colección conocida como *Eusebius Gallicanus*, y circularían en el sur de la Galia del siglo VI a modo de alternativa a los famosos sermones de Cesáreo de Arlés, que iban a propagar un modelo de autoridad más cercana al personalismo episcopal[85]. La lectura del epistolario de Fausto de Riez en la edición de Engelbrecht deja al lector la impresión de que los temas principales de la misma no son otra cosa que el ascetismo, sus principios teóricos y su aplicación práctica, y herejías tales como el arrianismo, entre otras[86]. Claro que el arrianismo era para estos personajes algo muy cercano, tan cercano que la mayor parte de ellos iba a ser exiliada por el rey de los godos.

* * *

Entrada la década de los setenta el imperio apenas controlaba Italia, un sector de la Galia más meridional, y

dejó de estar presente en la Tarraconense y en la Auvernia; era, por lo tanto, poco más que un reducto itálico, al que en 476 una rebelión de las tropas iba a descabezar definitivamente. Y, sin embargo, en pleno proceso de recesión política, encontramos indicios para pensar en una fuerte competencia por ganar el obispado por parte de los grupos más poderosos de una de esas amplias zonas en las que el imperio apenas tenía visibilidad alguna.

Lo esencial es que este tipo de líderes, en plena desarticulación imperial en la Galia, se autopresentaban ante el *populus* como quienes dirimían precisamente cualquier tipo de división o conflicto. Entraba de lleno en la tradición aristocrática romana que estos personajes fueran conscientes de su propia y muy selectiva *paideia*, y del alcance que cualquiera de las manifestaciones de su cultura aristocrática, fuera una cena, una carta o mucho más un discurso, pudiera tener[87]. En el momento en el que Constancio de Lyon, el autor de la *Vita Germani* de la que trataré en el siguiente capítulo, estaba preparando la primera edición del epistolario de Sidonio, éste le remitió una carta, que quisieron que apareciera en el primer lugar de todo el conjunto. En ella, Sidonio despliega una modestia bastante elaborada, en la que dice estar muy lejos, por su inferioridad, de los autores de otros epistolarios, tales como Plinio el Joven, Símmaco o incluso el mismísimo Cicerón[88].

El propósito de estas reflexiones, que Sidonio sabía bien que iban a leer quienes accedieran al epistolario, no era otro

que asimilarse a tan relevantes figuras. Creo que hay aquí dos niveles de análisis. Por una parte una vanidad escasamente escondida, que me parece menos relevante que el segundo aspecto. Me refiero a la intención expresa de difundir la idea según la cual el conjunto epistolar que se empezaba a editar a finales de los sesenta y comienzos de los setenta (luego habría otros añadidos) formaba parte de la tradición romana, de esa misma tradición que ahora, en un momento en el que acababa de fracasar la gran expedición contra los vándalos de 468, y que Eurico comenzaba su expansión en la propia Galia de Sidonio y sus colegas, emergía como referente de identidad. Una identidad que iba a ser la base, unida al catolicismo, sobre la que se iba a jugar la partida de la negociación unos años después, cuando Clodoveo tejiera sus apoyos en el sur recién conquistado a los godos en 507. En un momento de crisis sistémica, que emerge como sintomática y visible en los 470s, parece como si estos personajes buscaran la ostentación de su identidad cultural, cosa que siempre habían hecho, pero con una mayor intensidad.

Por más que ilustres historiadores, como Mazzarino o MacMullen entre otros, hayan barajado la posibilidad de una cierta apertura de la cultura a las capas inferiores de la población, uno tiene la impresión de una reconducción cultural hacia las esferas episcopal y monástica, que fue consolidada en el siglo v, con una gran capacidad de emisión no sólo de textos, sino también de imágenes[89].

Solamente las grandes celebraciones litúrgicas hacían partícipes a las masas de determinados mensajes propios de un mundo letrado, y generalmente a partir de *sermones* y de la fijación de puntos específicos en sus memorias colectivas, en especial las festividades de los santos. Todo esto tenía su trasunto material y visible en las reliquias, en los oratorios y basílicas que se construyeron al respecto, en las pinturas y representaciones y, para los que sabían leer, en *tituli* e inscripciones varias que jalonaban estos escenarios. Los ejemplos arqueológicos y epigráficos se agolpan, son numerosísimos. Voy a citar uno propio del siglo v. Se trata del caso de las inscripciones que aparecen ilustrando la identidad de los personajes cuyas imágenes aparecen en la luneta de un arcosolio de la catacumba de San Genaro, en Nápoles, en el contexto de la necrópolis de la colina de Capodimonte. En la escena se aprecia un personaje central que no es otro que el mártir Genaro, cuyos restos fueron trasladados a Nápoles por el obispo Juan I en el primer tercio de este mismo siglo v. Flanqueándole, dos personajes, uno a cada lado del mártir. Los textos son:

> «*sancto martyri Ianuario*
> *(crux monogrammatica)*
> *hic requiescit / benemerens / in pace Nicatiola / infans*
> *(crux monogrammatica)*
> *hic requiescet / benemerens / in pace Cominia / infans*»[90].

> «Al santo mártir Genaro
> Aquí reposa en paz la benemérita niña Nicatiola.

Aquí reposa en paz la benemérita niña Cominia».

La asociación entre imagen y escritura es algo relativamente frecuente, y en el siglo v hay varios ejemplos, como es el caso de los textos que Paciente de Lyon estaba haciendo grabar en los muros de una de las iglesias, para lo cual había pedido textos a varios autores, entre ellos a Sidonio Apolinar. En cualquier caso, por más que imagen y texto pudieran dar un cierto halo de difusión más masiva, las cosas no iban muy lejos. Los obispos estaban en el vértice del sistema de difusión literaria y cultural, una posición que en todo caso se esforzaron por fortalecer. Claudiano Mamerto era hermano del obispo Mamerto de Vienne, y era uno de los máximos puntales de la conservación de tradiciones filosóficas clásicas en la Galia. Su conocimiento del griego y del pensamiento platónico le situaba en un punto de cierta divergencia con otras tradiciones intelectuales del momento, como se vería a cuenta de la polémica sobre la gracia y el alma, de la que tendré ocasión de ocuparme brevemente. Una vez fallecido Claudiano Mamerto, Sidonio enviaría una misiva a Petreyo, sobrino de aquél, en la que ensalzaría el pensamiento mamertiano y su sólida formación filosófica, y en concreto su protagonismo en los circuitos platónicos de la Galia. El elogio fúnebre sidoniano está orientado a la conjugación de las letras, latín y griego, con el cristianismo, y con esa dimensión de exportación a las masas, puesto que en la Vienne en la que los Mamertos desarrollaban sus carreras

eclesiásticas se habían iniciado unas importantes rogativas, que iban a ser imitadas en muchos lugares[91].

A finales del siglo v, eran ellos, así como los colegas de clase social que no habían entrado en los cuadros eclesiásticos, quienes movían textos, copias de libros, sermones y discursos, y, sobre todo, quienes cimentaron definitivamente un sistema de transmisión de valores, educativo podríamos decir, que va a estar inherentemente ligado en el futuro a este tipo de esferas, bien episcopales bien monásticas. El recuerdo a los maestros comunes, a la participación en escuelas aristocráticas en las que estos personajes se habían formado, funciona como un mecanismo de relación social, de intercambio de favores y de influencias[92].

Así que los cenáculos elitistas romanos participaban de una tradición común. Unos decidieron permanecer fuera de la red eclesiástica, otros apostaron por entrar en ella. En cualquiera de los casos, todos tenían en común los valores de esa tradición elitista, que trataron de mantener como símbolo de identidad en un mundo cambiante en el que el imperio romano desaparecía como estructura política. Las cosas se irían complicando, y en los siglos vi y vii otros signos de identidad no sustituirían pero sí se añadirían a ese fundamento, como prueban determinados materiales suntuarios que la arqueología encuentra, y que no se pueden explicar solamente como elementos propiamente étnicos. Habría con el tiempo una especie de simbiosis, de comunión

de valores y símbolos entre la aristocracia romana y la elite bárbara, que desembocaría en el sostenimiento de estructuras de poder que conocemos como *regna*. Y fue precisamente en ese complejo proceso de construcción política e ideológica en el que los obispados iban a resultar determinantes.

Me parece que esto es muy importante, porque pone las bases del papel que los obispos iban a tener en el proceso de cimentación política y territorial de los *regna*. Cuando Clodoveo, a comienzos del siglo VI, esté en plena ofensiva para controlar el sur de las Galias, tendrá muy en cuenta precisamente dicho papel de los obispos, y exhibirá ante ellos su «benevolencia» con respecto a los cautivos y a los patrimonios, y al respeto que iba a tener ante los prelados[93]. Prelados que, precisamente en los días de la disolución definitiva de la administración imperial, en los momentos precisos de los que trata este libro, estaban dispuestos a cimentar ese papel que ya tenían de antes, pero que ahora emergía como determinante en una escala local y regional. La construcción sistémica supra-regional ya no iba a pasar por el imperio, y cuando otros sistemas, finalmente el franco, lograran apuntalarla, ambos (la *gens Francorum* y los obispos) comprendieron que las identidades religiosas debían de quedar subsumidas en aras a los intereses comunes. Lo veremos en otro capítulo en el caso de Remigio de Reims.

* * *

Algo similar sucede con las discusiones teológicas. Entre finales de los años sesenta y comienzos de los setenta había un complejo mar de fondo, por ejemplo, sobre el tema de la incorporeidad del alma o de la predestinación, y sobre la influencia de los textos de Agustín. Era una discusión que venía de casi medio siglo atrás, pero que ahora había rebrotado. Como mínimo había dos bandos bastante delimitados, uno encabezado por Fausto de Riez, que a finales de siglo recibiría las bendiciones del codificador de biografías que fue Genadio de Marsella. Fausto cuestionaba algunos elementos básicos de Agustín, en especial la incorporeidad del alma. Por otro lado, aunque sin la capacidad de liderazgo digamos «orgánico» que tenía Fausto, podemos citar a Claudiano Mamerto, que escribió un tratado, *De statu animae*, en el que sostenía los argumentos de la incorporeidad.

Con ambos personajes estaba muy relacionado Sidonio, que había sido en cierto modo protegido por Fausto. No en vano Sidonio compuso uno de sus panegíricos dedicado precisamente al obispo de Riez, en el que elogiaba entre otras cosas cómo había acogido a un hermano suyo, y toda su trayectoria forjada en el monasterio de Lérins[94]. Por el otro sector, Mamerto le dedicó su tratado sobre el alma, y ambos —Fausto y Mamerto— aparecen en su epistolario. Pero él, directamente, apenas entra en las disquisiciones

teológicas, probablemente porque no tenía la formación de un Fausto, formado en la escuela de Lérins (verdadera cantera de teólogos, monjes y obispos)[95]. Y tampoco se acercaba a la de Mamerto. Las propuestas de Fausto de Riez sobre la corporeidad del alma habían ido circulando en un texto anónimo; *opusculum illud sine auctore proditum*, dirá sobre el mismo su rival teológico Mamerto cuando escriba su *De statu animae* como una refutación, en este caso a favor de la incorporeidad del alma[96].

Se trata de un tratado que, aunque aparentemente esté centrado en ese núcleo de disquisición teológica, realmente es una especie de ensalzamiento de la filosofía[97]. Había despertado expectación. Sidonio decidió que se publicara dentro de su epistolario la contestación que dio a Ninfidio, que le había solicitado que le dejara por más tiempo el tratado a fin de ordenar que fuera copiado. La respuesta del obispo de Clermont no fue precisamente ambigua: era ya hora de devolver el texto, puesto que en caso contrario se podría pensar que Ninfidio prefería el pergamino al contenido[98]. El propio Mamerto escribió una carta a Sapaudo, en la que, a cuenta del elogio a este maestro de retórica, expresa su preocupación profunda por el estado de las letras y el pensamiento en las Galias. Tras dar a entender que el cultivo y estudio del latín cada vez preocupaba menos al personal, concluía con el elogio a Sapaudo, que quedaba ya como único referente de la tradicional profesión retórica, *hinc uero procul iniuria ceterorum penes Galliam nostram*

professionis tuae par unus et solus est[99]. Más tarde, Sapaudo iba a ser elogiado por Sidonio, en una carta fechable el mismo año de la deposición de Rómulo, quizás unos meses más tarde. No tenía empacho alguno en compararlo a Quintiliano, entre otros elogios. El prelado de Clermont trasladaba al maestro de retórica de Vienne la admiración que por su intelectualidad tenía Pragmatio, otro de los miembros de la aristocracia galorromana, cuyo cuñado había sido prefecto del pretorio hacía veinte años[100].

En una carta dirigida a Fausto y fechable en 471, Sidonio le reprocha que no le haya enviado sus textos, que habían pasado por Clermont sin visitarle, *sim tuis libris insalutatus hisque*[101]. Y eso que Fausto de Riez sí había remitido textos a los britanos. Riochato, monje y clérigo, había sido el encargado por Fausto de transportar los libros y, efectivamente, había pasado por Clermont, pero no había enseñado los *uolumina* que Sidonio deseaba ver, aunque terminó accediendo a los textos y reprochando a su amigo que no hubiera tenido confianza como para dejárselos ver. Ignoramos cuál era exactamente la obra a la que se refiere, se ha barajado el *De gratia*, que probablemente es posterior; pero también el *De spiritu sancto* (ésta con más posibilidades), ambas de Fausto. El tratado *De gratia* había sido compuesto como una réplica al predestinacionismo, que en la Galia había defendido sobre todo el presbítero Lúcido. El concilio de Arlés, coordinado por el prelado local Leoncio en algún momento no muy lejano a 470, y en

el que se reunieron treinta obispos, supuso un fuerte revés para el predestinacionismo (que sufriría otro en un concilio celebrado en Lyon), y habría sido el propio Leoncio, según Fausto, quien le pidió que escribiera el tratado[102].

Lo más probable es que Fausto considerara que Sidonio o no estaba preparado para esas lides, o que era más bien partidario de las tesis agustinistas que iba a defender Claudiano Mamerto, quien, como he dicho, dedicó su *De statu animae*, el texto de combate frente a las tesis de Fausto, precisamente a Sidonio. De hecho, uno tiene la impresión, tras el estudio de los textos sidonianos, que el obispo de Clermont no tenía una formación teológica muy profunda, y que la que adquirió la asumió, en cierto modo, como una especie de coste en su nueva faceta episcopal[103]. En todo caso, Mamerto había ido enviando sus textos a Sidonio, que no parecía, al menos a los ojos de aquél, haberse comprometido mucho con la lectura ni con su opinión sobre los mismos por más que, como reprocha el propio Mamerto, sí hubiera aceptado la dedicatoria[104]. Semejantes cuitas obligarán a Sidonio a remitir una carta de disculpa, en la que no se recata en elogiar el texto, comparándolo a los elaborados por grandes talentos latinos, aunque sin entrar de lleno en el meollo teológico, cosa que —como Sidonio sabía bien— le enfrentaba directamente con su antiguo protector Fausto de Riez[105]. Con todo, la carta a Fausto de 471 es una especie de componenda, un intento de congraciarse con éste, a quien dedica importantes

elogios.

Como ha explicado Salvatore Pricoco, había un cierto contraste entre las tendencias ascéticas de Lérins, que se mostraron no precisamente partidarias de las tradiciones filosóficas digamos clásicas, y lo que Mamerto manifiesta en su tratado y, de forma mucho más condensada, en su carta al maestro de retórica Sapaudo de Vienne. El obispo de Clermont decidió que lo más prudente no era precisamente echar más leña al fuego, sino tratar de conciliar ambas posturas. Se comprende así que pusiera los focos, en esta carta a Fausto, en una especie de simbiosis entre el obispo de Riez y la filosofía[106]. En fin, a través de la cuestión de la disputa teológica comprobamos algunas cosas. Es sabido que la recepción del agustinismo en la Galia condujo a interpretaciones muy diversas, que terminaron cristalizando, a mediados de siglo, en una especie de reflejos o de trasuntos un tanto radicales, tanto sobre el tema de la gracia y la predestinación como sobre el asunto del alma.

Algunos mandos eclesiásticos, probablemente teniendo en cuenta la complicada situación política, decidieron reconducir posturas buscando puntos de equilibrio. La lectura del *De gratia* de Fausto, por ejemplo, compuesto a instancias de Leoncio de Arlés y tras el concilio allí celebrado, tiene ese aire de componenda, de tratar de no pasar algunas líneas rojas, como ha demostrado desde el punto de vista estrictamente teológico Th. Smith. En su

estudio sobre las doctrinas que Fausto termina elaborando, la conclusión fundamental es que hacia 472-474, que es cuando aproximadamente se compuso el texto, a los obispos de la Galia meridional les interesaba ir pasando la página de la discusión teológica que se venía arrastrando desde la recepción de algunos de los trabajos más duros de Agustín, a finales de los años veinte[107].

Todo esto tiene que ver con la situación estructural, política y eclesiástica, que atravesaban los más importantes enclaves de la Galia durante la ofensiva de Eurico y también con la comprobación de que los intereses imperiales quedaban cada vez más lejos, algo que el pacto del emperador Julio Nepote con Eurico no haría sino certificar. En un momento crítico, no era pertinente recalcar las diferencias doctrinales, sino subrayar los consensos y provocar mensajes de unidad, y éste fue, en el fondo, el mensaje que las decenas de obispos reunidos en Arlés trasladaron a uno de los suyos, Fausto de Riez.

El *De gratia* era un tratado teológico, sí, pero era sobre todo un canto en cierto modo desesperado hacia la unidad de acción. Cuando, a finales de siglo, Gennadio de Marsella escriba una especie de catálogo de sus lecturas a través de una semblanza de autores, destacará que el *De gratia* había combinado la gracia, *«qua salvamur, et libero humanae mentis arbitrio»*[108]. Evidentemente había mucho de oposición a las tesis radicales del predestinacionismo que habían cuajado en la Galia, pero también una cierta dosis de

búsqueda de puntos de acuerdo. Varias décadas más tarde, no sabemos con exactitud cuándo, pero probablemente a finales del primer tercio del siglo VI, desde Britania, Gildas compondrá su famoso *De excidio Britonum*, que, en lo teológico, no se aleja mucho de los planteamientos que Fausto deja entrever en el *De gratia*. Con otras circunstancias históricas, Gildas se aleja del agustinismo radical y de las interpretaciones que habían terminado dando forma a la predestinación[109]. El de Fausto, en fin, era un texto condenado a no convencer a los agustinistas radicales, pero tampoco a quienes no se sentían muy ajenos al pelagianismo. Con el tiempo, y sobre todo con el concilio de Orange de 529, se terminaría por relegar las propuestas de Fausto. De ambas posiciones habían intentado huir los obispos galos reunidos en Arlés a comienzos de los años 470s. Y eso es lo que Fausto trató de poner por escrito.

La circulación de la cultura literaria y de los valores educativos pivotaba sobre personajes como Herenio, transmisores de la misma. Herenio era profesor, había ejercido la retórica en Clermont, y con el tiempo iba a ser tutor de los hijos de Ruricio de Limoges, lo que nos sitúa ya muy a finales del siglo V, en medio de la fuerte tensión entre el reino de Alarico II y el avance de los francos de Clodoveo. Antes, hacia 470, Sidonio le había escrito, dedicándole extensos elogios por ser, precisamente, una especie de transmisor de las letras romanas, de la cultura inherente al grupo del que Sidonio nos abre algunas

ventanas documentales[110]. Es cierto que las frases sidonianas, como siempre, son hiperbólicas, cargadas de excesos y artificios, pero el mensaje de fondo era presentar a jóvenes del tipo de Herenio como los adalides de la transmisión de las letras latinas, que iban a vivir —dejaba entrever Sidonio— en un panorama de dominio político bárbaro. Relataba en esa misiva cómo el prelado Paciente de Lyon, uno de los más influyentes de la Galia en el final del imperio romano, con una intensa actividad edilicia, le había encargado unos versos para ser expuestos en el ábside de la iglesia, la cual ya contaba con versos de eminentes poetas. Este tipo de documentación permite acercarse a la simbiosis que aristócratas como Sidonio y sus amigos proyectaban entre la cultura literaria romana y lo eclesiástico, que es cierto que en buena medida derivaba de aquélla, pero que ahora emergía como una seña de identidad grupal en un mundo, como intuye claramente Sidonio hacia 470, en el que había que negociar con los bárbaros.

En fin, es en ese horizonte ideal en el que se daba forma a estos mensajes destinados a circular entre la elite. Como el que proyectaba Sidonio a través de la semblanza que hizo del senador Vettio hacia el año 471. Elogiaba su hacienda, la eficiencia de sus esclavos, la entidad de sus propiedades tanto urbanas como rústicas, sus habilidades en la doma y su elegancia en el vestido, entre otras actividades tradicionales de la aristocracia senatorial romana a la que ambos pertenecían. Pero junto a eso, Sidonio, que era obispo desde

hacía unos meses, un año acaso, elogiaba la capacidad que Vettio tenía para leer libros sagrados, en particular valoraba su afición a los salmos, que no sólo leía, sino que cantaba con soltura. En fin, Vettio era proyectado en los circuitos aristocráticos que tenían acceso al epistolario de Sidonio como un modelo a seguir, la opción que no excluía mantener los mantos del generalato y la convicción del estudio y seguimiento intelectual del catolicismo[111].

* * *

Así que cultura literaria y discusión teológica estaban en la cresta de la ola de la actividad episcopal de Galia, y el epistolario de Simplicio, obispo de Roma en la cronología que nos interesa, da a entender que algo parecido sucedía en el resto de Occidente y desde luego en Italia. En Italia, durante la época de Odoacro y más tarde en la de los ostrogodos, el Senado aún siguió teniendo un cierto predicamento, y era desde luego el horizonte simbólico, en el que las familias más poderosas de la aristocracia itálica (los Decios, los Símmacos, los Boecios, los Anicios, todos ellos relacionados entre sí) consiguieron seguir integradas, por más que, entrado el siglo VI, algunos de sus miembros decidieran marcharse a Constantinopla y tener una parte activa, como vimos, en la ideología justinianea. En la fase inmediatamente anterior al horizonte cronológico en el que

este libro se centra, una reunión en casa del influyente Anicio (otro Anicio) Acilio Glabrio Fausto sirvió para dar a conocer en Occidente el *Codex Theodosianus* compilado por orden de Teodosio II en Constantinopla: a partir de aquella reunión comenzaba la *editio* y difusión del texto en las provincias occidentales. Provincias que, incluso en esa fecha, 438, ya tenían bastantes problemas para ser consideradas imperiales, en especial más al norte de Italia y del sur de la Galia[112].

Pero el Senado ostentaba ese papel conceptual, teórico y concreto de conservador y transmisor de la tradición romana. Si vamos hacia la época de Odoacro, por lo tanto en pleno «final» y «post-final» del imperio incluso en Italia, resulta muy simbólico el elenco de senadores de esa época cuyos nombres aparecen en la epigrafía del Coliseo romano. El estudio principal que se ha hecho de esta evidencia empírica, por parte de Chastagnol, venía a sostener la idea según la cual se trataba de senadores de la época de Odoacro. Las revisiones críticas que se han hecho al respecto de estos datos epigráficos, en especial por parte de Alan Cameron, creo que muestran razonablemente que tal evidencia es, en parte, anterior a Odoacro, pero sobre todo de su época, sí, y posterior también, ya dentro de la fase ostrogoda. Se puede ver la labor de análisis epigráfico reciente a cargo de Silvia Orlandi[113]. Se ha pensado a veces que la aristocracia itálica malvivió con Teodorico, quizás por el eco de los tristes destinos de dos de sus miembros

más preclaros, como Boecio y Memmio Símmaco. Pero éstos y otros destinos fueron consecuencia de coyunturas, de conflictos específicos con la monarquía ostrogoda de Teodorico. En el ciclo largo, incluso en los dos casos que acabo de citar, la aristocracia itálica participó en una medida no menor de los esquemas de poder político. Y esto es válido igualmente en el terreno del discurso simbólico. Como sucedió con los asientos del Coliseo.

Mientras discutían sobre la predestinación y sobre la corporeidad o incorporeidad del alma, los prelados de la Galia estaban asistiendo al final de las estructuras imperiales. Algunos de ellos, como Fausto, o como el Simplicio de Bourges para cuya designación tanto esfuerzo literario y personal había invertido Sidonio, o el propio Sidonio, entre otros, iban a ser apartados de sus sedes durante la consolidación del gobierno de Eurico. Habría readmisiones, y veo difícil hablar de una persecución sistemática por parte de Eurico al catolicismo de la Galia. Probablemente se trató más bien de una ofensiva coyuntural, destinada a delimitar las posiciones de autoridad con las que luego se iba a convivir. Clodoveo diseñaría más tarde este proceso de una manera muy diferente, cuando se hizo cargo de esas mismas *ciuitates* unos años después.

Probablemente hacia el año 487 se grabó en Clermont el epitafio de Sidonio Apolinar. El texto se conocía gracias a la transmisión manuscrita de los siglos x y xi, y por unos pocos fragmentos pétreos. El epitafio tendría unas dimensiones

aproximadas de 0,80 por 2,20 metros, y se encontraría sobre la tumba de Sidonio. El texto es muy significativo. Para empezar, la datación utilizada es simplemente *Zenone imperatore*, «siendo Zenón emperador», y no se cita a ninguno de los cónsules nombrados por Odoacro, los cuales no fueron reconocidos por Oriente en algunos de esos años, incluido 487 que, según los últimos estudios, podría ser la fecha del texto, concretamente el 21 de agosto de 487, con un desfase muy difícil de precisar en cuanto a la redacción del texto por quienes grabaron su epitafio. Así que como fórmula de datación se escogió directamente la referencia al emperador gobernante. Para entonces hacía una década, si aceptamos la datación, que en Occidente no había augusto. El texto proyecta la base sobre la que Sidonio y tantos otros de sus colegas habían construido sus carreras, lo cual era una especie de mirada hacia la tradición tardorromana: el servicio en los cargos, que era el propio de su condición senatorial, *inlustris titulis, potens honore*. Se aludía a su capacidad para dar leyes a los bárbaros; no sabemos si se trata de una alusión genérica desde su condición de político romano o, quizás, a una eventual participación de Sidonio en los proyectos jurídicos de Eurico, como hicieron algunos de sus colegas. Y, por supuesto, aparecía la dimensión literaria, sobre las obras que había escrito y que iban a ser utilizadas por la posteridad, *et philosophando scripsit perpetuis habenda saeclis*. Finalmente, emergía su condición de prelado, de quien se sienta en la cátedra

episcopal, *summi pontificis sedens cathedram*. El texto concluía con una interpelación al visitante, para que en su oración a Dios tuviera presente que el propio Sidonio tenía un papel *illic*, en referencia al lugar donde está Dios[114]. La combinación de la tradición senatorial romana, es decir, del desempeño de los puestos imperiales y del conocimiento y uso de las altas letras, con el papel episcopal, se venía a abrochar con el paso de estos personajes a la memoria colectiva. Ésta podía funcionar bien de un modo cerrado, en los círculos exclusivamente familiares de la aristocracia, bien de un modo más abierto, como es el caso de la difusión de una cierta veneración, como fue el caso de Sidonio a finales del siglo V.

Los textos epigráficos desempeñaban un importante papel en la forja de dicha memoria, que era por supuesto dirigida por quienes estaban en disposición de compilar y encargar los epígrafes. La figura del obispo funcionaba como punto de referencia no sólo en vida, sino también tras su muerte, gracias a estos textos, y a las invocaciones que se le hicieran, siempre, y en ambos casos, bajo la supervisión del clero local. Esto era así en las grandes ciudades, no sólo en Roma, en la que los obispos dejaron obras y epígrafes, como da cuenta el *Liber Pontificalis* y los textos epigráficos de la época de Hilario o de Simplicio, que atañen de lleno a este libro, sino también en enclaves muy pequeños[115]. Es el caso de *Albingaunum* (Albenga, en Liguria), de la que conocemos esta inscripción[116]:

«[hic quiescit d]omus
[sanc(tae) m(emoriae) nom(ine) Be]nedic
[tus Albingaunensi]s ep(iscopu)s
[qui rexit in sa]nct[i]
[tate ep(iscop)atu]m fi
[delis in (Christo) ann(os) –- de]positio e[ius]».

Este Benedicto fue obispo de Albenga en el siglo v. Su figura servía ya para datar, de tal guisa que *episcopatum* y fórmulas similares funcionan ya en la epigrafía como concepto temporal, de época, como referencia para las gentes, con independencia de que se usaran —o no (como en este caso)— fórmulas de datación más tradicionales. Esto es muy importante. La fijación de la idea según la cual el obispado de tal o cual nombre pudiera ir tomando forma en la mentalidad colectiva como concepto para fechar los acontecimientos no es un asunto menor, y quienes encargaron los epígrafes —los propios obispos y sus sucesores, en ocasiones *laici* donantes— trataron de conseguir que así fuera. La alusión a la *sancta memoria* es un tópico por cuanto su uso es muy frecuente, pero encierra un enorme significado, se trataba de fijar, definir, concretar, los *exempla* que iban a formar el elenco de hitos en la memoria colectiva de una comunidad, fuera la Roma de los papas del siglo v, o fuera la pequeña comunidad de *Albingaunum*, en Liguria.

Muy significativo a este respecto es lo que Marrou llamó «el dossier epigráfico» del obispo Rústico de

Narbona[117]. En el año 445 hizo colocar una inscripción en Narbona, se trataba de un dintel en la entrada de la basílica principal de la ciudad, una de las más importantes de las Galias y en las que la administración romana estaba muy presente a mediados de siglo, antes de que la ciudad fuera literalmente entregada a los godos. Ese año era el del sexto consulado de Valentiniano III, como reza la inscripción, pero también el décimo noveno del obispado del propio Rústico. Es evidente el afán del prelado por datar los acontecimientos en función de la fecha que tuvieran dentro de su propia cronología como obispo, como da cuenta la inscripción, y no sólo para la datación de apertura, es decir, para la fecha (445) de la misma, que como digo va de la mano de la mención al sexto consulado de Valentiniano III. Pero es que, más adelante, el texto va fechando los pasos que se habían dado para la reparación de la basílica, destruida por un incendio, y lo hace en función del *episcopatum* de Rústico. En el décimo quinto año —concretamente el día quinto— se procedió a la demolición de los muros, que hacía poco habían sufrido un incendio. En el vigésimo séptimo día de ese año se comenzó a colocar los bloques de piedra, y dos años después (el segundo del inicio de las obras) se terminó el ábside. Otros dos años después, el cuarto de las obras, se colocó la inscripción, el 29 de noviembre de 445. Así que el cómputo se elaboró sobre la base del obispado de Rústico, a contar desde el 9 de octubre de 427, habiendo empezado los trabajos de reconstrucción

de la basílica el 13 de octubre de 441 o, lo que es lo mismo, y siguiendo los datos de la inscripción, el quinto día del décimo quinto año del obispado de Rústico.

Se trata de un texto muy sugerente. Por un lado apunta hacia el papel constructor de los obispos. Por otro subraya la definición de los tiempos episcopales como punto de referencia que, desde el propio sector, se trata de proyectar para la comunidad local, en este caso de una importante ciudad del Occidente de mediados del siglo v. El grado de proyección de estos textos no puede ser minusvalorado. Un primer nivel de acceso es evidente que radicaba en los que disponían de la capacidad de leer, pero la ubicación del texto, en un dintel de tres metros y medio de largo, en la principal iglesia de Narbona, debió de ser difundido oralmente y penetrar en las capas de los iletrados. Casi todo el mundo en Narbona debía de saber que en la puerta de su iglesia catedral, de la sede del obispo, de la iglesia principal de la ciudad, se contaba la historia de la gran reconstrucción que había llevado a cabo aquel Rústico a quien, pasado el tiempo, unos habían conocido siquiera de oídas y otros habían oído hablar de «su» época a sus padres o abuelos. El texto está grabado en una parte sobre la cornisa del dintel, y el resto en otras cuatro partes en el entablamento del mismo. Los detalles sobre el propio Rústico también están presentes, es todo un alegato de su figura, de la dinastía episcopal a la que estaba orgulloso de pertenecer, además de una carrera personal que había incluido su militancia en un

monasterio en Marsella, en el que fue compañero de Venerio, a la sazón luego prelado. Entre esos detalles aparecen algunos de sus ayudantes, como el presbítero Urso y el diácono Hermes. Este Hermes sería luego obispo de Narbona, y su acceso al obispado fue muy discutido por sus colegas, que lo denunciaron al papa Hilario, que en 462 escribió a Leoncio de Arlés solicitando un informe sobre los hechos, *quod iniquissima usurpatione quidam Hermes episcopatum ciuitatis Narbonensis*[118]. Se dice en la inscripción que para la terminación de las obras del ábside había sido determinante la participación del diácono Montano, y que para la financiación lo había sido la aportación nada menos que del prefecto de las Galias, Marcelo, que había donado 600 *solidi* para la mano de obra y 1.500 para el resto, además de otras contribuciones como la de Venerio de Marsella (100 *solidi*), Dynamio (no conocemos la cantidad), Oresio (200 *solidi*) o Deconiano y Salutio (no conocemos la cantidad). Y no es la única inscripción que podemos relacionar con Rústico de Narbona. Por eso Marrou hablaba con propiedad de dossier epigráfico.

Desde 1926 se conocen otros dos fragmentos, en este caso aparecidos en la iglesia de San Félix, que corresponden a otro dintel, también de grandes dimensiones, similares al de la iglesia catedral. En este caso el texto se data en el vigésimo noveno año del episcopado de Rústico, es decir, en el año 456. La estructura del mismo es similar al que se

había grabado en la catedral en 445, es decir, queda articulado en una serie de columnas con listado de donantes y cantidades. Ya no es la autoridad política la principal sufragadora de las obras, sino la propia iglesia de Narbona como institución, además de miembros específicos del clero, y algunos poderosos laicos, entre ellos el Limpidio que siete años después de esta inscripción, en 463, iba a acoger como anfitrión al mismísimo Sidonio Apolinar. Éste lo recordará más tarde, en el poema que dedicó a Consencio de Narbona, y en el que elogiaría la hospitalidad de aquel Limpidio que ahora también conocemos por la inscripción de la iglesia de San Félix, *seu nos Limpidii lares habebant, ciuis magnifici uirique summi*, «fuimos acogidos en la casa de Limpidio, magnífico ciudadano y gran hombre»[119].

Hay otras inscripciones de la época de Rústico, como una localizada en una base de columna, que corresponde al décimo séptimo año de su episcopado, es decir, al año 444. Otra inscripción se ubica en las caras de un altar, en la capilla de S.-Loup; en una de ellas se menciona una fórmula oratoria, y se alude a Rústico, en la otra cara se explicita que la inscripción se hizo por encargo del presbítero Hermes, que aparecía como diácono en otra inscripción. Otro epígrafe más se fecha en el trigésimo año del episcopado de Rústico, por tanto entre 456 y 457. El texto está grabado sobre el canto de una gran mesa de mármol, que resultaba ser parte del altar mayor de la iglesia de Minerve, una pequeña localidad a unas decenas de kilómetros de

Narbona. La inscripción sería, por tanto, una evidencia empírica de la extensión de la *praesentia* del obispo en el *territorium* diocesano, más allá del enclave principal narbonense, hacia el ámbito rural y de las localidades intermedias del concepto de *época episcopal* como referente cronológico al que me vengo refiriendo.

En ese sentido es particularmente llamativo el sexto epígrafe compilado por Marrou. El texto se data en el séptimo consulado de Valentiano III, año 450, en el que, como sabemos, Rústico aún era obispo de Narbona. El presbítero Othia, con nombre probablemente de origen godo, también sostenía dataciones en función de los años en este caso de su condición de presbítero. La inscripción estaba en una iglesia en la zona de la colina de Ensérune, entre Narbona y Béziers (aquí fue luego a parar la inscripción), y es una dedicatoria de la iglesia de los mártires Vicente, Eulalia e Inés. Si Othia estaba al servicio de Rústico, tuvo un papel cuestionable en el impulso a la dedicación de esta iglesia, que debía ser función exclusiva de los obispos, como se había recordado en el concilio de Orange nueve años atrás. También puede ser que Othia estuviera ejerciendo al margen de Rústico, funcionando dentro de la iglesia arriana apoyada por los visigodos, lo que encajaría bien con su propio nombre[120]. Un argumento que podría explicar todo esto es que en 462, cuando el papa Hilario escribe a Leoncio de Arlés para pedirle un informe sobre la situación de Hermes de Narbona, que había sido

promocionado por el propio Rústico, además de echar en cara a Leoncio que no le hubiera informado antes, explicita que la noticia sobre el problema en Narbona le había llegado gracias a Frederico. Como sabemos Frederico era hermano del rey visigodo Teodorico II y también del futuro rey Eurico. Claro que para 462 la influencia visigoda en la zona narbonense era mucho mayor que en 450, fecha de la inscripción de Othia, pero no deja de ser posible que antes del control oficial visigodo de Narbona (entregada por el imperio en 462), los godos ya hubieran tejido una cierta presencia, de la que podría ser un ejemplo el caso de Othia[121]. La definición del tiempo sobre la base de la autoridad eclesiástica no era una exclusiva de los grandes centros de poder. Al menos en Ensérune funcionó en una escala rural y reducida.

Por un lado, la apuesta de la aristocracia romana en la Galia, que es el espacio que nos permite una mínima documentación, fue la salida eclesiástica. Las familias más poderosas intentaron que al menos alguien de su linaje pasara a formar parte de escalafones importantes del clero. Por otro lado, desde semejante plataforma de difusión escrituraria e intelectual, se trató de asumir una simbiosis entre la identidad romana y la eclesiástica católica. En tercer lugar, se trató de cerrar filas en torno a las grietas que desde hacía décadas lastraban la unidad teológica, muy fragmentada por las reacciones a la irrupción de algunas obras de Agustín desde hacía medio siglo. Todo esto tenía

repercusiones no tan intelectuales. La propiedad de la tierra era una de las bases de la estructura de las *ecclesiae*, y los obispados controlaban rentas derivadas del trabajo de tales tierras, y ésta fue una preocupación no menor para los prelados. Claro que los potentes sabían bien, incluso en su condición de obispos, qué tenían que hacer con tales *patrimonia*[122].

Ha llegado a ser una idea muy generalizada que la aristocracia se convirtió en una especie de guardián de la cultura romana. En un libro ya clásico, Joseph Vogt lo exponía claramente: estos poderosos no sufrieron apenas rémora alguna con el final del imperio y la consolidación de los reinos bárbaros, y a modo de decisión grupal se convirtieron en los custodios de un «precioso legado», la cultura latina[123]. Creo que la función de la cultura latina y de la identidad romana funcionó no sólo en ese nivel digamos de «reliquia protegida». Hubo un funcionamiento sociológico y político, en cuanto que estos *potentes* fundamentaron en la propiedad de la tierra pero también en su papel como adalides de esa tradición cultural su singularidad social y un nuevo papel dentro de los *regna*. Y ahí instituciones como el obispado fueron determinantes.

Lo interiorizada que la intelectualidad de los años 470ss tenía la cultura literaria como mecanismo de relación social puede parecer una ironía del destino, puede sonar a la célebre orquesta del Titanic. Más incluso si una parte de esa cultura era la discusión sobre el alma o la gracia. Da la

impresión de que estos personajes ponían sus discusiones morales o intelectuales por encima del cambiante mundo que tenían bajo sus pies, en el que todo estaba por negociar, en el que nuevos sistemas comenzaban a construirse[124]. Pero las cosas eran más complejas que lo que la imagen de los textos puede dar a entender, y es lo que he intentado mostrar en este libro, precisamente, sobre la base de datos procedentes de esos mismos textos. Algunos de estos personajes eran obispos, pero ante todo pertenecían al cenáculo elitista romano. Durante generaciones sus familias habían copado las magistraturas del imperio. El cargo político, el servicio imperial, había sido algo así como el signo de identidad del grupo, con todas sus desavenencias y grietas internas, pero a finales del siglo v, y más aún después, ese denominador común elitista (la implicación en los cargos imperiales) ya no existía en Occidente, salvo dentro de cada *regnum*. La administración de Justiniano impondría de nuevo los esquemas imperiales, pero sólo en algunas regiones, y ya entrado el siglo vi. Lo hemos visto en el caso de la Galia y, sobre todo, en el amplio círculo de Sidonio Apolinar, pero también sucedió en Italia, y muy probablemente en Hispania, por más que los datos sean menores.

Barnish, en un trabajo ya clásico sobre la aristocracia de Italia, mostró bien que no sólo había bajado el número de cargos, sino que la propia aristocracia senatorial se había ido rebajando en sus indicadores propiamente técnicos. Dicho

en otros términos, para finales del siglo v el concepto de aristocracia senatorial se había ido devaluando absolutamente, con la excepción de unas pocas familias. Y también en Italia, aunque en una medida muy inferior a la de la Galia en cuanto al origen senatorial de los prelados, se percibe una cierta tendencia a tratar de ocupar los obispados[125]. Apostar por la salida eclesiástica no necesariamente significaba entrar en el clero. Suponía que alguno de los miembros de las familias poderosas pudieran formar parte del mismo, pero también que, sin entrar como clérigos y mucho menos como obispos, esas mismas familias se interrelacionaran con la actividad eclesiástica. La edilicia, por ejemplo, era una faceta no menor.

Puede ser un buen ejemplo el caso de Flavio Avito Mariniano. No tenemos noticia alguna de que este personaje hubiera sido clérigo alguna vez en su vida. Más bien no lo fue. Mariniano había sido cónsul en 423, al año siguiente de haber desempeñado una de las prefecturas del pretorio, se supone que probablemente la de Italia, y sabemos que aún vivía en 448. A mediados de siglo, en la época del papado de León —por tanto en/o después de 440 y en/o antes de 461—, este Mariniano hizo colocar una inscripción en Roma, en la que hacía constar su ofrenda a San Pedro, cuya basílica había renovado el propio León. Al parecer, la inscripción, que se conservó en una colección posterior, estaba situada en la fachada de acceso a la basílica de San Pedro, sobre el pórtico de la entrada, en relación directa con

un mosaico que aludía a Constantino, a la sazón fundador del templo. Con el texto, Mariniano exhibía su condición de excónsul y exprefecto del pretorio, su rango de *uir inlustris*, al que también pertenecía su esposa Anastasia, subrayando que el propio León había solicitado su donación[126]. Mariniano tuvo un hijo cónsul, y seguramente un bisnieto cuyo nombre aparece en los epígrafes del Coliseo, debido a la reserva que tenía de asiento, como sucedía con otros senadores en el *corpus* epigráfico de finales del siglo V y comienzos del VI.

Quedaba la colaboración o el apartamiento, la disyuntiva con la que titulaba este capítulo. Pero en el medio restaba el mantenimiento de un signo de identidad inequívocamente romano, cual era la cultura literaria y su uso como lenguaje simbólico del poder de la clase dominante. Literatura y teología eran, en cierto modo, dos caras de la misma moneda, que era la que iba a permitir a los hijos y nietos de esos prelados distinguirse del resto de quienes tenían algo que decir en el nuevo panorama político. Ninguna de las dos facetas, la eclesiástica y la literaria, eran nuevas como mecanismos de identidad de la aristocracia.

Quiero terminar este capítulo con una alusión a Draconcio, a Blosio Emilio Draconcio, intelectual, discípulo del gramático Feliciano, y abogado en ejercicio en Cartago. Fue encarcelado por orden del rey vándalo Guntamundo (484-496) por haber escrito un texto de elogio a un mandatario extranjero, cuyo nombre ignoramos. Se han

manejado varias hipótesis, que fuera el emperador Zenón, o que el texto estuviera dirigido a un jefe político en Italia, bien Odoacro bien el rey ostrogodo Teodorico[127]. Muy recientemente se ha defendido incluso que el poema —puesto que de un poema se trataba— estuviera pensado en recuerdo a Hunerico, rey antecesor de Guntamundo, fallecido en 484, que depuró a gran parte de la familia de éste, que siempre guardaría el peor recuerdo de Hunerico[128]. Fuera por el carácter extranjero del soberano, por mantener conflictos estratégicos con la monarquía vándala, o fuera por enemistad declarada como la que mantuvieron Hunerico y Guntamundo, lo cierto es que éste no perdonó lo que consideró una ofensa. Así que Draconcio dio con sus huesos en la cárcel, y tuvo que pasar en ella una larga temporada, llena de penalidad y de *fames*, hasta encontrar la salida. Ésta le vino dada por una retractación, la *Satisfactio*, que publicó probablemente hacia 493, y en la que pedía perdón por aquella ofensa. En los primerísimos versos del largo poema de disculpa, Draconcio escribió:

> «*Rex immense Deus, cunctorum conditor et spes…*».

> «¡Oh rey infinito, Dios, principio y esperanza de todas las cosas!…»[129].

Así que el primer verso del poema ya era toda una declaración de intenciones. La primera palabra incluso del largo texto fue precisamente «rey». Y acto seguido aparece la referencia a Dios. Rey y Dios, ésa es la clave del

horizonte posromano, al menos en la teoría política y en la legitimidad que los *reges* terminarán buscando, no tanto en el caso vándalo —cortado de raíz por la invasión bizantina — pero sí en los dos de más largo recorrido, el franco y el visigodo.

Más adelante, la autoexculpación patente:

> «*Ut qui facta ducum possem narrare meorum,*
> *Nominis Asdingui bella triumphigera…*».
>
> «Yo, que debía haber cantado las hazañas de mis jefes,
> las guerras que condujeron al triunfo de los Asdingos»[130].

Y pasaba a explicitar su culpa por haber optado más bien por ser silencioso sobre «sus» reyes asdingos, vándalos, y haberse dedicado a elogiar a otros. Draconcio ofrecía así un producto del gusto del rey Guntamundo, teniendo la prudencia de no citar a Hunerico[131]. En fin, en los años noventa del siglo v un tipo rico, abogado, formado en una de las mejores escuelas de Occidente, había comprendido en la cárcel que los reyes bárbaros no eran una alternativa. Simplemente… eran.

Draconcio no era Hidacio, ni Greco de Marsella, ni Sidonio Apolinar, todos ellos llevaban muertos unos cuantos años cuando tuvo que componer la *Satisfactio* desde la cárcel. Sin embargo, algunos de aquéllos habían participado de cierta resistencia a los *regna*, pero también habían negociado con sus dirigentes, incluso (como Greco) para

entregar una región entera como la Auvernia. Claro que en su caso lo hacía por orden del emperador Julio Nepote, el mismo que, hasta su muerte en 480, seguiría proclamándose único emperador legítimo. Hidacio murió hacia 469, quizá ya en 470. Sidonio lo hizo probablemente, según las últimas revisiones efectuadas sobre su epitafio, en 487. Hidacio, convencido de que el mundo se acababa en breve dadas sus convicciones escatológicas, no pudo ver que el interregno tras Rómulo Augústulo, incluso tras Nepote, era bastante más largo que los que había conocido en su época, alguno de más de dos años. Sidonio sí lo hizo.

Para cuando Draconcio se retractaba, hacía ya muchos años que no había emperador en Occidente. No sabemos con certeza hasta qué punto la generación de Sidonio fue consciente de que había terminado el imperio romano de Occidente. Lo fuera o no en su pensamiento más íntimo, no excluye la posibilidad de que sí percibiera que su mundo estaba cambiando, y que los esquemas políticos de los días de sus abuelos apenas servían para su presente. Me remito a Rústico de Narbona, que ya era obispo años antes de que Sidonio comenzara sus primeros pasos políticos. En el dossier epigráfico de Rústico creo haber incidido en que es posible percibir algunos de esos virajes. El mundo del obispo es el que termina imponiéndose, es el que da continuidad a sus largos años de episcopado, con el concepto de la cronología episcopal, imitado en sus *territoria* por algunos clérigos, penetrando por tanto más

allá de la *ciuitas*, en los *uici* y aldeas como era el caso del ejemplo del clérigo Othia. Draconcio, que vivió durante la etapa que cubre este libro (nació alrededor de mediados del siglo v) pero también algunos años después, lo experimentó en sus propias carnes cuando éstas, como él mismo dice, empezaron a sentir el hambre en la cárcel. Desde una perspectiva eclesiástica, Víctor de Vita apostó por la vía de la *historia persecutionis*, el discurso retórico del providencialismo sobre la base de persecución, en una especie de epígono de cómo Lactancio, más de siglo y medio antes, había concebido la historia, como la de las «muertes de los perseguidores», *de mortibus persecutorum*. La cultura romana, en su caso, fue un signo de identidad que a Draconcio no le sirvió de ayuda en un instante, pero que le permitió comprender que la prosperidad iba a estar ahora en «formatear» a ésos que —quizá contra su voluntad— ampulosamente define como *ducum meorum*. Dotar de ideología, sustentar la base teórica de la *gens Gothorum*, de la *gens Francorum* o, en el caso de Draconcio, del *nomen* de los asdingos, era la alternativa.

Lo que algunos grupos entendieron, y es lo que hemos podido medir en los textos analizados, es que por el camino del reforzamiento de tales signos, distanciándolos del resto de las capas sociales, se mantenía a flote una plataforma de grupo de la que ya no formarían parte los cargos, no al menos en la estructura tradicional e imperial. La identidad romana había estado asociada durante siglos al vínculo con

la dimensión política, con la *res publica* en cualquiera de sus formas, la republicana o la imperial[132]. A partir de ahora la identidad romana debía de ser sustentada en otro tipo de fundamentos, y la aristocracia exploró otros que, siendo tradicionales, iban a pasar a ser únicos.

La cuestión era cómo negociar sus posiciones, que tenían que ver con la adecuación a las *gentes* y a los *regna*, y la presentación de la intervención divina como agente ideológico, de la que ellos, en cuanto que obispos y abades, eran sus máximos intérpretes. De tales cuestiones trata el siguiente y último capítulo.

CAPÍTULO 6
LOS BÁRBAROS LES PERDONARON POR RESPETO A CRISTO. NEGOCIANDO UN NUEVO MUNDO

Me permitirá el lector que le sitúe en una fecha ligeramente anterior al horizonte cronológico sobre el que este libro trata. A partir de los avances de pueblos bárbaros dentro del territorio imperial hubo un cierto cuestionamiento del vínculo que los emperadores habían establecido con el cristianismo. Algunos ponían en tela de juicio el papel que los obispos tenían en el imperio. La respuesta intelectual de Agustín al combate entre los defensores de los cultos tradicionales y los obispos se condensa, en su esencia, en su *De ciuitate Dei*. Es un texto apasionante, sin duda alguna. Al comienzo de la obra sitúa el plano en el que va a desplegar sus argumentos. El saqueo de Roma por los godos de Alarico en 410 había sido el resorte de un repunte del combate intelectual, que Agustín trataba de llevar a un terreno en el que los intelectuales no cristianos tuvieran poco que hacer. Los males que acechaban al mundo romano

eran terrenales, pero lo realmente esperanzador era la construcción de la cristiandad, la ciudad celestial, que por descontado, y era éste el punto clave de la argumentación agustiniana, no iba a resultar dañada bajo ningún concepto. El mal estaba en los propios romanos que no eran capaces de entender el mensaje de una verdadera conversión, y en este sentido eran más enemigos que los propios bárbaros. Lo cual, dicho sea de paso, recuerda a las densas frases moralistas que articulará algunos años después Salviano de Marsella. De manera que las primeras frases de *De ciuitate Dei* condensan, en buena medida, el proyecto ideológico agustiniano en esta materia. A pesar de que este libro se centra especialmente en los años 470s, cuatro décadas después de la muerte de Agustín, me interesa mucho abrir el presente capítulo con una de sus frases, que da título al mismo: *quibus propter Christum barbari pepercerunt,* «a los cuales los bárbaros les perdonaron la vida por respeto a Cristo»[1].

Ese «cuales» se refiere a los romanos que vivieron en primera persona el saqueo de Roma, «a los cuales» los godos les habían mantenido con vida. Y en especial alude a los enemigos de la ciudad de Dios, como deja entrever inmediatamente antes. Agustín, en las primeras frases de la obra, hacía gala de su capacidad de contraposición dialéctica: los verdaderos enemigos eran aquellos de los nuestros, de los romanos, que no vivían como verdaderos cristianos, por cuanto incluso unos bárbaros habían sido

capaces de no quitar la vida a unos romanos solamente por respeto a Cristo. De manera que el mensaje era bastante claro; incluso los bárbaros podían comprender lo que *nosotros* a veces somos incapaces de asumir. En fin, Agustín se recrea en su composición: ante las iglesias de Roma, a las que habían acudido a refugiarse incluso esos romanos enemigos de la ciudad de Dios, el furioso y cruel enemigo atemperaba su furia, *huc usque cruentus saeviebat inimicus*. Puede pensarse, y creo que con razón, que este enfoque sobre de los bárbaros no es casual. Hay aquí una utilización del tema de los bárbaros al servicio de un argumento que les coloca como buenos salvajes frente a *nuestra* (la romana, la perspectiva agustiniana) destrucción moral. Después de todo, y a pesar de todas las distancias históricas, algo parecido había hecho Tácito en la época del Principado. Su elogio de numerosos aspectos de los germanos buscaba un cierto eco moralizante entre los miembros de la elite romana.

Esta reflexión sobre la base de una referencia agustiniana permite situar el enfoque de este último capítulo. En la segunda mitad del siglo v, e incluso en los primerísimos años del vi, algunos autores fueron incardinando el tema de los bárbaros y el mundo del final del imperio dentro de un programa ideológico. La idea era, en cada caso, proyectar una serie de valores, personajes, modelos de comportamiento, para que funcionaran como referencias en un mundo en el que todo se estaba

negociando, puesto que el imperio estaba en franca desarticulación o, según los ritmos y tiempos, ya no existía.

Este capítulo está dedicado a analizar cómo, en las cronologías que nos interesan, el tratamiento que la intelectualidad romana hizo de los bárbaros fue complejo y cambiante. De unas críticas nada disimuladas (Quodvultdeus, Sidonio), o de su inclusión como factores de conflicto y de inestabilidad para las poblaciones locales (crónicas: *a*. 452, Hidacio, Próspero…), se pasó a una especie de toma de conocimiento de que el horizonte político estaba capitalizado por los *reges* (el propio Sidonio) y que, por tanto, lo mejor era dar paso al silencio al respecto (Ruricio) o a la colaboración más o menos directa (Remigio). En fin, aunque el hilo de los reproches se mantuvo en la percepción histórica, por ejemplo, de Víctor de Vita, cuyo mensaje no es otro que proyectar la imagen del bárbaro perseguidor (en su caso los vándalos en África), otro tipo de proyecciones intelectuales se fueron componiendo sobre la base definitiva de unos *regna* consolidados, como fue el caso de las *uitae* de comienzos del siglo VI. Ya antes, a finales del V, Constancio de Lyon había compuesto una *uita* en la que se aprecian bien los síntomas de lo antiguo pero también los signos de lo nuevo. En el centro, los modelos de santidad que, siguiendo los pasos del modelo de Martín construido en su día por Sulpicio Severo, iban a pasar ahora a un primer plano intelectual, en la necesidad por delimitar esferas de

identidad, de comportamientos, en un nuevo horizonte político. El resultado de estas *uitae* de inicios del siglo VI iba a ser crucial para el despegue que la hagiografía occidental iba a tener ya entrado ese siglo y en el VII.

La adecuación al nuevo sistema. Del mal olor al buen rey

Una de las miradas más influyentes que hay sobre los bárbaros de mediados y de la segunda mitad del siglo V es la que se concentra sobre los vándalos. Entre otras cosas porque el control de amplios territorios en el norte de África supuso el cercenamiento de buena parte del circuito anonario, y porque los relatos que han llegado hasta nosotros son altamente retóricos. Quodvultdeus de Cartago, que escribía a mediados de siglo, y Víctor de Vita, que lo hacía ya dentro del último cuarto, son los ejemplos más citados habitualmente. En ambos casos el eje de dicha mirada es el conflicto de los vándalos con los obispados católicos, que Quodvultdeus vivió en primera persona como obispo de Cartago en la época de la ocupación de la ciudad (439), y Víctor especialmente en los días de Hunerico, como él mismo señala en alguna ocasión. Puede pensarse que ambos, que dedican numerosas referencias a los bárbaros, tienen a éstos como tema central de los textos en los que se ocupan de ellos. No lo creo. Tampoco me parece convincente la ya clásica opinión de Courtois, que daba (especialmente en el caso de Víctor) una nula credibilidad a tales testimonios en tanto en cuanto los entendía como mera

retórica. Pero la retórica forma parte de un discurso y, por tanto, de una creación intelectual.

Se otorgue más o menos crédito a narraciones de hechos específicos, lo cierto es que a mediados (Quodvultdeus) y a finales de siglo (Víctor), los bárbaros ocuparon un lugar destacado en sermones y en una composición enfocada como una historia de persecuciones. En el primer caso el contexto histórico es previo a este libro, es el de la ocupación. En el segundo, ya dentro de la generación post-Genserico (muerto en 477), los bárbaros interesan, pero en modo alguno son —como pudiera parecer a primera vista— el tema central. La idea clave, más bien, es presentar la necesidad del mantenimiento de la identidad romana, que en Víctor es equivalente a la católica, *romani* y *catholici* son una parte del binomio, la otra son los *Vandali*, que son *Arriani*[2]. Naturalmente que Víctor apuesta por la retórica, pero esa retórica está al servicio de un plan intelectual, que no es otro que descargar de legitimidad a los reyes vándalos, presentándolos como perseguidores. Así que Víctor articuló su historia sobre la base de un enfoque de persecuciones. Su relato se basa en la dicotomía entre la verdadera religión y la herejía, y en cómo los vándalos defendían ésta y atacaban aquélla. La violencia, presente en numerosas anécdotas del texto, aparece así como el resultado del triunfo político de la herejía. Los obispos y la comunidad católica sufrían a los vándalos, y ésta es la clave sobre la que escribe su texto. En buena medida, uno tiene la impresión según la cual lo que

estaba en juego era, fundamentalmente, el poder y la identidad de quien lo manejaba. Los vándalos trataban de apuntalar la identidad de un grupo ya de por sí muy heterogéneo, como ha venido insistiendo Goffart[3].

Y los católicos intentaban hacer lo mismo con la suya. Es muy relevante a este respecto un episodio que relata Víctor. Tras el permiso que el rey Hunerico dio para que los católicos de Cartago eligieran un obispo (Eugenio), éste terminó siendo persuadido para que no permitiera la entrada a la iglesia católica de ningún fiel que tuviera un aspecto vándalo. El propio Víctor reconoce que no eran pocos los nicenos que iban ataviados a la manera vándala puesto que ocupaban ciertas posiciones en la corte. Todo esto puede parecer trivial o anecdótico, pero no lo es. Hunerico parece estar apostando, desde 477, por una cierta aceleración del apuntalamiento de la red eclesiástica directamente controlada por los vándalos, y, al mismo tiempo, por una definición férrea de las barreras con respecto a los católicos, en la consolidación de la *gens*, del sujeto político del *regnum* de los vándalos que, insisto, era un grupo muy heterogéneo, como por ejemplo —aunque ya lo era antes— a partir de la experiencia en Hispania a comienzos de siglo[4]. Lo interesante es comprobar cómo la composición de una historia construida sobre la base de la dicotomía entre ortodoxia y herejía, en la que los bárbaros encarnaban directamente el papel de herejes y perseguidores, dominó el panorama documental sobre el reino vándalo durante el

siglo V.

A mediados de siglo, Próspero compuso su crónica. Desde luego que los bárbaros aparecen en la misma. Claro que el cronista introdujo sus entradas en el listado de eventos sobre la base de la preocupación por la herejía, la supremacía de Roma y el combate contra cualquier forma de alteridad religiosa. El tratamiento de Genserico, por ejemplo, está elaborado sobre esa idea. Es difícil que no nos venga a la mente lo que hará años después Víctor de Vita, que después de todo no era tan diferente. En Víctor la historia es una *historia persecutionis*, y Próspero, que escribía varias décadas antes de Víctor, y que conoció de primera mano el impacto que los vándalos causaban a Roma y a sus clases dirigentes en los años cincuenta, época de la segunda edición de la crónica, aprovechó dicho impacto para colocar sobre el mismo la viva imagen del pérfido y lejano a la ortodoxia religiosa. Sí, el vándalo era, en esta composición, quien aprovechaba la dejación de Aecio, centrado en las Galias (de las que procedía el propio Próspero), y además de conquistar parte de África asumía la personificación del perseguidor[5]. El análisis que Próspero hacía del apogeo vándalo en África bajo el mandato de Genserico colocaba el plano religioso por encima de cualquier otro.

Igualmente retórico, pero con otras claves, Salviano de Marsella sí incidió en más aspectos, como tuvimos ocasión de ver. Ambos textos, la crónica de Próspero y el *De*

gubernatione Dei de Salviano, son piezas retóricas, moralistas en muchos casos, pero la preocupación que Salviano manifestaba por el impacto político de la pérdida de las provincias africanas no coincide con el enfoque de Próspero, a pesar de que ambos procedían de las Galias, por más que Próspero escribiera en la Roma de *su* León Magno. Sin embargo, cuando Próspero edite por última vez la crónica, ampliando las entradas hasta el año 455, tratará a los godos de distinto modo a como lo había hecho hasta entonces en las ediciones que había ido componiendo desde los años treinta, dando la sensación de que realmente el imperio estaba condenado a tratar con ellos, como única alternativa al apogeo vándalo[6]. Hay aquí una cierta adecuación a los hechos consumados, incluso en un radical religioso como Próspero, cuyas posiciones duras se habían forjado en la época de los combates teológicos en la Galia, en las discusiones sobre las doctrinas de Agustín tan queridas para él y tan contestadas por otros paisanos suyos.

El cronista anónimo del año 452 se refería a los bárbaros dentro de lo esperable desde la perspectiva de la tradición cronística romana. Utilizaba un léxico muy significativo para referirse a los hechos relacionados con los bárbaros. Así, encontramos *tempestas, rabies, uastauere, praedatio*, para las irrupciones de comienzos de siglo. En alguna ocasión, como en el caso de la conquista vándala de Cartago en el año 439, se permite alguna reflexión sobre el calado que tal hecho tuvo para el conjunto del imperio, con

palabras que nos recuerdan enormemente a lo manifestado por otro galorromano originario de la zona fronteriza con Germania pero residente en Marsella, Salviano. En fin, el cronista de 452 sí proyectaba la idea de que los bárbaros eran un problema para el imperio como conjunto, pero no olvida, aunque no es un enfoque ni monolítico ni dominante, el tema religioso, la *infausta herejía de los arrianos*, expandida como consecuencia de los movimientos bárbaros, *porque se mezcló con los pueblos bárbaros*[7].Y de manera similar lo hizo Hidacio hacia 469, como señalé en el primer capítulo.

En Sidonio Apolinar encontramos una actitud ambivalente hacia los bárbaros. Por un lado es posible hallar las reacciones de alteridad esperables de la tradición romana justo en un momento de fricción en el que Sidonio tuvo que vivir. Por el otro, en ciertas ocasiones se deja ver un acercamiento hacia aquéllos. A diferencia de otros casos, en Sidonio no hay un plan intelectual total sobre este asunto, sino que en cada momento decide *presentarse* (puesto que intencionadamente dio a conocer una selección de sus cartas y poemas) de un modo u otro en función de su interés. Toda vez que, como hemos visto ya, Sidonio se aferra a la tradición literaria como símbolo de identidad de la aristocracia en tiempos de cambio, encontraba acomodo la cuestión de la alteridad. Hay algunos ejemplos bastante elocuentes.

No es casual que uno de los textos en los que mejor se

perciba esto sea en una carta a Hesperio, el joven especialista en retórica que años más tarde sería profesor de los hijos de Ruricio de Limoges, otro de los prelados de los que se nos ha conservado un rico epistolario. El elogio a Hesperio se articulaba sobre la base de su profundo amor a las letras, en especial dada su juventud. Sidonio ponía mucho énfasis en este aspecto. En su construcción literaria (puesto que tal es el sentido que quiso dar a sus cartas y a las ediciones de las mismas) relacionaba la juventud de Hesperio con la idea de crisis y la necesidad de que la generación del destinatario se esforzara en defender el correcto uso del latín. Señalaba que había que liberarlo de la contaminación con la podredumbre de los vulgares barbarismos, puesto que en caso contrario se estaría asistiendo al final del uso correcto de la lengua latina[8].

En una misiva a Namatio, uno de los grandes propietarios del grupo con el que Sidonio se relacionaba, se detenía en la descripción de la fiereza de los sajones, al tiempo que buscaba el contraste abierto con la circulación de obras, en este caso de Varrón y Eusebio, que su corresponsal le había pedido. Se trata de un contraste deliberado, que el lector de la carta observa claramente en la contraposición de las líneas finales de la misma en cuanto al detallismo de la descripción de los sajones y, de inmediato, la referencia a las obras de Varrón y Eusebio[9]. En otra carta Sidonio relataba a Domnicio, otro aristócrata de origen lugdunense (como Sidonio), cómo era —o cómo él quiso

que se viera— el séquito del príncipe bárbaro Sigismero, que acudía a Lyon para entrevistarse con su futuro suegro, el rey burgundio. Esta vez la interpelación a su interlocutor no tenía que ver con las letras, sino con las armas, de manera que el relato sobre el séquito franco se explicaba desde la ilustración de las armas, que para Sidonio no formaban ya parte de la identidad inherente de su grupo, como sí lo eran las letras. La descripción de Sidonio es, como siempre en él, rutilante, hiperbólica en ocasiones, resaltando la jefatura del caudillo bárbaro sobre su séquito de régulos, cuyo aspecto es elegido por el autor de la misiva para recuperar los tópicos del terror sobre la base de la minuciosa descripción del físico y de las vestimentas de los bárbaros[10]. Y los bárbaros emergen como factor de alteridad, de ingrediente esencial de un momento que Sidonio pretende proyectar como crítico.

En esa línea se presentó su poema dedicado al senador Catulino, que le había solicitado una composición sobre Venus. El poema deja clara la distancia que Sidonio quiere poner con respecto a los bárbaros, con los que se ve obligado a convivir. Tenía que resignarse a encontrarse con melenudos, escuchar vocablos germánicos y observar la manteca rancia en los cabellos de los burgundios, además de soportar el olor a ajo y a cebolla de los guisos. Este Catulino, a la sazón, es el mismo que había estado de alguna manera (o no) implicado en el asunto de la sátira en Arlés, escándalo del que ya di cuenta. El poema en cierto modo es

una negativa de Sidonio, y el contexto en el que aquí usa a los bárbaros no es otro que el de la construcción de una excusa, literaria, pero excusa al fin y al cabo[11].

Hacia 469, escribió a Siagrio con unas referencias que ahora nos interesan. Este Siagrio descendía de Afranio Siagrio, cónsul a finales del siglo IV y amigo de Ausonio y de Símmaco. En otra carta Sidonio le reprochaba que se dedicara sólo al cuidado de su estupenda hacienda y no a participar de la vida política como habían hecho sus ilustres antepasados. En la que ahora quiero mencionar, escrita en 469 desde Lyon, Sidonio utilizaba el elemento bárbaro de manera irónica, como una crítica a un miembro de su grupo social que había decidido tender puentes directos hacia la colaboración con los bárbaros. La carta es todo un despliegue de la identidad romana que Sidonio quiere mantener, entendida desde su plataforma elitista: la simbiosis entre tradición, ocupación de cargos y letras, en contraste abierto con los bárbaros. Es desde ese punto de partida desde el cual Sidonio compone el texto, y por eso abre con la estupefacción que le causaba haberse enterado del conocimiento y dominio que Siagrio tenía de la lengua bárbara, en este caso de la de los burgundios. A pesar de toda su formación en oratoria en Lyon, este representante de una de las familias senatoriales romanas había decidido aprender una lengua de bárbaros. A partir de ahí Sidonio deja fluir su ironía, por ejemplo cuando señala que los propios bárbaros temían expresarse incorrectamente en su

propia lengua en presencia de Siagrio quien, en fin, se mostraba como una especie de «nuevo Solón de los burgundios»[12].

Unos pocos años más tarde, siendo ya obispo de Clermont, y dentro del contexto evidente de la expansión visigoda que ya se apreciaba en buena parte de la Galia central y meridional e incluso en la Tarraconense, hacia 472, Sidonio escribió a Eutropio, hablando de la *gens* «que viola los tratados», en alusión a los godos de Eurico, *foedifragam gentem*, todo eso a pesar, matizaba, de que habían suspendido temporalmente el asedio a Clermont, ocasión que aprovechaba para ponerse en contacto con su amigo[13]. Y ya en la misma época en la que Occidente dejaba de tener emperador alguno, escribía a Censorio, obispo de Auxerre, informándole sobre cómo el portador de la misiva, diácono en Clermont, había decidido marcharse de la capital de Auvernia con su familia, para escapar de «la depredación visigoda»[14]. Este Censorio o Censurio era el mismo prelado de Auxerre que divulgó la *Vita Germani* escrita por Constancio de Lyon a iniciativa del obispo Paciente de Lyon, amigo de Sidonio y en cierto modo «editor» de su epistolario. Pero del texto de Constancio me ocuparé más adelante.

A diferencia de autores africanos como Quodvultdeus y Víctor, en Sidonio el contraste entre romanos y bárbaros no era tanto entre ortodoxia y herejía, sino entre la cultura romana tradicional que su grupo trataba de apuntalar y los

síntomas de barbarie, anclados en la panoplia tópica de la tradición. Estamos lejos de un mero apego a los clichés del pasado. Más bien, creo que hay una buena dosis de dinamismo, de construcción, de actividad para tomar posiciones en todas y cada una de las alusiones de Sidonio, que era un personaje práctico y nada partidario de la vida contemplativa. De hecho, todo esto no excluía la capacidad de adaptación a la coyuntura, de la que disponemos de otras cuantas muestras.

Una de ellas es la semblanza del rey visigodo Teodorico II que Sidonio difundió en una de sus más famosas cartas. Mientras que uno de los principales editores de Sidonio, André Loyen, fechaba el texto hacia 455, una especialista en el personaje, Jill Harries, propone que la carta fue escrita en la década de los sesenta[15]. Se trataba de la respuesta de Sidonio a una petición de Agrícola, hijo del emperador Avito y cuñado del propio Sidonio. El retrato es favorable al rey godo, por lo que no puede extrañar que se haya pensado en que el horizonte de 455 sea el más factible. En ese momento los visigodos eran la clave que iba a sostener la proclamación de Avito como emperador y, sobre todo, su aceptación por el Senado de Roma. Sidonio tenía muy buenas razones para apoyar una dulcificación de la imagen de los godos, tarea a la que se dedicaría poéticamente en su panegírico a Avito, leído ante los senadores en Roma en enero de 456. Es muy posible que la carta sea de esa época. El esfuerzo del aristócrata romano por presentar al rey

visigodo como un dechado de virtudes de gobierno, eso sí incluyendo algunos de los tópicos habituales en la retórica sobre el bárbaro, parece encajar bien con el momento en el que —como hizo en el panegírico de 456 que ya he comentado en otro capítulo— el grupo de Avito debía «vender» la bonanza de la «solución galorromana», que por otro lado se apoyaba descaradamente en la potencia militar visigoda. El texto se detiene en detalles sobre la descripción física de Teodorico II, su cuerpo bien proporcionado, no muy alto, redonda cabeza, pelo rizado y demás pormenores. Más interesantes aún pueden ser las referencias a la vida cotidiana del rey. Incluyó una mención al arrianismo visigodo, en la cita a las mañanas del monarca, que acudía al servicio religioso de los clérigos de su fe, dedicándose a las tareas administrativas propias de su posición durante el resto de la mañana. El texto se recrea en los detalles de la vida palaciega visigoda, que Sidonio trataba de hacer comprensibles y sobre todo *asumibles* por quienes pudieran leer esta carta, en principio dirigida a Agrícola pero incluida en el conjunto epistolar y, por tanto, editada años después[16]. Mi impresión es que todo el texto trataba de colocar la imagen de un interlocutor razonable para su aristocrática audiencia.

La adecuación a las nuevas circunstancias para Sidonio fue imperiosa a partir de la constancia del dominio visigodo de Auvernia, en 475. Quizás por eso hacia 477, cuando escribía a Magno Félix, y lo hacía al regreso de su exilio en

la zona de Carcassonne, le indicaba que estaba preparando una nueva edición de cartas, no sin dejar de mencionar la figura, que no el nombre, del *patronus* que había hecho posible su regreso del exilio. Ese patrono no era otro que el *comes* Victorio, que era el hombre de Eurico en Aquitania I en general y en Auvernia en particular. A mi modo de ver esta carta, de 476-477, es una de las claves para comprender la actitud hacia los bárbaros de un personaje como Sidonio, cual es la consciencia política y personal de que el futuro pasaba por ellos, y ya no por un imperio que no aparece citado, ni siquiera para aludir en modo alguno a un largo vacío de poder en la púrpura, que a la postre iba a ser definitivo[17]. Vacío que, no lo olvidemos, se estaba produciendo de manera simbólica justamente en los meses en los que escribió esa carta.

De esa época es otra epístola dirigida a otro de los miembros preeminentes de la aristocracia galorromana en los días de adaptación a la hegemonía visigoda, enviada hacia 476-477 a León. El maestro de retórica Hesperio había regresado a Clermont de un viaje a Toulouse, la capital del reino godo. En el retorno traía una petición de León, que deseaba que el obispo compusiera una obra histórica. Sidonio rechazó la propuesta, y su negativa es el tema fundamental de esta carta al propio León. El texto venía a devolver la pelota, y contestaba con otra propuesta, que no era otra que el propio León se decidiera a redactar el texto, puesto que —observaba Sidonio no sin ironía— era él,

León, quien estaba situado en la corte de Eurico, y por consiguiente disponía de informaciones de las que carecía el prelado de Clermont, quien, de paso, aprovechaba para expresar las cuitas sobre su reciente exilio[18]. Sidonio estaba declinando una invitación que venía de León y, probablemente, del propio Eurico. León de Narbona era uno de los miembros de la aristocracia galorromana que había decidido colaborar activamente en la consolidación política y en la alimentación ideológica del *regnum Gothorum* de Eurico, al compás de la ofensiva territorial de éste, que con la colaboración de importantes segmentos del grupo dominante (como León) se imbricaba en el tejido de poder del sur de la Galia. Ahora, en 476-477, León era consejero de Eurico en Toulouse, redactaba discursos para el rey, y formaba parte de su red diplomática, como sabemos por su participación en la recepción de la embajada de Epifanio de Pavía ante el rey godo en 474-475[19]. Así que hacia 476-477 Sidonio rechazó la composición de un libro de historia, que seguramente versaba a mayor gloria de los godos, de otro modo León no le hubiera sugerido el encargo. Podía estar dispuesto a componer un panegírico al rey, pero no a embarcarse en la compleja tarea de una obra mucho más densa[20].

No creo que debamos ver en esta negativa a la oferta de León una especie de supuesto patriotismo ni nada semejante. Sidonio velaba por sus propios intereses. Creo que la renuncia a la composición de la obra tiene más que

ver con la dificultad que para el obispo tenía comenzar un texto histórico, con cuyo género no estaba familiarizado, que con la renuncia expresa a colaborar con un proyecto godo. De hecho, en esa misma época no tuvo reparo en componer un panegírico dedicado al propio Eurico. Claro que en poemas y panegíricos sí tenía experiencia y garantías, de las que adolecía en otro tipo de géneros literarios o compositivos. Insisto que en esa misma época, en 476 (el año del derrocamiento de Rómulo), elaboró un panegírico al rey godo. Escribió a Lampridio, otro de los romanos que medraba a la sombra de Eurico y de su *regnum*. Lampridio había sido compañero de Sidonio en alguna reunión literaria, por ejemplo con el emperador Mayoriano. Esta carta está escrita en Burdeos, ciudad a la que Sidonio había viajado a fin de solventar algunos de los problemas que aún tenía a pesar de haber resuelto su exilio. Problemas que tenían que ver con una herencia por la rama de su esposa, que era lo que realmente preocupaba al obispo de Clermont en su relación con sus viejos amigos que ahora pululaban en los cenáculos políticos de los visigodos. Y fue en ese contexto en el que escribió el panegírico de Eurico. Sidonio, que preparaba la edición de sus cartas, dejaba bien claro que había sido Lampridio quien había solicitado la composición, siempre con el rey como telón de fondo. El poema pone al rey godo por encima de otros bárbaros, como expresa literariamente en su mención a cómo sajones, hérulos o burgundios, entre otros pueblos, acudían a

Burdeos a solicitar la paz del rey godo. Pero no olvidaba concretar su demanda de una pronta solución para el tema de la propiedad familiar[21]. En fin, en una carta a Fausto de Riez dejó claro que lo que más les interesaba aplicar a ambos era la prudencia[22].

Los vaivenes de Sidonio, que escribía durante los últimos años del imperio, y en algún caso en los primerísimos años posteriores, distan del aparente distanciamiento que tendrá Ruricio, por razón de la consolidación evidente de los *regna* como única alternativa eficaz en cualquier articulación política que estos aristócratas tenían a su mano.

Las cartas de Ruricio de Limoges, obispo en esa ciudad galorromana desde alrededor de 485, se datan en momentos distintos en una horquilla que va, aproximadamente, de 470 a 507. Por su propia familia estaba vinculado a los Anicios, acaso la más influyente familia senatorial romana del siglo V. Y por la de su esposa había entroncado con los Avitos, que ya han ido apareciendo en este libro. Sidonio también había emparentado con este grupo, como sabemos, por su matrimonio con Papianilla. Estos vínculos continuarían después de la generación de Sidonio y de Ruricio (éste era más joven), por ejemplo con el matrimonio de un nieto de Ruricio con una nieta del emperador Avito, en concreto con una hija de Agrícola, por tanto sobrina de Papianilla y de su esposo, Sidonio Apolinar. En fin, estas conexiones familiares colocaban a Ruricio no sólo dentro de un grupo

muy cohesionado de familias bien conocidas e influyentes de mediados y de la segunda mitad del siglo v, sino también con las generaciones siguientes de las mismas, destacando personajes como Ennodio de Pavía y Avito de Vienne, cuyos textos resultan claves para comprender los inicios del siglo VI.

A pesar de su pertenencia a un grupo de familias y de lo interiorizada y asumida que estos grupos tenían la capacidad de ocupar cargos políticos y obispados, Ruricio, que también sigue esa tradición, no dice prácticamente nada significativo en términos políticos. El más llamativo de sus silencios es la ausencia de referencias de peso al *regnum Gothorum*, que era el sistema imperante en Aquitania I, la provincia en la que Ruricio se movía, hasta la victoria total de los francos de Clodoveo[23]. A mi entender, este silencio, en sí mismo, es el indicador fundamental de la estrategia de Ruricio, y seguramente de otros como él cuya documentación no ha llegado hasta nosotros. Tal estrategia pasaría por una continuidad en la línea de la que esbozaba Sidonio en una carta a Fausto de Riez en los años setenta, en la que el obispo de Clermont veía claro que había que empezar a optar por la prudencia[24]. De tal silencio consta no sólo la selección que de sus cartas ha llegado hasta nosotros, por cierto con una escasa difusión en la transmisión manuscrita medieval, sino la prudencia con la que Ruricio se comportó ante la iniciativa de Hesperio. Era éste, como se recordará, maestro de retórica, amigo de Sidonio

Apolinar, y a él confió Ruricio la educación de algunos de sus hijos. Una carta casi imposible de fechar, pero que se data en fechas tempranas de la vida de Ruricio, en todo caso probablemente antes de su consagración episcopal, deja entrever que Hesperio había preparado una colección de cartas, obra a la que Ruricio se refiere como *paginulae*. Él mismo trataba de disuadir al maestro de retórica, y finalmente le pedía abiertamente que cancelara la edición del volumen[25].

En fin, si se compara el epistolario de Sidonio Apolinar con el de su amigo y medio pariente Ruricio de Limoges, lo cierto es que uno tiene la impresión de que se ha producido un cambio en absoluto menor. En Sidonio, en sus cartas de los años 460s-470s, se aprecia una evolución en el tratamiento del tema de los bárbaros, desde la manifestación de la superioridad y del tópico, propios de la tradición romana, hacia un acercamiento motivado por razones políticas e incluso personales, toda vez que para finales de los años setenta vislumbró que no había alternativa alguna a los *regna*. Mientras que en Ruricio, el grueso de cuyas cartas es de 480s-500 aproximadamente, el tema de los bárbaros pasa casi en silencio, con algunas mínimas referencias. Ya he advertido que nos movemos en terrenos documentales excepcionales, que por ese motivo no pueden ser generalizados, pero sí entendidos como expresión de los intereses de una parte de la clase social y cultural que controlaba las estructuras de poder del sistema

tardorromano y que va a tener que adaptarse a otras construcciones políticas, los *regna* bárbaros.

Hay aquí una clave determinante que permite entender mejor cómo estos reinos lograron, con todas sus grietas, una cierta consolidación durante varios siglos en algunos casos. No puede entenderse ésta sin una colaboración de los magnates romanos, de estos *últimos romanos* y, finalmente, de sus hijos y de sus nietos, que en el siglo VI colaboraron al menos en un grado suficiente como para que la minoría bárbara capitalizara los nuevos sistemas, en la base de los cuales eran realmente los *potentes* quienes insuflaban el sustento necesario a través de la canalización de tributo, del control del campesinado, de un cierto compromiso militar y de la dosis ideológica que aportaba la Iglesia. Pero ésa es otra historia, de la que este libro no se ocupa. Nos quedamos aquí en el punto de partida para tal proceso histórico. Comparar el epistolario de Sidonio con el de Ruricio aporta esa clave de contraste, en el que uno percibe síntomas de cambio realmente sistémico, estructural, en la construcción de nuevas estrategias, de nuevas adaptaciones. Y las percibe en el silencio, en este caso, de Ruricio, ante los grandes temas candentes que tanto habían aparecido aquí y allá en los textos sidonianos.

En fin, la adecuación a los nuevos tiempos sería ya la alternativa definitiva de la generación siguiente, a la que pertenecieron Ennodio de Pavía o Avito de Vienne. De ellos se han conservado numerosas cartas. Pero, en pureza,

pertenecen ya a los intereses de una generación que ocupa puestos de privilegio en los ultimísimos años del siglo v pero sobre todo ya en el vi, y quedan fuera de este libro. Hay excepciones, una de la mano del propio Ennodio, que en la *uita* de Epifanio de Pavía compuso una mirada a los años del final del imperio romano, como lo serán otros textos coetáneos a esa obra de Ennodio, tales como las *uitae* de Genoveva de París y de Severino del Nórico, de los que me ocupo más adelante.

A la misma generación de Ruricio pertenecerá Remigio de Reims, del cual nos queda alguna carta. En su caso puede interesarnos ahora una primera que dirigió al rey franco Clodoveo, cuya datación puede oscilar entre 482 y 483. Remigio es un gran propietario, condición de la cual estamos relativamente bien informados por su testamento, que en tiempos se consideró escasamente verosímil, pero que ha sido recuperado en su autoría, entre otros, por Jones[26]. Remigio puede encarnar bien la posición del aristócrata romano, gran propietario del siglo v y comienzos del vi, que es además obispo, y que vive ya en los tiempos en los que Clodoveo asentaba su posición entre los francos y consolidaba la hegemonía de éstos en el nordeste de la Galia, a comienzos de los años ochenta, antes de que concluyera la primera década después de la deposición de Rómulo.

Una de las cartas supone una especie de reconocimiento de Remigio, en lo que resulta ser una adaptación de este

líder social y religioso a la nueva situación[27]. Afirmaba que Clodoveo, después de todo, era el heredero de quienes habían gobernado la *Belgica Secunda*, de manera que le comunicaba que ya sabía que Clodoveo había asumido el control de la zona, *rumor ad nos magnum pervenit administrationem vos Secundae Belgicae suscepisse*. Remigio ponía cuidado en observar que en todo caso no se trataba de una novedad *non est novum*, puesto que los *parentes* del rey franco ya habían tenido responsabilidades, probablemente refiriéndose a su padre Childerico[28]. La carta es todo un puente tendido por el prelado y gran propietario, que en tal doble condición tenía intereses muy concretos que salvaguardar. Aconsejaba a Clodoveo que se entendiera con los obispos, cosa que, a juzgar por los hechos posteriores, éste tendría bastante en cuenta. Pero ésa será ya otra historia. Lo cierto es que en otra carta posterior, ya de comienzos del siglo VI, Remigio no tratará el tema del dominio territorial del rey franco desde la perspectiva romana (la Bélgica II), sino más bien sobre la base del eje conceptual del *regnum*[29]. Para entonces, los obispos católicos ya se referirán a Clodoveo como *suo catholicae ecclesiae filio Chlothouecho gloriosissimo regi*[30]. Insisto, ésa será otra historia.

El hombre de dios entre bárbaros. La superioridad celestial

Las vidas de santos elaboradas en la parte oriental del

imperio repercutieron en la formación de sus análogas en Occidente, cuando éstas comenzaron a ser realmente significativas, entre finales del siglo IV y el siglo V. Las *uitae* sobre personajes como Martín, Ambrosio o Agustín asumieron una enorme influencia de modelos orientales. Sin embargo, como puntualizó Philip Rousseau, no debemos pensar en una dependencia absoluta, como en ocasiones se ha hecho. Más bien, los autores occidentales imitaron tales modelos, pero los subsumieron en sus propios intereses, que, desde un punto de vista muy general, perseguían el encomio de la figura del obispo y sus virtudes ascéticas que, en definitiva, le permitieran un encaje con el modelo del hombre santo oriental[31]. Es cierto que en algunos casos ya esos mismos obispos, en vida, se esforzaron por proyectar el ascetismo como una de las bases de referencia ideológica en la construcción de su poder[32].

Próspero de Aquitania, galorromano de origen, había medrado en el clero romano a la sombra de quien terminó siendo el papa León Magno. Escribió su crónica en varias ediciones, la última de las cuales, compuesta hacia 455, se divulgó durante aquel pontificado. Se incluyó en el texto la mención a la amenaza que había supuesto Atila. Como he señalado en el apartado anterior, otra de las amenazas sensibles para los romanos, Genserico, había sido presentada por Próspero bajo la imagen del perseguidor, situando el religioso por encima de cualquiera otro de los planos posibles. Algo similar sucede con el tema de Atila.

Tras referir la victoria de las tropas coordinadas por Aecio, en las que había numerosos pueblos entre los que destacaron los godos, Próspero cita la entrada de Atila y sus ejércitos en Italia. Planteaba que la estrategia del emperador, Valentiniano III, pasaba poco menos que por una negociación a la baja o, situaba Próspero la idea en el pensamiento de Aecio, incluso la huida de Italia. Después de este escalonamiento en la entrada del año 452, Próspero concluye la misma con el culmen pretendido, que no es otro que el ensalzamiento de su héroe, el papa. En tal disposición de hechos, y tras pintar la situación como caótica —a pesar de la victoria del año anterior—, la entrada zanja el asunto con la decisión de León, apoyado siempre y en todo momento por la divinidad, quien junto con Avieno y Trigetio formó una delegación que marchó a entrevistarse con Atila que, encantado con la reunión, decidió parar la guerra y, tras prometer la paz, dejó Italia. Próspero, interesado en los asuntos religiosos como eje del discurso cronístico, sitúa aquí el protagonismo de León como elemento decisivo, como auténtico agente histórico.

Y, lo que me parece más importante, la entrada, sin duda llamativa para sus elitistas *legentes* contemporáneos, aprovecha el impacto que Atila había podido tener para esos grupos de la Galia (de la que procedía el autor y en cuyas regiones había campado la heterogénea masa militar «huna») y de Italia (en la que había entrado Atila) para colocar el mensaje que realmente le interesa: son los líderes

religiosos los llamados a asumir el protagonismo en un momento tal. La escena del encuentro entre Atila y León causó un gran impacto en la tradición cristiana, y evidentemente resultó muy sugerente para los defensores del papado de Roma como institución de referencia. No puede extrañarnos que tuviera la importancia que siglos después le daría Rafael, cuando la pintó en una de sus composiciones para las estancias vaticanas, por encargo de Julio II, primero, y León X, después. La idea de un papado fuerte frente a otras potencias encontraba en escenas como ésta un referente ideológico y de legitimidad nada desdeñable. En fin, lo que Próspero ensayó en 455 en la última edición de su crónica no es muy distinto a lo que harán los hagiógrafos de finales del siglo V (Constancio de Lyon) o de los primerísimos años del VI (Ennodio o Eugipio), buscando la preeminencia del líder religioso por encima de cualquier liderazgo terrenal que, en estos últimos casos, ya no era el de los emperadores, al menos en Occidente[33].

Demos un salto en el tiempo, siquiera por un pequeño instante, durante unas pocas líneas. Entrado el siglo VII, en un momento ciertamente alejado de la cronología en la que este libro se mueve, se fue elaborando en Mérida un texto complejo que conocemos como las *Vidas de los Santos Padres Emeritenses*. Sabemos que la elaboración del texto no fue sencilla, no se hizo precisamente «de una sentada», sino al menos en dos fases distintas separadas por algunos

años. Se trata de una hagiografía que en tal clave va desgranando la vida de algunos personajes, esencialmente (aunque no únicamente) de obispos de Mérida en la época visigoda. El texto tiene ecos e influencias de Sulpicio Severo y de Gregorio Magno, entre otros autores muy conocidos del Occidente latino. Y una de esas influencias es la de la *Vita Germani*, la vida del obispo Germán de Auxerre, que vivió en la primera mitad del siglo v, escrita hacia 480 por Constancio de Lyon, amigo de Sidonio Apolinar y uno de los principales agentes en la edición del epistolario del obispo de Clermont que, como el propio Constancio, era natural de Lyon. Se ha demostrado fehacientemente que al menos hay un pasaje concreto en el que los autores del texto emeritense emularon abiertamente —si bien no plagiaron— una de las anécdotas referidas por Constancio es su obra sobre Germán de Auxerre. La Hispania visigoda conoció bien la obra, como también podemos entender de datos rastreables en Isidoro de Sevilla y en Braulio de Zaragoza, igualmente en el siglo vii[34]. Refiero este eco tardío para dar una pequeña cuenta de la influencia y eco que tuvo la *Vita Germani* de Constancio de Lyon, como muestra su potente transmisión manuscrita altomedieval. Tuvo un éxito extraordinario, más que otros muchos productos literarios de su época. Fue una obra muy conocida también, además de en Hispania, en otros espacios como, por ejemplo, en Italia y la propia Galia. Centrémonos ahora en ella.

Sidonio Apolinar se refirió a Constancio de Lyon como *domine maior* en un saludo inicial en la carta que encabeza su *corpus* epistolar, en la cual hace constar que había sido el propio Constancio quien le había animado a preparar la edición de las mismas, al tiempo que le encargaba una supervisión o corrección de la edición[35]. También sabemos por Sidonio que Constancio había sido uno de los poetas que, como él mismo, habían prestado unos versos para los textos que Paciente de Lyon estaba grabando en los muros de una iglesia en la ciudad de la que ambos, Sidonio y Constancio, eran naturales[36]. Constancio era clérigo en Lyon, pero coadyuvó a la potencia del culto a un mártir de Auxerre, probablemente en competencia con la proyección que había ido tomando la veneración a Martín de Tours desde la época de Sulpicio Severo y, ahora, con el obispado de Perpetuo en Tours[37].

La *Vita Germani* presenta muchos problemas cronológicos. No sabemos cuándo fue compuesta, aunque sí la horquilla aproximada, entre finales de los años setenta y la década de los ochenta del siglo v. También ignoramos el año del fallecimiento de su protagonista, para muchos 448, para otros 437. Las revisiones de Thompson parecen apuntalar la posibilidad de esta última fecha, por más que incluso uno de los principales editores del texto, Borius, se haya inclinado por la fecha más tardía que, insisto, es la mayoritariamente aceptada entre los especialistas[38]. Como sucede con otros textos citados en este capítulo, no es mi

intención ofrecer un análisis de la fuente, de su contenido, un ensayo monográfico sobre la misma, sino encuadrar el texto como producto ideológico de un tiempo. Y ese tiempo, por definición, no era el de Germán (muerto en la horquilla 437-448), sino el de Constancio, que redactó el texto a finales del siglo v, hacia 480 según las distintas opciones, que llevan la redacción unos años antes o unos después. La obra tuvo una rápida y densa repercusión, no sólo en Galia, sino también en Hispania y en Italia. Se trataba de un encargo del obispo Paciente de Lyon. Y éste es nuestro primer punto de interés.

Paciente de Lyon encargó a Constancio una obra que glorificara el recuerdo a otro obispo —como él, el propio Paciente—, a saber, Germán de Auxerre, fallecido hacía varias décadas. Lo que Paciente estaba haciendo no era otra cosa que contribuir al moldeado de la sacrosanta figura del obispo, a través de la imagen y de la palabra. Para el primer caso había recabado textos de algunos de sus amigos, tales como el propio Constancio y de Sidonio Apolinar, entre otros literatos a la sazón hombres ligados en mayor (Sidonio) o en menor medida (Constancio) a la estructura eclesiástica[39]. La yuxtaposición de palabra y muros en la iglesia que en una ciudad de la importancia de Lyon llevaba a cabo el obispo no era un tema menor, suponía la simbiosis de palabra, imagen y edificio, de lo intangible y de lo que el *populus*, los *fideles*, podían tocar, ver, en el mejor de los casos leer. Y el culto de los santos, a esas alturas, ya era una

especie de avanzadilla del imaginario colectivo, de la esperanza que muchas gentes depositaban en la memoria a los santos, en las posibilidades de una curación, una salvación o una mediación. No sólo en Oriente, donde el fenómeno hundía sus raíces, también en Occidente era algo cada vez más palpable en ciudades y campos, a través de la construcción de iglesias y oratorios sobre antiguas tumbas o lugares que según cada tradición local eran depositarias de la *potentia* y de la *praesentia* religiosa del santo de turno. Naturalmente, ambas contaban con la mediación de quienes trataron de capitalizar el fenómeno, que no eran otros que los obispos, con frecuencia rivalizando con abades, monjes o con grandes propietarios, *domini*, que trataban de apuntalar estos casos si les era posible en sus propiedades y entre sus dependientes[40].

Como sucede con tantos y tantos textos hagiográficos, la vida de Germán escrita por Constancio ha sido muchas veces tratada como una especie de informe histórico. Claro que a esta falsa imagen contribuía la información en ella contenida, y en especial las dos visitas del obispo de Auxerre a Britania, actual Gran Bretaña, una fechable en 429 y otra bien en 437 bien hacia 445, según se opte por la cronología larga de Borius o por la corta de Thompson, que a mi modo de ver está mejor hilvanada desde una serie de argumentos históricos que exceden el tratamiento que ahora puedo dar al texto. En cualquier caso, y por sorprendente que pueda parecer, me parece que el propósito de

Constancio no era Germán. Se trataba del protagonista de la obra, indiscutiblemente, como Martín de Tours lo había sido en la influyentísima vida que escribió tiempo atrás Sulpicio Severo. Pero es la imagen episcopal el verdadero programa que está detrás de la *Vita Germani*, es la glorificación de un obispo como referente en el objetivo del proyecto sustanciado hacia 480. Y lo era mucho más que en el otro modelo gran anterior, la vida de Martín de Tours escrita por Sulpicio Severo, más centrada en la glorificación ascética[41].

Insisto. El propósito del clérigo de Lyon, hacia 480, no era elaborar un informe, hagiográfico eso sí, sobre aquel obispo muerto hacía unas cuatro décadas. Se trataba de un encargo de un prelado que sí estaba vivo, el de Lyon, escrito por y para el mundo cambiante de finales de los años setenta y comienzos de los ochenta, un mundo en el que, en Occidente, ya no había emperador, y en el que las referencias de la autoridad última se negociaban día a día. Ésta es para mí la clave del texto. Proyectar la figura de un obispo que reunía, en el plano literario compuesto por Constancio, todas las virtudes de santidad no exentas de un nivel práctico nada desdeñable en un mundo, repito, en el que la autoridad se negociaba día a día, al vaivén de los avances o retrocesos de los *regna* bárbaros. Así sucedía en el caso de Lyon, en poder de los burgundios, vecinos de un reino que un poco más al occidente y a su propio mediodía se había expandido bajo el mando de Eurico.

El esquema narrativo de la *Vita Germani* incluye una

alusión a la juventud del santo, su primer viaje a Britania, el regreso a la Galia, su labor como delegado de los de Auxerre a la autoridad romana para mediar ante una subida de impuestos, un segundo viaje a Britania y el consiguiente regreso a la Galia, y su mediación para los rebeldes de la Armórica (al noroeste galo), como consecuencia de la cual viajó a Italia para entrevistarse con el emperador, muriendo en la sede imperial de Rávena. A grandes rasgos, éste es el esqueleto narrativo del texto, que sitúa los acontecimientos principales, aparte de la época de juventud, entre el primer viaje a Britania, muy posiblemente fechable en 429, y su muerte, que como hemos visto se suele datar bien en 437 bien en 448.

Se trata de una parrilla de acontecimientos sitos en la primera mitad del siglo v, cada uno de ellos relacionable con contextos históricos muy específicos, pero proyectados desde la realidad de finales del siglo v, en el ambiente que se ha estudiado en este libro, el del propio autor Constancio, Sidonio, Ruricio… En el texto nos encontramos con la situación de Britania, justo en la época posterior al gobierno del emperador Honorio, durante el cual la isla había sido desmantelada en cuanto a la estructura administrativa romana se refiere. Otro escenario es la Galia, en particular asuntos tales como las ciudades, los obispos, la prefectura del pretorio galorromano, el tema de la fiscalidad, los bagaudas o rebeldes de la norteña región de la Armórica, la política de Aecio, por entonces aún mano derecha de

Valentiniano III, el uso de los alanos como fuerza de choque para la estrategia del imperio contra los bagaudas, entre otros temas. Pero, insisto, todo eso está presentado desde la óptica de 480. A la luz de estos vasos comunicantes entre el texto de Constancio de Lyon y escenarios y temas históricos de enorme interés, se suele tratar de buscar la radiografía del texto, su papel como informante de tales realidades. Tal función es pertinente en cualquier estudio que se centre en la Britania y la Galia de la primera mitad del siglo v, y este libro se centra en la época inmediatamente posterior, que es precisamente cuando tal texto fue escrito. Es el tratamiento de esas cuestiones lo que interesa aquí.

Y la cuestión candente es de tipo finalista, funcional si queremos. ¿Para qué servía un texto denso sobre un obispo muerto varias décadas atrás? La idea principal, creo, es la glorificación de un santo, sí, pero de un santo episcopal y, por tanto, la consagración de la silueta del obispo en general. Fue nada menos que uno de los obispos más influyentes de la Galia de finales del siglo v, Paciente de Lyon, quien encargó a Constancio la elaboración del texto. Del mismo modo que le había encargado, a él y a otros colegas y amigos como Sidonio Apolinar, pequeños textos para las paredes de la iglesia que consagraba en su sede episcopal. Es la construcción de la imagen del obispo lo que está detrás del encargo y, en definitiva, del texto mismo. Textos, muros, iglesias, liturgia y culto de los santos formaban parte de un programa religioso, social e

ideológico que sancionara el liderazgo episcopal. La elección de un obispo como santo de referencia, por más que hubiera sido prelado de Auxerre, no era ninguna casualidad. Su historia, que habría sido conocida en las capas áulicas y eclesiásticas de la Galia, permitía adentrarse en terrenos tales como el tratamiento con la autoridad política y los bárbaros. En el momento en el que Constancio divulgó el texto y pudo cumplir el encargo de Paciente, tales conceptos eran poco menos que una simbiosis, puesto que ya no funcionaba ni la prefectura del pretorio ni la corte imperial occidental, presentes ambas en el relato. Los interlocutores de Germán habían sido, según el texto, el prefecto del pretorio de las Galias, Auxiliar, y el emperador y su madre, Valentiniano III y Gala Placidia. Ahora, los referentes no eran otros que los reyes burgundio y visigodo, que eran los principales *regna*, por ese orden, que atañían a Paciente de Lyon y a sus colegas más cercanos, los obispos y aristócratas que habían ido desfilando, por ejemplo (como los propios Paciente y Constancio) por el epistolario de Sidonio Apolinar.

Constancio incluyó al inicio de su obra una carta a Paciente de Lyon, en la que hacía constar expresamente que había sido este prelado quien le había encargado (usa la forma verbal *imperasti*) el texto, para poder ilustrar con las virtudes del santo (*et sanctum uirum inlustrare uirtutibus suis*) los modelos a seguir, no sólo por las generaciones actuales sino también por las venideras, *uel praesentibus uel*

posteris[42]. No es infrecuente que, cuando nos topamos con textos hagiográficos, tendamos a minusvalorar este tipo de retórica, por ser habitual y tópica en este género textual. Sin embargo, creo que está aquí la clave del texto. Lo realmente importante no era tanto analizar la época de Germán que, como digo, es lo lógico en los estudios sobre la primera mitad del siglo v, sino producir un modelo, un *exemplum*, para los *legentes* de finales del siglo v. También incluía Constancio una carta a Censorio, el obispo de Auxerre y, por tanto, uno de los sucesores del protagonista de la *vita*. Censorio era obispo desde hacía unos pocos años, desde aproximadamente 472, y aparecía en el epistolario de Sidonio. En esta breve misiva el autor de la *uita* insiste en que todo obedecía a un encargo de Paciente de Lyon, *fratris uestri sancti antistitis Patientis fecit auctoritas*[43].

El *exemplum*, el modelo de referencia que construye Constancio —y en última instancia Paciente de Lyon— a través de este texto se encuadra en los clichés de la hagiografía latina tardoantigua, que explotará sobre todo ya en el siglo siguiente, en el vi, de manera que, probablemente, junto a la vida de Martín de Tours escrita por Sulpicio Severo bastantes décadas atrás, ésta de Germán elaborada por Constancio quizás no lejos de 480 sea el otro gran modelo seguido en Occidente, como da cuenta la influencia evidente y el trasiego de copias de la misma. El texto dejaba muy claro desde el principio que Germán, originario de Auxerre (*Germanus Autisiodorensis oppidi indigena fuit*),

había tenido una exitosa carrera civil, tras cursar estudios en Roma, siendo un abogado de prestigio, y finalmente recibiendo una promoción a un cargo estatal (*res publica ad honorum praesumpsit insignia*), el de *dux*, se suele pensar que de la zona de la Armórica[44].

Recogiendo el modelo del caso de Ambrosio de Milán, que también pasó directamente de la administración imperial a la cátedra episcopal, así presenta Constancio la proclamación de Germán como obispo de Auxerre, de manera que su esposa pasó a ser una hermana para él, y se deshizo de su fortuna, que decidió repartir entre los pobres. Estamos ante lo que cristalizaba como un tópico en las hagiografías sobre obispos, es decir, la narración de un gran consenso, que en algunos casos, como el del propio Ambrosio de Milán, era más bien una pantalla para ocultar la conflictividad interna sobre la cual había construido su legitimidad[45]. Pero, para el propósito del mensaje de liderazgo episcopal que se deseaba proyectar, la idea de *consensus*, que no era sino la consecuencia del designio divino, *diuina auctoritas*, era la clave absoluta del programa ideológico en el que sustentaba el texto y todo el contenido en él volcado[46]. No se trataba tanto de contar episodios de la vida de un personaje de la primera mitad del siglo, sino más bien, sobre la base de una selección de los mismos, de proponer líneas de conducta para los monjes, clérigos, obispos y aristócratas, público potencial del texto a finales de ese siglo.

El ascetismo había sido una de las principales vertientes que en la construcción de los tópicos de la santidad tardoantigua habían venido de la parte oriental del imperio. También está presente en el *exemplum* construido por Constancio a instancias de Paciente. Una dieta carente de sal, de pan de cereal, de vino, de vinagre, de aceite, de legumbres, entre otras cosas, era lo que se proponía en este caso, además de otras prácticas ascéticas, que incluían el uso sempiterno de la misma ropa, hiciera frío o calor, que acompañaba con una pequeña capsulita que llevaba colgada a su cuello. En el interior de la misma había algunas reliquias de santos, *capsula sanctorum reliquias continente*[47].

En fin, la plataforma sobre la que se construía la imagen de Germán era la del santo pero no en una faceta abstracta, tampoco en la idea de un eremitismo, sino del santo comprometido con la vida política, y sobre todo con su condición de obispo. El hombre elegido por Dios, la idea en suma del plan divino, de la autoridad sagrada, en fin, del concepto de la *diuina auctoritas* ya expuesta al inicio de la obra. Algunos de los episodios recogidos en la vida de Germán de Auxerre son muy significativos a este respecto.

En uno de ellos se narra cómo un tal Januario, uno de los miembros del *officium* del gobernador de la zona, estaba encargado de portar la recaudación fiscal practicada a los provinciales valorada en monedas de oro, *exactos a prouincialibus solidos ad iudicem deferebat*. El texto narra

cómo este Januario perdió el equipaje en el que portaba las monedas de oro, los impuestos recaudados a los habitantes de la zona, y se confió al obispo para que tratara de solventar el problema. La narración se detiene en todo tipo de referencias a las posesiones demoníacas de los lugareños con las que Germán parecía bastante habituado a tratar, otro de los tópicos en las hagiografías. En este caso, se cuenta que Germán congregó al pueblo en la misa, y logró que el poseso, no sin una intervención milagrosa que lo elevó en el aire, confesase el robo, de manera que pudieron devolverse los tributos a Januario, que ya temía su inevitable ejecución.

El episodio, como todos los seleccionados en la composición de cualquier hagiografía, dista de ser casual. La fiscalidad era una de las más sensible presencias que las poblaciones locales soportaban del imperio tardorromano, que como sabemos había aumentado considerablemente su maquinaria fiscal desde los días de Diocleciano. Colocar a un cargo fiscal, que estaba en este caso a la orden directa del gobernador, en tan franca situación de desesperación y de dependencia de la milagrosa intervención de Germán era un plan perfectamente diseñado. Situaba al hombre de dios, al obispo, por encima de tal autoridad, precisamente en uno de los temas cruciales para el imperio cual era la fiscalidad. Sólo por una intervención divina depositada en la acción del hombre de Dios se había logrado evitar la catástrofe para Januario. Como suele suceder en estos episodios, el autor se recreaba sobre la base de la unanimidad con la que había

terminado aclamando el pueblo a su obispo[48].

Uno de los temas por los que la *Vita Germani* es más conocida es la cuestión de los viajes del prelado de Auxerre a Britania. El primero de ellos parece haber ocurrido en 429. El texto sitúa el viaje como consecuencia de la petición de una embajada que se presentó en la Galia y que solicitó una intervención a los obispos galorromanos sobre la expansión que la herejía pelagiana tenía en la isla. Constancio dice expresamente que se celebró una reunión de obispos en la Galia a la que acudieron un gran número de los mismos, lo cual dista de estar confirmado por otras fuentes. Como consecuencia de la misma se habría decidido que Germán de Auxerre y Lupo de Troyes (muerto hacia 478) viajaran a Britania[49].

La más clara contradicción con lo que Constancio afirma es la crónica de Próspero de Aquitania, escrita en varias ediciones entre 433 y 455, fecha de su última revisión. Es Próspero quien da la fecha para la extensión del pelagianismo en Britania y el viaje de Germán, que confirma la singladura de éste, pero señalando que había sido el papa Celestino quien había impulsado tal proyecto[50]. No tenemos una respuesta clara, no sabemos si el viaje obedecía a una recomendación de los obispos de la Galia reunidos, como dice Constancio, o del papa Celestino, o, quién sabe, quizás incluso un poco a ambas cosas, esto es, a una posible iniciativa de Roma secundada por obispos galorromanos. En cualquier caso, tanto Próspero como

Constancio arrimaban el ascua a su sardina. La de Próspero era la idea de una Roma campeona de la ortodoxia frente a la herejía, con el obispo romano al frente, aquí Celestino, pero sobre todo, como ya hemos visto en otras páginas de este libro, su gran héroe, el papa León Magno. La de Constancio no era otra que el reforzamiento del papel de los obispos en una Galia fragmentada, en la que las viejas divisiones provinciales sustentadas sobre la prefectura del pretorio habían ido dando paso, con la desaparición de los emperadores, a la idea asumida de que otro mundo se estaba consolidando.

En cualquier caso, el relato está lleno de episodios de interés, de toda una aventura que incluyó tempestades, recibimientos multitudinarios, y debates públicos con los pelagianistas, que, y esto no sorprenderá al lector, fueron vencidos por Germán y Lupo. Entre otros avatares en este primer viaje a Gran Bretaña, a la Britania romana, los prelados visitaron la tumba del mártir Albano (según la tradición el primer mártir de Britania), con la referencia a uno de los *loca* sagrados del cristianismo en Britania[51]. Al tiempo, se alude a los ataques de pictos y sajones a los *brittani*. El plano en el que Constancio teje este asunto está, una vez más, supeditado a la santidad del obispo. A él se habrían confiado los habitantes de Britania, al menos los del lugar en el que se encontrasen, y Germán, con experiencia militar, se ofreció para liderar su ejército. La consigna fue entonar por tres veces el himno de aleluya, cántico que las

tropas repitieron en numerosas ocasiones, provocando el pánico entre los pictos y sajones, que desistieron de su ataque[52]. En fin, Constancio planteaba decididamente, hacia 480, que la intervención de Germán (hacia 429) sancionaba claramente la superioridad celestial sobre cualquier iniciativa terrenal, por fiera y peligrosa que ésta pudiera parecer. Todo un mensaje para un mundo, el de 480, en el que ninguna administración que no fuera la de los *regna* bárbaros podía ser sentida en las *ciuitates* y *territoria* en los que circulaba este texto, la *Vita Germani*.

A pesar de la fragmentación característica en el período que este libro estudia, o quizás por eso mismo, Constancio se esforzaba por presentar la unidad en la Galia en torno a la figura de Germán. La idea de un supuesto concilio de numerosos obispos galorromanos en la designación del viaje, o la afirmación según la cual el retorno de los venerables obispos (Lupo y Germán), *reditu uenerabilium sacerdotum*, supuso una enorme alegría para las Galias, citadas tal cual, al completo, *exultant Galliae*, es una aspiración a colocar semejante idea. Precisamente se trataba de hacer frente a una realidad que, a esas alturas, hacia 480, se caracterizaba precisamente por la fragmentación de cualquier idea pangálica, como la que había representado la administración romana[53].

Este momento narrativo del retorno a la Galia es el elegido por Constancio para volver a situar a su modelo (no lo olvidemos, realmente el de los prelados Paciente y

Censorio), el del obispo santo, en plena relación con la que en la época del contenido del texto, hacia 430, era aún la referencia de la autoridad, la imperial. En este caso se trataba de la máxima autoridad del imperio en las Galias (habría que decir que también para Britania y las Hispanias), de la *res publica* como el mismo Constancio se refiere al mismo, por debajo del emperador. Me refiero al prefecto del pretorio de las Galias, que asumía la dirección administrativa de las Galias, Britania e Hispanias, con sus correspondientes provincias. Como será frecuente en otros textos hagiográficos ya en el siglo VI, o por ejemplo en los *Decem Libri Historiarum*, más conocidos como *Historia Francorum* (*Historia de los Francos*) de Gregorio de Tours, un obispo se erigía en adalid de las protestas de *su* pueblo por una fuerte exacción fiscal llevada a cabo por las autoridades. Al parecer, se había calculado un impuesto más fuerte del que habitualmente tenían que asumir los de Auxerre, *tributaria enim functio praeter solitum*. Constancio se recrea en la idea de un Germán que, como había hecho con los britanos en su guerra contra pictos y sajones, se coloca en el papel de líder y, en este caso, no tiene empacho alguno en hacer el viaje desde Auxerre hasta Arlés, capital de la prefectura de las Galias, para entrevistarse nada menos que con el prefecto[54].

Como hemos visto en la documentación de Sidonio Apolinar, en la Galia del siglo V no va a ser tan extraño que los mismos círculos, las mismas familias y, en ocasiones, las

mismas personas, ocupen altísimas dignidades políticas en el imperio y, a la sazón, también obispados. Después de todo, el propio Sidonio fue prefecto de la ciudad en Roma y muy poco después obispo de Clermont. Así que lo que relata Constancio no debe sorprender, puesto que la documentación a nuestro alcance depende de este tipo de personajes, quienes copaban los obispados y las altas dignidades del imperio primero y de los *regna* después, los que participaban de unos mismos circuitos de poder y de interrelación, que solamente en algunos casos como el epistolario de Sidonio podemos intuir con más certeza. Es evidente que la acción que sitúa Constancio se desarrollaba, en este caso, en la década de los 430s, pero no lo es menos que la idea de una influencia clara de un obispo sobre una altísima autoridad política estaba pensada para circular evidentemente en su tiempo, en el que el texto se difundió, y con independencia de que esa autoridad ya no fuera operativa. Eran otros quienes mandaban en los días de Constancio y sus amigos. En fin, el autor de Lyon dispone en su narrativa como algo fácil la misión de demanda de rebaja fiscal que para los de Auxerre encabezaba Germán, ligando la buena conexión de éste con el prefecto Auxiliar nada menos que por la curación que el santo obispo habría practicado a la esposa del mandatario[55].

Y de una manera igualmente lineal queda yuxtapuesta en el esquema compositivo, prácticamente sin solución de continuidad, la segunda visita a Britania. Al regreso se

incluye la cuestión de los rebeldes de Armórica, región al noroeste de las Galias, que habrían pedido al obispo que mediara en el conflicto que mantenían con el poderoso Aecio, que había movilizado a los alanos de Goar para sofocar el foco de inestabilidad en aquella zona. Constancio mueve aquí las claves tópicas de la barbarie, de manera que los alanos del rey Goar aparecen como las fuerzas salvajes que también van a sucumbir a la preeminencia episcopal.

Los clichés bien conocidos en la tradición romana eran usados por Constancio no sólo para apuntar a los alanos, sino para el general diseño de su plan, que no era otro que glorificar la imagen del santo obispo. Así, en este caso encontramos expresiones tales como *Goari ferocissimo Alanorum regi*, o, aludiendo a Goar, *ille auiditate barbaricae cupiditatis inhiauerat*, o *genti bellicosissimae regique idolorum*, es decir, cuestiones tales como la ferocidad, salvajismo, ansia de botín, ambición, idolatría, son algunos de los parámetros que mueve Constancio en la base de su descripción de los alanos[56]. Naturalmente, subrayar todos esos clichés suponía redundar en la *auctoritas*, en la preeminencia y prestigio del santo obispo, que en el texto asumía Germán, pero que, realmente, redundaba en el grupo de quienes, como Paciente o Censorio, estaban realmente detrás del texto. En fin, el fragmento concluía con la entrevista final en la que Germán habría logrado dulcificar el ímpetu de Goar, con la intervención divina como telón de fondo y desde luego

aludida por Constancio. Como en el relato de Próspero sobre el papel de León Magno en la entrevista con Atila, ahora, hacia 480, Constancio volvía a incidir en la cuestión del hombre de dios mediando ante un rey bárbaro. En el caso de Próspero, su propósito no era otro que glorificar la idea del papado romano, en especial la imagen de su héroe León; en el de Constancio, subrayar que eran los obispos, que contaban con santos como Germán como modelos, quienes estaban autorizados para hacerlo ahora, es decir, hacia 480.

En cierto modo, el programa que Constancio fue desgranando en la *Vita Germani* ponía a Germán, una y otra vez, en relación con autoridades, ya fueran centrales o locales, siempre con la misma consecuencia, la preeminencia del obispo, en última instancia sancionada por la divinidad. Quizás la celsitud de todos esos puntos de autoridad sea su visita a Italia, de la que ya no regresaría vivo. Habría ido a la corte imperial para certificar el perdón a los armoricanos. El hagiógrafo se recrea en las etapas del viaje, en las multitudes que saludaban con entusiasmo la llegada del santo obispo de Auxerre a sus localidades.

Son diversas las anécdotas en las que Constancio se va deteniendo en su relato, tratando de activar el énfasis religioso de la figura de Germán, que supera a los demonios, que cura a enfermos, hasta que al final se sitúa la entrada del prelado en la sede del poder imperial en ese momento, Rávena, subrayando un recibimiento excelente, en especial

por Gala Placidia, madre del joven emperador Valentiniano III. Los cálculos de Thompson han mostrado que es factible que la visita a Italia fuera en 437, en cuyo mes de julio el emperador marchó a Constantinopla para casarse con Eudoxia. Eso explicaría que en la obra de Constancio el emperador apareciera brevemente, saliendo luego de la escena narrativa, capitalizada por la figura de Gala Placidia. Se incluye una referencia a que la receptividad que Germán había encontrado en la corte para el tema de los armoricanos se había venido abajo por la rebelión de Tibatto en aquella zona[57]. Precisamente a este personaje se refiere también el anónimo cronista galorromano de 452, que cita la revuelta y la caída del mismo, acontecimientos que, si seguimos la reciente edición de Burgess, se fecharían en 435-436, pero en otras anteriores en 436-337[58].

El santo cayó enfermo en Rávena, muriendo el día 31 de julio. No se nos dice de qué año, pero si Thompson tiene razón, lo habría sido en ese mismo 437[59]. En fin, la muerte del santo en Rávena es todo un estallido en la composición de Constancio, que se detiene en los detalles de las pertenencias del obispo con las que se hicieron la propia Gala Placidia (que se quedó con el famoso relicario que el santo portaba colgado del cuello) o Pedro, obispo de la ciudad, entre otros. El emperador decretó que se financiara el viaje de regreso del cuerpo a Auxerre, lo cual, como observó Thompson, no implicaba que estuviera presente en la ciudad, puesto que pudo hacerlo perfectamente desde

Constantinopla si, efectivamente, la fecha era 437[60].

En todo caso, lo realmente relevante para el interés de este libro es comprobar cómo hacia 480 Constancio de Lyon había compuesto la figura del santo obispo, sancionado por los designios divinos, que aglutinaba consensos y que era capaz de domeñar a los más fieros reyes bárbaros o de meterse en el bolsillo a emperatrices como Gala Placidia, pasando por prefectos del pretorio y magistrados locales. La apuesta era por tanto que los *hombres santos*, a modo de tipos o modelos, emergieran como la verdadera alternativa como referencia moral, como ejemplo de vida. En consecuencia, quienes se arrogaban la condición de depositarios últimos de su herencia, los obispos, se mostraban como quienes debían asumir tal tradición y obrar y ser respetados en justa correspondencia.

Los otros modelos que pueden interesarnos ahora son los elaborados en los primerísimos años del siglo VI, sobre personajes que vivieron durante el final del imperio romano de Occidente. Como la obra de Constancio, están compuestos en una fase inmediatamente post-imperial, pero un tanto más adelante en el tiempo, en la generación siguiente a la de Constancio y Sidonio. Y nos interesan porque, además de su cercanía temporal, se centran, insisto, en personajes que vivieron justo durante la fase final del imperio occidental, cosa que no había sucedido con Germán, sí con su hagiógrafo Constancio. Merece la pena dedicar algo de atención a Severino del Nórico, Epifanio de

Pavía y Genoveva de París, o, lo que es más pertinente en este libro, a cómo esos tres personajes sirvieron para tejer modelos de santidad en un horizonte ya posterior a los emperadores, pero sobre la base de personajes que sí vivieron durante los últimos días del imperio.

La *Vita Severini*, la vida de Severino del Nórico, fue compuesta hacia el año 511 en el monasterio del *castellum Lucullanum*, cerca de Nápoles[61]. En la tradición codicológica se ha conservado una carta de Eugipio, autor de la *Vita*, al diácono Pascasio, que vivía en Roma, a quien solicitó que mejorase el texto, cosa que Pascasio decidió no intentar. El protagonista de la obra es Severino, que era occidental, aunque viajó por tierras orientales, y que se asentó en el Nórico, más o menos en lo que hoy es Austria, justamente en la fase final del imperio, al punto que, como vimos en otro capítulo, el texto hace alusión (en 511) a la idea de un imperio romano en pasado, y se centra en el abandono de las guarniciones militares de la zona cuando la paga dejó de llegar.

De manera similar a lo que había hecho Constancio de Lyon tres décadas antes, Eugipio, en este caso desde Italia, teje el modelo del hombre santo que se mueve entre las referencias de autoridad de su tiempo y región, en la década de los setenta y primeros ochenta (Severino habría muerto hacia 482). El texto presenta toda una geografía romana de *castella* y *oppida*, pero el hilo conductor es el de los frecuentes ataques bárbaros, dada la inestabilidad de esa

zona del imperio enormemente expuesta a las filtraciones de pueblos muy variopintos, entre los que destacaban los rugos[62]. De manera que en una especie de lío cronológico, en el que los episodios a veces son imposibles de fechar, y en el que se mezclan secuencias, Eugipio va desgranando la figura del hombre de dios entre los bárbaros, emergiendo como figura de referencia en un mundo en el que el imperio romano se estaba desintegrando a marchas forzadas. No es casual que —como ya vimos— el autor introdujera, por primera vez en Occidente, la expresión que apuntaba a la época de Severino como aquella en la que aún existía el imperio romano. De modo que, a través de toda una serie de episodios, de narrativas típicas del género hagiográfico, emerge un denominador común, que no es otro que la divinidad cristiana como esperanza de liberación, y sus hombres en la tierra, como Severino, como autoridad y referencia para todos.

En su misma carta al diácono Pascasio, Eugipio pone atención en detallar que no conocía el lugar de procedencia de Severino. De igual modo, al final de la obra, se nos dará el día de su muerte, pero no el año. Este tipo de ambigüedades no son infrecuentes en los textos hagiográficos, que manejaban tanto el detalle específico como la ausencia del mismo, en función de la atmósfera narrativa que en cada momento interesara crear. En el comienzo propiamente dicho del discurso hagiográfico, en lo que el autor llama su *commemoratorium*, dejaba sentadas

las bases del punto de partida sobre este aspecto: Severino llegó al Nórico, procedente de algún viaje a Oriente, más o menos en la época en la que Atila murió, lo que nos sitúa a partir de 453[63].

El inicio de las relaciones del santo con los habitantes del Nórico es presentado desde la perspectiva de la capacidad profética del mismo, en especial con los ataques bárbaros. De este modo, como lo es a lo largo de toda la obra, los bárbaros son pieza clave en la construcción de la imagen del santo. En este caso, por ejemplo, sirven a Eugipio para delinear el contorno del santo con dotes proféticas[64]. Otras veces el hagiógrafo pone el acento en la capacidad que el santo tenía para dialogar, y ser respetado por reyes y dinastas bárbaros. Naturalmente hay aquí una dimensión de gran interés para el mundo en el que Eugipio vivía: la Italia en gran medida controlada por los ostrogodos. Vemos así, por ejemplo, a Severino entrevistándose con el rey Flaciteo de los rugos, lo que podía ser leído del mismo modo que un prelado del momento en que se leía el texto lo podía hacer con el rey ostrogodo[65].

La idea según la cual el modelo de santidad de Severino le permitía ser enormemente respetado no sólo por cortes bárbaras, sino también por los bárbaros de base, y de distintos pueblos o *gentes*, era igualmente un mensaje que trataba de calar en las esperanzas de los elitistas lectores que, ya a inicios del siglo VI, podían acceder a este texto: el

modelo permitía superar las diatribas del tiempo, o al menos era presentado como tal referencia[66]. Otras veces se elegía el conflicto como mecanismo de expresión de la preeminencia del santo que, por descontado, contaba con la ayuda de la divinidad. Así, por ejemplo, el que mantuvo con Giso, reina de los rugos en la época de Feleteo, también conocido como Feva, hijo de Flaciteo: la conclusión no era otra que cualquier bárbaro, por poderoso que fuera, que se enfrentara al hombre de dios, tenía todas las de perder, y que lo pertinente para reyes, reinas y demás mandatarios bárbaros no era otra cosa que estar en buenas relaciones con este tipo de líderes[67]. El texto está repleto de múltiples referencias a ataques de distintos pueblos bárbaros, que tienen como foco narrativo la preeminencia del santo.

En el tratamiento del prestigio entre los bárbaros, común a todos los textos que estamos analizando por cuanto tenía de referente ideológico, tiene un eco muy llamativo la presencia de Odoacro. Eugipio se tomó buen cuidado en señalar que realmente el suyo era uno de los casos numerosos de bárbaros que iban a visitar al santo, cuya fama había crecido en enorme medida. Pero claro, para los lectores de Eugipio, quien insisto vivía en Italia, el recuerdo de Odoacro era cercano, había muerto no hacía dos décadas antes de que el texto fuera divulgado, y en Italia no era precisamente un desconocido. De tal modo que cualquier aparición de Odoacro en la escena narrativa provocaría un estallido de atención en el *legens*, precisamente dada la

importancia que había tenido en Italia.

Eugipio no pierde ocasión de señalar, por si alguno de sus lectores no lo sabía o recordaba, que ese mismo Odoacro que en fechas muy tempranas había visitado a Severino en el Nórico era el mismo que después gobernó en Italia, desde 476. Eugipio se recrea en los detalles efectistas de la escena. Uno de ellos, por ejemplo, da cuenta sobre cómo el bárbaro a punto estuvo de romperse la crisma al entrar por la puerta que daba acceso a la humilde vivienda del santo. Quien, por cierto, una vez más, hizo gala de su capacidad para predecir acontecimientos, en este caso avisando a Odoacro de su «glorioso» futuro[68].

En fin, temas candentes de la época eran esgrimidos como ingredientes de la preeminencia que se pretendía detallar con el texto. Otro de esos temas era el del abastecimiento. Si el de los bárbaros era un asunto peliagudo en los días del contenido del texto, esto es, en los de Severino (activo en el Nórico, más o menos, entre 453 y 482), no menos lo era en los de Eugipio, que escribía en 511, en la época de consolidación del reino ostrogodo en la Italia en la que vivía. Cuestión que también aparecerá para el caso de París, como veremos, en la *Vita Genovefae*. La sensación del lector de la vida sobre Severino es que se trataba de un problema candente, que en ocasiones emerge muy específicamente en el texto, naturalmente a mayor gloria del santo, que acude aquí y allá, en sus idas y venidas por la zona del Danubio, solventándolo, como sucedió en

Fauianiae, en la Baja Austria[69]. En otro momento aparece el problema de abastecimiento de aceite, que en no pocas ocasiones había estado ligado a circuitos comerciales no ajenos a las estructuras imperiales, ahora en desarticulación. De hecho, Eugipio detalla que en cierta ocasión Severino reunió a los pobres en una iglesia para repartirles raciones de aceite, que resultaba muy difícil de adquirir en aquella zona danubiana puesto que los mercaderes tenían grandes dificultades hacerse con tal material. El episodio queda recreado sobre la base del milagro, del surgimiento extraordinario del aceite, puesto en peligro por algún personaje que rompió el silencio con el que la comunidad de feligreses asistía atónita al reparto de tan preciado producto[70].

Igualmente contemporáneo, como Severino, del final del imperio fue Epifanio, obispo de Pavía, en el norte de Italia, entre 467 y 497. El autor de la *uita* es en este caso nada menos que Ennodio, prelado en la misma ciudad y uno de los personajes mejor conocidos en la Italia del rey ostrogodo Teodorico. Su actividad política y episcopal queda fuera de los límites cronológicos de este libro, no así la *uita* sobre Epifanio, que se refiere a otro de los personajes situables en la segunda mitad del siglo v que fueron proyectados como referentes de santidad ya a comienzos del siguiente, dado que la *uita* fue escrita en la primera década del vi[71].

Ennodio era un personaje acostumbrado a la alta política y a los niveles áulicos de la misma, y fue éste, precisamente,

uno de los aspectos más visibles en el proyecto de santidad que diseñó en su *Vida de Epifanio.* La relación de Epifanio con algunos emperadores, en especial su mediación entre Antemio y Ricimero (471-472), o su embajada al rey visigodo Eurico (475) por encargo de Julio Nepote son quizás los dos asuntos más conocidos, de los que ya me ocupé en las páginas más centradas en la exposición de la línea de evolución política inmediatamente anterior a la deposición de Rómulo Augústulo[72]. El texto está escrito en época del rey ostrogodo Teodorico el Grande, que había sido el vencedor de Odoacro en Italia y su ejecutor en 493. Y Ennodio se movía precisamente en los circuitos de poder del reino ostrogodo. Habiendo elaborado esta *uita* sólo una década después de la muerte de Odoacro, como era de esperar, el tratamiento que da de los acontecimientos políticos está más bien enfocado a captar la benevolencia y la buena acogida por parte de Teodorico, lo que no le impidió en todo caso algunos guiños a la buena sintonía entre Odoacro y Epifanio, tal y como sucede en la obra de Eugipio sobre Severino del Nórico[73].

Epifanio es presentado como modelo de santidad episcopal. Recogiendo los tópicos de la Antigüedad tardía sobre la consagración de obispos, Ennodio presentaba los clichés habituales sobre la reluctancia de Epifanio a asumir el obispado[74]. A partir de ese momento, el texto se va deteniendo con especial hincapié en las relaciones del prelado con gobernantes, tanto imperiales como post-

imperiales, destacando en este caso Odoacro, pero también Gundobado rey de los burgundios y el propio Teodorico, bajo cuyo mandato Ennodio escribió la *uita*. Como en otros ejemplos, también aquí encontramos a un obispo negociando con un gobernante (el propio Teodorico) la fiscalidad para su región[75]. Es por tanto el perfil político del obispo santo el que más llama la atención del modelo elaborado por Ennodio. Lo cual no puede sorprendernos dado que él mismo, Ennodio, era uno de los personajes del tejido político, cultural e ideológico de la elite durante la época de Teodorico en Italia.

El último texto del que me voy a ocupar brevemente es la *Vita Genovefae*, la vida de Genoveva de París, que vivió en el siglo v y murió en los primerísimos años del vi. Bruno Krusch, uno de los principales editores de textos de la Antigüedad tardía y la Alta Edad Media, pensaba, y así lo dejó escrito en 1892, que las distintas versiones de la obra (cinco al menos) transmitidas por los códices respondían a elaboraciones tardías, y en modo alguno cercanas a la época de la santa. En los años ochenta del siglo xx, sin embargo, Heinzelmann y Poulin publicaron un estudio magistral, detalladísimo, en el que dejaban creo que suficientemente claro que la llamada versión A (una de las cinco) fue escrita originalmente a comienzos del vi. Por este motivo, y por el contenido sumamente interesante de esta obra hagiográfica, he considerado pertinente llamar la atención sobre algunos de los aspectos de la misma. Para todo lo que tiene que ver

con la historia del texto y sus complejos problemas cronológicos he seguido directamente los argumentos de Heinzelmann y Poulin[76].

Según estos autores, la *Vita Genovefae* fue escrita como encargo confiado a un clérigo que, aunque de origen burgundio, estaba desplazado en París. La persona que habría decidido dicho encargo no sería otra que Clotilde, reina de los francos, esposa (viuda ya por entonces) nada menos que del rey Clodoveo. Como es bien sabido, Clodoveo fue el rey que logró unificar, a finales del siglo v, las distintas jefaturas dentro de los francos, y asentar las bases de lo que se conocería después como la casa real merovingia. Por lo demás, fue el rey que convirtió a su *gens Francorum* al catolicismo. En fin, el texto tiene una gran influencia de la *Vita Martini* de Sulpicio Severo. Quisiera destacar que, a diferencia de lo ocurrido con la *Vita Germani* de Constancio, no hay aquí un proyecto episcopal, sino áulico, regio.

En esencia, el texto narra los primeros años de Genoveva en su región natal, en la zona de Nanterre. Por allí habrían pasado nada menos que Germán de Auxerre y Lupo de Troyes, pareja que ya sonará al lector, en su viaje de camino a Britania en 429, citándose igualmente el segundo viaje de Germán[77]. La campaña de Atila a las Galias en 451 es otro de los ejes del relato, con Genoveva ya asentada en París, presentada en el texto como una heroína de la ciudad, no sin enemigos y rivales que le

hicieron la vida muy complicada[78]. En fin, al igual que en los demás textos de esta índole, también encontramos al santo, en este caso a la santa, relacionándose con gobernantes y dinastas, como el franco Childerico (padre de Clodoveo)[79]. Durante los años de asedio franco a París, Genoveva aparece como personaje clave para el avituallamiento de su comunidad, cosa que también nos resulta familiar por haber aparecido en otros textos hagiográficos de esta época[80]. Una vez más, el modelo de santidad se tejía sobre la base de las relaciones estrechas con los jefes bárbaros, así como de la capacidad para movilizar recursos y dotar de avituallamientos.

Estamos ante un modelo emanado desde la realeza, y la autoridad eclesiástica apenas es perceptible en los distintos registros que van apareciendo en la obra. A mi modo de ver el contexto histórico que explica dicha circunstancia no es otro que la construcción y consolidación de la monarquía franca unificada, que como sabemos tuvo que lidiar con los referentes episcopales, verdaderos adalides de autoridad en las esferas locales. Después de todo, las cartas de Remigio de Reims a Clodoveo a las que me he referido en este mismo capítulo son buena muestra de ello. Y quizás aún más claras sean las decisiones de aproximación al clero católico que Clodoveo tomó no sólo con su conversión y la de su *gens*, sino, por ejemplo, tras la conquista del sur y la victoria sobre los visigodos en 507, sucesos a los que igualmente he hecho breve alusión más arriba[81]. Genoveva

murió en vida de Clodoveo, que fue quien impulsó su enterramiento y el reconocimiento público a su memoria, y la *uita* fue encargada ya tras la muerte del rey (511) por su viuda Clotilde, en lo que fue la eclosión de su culto y del vínculo entre reina y santa. De hecho, el enterramiento de Genoveva, que murió hacia 502, terminó siendo un punto de referencia, y su culto se vinculó a la basílica de los Santos Apóstoles en París, cuya construcción inició Clodoveo, a modo de trasunto edilicio de la realeza católica[82].

* * *

Los bárbaros habían sido tratados desde la perspectiva del cliché, de los *tópoi* grecolatinos, dentro de la tradición. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo v hubo tanto posicionamientos personales como proyectos ideológicos emanados de la intelectualidad romana occidental que abrieron grietas en tal tratamiento. Entre los primeros, el conjunto epistolar de Sidonio nos deja ver cierta evolución, siempre apegada al terreno de la política real, por más que aderezada por toda una carga hiperbólica, retórica, que en ocasiones apenas deja ver su personal toma de posición. Otras veces, como en el caso de Ruricio, el paso de los años impelía a estos aristócratas a apostar por una vía de suma prudencia, que no les impidiera el ejercicio de su responsabilidad como propietarios, aristócratas y obispos.

Algunos años atrás, los cronistas habían participado ampliamente de la versión tradicional, haciendo entrar a los bárbaros en las dosis justas para pintar cuadros catastróficos, en la creencia de que el mundo conocido se acababa, siquiera por convencimientos escatológicos, o bien para definir como contraste el papel cimero de la ortodoxia religiosa y de la autoridad papal, según los casos. Finalmente, en los últimos años del siglo y los primeros del siguiente, circularon textos de carácter hagiográfico que proponían otra alternativa, en cierto modo ensayada lejanamente por Agustín con la referencia que he elegido para titular este capítulo. El respeto a Cristo, en la fórmula agustiniana, podía ser la clave para respetar a los romanos, que es el sentido que Agustín daba a su reflexión. Décadas más tarde, algunos textos proyectaron la imagen según la cual los hombres de dios eran una vía para superar las distancias con los bárbaros, para tejer alianzas y para solventar conflictos.

Imitar sus modelos era el camino. Al menos eso se proponía, en un mundo en el que todo estaba en negociación, en el que el sistema que había funcionado hasta entonces había quebrado.

Claro que la cuestión radicaba en determinar quiénes se arrogaban la decisión de interpretar tales modelos. La respuesta la encontramos en los autores, en los emisores de tales modelos: la aristocracia, los obispos, los abades.

APUNTE FINAL

He elegido dos versos de León Felipe como entrada de este libro. «Y que el miedo del hombre / ha inventado todos los cuentos». En el momento de concluir las últimas frases del mismo, estoy más convencido de que, en el caso que nos ocupa, fue efectivamente así. Casi todo lo que sabemos gracias a las fuentes literarias sobre el final del imperio romano en Occidente está mediatizado por dos aspectos. Primero, el material viene de la mano de quienes tenían algo que negociar con el proceso de la desarticulación del sistema imperial. Segundo, una parte relevante de esa información fue escrita después de la disolución del imperio romano de Occidente.

En ambos casos, en el discurso literario había un ingrediente que, si queremos, podemos calificar como «miedo». En las fuentes que fueron escritas después de la desaparición del imperio, se trataba de un miedo fomentado desde el poder. Era la corte de Constantinopla la que quería insuflar en sus propios grupos elitistas la idea de que Occidente había sucumbido, como decía textualmente la cancillería del propio Justiniano, «por su negligencia». Esto

reforzaba la campaña ideológica que a su vez dio soporte a los movimientos militares del siglo VI, a las guerras que los romanos orientales llevaron a cabo en Occidente para «recuperar» el imperio. Insistir en que se había perdido redundaba en la necesidad de recuperarlo.

En las tierras occidentales, y en la segunda mitad del siglo V, algunos contemporáneos a los últimos años del imperio occidental dejaron escritas crónicas, cartas, según el caso. Se trata de un material al que el historiador se enfrenta a sabiendas de que lo hace con una mínima selección, con documentos que son pequeñísimas islas en un mar de incertidumbres textuales. La arqueología ha avanzado mucho, pero aún está en fase de definición empírica, aunque algunos de los datos recientes tienen un enorme interés, como he tratado de poner de manifiesto. Sabemos que la estructura económica, social y política de la época cubierta por este libro da síntomas de cortocircuitos en diversas regiones. En otras hay continuidades no exentas de reducciones en los intercambios, o en los referentes suntuarios. Sin embargo, «476» como hito de un colapso fue un útil producto ideológico del siglo VI, justinianeo, una bandera de legitimidad construida para justificar una conquista.

Durante el proceso de desarticulación y de colapso propiamente dicho, es decir, en la segunda mitad del siglo V, algunos sintieron la necesidad de reajustar sus posiciones y de redefinir su papel en la sociedad y en el nuevo panorama

sistémico. Dicho en otros términos, hubo una red de negociaciones. He tratado de explicar cuáles me parecen más importantes y mejor documentadas. Fueron la *gens* y el *rex* los formulismos operativos en la fase siguiente, pero ya habían empezado a serlo antes de que Zenón recibiera los símbolos imperiales que Odoacro le remitió desde Italia después de quitárselos a Rómulo Augústulo. La mera idea de decadencia habría olvidado tener en cuenta que muchos comprendieron que cabía una salida a sus posiciones. Y que ésta, naturalmente, debía de permitir el mantenimiento, en la medida de lo posible, de sus mallas de poder local.

Es tal el lugar en el que podemos ubicar algo así como una solución intelectual. Para los occidentales del siglo v, ésta pasaba por ajustar parámetros de legitimidad, de superioridad en sus territorios, y de capacidad de interlocución con los bárbaros.

He tratado de mostrar que esa *solución intelectual* comenzó a funcionar al mismo tiempo que el imperio se desarticulaba en numerosas regiones occidentales. El imperio fue desapareciendo a distintos ritmos en las diversas regiones de Occidente, pero algunos grupos elitistas fueron negociando, adaptándose a las nuevas realidades políticas, sobre la base de su propia tradición romana, pero con un amplio margen para el pacto o, simplemente, para la aceptación de acuerdos sobre la base de los hechos. Y fueron precisamente esos grupos quienes proyectaron sus mensajes a través de documentos que, hoy, son nuestras

fuentes.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA

Fuentes

Agustín, *De ciuitate Dei*, edición de T. E. PAGE, Cambridge (Mass.), 1966.

AMIANO Marcelino, *Res Gestae*, edición de W. SEYFARTH, *Ammiani Marcellini Rerum Gestarum libri qui supersunt*, 2 vols., Berlín, 1978; traducción de M.ª L. Harto Trujillo, *Amiano Marcelino. Historia*, Madrid, 2002.

Anónimo Valesiano, parte II, edición de I. KÖNIG, *Aus der Zeit Theoderichs des Großen*, Darmstadt, 1997.

Auct. Haun. Ordo Prior., edición de Th. MOMMSEN, *MGH, AA*, 9, Berlín, 1892.

Boecio, *De consolatione Philosophiae*, edición de L. BIELER, *Anicii Manlii Severini Boethii Philosophiae consolatio*, Turnhout, 1984.

Bruns, Th., *Canones Apostolorum et conciliorum*, Berlín, 1889.

Carmen de Providentia Dei, edición y traducción de R. VILLEGAS, *Pseudo-Próspero de Aquitania. Sobre la*

providencia de Dios, Barcelona, 2010.

Casiodoro, *Chronica*, edición de Th. Mommsen, *MGH, AA*, 11, Berlín, 1894; *Variae*, edición de A. Fridh, *Variarum Libri XII, CC, SL*, 96, Turnhout, 1973.

César, *De Bello Gallico*, traducción de V. García Yebra y H. Escobar Sobrino, *César. Guerra de las Galias*, Madrid, 2000.

Chron. Gall. a. 452, edición de R. Burgess, «The Gallic Chronicle of 452: A New Critical Edition with a Brief Introduction», en R. W. Mathisen y D. Shanzer (eds.), *Society and Culture in Late Antique Gaul. Revisiting the Sources*, Aldershot, 2001, pp. 52-84.

Chronica Gallica a. 511, edición de R. Burgess, «The Gallic Chronicle of 511: A New Critical Edition with a Brief Introduction», en R. W. Mathisen y D. Shanzer (eds.), *Society and Culture in Late Antique Gaul. Revisiting the Sources*, Aldershot, 2001, pp. 85-99.

Claudiano Mamerto, *De statu animae*, edición de A. Engelbrecht, *CSEL*, 11, Viena, 1885.

Clodoveo, *Ad episcopos epistola*, edición de A. Boretius, *Capitularia regum Francorum*, 1, 1883.

Codex Theodosianus, edición de Th. Mommsen y P. Meyer, Berlín, 1905.

Consularia Caesaraugustana, edición de C. Cardelle de Hartmann, *CC, SL*, 173ª, Turnhout, 2001.

Constancio de Lyon, *Vita Germani*, edición de R. Borius,

Constance de Lyon. Vie de Saint Germain d'Auxerre, París, 1965.

Draconcio, *Satisfactio*, edición de C. MOUSSY y C. CAMUS, *Dracontius. Oeuvres*, I, *Louanges de Dieu, livres I et II*, París, 1985.

Ennodio, *Vita Epiphanii*, edición de F. VOGEL, *MGH, AA*, 7, Berlín, 1885; trad. ingl. G. M. Cook, *The Life of Saint Epiphanius by Ennodius*, Washington, 1942; trad. esp. A. López Kindler, *Ennodio. Obra miscelánea. Declamaciones*, Madrid, 2002.

Eugipio, *Vita Severini*, edición de P. RÉGERAT, *Eugippe. Vie de Saint Séverin*, París, 1991.

Fasti Vindobonenses, edición de Th. MOMMSEN, *MGH, AA*, 9, Berlín, 1892.

Fausto de Riez, *Epistulae; De gratia; Sermones*, edición de A. ENGELBRECHT, *CSEL*, 21, Viena, 1891.

Gennadio, *De Script. Eccl.*, edición de *PL*, 58.

GREGORIO DE TOURS, *Decem Libri Historiarum*, edición de B. KRUSCH y W. LEVISON, *MGH, SRM*, 1.1, Hannover, 1951 (1885); *In gloria martyrum*, edición de B. KRUSCH, *MGH, SRM*, 1.2, Hannover, 1885.

Hidacio, *Chronica*, edición de R. W. BURGESS, *The Chronicle of Hydatius and the Consularia Constantinopolitana*, Oxford, 1993.

Hilario Papa, *Epistulae*, edición de A. THIEL, *Epistolae Romanorum Pontificum genuinae et quae ad eos*

scriptae sunt a S. Hilario usque ad Pelagium II, I, 1868.

ILCV, edición de E. Diehl, *Inscriptiones Latinae Christianae Veteres*, 3 vols., Berlín, 1924-1967.

ICERV, edición de J. Vives, *Inscripciones Cristianas de la España Romana y Visigoda*, Barcelona, 1969.

ILS, edición de H. Dessau, *Inscriptiones Latinae Selectae*, 2.ª ed., Berlín, 1954-1955.

Inscriptiones Christianae Italiae, 9, Regio IX, Liguria reliqua trans et cis Appenninum, edición de G. Mennella y G. Coccoluto, Bari, 1995.

Jerónimo, *Commentariorum in Hiezechielem Libri XIV*, edición de F. Glorie, *CC, SL*, 75, Turnhout, 1964.

Jordanes, *Romana; Getica*, edición de Th. Mommsen, *MGH, AA*, 5, 1882.

Juan de Antioquía, *Frag.*, edición de U. Roberto, *Iohannis Antiocheni Fragmenta ex Historia chronica*, Berlín-Nueva York, 2005.

Juan Malalas, edición de L. Dindorf, Bonn, 1831; véase E. Jeffreys *et al.*, *The Chronicle of John Malalas*, Melbourne, 1986.

Liber Pontificalis, edición de L. Duchesne, *Le Liber Pontificalis. Texte, introduction et commentaire*, I, París, 1886.

Malco, *Frags.*, edición de R. C. Blockley, *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire*, Liverpool, 1981.

Marcelino, *Chronica*, edición de Th. MOMMSEN, *MGH, AA*, 11, Berlín, 1894.

Mario de Avenches, *Chronica*, edición de J. FAVROD, *La Chronique de Marius d'Avenches (455-581)*, Lausanne, 1993.

Notitia Dignitatum, edición de C. NEIRA FALEIRO, *La Notitia Dignitatum. Nueva edición crítica y comentario histórico*, Madrid, 2005.

Novellae Iustiniani, edición de R. SCHOELL y W. KROLL, *Corpus iuris civilis*, III, Berlín, 1928.

Novellae Maioriani, edición de Th. MOMMSEN y P. M. MEYER, *Theodosiani libri XVI cum constitutionibus Sirmondianis*, II, Berlín, 1905.

Paulino de Pella, *Eucharisticos*, edición de C. MOUSSY, París, 1974; también se ha utilizado H. G. EVELYN WHITE, *Ausonius*, II, Cambridge (Mass.)-Londres, 1921.

Prisco, *Frags.*, edición de R. C. BLOCKLEY, *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire*, Liverpool, 1981.

Procopio, *Bellum Vand; Bellum Goth.*, edición de H. B. DEWING, Londres, 1914-1928; trad. esp. J. A. Flores Rubio, *Procopio de Cesarea. Historia de las Guerras. Libros III-IV, Guerra Vándala*, Madrid, 2000; J. A. Flores Rubio, *Procopio de Cesarea. Historia de las Guerras. Libros V-VI, Guerra Gótica*, Madrid, 2006; F. A. García Romero, *Procopio de Cesarea. Historia de las*

Guerras. Libros VII-VIII, Guerra Gótica, Madrid, 2006.

Próspero, *Chronica*, edición de Th. MOMMSEN, *MGH, AA*, 9, Berlín, 1961 (1892).

Remigio de Reims, *Epistulae ad Chlodovechum regem*, edición de E. MALASPINA, *Il Liber epistolarum della cancelleria austrasica (sec. V-VI)*, Roma, 2001.

RIC, J. P. C. KENT, *The Roman Imperial Coinage, 10, The Divided Empire and the Fall of the Western Parts, A.D. 395-491*, Londres, 1994.

Ruricio de Limoges, *Epistulae*, edición de B. KRUSCH, *MGH, AA*, 8, Berlín, 1887; traducción de R. W. Mathisen, *Ruricius of Limoges and Friends. A Collection of Letters from Visigothic Gaul*, Liverpool, 1999.

Quodvultdeus de Cartago, *De tempore barbarico*, edición de R. BRAUN, *CCSL*, Turnhout, 1976.

Salviano de Marsella, *De gubernatione Dei*, edición de G. LAGARRIGUE, *Salvien de Marseille. Oeuvres*, II, *Du gouvernement de Dieu*, París, 1975.

Sidonio Apolinar, *Carmina* y *epistulae*, edición de A. LOYEN, *Sidoine Apollinaire,* I, *Poémes*, París, 1960; *Sidoine Apollinaire,* II, *Lettres (Livres I-V)*, París, 1970; *Sidoine Apollinaire,* II, *Lettres (Livres VI-IX)*, París, 1970.

Simplicio Papa, *Epistolae*, edición de A. THIEL, *Epistolae Romanorum Pontificum Genuinae et quae ad eos*

scriptae sunt a S. Hilaro usque ad Pelagium, II, 1, Brusnbergae, 1868.

Tácito, *Germania*, edición de J. G. C. Anderson, Oxford, 1938; véase el estudio y referencias de J. B. Rivers, *Tacitus. Germania*, Oxford, 1999.

Veleyo Patérculo, edición de F. W. Shipley, Harvard (Mass.), 1924.

Víctor de Vita, *Historia persecutionis Africanae prouinciae*, edición de C. Halm, *MGH, AA*, 3, Berlín, 1879.

Vita Genovefae, edición de B. Krusch, *MGH, SRM*, 3, Hannover, 1896.

Vita Lupicini, edición de F. Martine, *Vie des pères du Jura*, París, 1968.

Bibliografía

Adams, R. M., «Complexity in Archaic States», *Journal of Anthropological Archaeology*, 20, 2001, pp. 345-360.

Amherdt, D., *Sidoine Apollinaire. La quatrième livre de la correspondence*, Berna, 1999.

Amory, P., *People and Identity in Ostrogothic Italy, 489-554*, Cambridge, 1997.

Ando, C., «Decline, Fall and Transformation», *Journal of Late Antiquity*, 1.1, 2008, pp. 31-60.

— «After Antiquity», en A. Barchiesi y W. Scheidel (eds.), *The Oxford Handbook of Roman Studies*, Oxford, 2010,

pp. 685-698.

ARCE, J., *Bárbaros y romanos en Hispania, 400-507 A.D.*, Madrid, 2005.

ARENA, M. S., *et al*. (eds.), *Roma dall'Antichitè al Medioevo. Archeologia e Storia*, Roma, 2001.

ATZERI, L., *Gesta Senatus Romani de Theodosiano Publicando. Il Codice Teodosiano e la sua diffusione ufficiale in Occidente*, Berlín, 2008.

AUERBACH, E., *Literary Language and its Public in Late Latin Antiquity and in the Middle Ages*, Princeton, 1965.

AUGENTI, A. (dir.), *Le città italiane tra la Tarda Antichità e l'Alto Medioevo*, Florencia, 2006.

— «Immaginare una comunità, costruire una tradizione. Aristocrazie e paesaggio sociale a Ravenna tra v e x secolo», en G. P. BROGIOLO y A. CHAVARRÍA (eds.), *Archeologia e società tra Tardo Antico e Alto Medioevo*, Mantua, 2007, pp. 193-204.

AZZARA, C., *Las invasiones bárbaras*, Granada, 2004.

BAILEY, L., «Monks and lay communities in late antique Gaul: the evidence of the Eusebius Gallicanus sermons», *Journal of Medieval History*, 32.4, 2006, pp. 315-332.

BAGNALL, R. S., *Egypt in Late Antiquity*, Princeton, 1993.

BAGNALL, R. S., *et al.*, *Consuls of the Later Roman Empire*, Atlanta, 1987.

BALDINI, A., *L'impero romano e la sua fine*, Bolonia, 2008.

BALLESTEROS ARIAS, P., «La arqueología rural y la construcción de un paisaje agrario medieval: el caso de Galicia», en H. KIRCHNER (ed.), *Por una arqueología agraria*, Oxford, 2010, pp. 25-39.

BARNISH, S. J. B., «Transformation and Survival in the Western Senatorial Aristocracy, c. A.D. 400-700», *Papers of the British School at Rome*, 56, 1988, pp. 120-155.

BENAISSA, A., «A bishop, a village, and the nomination of a church steward», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 171, 2009, pp. 175-180.

BERARDINO, A. di (ed.), *Patrologia, IV, Dal Concilio di Calcedonia (451) a Beda. I Patri Latini*, Génova, 1996.

BERTELLI, C., «The Production and Distribution of Books in Late Antiquity», en R. HODGES y W. BOWDEN (eds.), *The Sixth Century. Production, Distribution and Demand*, Leiden, 1998, pp. 41-60.

BONNET, C., y REYNAUD, J. F., «Genéve et Lyon, capitales burgondes», en G. RIPOLL y J. M.ª GURT (eds.), *Sedes Regiae*, Barcelona, 2000, pp. 241-266.

BOWERSOCK, G., «The Vanishing Paradigm of the Fall of Rome», *Bulletin of the American Academy of Arts and Sciences*, 49.8, 1996, pp. 29-43.

BOWES, K., *Private worship, Public Values, and Religous Change in Late Antiquity*, Cambridge, 2008.

BRAVO, G. (ed.), *La caída del imperio romano y la génesis*

de Europa. Cinco nuevas visiones, Madrid, 2001.

BROGIOLO, G. P. (ed.), *Early Medieval Towns in the Western Mediterranean*, Mantua, 1996.

— «Immigration and Urban Transformation in the Capitals of the West in the 5th century», en P. DELOGU y S. GASPARRI (eds.), *Le trasformazioni del V secolo. L'Italia, I barbari e l'Occidente romano*, Turnhout, 2010, pp. 215-236.

— *Le origine della città medievale*, Mantua, 2011.

BROGIOLO, G. P., y CHAVARRÍA, A., «Chiese e insediamenti tra V e VI secolo: Italia settentrionale, Gallia meridionale e Hispania», en G. P. BROGIOLO (ed.), *Chiese e insediamenti nelle campagne tra V e VI secolo*, Mantua, 2003, pp. 9-37.

— *Aristocrazie e campagne nell'Occidente da Costantino a Carlo Magno*, Florencia, 2005.

— (eds.), *Archeologia e società tra Tardo Antico e Alto Medioevo*, Mantua, 2007.

— «Dai Vandali ai Longobardi: Osservazioni sull'insediamento barbarico nelle campagne dell'Occidente», en G. M. BERNDT y R. STEINACHER (eds.), *Das Reich der Vandalen und seine (Vor-)Geschichten*, Viena, 2008, pp. 261-281.

BROGIOLO, G. P.; GAUTHIER, N., y CHRISTIE, N. (eds.), *Towns and their Territories between Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Leiden, 2000.

BROGIOLO, G. P., y WARD-PERKINS, B. (eds.), *The Idea and Ideal of the Town, between Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Leiden, 1999.

BREZZI, P., *et al.*, *La fine dell'impero romano d'Occidente*, Roma, 1978.

BROWN, P., *The Cult of the Saints*, Chicago, 1981.

— *El mundo de la Antigüedad tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*, Madrid, 1989.

— *Power and Persuasion in Late Antiquity. Towards a Christian Empire*, Londres, 1992.

— «Images as a Substitute for Writing», en E. CHRYSOS e I. WOOD (eds.), *East and West. Modes of Communication*, Leiden, 1999, pp. 15-34.

BURGESS, R. W., «From Gallia Romana to Gallia Gothica: the view from Spain», en J. DRINKWATER y H. ELTON (eds.), *Fifth-Century Gaul: A Crisis of Identity?*, Cambridge, 1992, pp. 19-27.

— «Hydatius and the Final Frontier: The Fall of the Roman Empire and the End of the World», en R. W. MATHISEN y H. S. SIVAN (eds.), *Shifting Frontiers in Late Antiquity*, Aldershot, 1996, pp. 321-332.

— «The Gallic Chronicle of 452: a New Critical Edition with a Brief Introduction», en R. W. MATHISEN y D. SHANZER (eds.), *Society and Culture in Late Antique Gaul: Revisiting the Sources*, Aldershot, 2001, pp. 52-84.

BURNS, T. S., *Rome and the Barbarians, 100 B.C.-A.D. 400*, Baltimore, 2003.

BURY, J. B., *History of the Later Roman Empire*, 2 vols., Londres, 1923.

CAILLET, J.-P., *L'évergétisme monumental chrétienne en Italie et à ses marges d'après l'épigraphie des pavements de mosaïque (IVe-VIIe s.)*, Roma, 1993.

— «La transformation en église d'édifices publics et de temples à la fin de l'Antiquité», en C. LEPELLEY (ed.), *La fin de la cité antique et le début de la citté médiéval*, Bari, 1996, pp. 191-211.

CALDERONE, S., «Alle origini della "fine" dell'impero romano d'Occidente», en P. BREZZI *et al.*, *La fine dell'impero romano d'Occidente*, Roma, 1978, pp. 29-48.

CAMERON, Al., *The Last Pagans of Rome*, Oxford, 2011.

CAMERON, Al., y SCHAUER, D., «The Last Consul: Basilius and his Diptych», *JRS*, 72, 1982, pp. 126-145.

CAMERON, Av., *Procopius and the Sixth Century*, Londres, 1985.

— *El mundo mediterráneo en la Antigüedad tardía (395-600)*, Barcelona, 1998.

— «Old and New Rome: Roman Studies in Sixth-Century Constantinople», en P. ROUSSEAU y M. PAPOUTSAKIS (eds.), *Transformations of Late Antiquity. Essays for Peter Brown*, Farnham, 2009, pp. 15-36.

CANTINO-WATAGHIN, G., «Topografia della civitas christiana tra IV e VI sec.», en G. P. BROGIOLO (ed.), *Early Medieval Towns in the Western Mediterranean*, Mantua, 1996, pp. 17-41.

— «The Ideology of Urban Burials», en G. P. BROGIOLO y B. WARD-PERKINS (eds.), *The Idea and Ideal of the Town, between Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Leiden, 1999, pp. 147-180.

CARLETTI, C., *Epigrafia dei cristiani in Occidente dal III al VII secolo*, Bari, 2008.

CASTELLANOS, S., «Propiedad de la tierra y relaciones de dependencia en la Galia del siglo VI. El *Testamentum Remigii*», *Antiquité Tardive*, 8, 2000, pp. 223-227.

— «The Political Nature of Taxation in Visigothic Spain», *Early Medieval Europe*, 12.3, 2003, pp. 201-228.

— «Bárbaros y cristianos en el Imperio tardorromano. La adaptación de la intelectualidad cristiana occidental», *Cristianismo y poder en la Antigüedad. Studia Historica. Historia Antigua*, 24, 2006, pp. 237-256.

— «*Nec pecuniae fauere nec gratiae*. Algunas soluciones para los últimos obispos romanos de la Galia», en G. BRAVO y R. GONZÁLEZ SALINERO (eds.), *La corrupción en el mundo romano*, Madrid, 2008, pp. 371-379.

— «*Nostri spes maxima saecli*. El emperador Antemio y las esperanzas políticas de Occidente», en G. BRAVO y R. GONZÁLEZ SALINERO (eds.), *Toga y Daga. Teoría y praxis*

de la política en Roma, Madrid, 2010, pp. 393-401.

— «La mirada de Constantinopla. La desaparición del imperio romano de Occidente», en J. M. Cortés Copete, E. Muñiz Grijalvo y R. Gordillo Hervás (eds.), *Grecia ante los Imperios. V Reunión de Historiadores del Mundo Griego*, Sevilla, 2011, pp. 371-376.

— «Contar el final de Roma. Los contemporáneos y nosotros», en M. Romero Recio (ed.), *La caída del imperio romano*, Potsdam (en prensa).

— «Creating new Constantines at the end of the sixth century», *Historical Research*, 85, 2012, pp. 556-575.

Castellanos, S., y Martín Viso, I. (eds.), *De Roma a los bárbaros. Poder central y horizontes locales en la cuenca del Duero*, León, 2008.

Cavallo, G., *Libros, editores y público en el mundo antiguo*, Madrid, 1995.

— «Scuola, libri, pratiche intellettuali a Roma tra il v e il ix secolo», en M. S. Arena *et al.*, *Roma dall'Antichità al Medioevo. Archeologia e Storia*, Roma, 2001, pp. 92-103.

Cesa, M., «Odoacre nelle fonti letterarie dei secole v e vi», en P. Delogu (ed.), *Le invasioni barbariche nel meridione dell'imperio: visigoti, vandali, ostrogoti*, Soveria Mannelli (Catanzaro), 2001, pp. 41-59.

Chastagnol, A., *Le Sénat romain sous le règne d'Odoacre*, Bonn, 1966.

CHAVARRÍA, A., «Romanos y visigodos en el valle del Duero (siglos V-VIII)», *Lancia*, 6, 2004-2005, pp. 187-204.

— «*Villae* tardoantiguas en el valle del Duero», en S. CASTELLANOS e I. MARTÍN VISO (eds.), *De Roma a los bárbaros. Poder central y horizontes locales en la cuenca del Duero*, León, 2008, pp. 93-122.

— *El final de las villae en Hispania (siglos IV-VII d.C.)*, Turnhout, 2007.

— *Archaeologia delle Chiese. Dalle origini all'anno Mille*, Roma, 2009.

— «Suburbio, iglesias y obispos. Sobre la errónea ubicación de algunos complejos episcopales en la Hispania tardoantigua», en D. VAQUERIZO (ed.), *Las áreas suburbanas en la ciudad histórica,* Córdoba, 2010, pp. 435-454.

— «Churches and villas in the 5th century: reflections on italian archaeological data», en P. DELOGU y S. GASPARRI (eds.), *Le trasformazioni del V secolo. L'Italia, I barbari e l'Occidente romano*, Turnhout, 2010, pp. 639-662.

CHRIST, K., *Der Untergang des römisches Reiches*, Darmstadt, 1970.

CHRISTIE, N. (ed.), *Landscapes of Change. Rural Evolutions in Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Aldershot, 2004.

— *The Fall of the Western Roman Empire. An Archaeological and Historical Perspective*, Londres,

2011.

CHRISTIE, N., y LOSEBY, S. T. (eds.), *Towns in Transition. Urban Evolution in Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Aldershot, 1996.

CLOVER, F., *Flavius Merobaudes. A Translation and Historical Commentary*, Philadelphia, 1971.

COOPER, K., y HILLNER, J. (eds.), *Religion, Dynasty, and Patronage in Early Christian Rome, 300-900*, Cambridge, 2007.

COSENTINO, S., «Fine della fiscalità, fine dello stato romano?», en P. DELOGU y S. GASPARRI (eds.), *Le trasformazioni del V secolo. L'Italia, I barbari e l'Occidente romano*, Turnhout, 2010, pp. 17-35.

COSER, L. A., *The Functions of Social Conflict*, Londres, 1956.

COSKUN, A., «Chronology in the *Eucharisticos* of Paulinus Pellaeus: a reassessment», *Mnemosyne*, 55, 2002, pp. 329-344.

COURCELLE, P., *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques*, París, 1948.

CORNELL, T., *Los orígenes de Roma, c. 1000-264 A.C.,* Barcelona, 1999.

CRACCO RUGGINI, L., «Come Bisanzio vide la fine dell'Impero d'Occidente», en P. BREZZI *et al.*, *La fine dell'impero romano d'Occidente*, Roma, 1978, pp. 71-82.

CROKE, B., «A.D. 476: The Manufacture of a Turning Point», *Chiron*, 13, 1983, pp. 81-119.

— *Count Marcellinus and his Chronicle*, Oxford, 2001.

— «Latin Historiography and the Barbarian Kingdoms», en G. MARASCO (ed.), *Greek and Roman Historiography in Late Antiquity*, Leiden, 2003, pp. 349-389.

DAGRON, G., «Rome et l'Italie vues de Byzance (IVe-VIIe siècles)», en *Bisanzio, Roma e l'Italia nell'Alto Medioevo*, I, *34 Settimane*, Spoleto, 1988, pp. 43-64.

DELOGU, P., «Roma dall'antichitè al medioevo. La storia», en M. S. ARENA *et al*. (eds.), *Roma dall'Antichitè al Medioevo. Archeologia e Storia*, Roma, 2001, pp. 13-19.

— (ed.), *Le invasioni barbariche nel meridione dell'impero: visigoti, vandali, ostrogoti*, Soveria Mannelli (Catanzaro), 2001.

DELOGU, P., y GASPARRI, S. (eds.), *Le trasformazioni del* V *secolo. L'Italia, I barbari e l'Occidente romano*, Turnhout, 2010.

DEMANDT, A., *Die Spätantike*, Múnich, 1989.

DÍAZ, P. C., «Propiedad y explotación de la tierra en la Lusitania tardoantigua», *Studia Historica. Historia Antigua*, 10-11, 1992-1993, pp. 297-310.

— «La ocupación germánica del valle del Duero», *Hispania Antiqua*, 18, 1994, pp. 457-476.

— «City and Territory in Hispania in Late Antiquity», en G. P. BROGIOLO, N. GAUTHIER y N. CHRISTIE (eds.), *Towns*

and their Territories between Late Antiquity and the Early Middle Ages, Leiden, 2000, pp. 3-35.

— *El reino suevo (411-585)*, Madrid, 2011.

DÍAZ, P. C., y MARTÍN VISO, I. (eds.), *Between Taxation and Rent. Fiscal Problems from Late Antiquity to Early Middle Ages*, Bari, 2011, pp. 23-37.

DILL, S., *Roman Society in the Last Century of the Western Empire*, Londres, 1899.

DOUGLAS, M., *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Madrid, 1973.

DRAKE, H. A., *Constantine and the Bishops. The Politics of Intolerance*, Baltimore-Londres, 2000.

DRINKWATER, J., y ELTON, H. (eds.), *Fifth-Century Gaul: a Crisis of Identity?*, Cambridge, 1992.

DUCKETT, E. S., *Latin Writers of the Fifth Century*, Nueva York, 1930.

DURLIAT, J., *Les finances publiques de Dioclétien aux Carolingiens, 284-889*, Sigmaringen, 1990.

EFFROS, B., «Beyond cemetery walls: early medieval funerary topography and Christian salvation», *Early Medieval Europe*, 6.1, 1997, pp. 1-23.

ENSSLIN, W., *Des Symmachus Historia Romana als Quelle für Jordanes*, Múnich, 1948.

ESCALONA, J., «Patrones de fragmentación territorial: el fin del mundo romano en la Meseta del Duero», en U.

ESPINOSA y S. CASTELLANOS (eds.), *Comunidades locales y dinámicas de poder en el norte de la Península Ibérica durante la Antigüedad tardía*, Logroño, 2006, pp. 165-200.

— «The Early Castilian peasantry: an archaeological turn?», *Journal of Medieval Iberian Studies*, 1.2, 2009, pp. 119-145.

ESCRIBANO PAÑO, M.ª V., «El Senado de Roma antes de su caída: *Senatus amplissimi gesta* (438 d.C.)», en M. ROMERO RECIO (ed.), *La caída del imperio romano. Cuestiones historiográficas*, Madrid (en prensa).

ESPINOSA, U., «*Civitates* y *territoria* en el Ebro Medio: continuidad y cambio durante la Antigüedad tardía», en U. ESPINOSA y S. CASTELLANOS (eds.), *Comunidades locales y dinámicas de poder en el norte de la Península Ibérica durante la Antigüedad tardía*, Logroño, 2006, pp. 41-100.

FENTRESS, J., y WICKHAM, C., *Memoria Social*, Madrid, 2003.

FERNÁNDEZ, G., «La agonía del imperio romano de Occidente», *Gerión*, 23.1, 2005, pp. 325-328.

FERNÁNDEZ GALIANO, M., *et al.*, *La caída del imperio romano de Occidente en el año 476*, Madrid, 1980.

FERNÁNDEZ LÓPEZ, M.ª C., *Sidonio Apolinar, humanista de la Antigüedad tardía: su correspondencia*, Murcia, 1994.

FERNÁNDEZ MIER, M., «La génesis de la aldea en las provincias de Asturias y León», en J. A. QUIRÓS

CASTILLO (ed.), *The Archaeology of Early Medieval Villages in Europe*, Vitoria, 2009, pp. 149-165.

FERNÁNDEZ OCHOA, C.; GARCÍA ENTERO, V., y GIL SENDINO, F. (eds.), *Las «villae» tardorromanas en el occidente del imperio: arquitectura y función*, Gijón, 2008.

FERNÁNDEZ UBIÑA, J., *La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo*, Madrid, 1982.

FERRILL, A., *La caída del imperio romano*, Madrid, 1998.

FINN, Th. M., «Quodvultdeus: the Preacher and the Audience. The Homilies of the Creed», *Studia Patristica*, 31, 1997, pp. 42-58.

FORTIN, E. L., *Christianisme et culture philosophique au cinquième siècle. La querelle de l'âme humaine en Occident*, París, 1959.

FOURACRE, P., «Cultural Conformity and Social Conservatism in Early Medieval Europe», *History Workshop Journal*, 33, 1992, pp. 152-161.

FOURNIER, E., *Victor of Vita and the Vandal «Persecution»: Interpreting Exile in Late antiquity*, University of California, 2008.

FRANCOVICH, R., y HODGES, R., *Villa to Village. The Transformation of the Roman Countryside in Italy, c. 400-1000*, Londres, 2003.

GARNSEY, P., y HUMFRESS, C., *The Evolution of the Late Antique World*, Cambridge, 2001.

GAUDEMET, J., *L'Église dans l'empire romain (IVe-Ve siècles)*,

París, 1958.

GEARY, P., *The Myth of Nations. The Medieval Origins of Europe*, Princeton, 2002.

GELICHI, S. (ed.), *L'isola del vescovo. Gli scavi archaeologici intorno alla Cattedrale di Comacchio*, Florencia, 2009.

GEORGE, K., *Gildas's De Excidio Britonum and the Early British Church*, Woodbridge, 2009.

GIARDINA, A., «Esplosione di Tardoantico», *Studi Storici*, 40.1, 1999, pp. 157-180.

GIBBON, E., *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*, 4 vols., Madrid, 2006.

GILLETT, A., «The Purposes of Cassiodorus' *Variae*», en A. C. MURRAY (ed.), *After Rome's Fall. Narrators and Sources of Early Medieval History. Essays presented to Walter Goffart*, Toronto, 1998, pp. 37-50.

— «The Accesión of Euric», *Francia*, 26.1, 1999, pp. 1-40.

— «Rome, Ravenna and the Last Western Emperors», *Papers of the British School at Rome*, 69, 2001, pp. 131-167.

— (ed.), *On Barbarian Identity. Critical Approaches to Ethnicity in the Early Middle Ages*, Turnhout, 2002.

GLUCKMAN, M. (ed.), *The Allocation of Responsibility*, Manchester, 1972.

GOETZ, H.-W., «*Gens*, Kings and Kingdoms: the Franks», en

H.-W. Goetz, J. Jarnut y W. Pohl (eds.), *Regna and Gentes*, Leiden, 2003, pp. 307-344.

Goffart, W., *Barbarians and Romans. The Techniques of Accommodation, A.D. 418-584*, Princeton, 1980.

— *The Narrators of Barbarian History (A.D. 550-800). Jordanes, Gregory of Tours, Bede, and Paul the Deacon*, Princeton, 1988.

— «An Empire Unmade: Rome, A.D. 300-600», en *Rome's Fall and After*, Londres, 1989, pp. 33-44.

— *Barbarian Tides. The Migration Age and the Later Roman Empire*, Philadelphia, 2006.

— «Salvian of Marseille, *De gubernatione Dei* 5.38-45 and the "colonate" problem», *Antiquité Tardive*, 17, 2009, pp. 269-288.

Goldsworthy, A., *La caída del imperio romano. El ocaso de Occidente*, Madrid, 2009.

Gonella, G., *The History of Early Medieval Towns of North and Central Italy*, Oxford, 2008.

González Salinero, R., «La invasión vándala en los Sermones de Quodvultdeus de Cartago», *Florentia Iliberritana*, 12, 2001, pp. 221-237.

— *Poder y conflicto religioso en el norte de África: Quodvultdeus de Cartago y los vándalos*, Madrid, 2002.

Goody, J., *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*, Madrid, 1990.

GUTIÉRREZ LLORET, S., «Ilici en la Antigüedad tardía. La ciudad evanescente», en *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici*, Alicante, 2004, pp. 95-110.

HALL, T. D., «World-Systems and evolution: an appraisal», en N. P. KARDULIAS (ed.), *World-Systems theory in practice: leadership, production and exchange*, Oxford, 1999, pp. 1-23.

HALSALL, G., «Archaeology and Historiography», en M. BENTLEY (ed.), *Companion to Historiography*, Londres, 1997, pp. 805-827.

— «Childeric's Grave, Clovis' Succession, and the Origins of the Merovingian Kingdom», en R. W. MATHISEN y D. SHANZER (eds.), *Society and Culture in Late Antique Gaul. Revisiting the Sources*, Aldershot, 2001, pp. 116-133.

— «The Barbarian Invasions», en P. FOURACRE (ed.), *The New Cambridge Medieval History, 1, c. 500-700*, Cambridge, 2005, pp. 35-55.

— *Barbarian Migrations and the Roman West, 376-568*, Cambridge, 2007.

HAMEROW, H., *Early Medieval Settlements. The Archaeology of Rural Communities in Northwest Europe, 400-900*, Oxford, 2002.

HARRIES, J., *Sidonius Apollinaris and the Fall of Rome, A.D. 407-485*, Oxford, 1994.

— «Sidonius Apollinaris and the Frontiers of *Romanitas*»,

en R. W. MATHISEN y H. S. SIVAN (eds.), *Shifting Frontiers in Late Antiquity*, Aldershot, 1996, pp. 31-44.

HAVELOCK, E. A., *Preface to Plato*, Cambridge (Mass.), 1963.

HEATHER, P., «Late Antiquity and the Early Medieval West», en M. BENTLEY (ed.), *Companion to Historiography*, Londres, 1997, pp. 69-87.

— «Cultura escrita y poder en el período de las migraciones», en A. K. BOWMAN y G. WOOLF (eds.), *Cultura escrita y poder en el Mundo Antiguo*, Barcelona, 2000, pp. 277-309.

— *La caída del imperio romano*, Barcelona, 2006.

— *Empires and Barbarians*, Londres, 2009.

HEINZELMANN, M., *Bischofsherrschaft in Gallien. Zur Kontinuität römischer Führungsschichten vom 4. bis zum 7. Jahrhundert. Soziale, prosopographische und bildungsgeschichtliche Aspekte*, Múnich, 1976.

HEINZELMANN, M., y POULIN, J.-C., *Les vie anciennes de sainte Geneviève de Paris*, París, 1986.

HOBSBAWM, E., «Peasants and Politics», *Journal of Peasant Studies*, 1, 1973, pp. 3-22.

HODGES, R., *The Anglo-Saxon Achievement*, Londres, 1989.

HUMPHRIES, M., «Italy, A.D. 425-605», en A. CAMERON, B. WARD-PERKINS y M. WHITBY (eds.), *The Cambridge Ancient History, 14, Late Antiquity: Empire and Successors, A.D. 425-600*, Cambridge, 2000, pp. 525-

551.

— «From emperor to pope? Ceremonial, space, and authority at Rome from Constantine to Gregory the Great», en K. COOPER y J. HILLNER (eds.), *Religion, Dynasty, and Patronage in Early Christian Rome, 300-900*, Cambridge, 2007, pp. 21-58.

INNES, M., «Land Freedom and the Making of the Medieval West», *Transactions of the Royal Historical Society*, 16, 2006, pp. 39-74.

— *Introduction to Early Medieval Western Europe, 300-900*, Londres, 2007.

JAMES, E., *Europe's Barbarians, A.D. 200-600*, Harlow, 2009.

— «The Rise and Function of the Concept "Late Antiquity"», *Journal of Late Antiquity*, 1.1, 2008, pp. 20-30.

JAUSS, H. R., «Literary History as a Challenge to Literary Theory», en R. COHEN (ed.), *New Directions in Literary History*, Londres, 1974, pp. 11-41.

JIMÉNEZ GARNICA, A. M.ª, *La desintegración del imperio romano de Occidente*, Madrid, 1990.

— *Nuevas gentes, nuevo imperio: los godos y Occidente en el siglo V*, Madrid, 2010.

JIMÉNEZ SÁNCHEZ, J. A., «Julio Nepote y la agonía del imperio romano de Occidente», *Faventia*, 25.2, 2003, pp. 115-137.

JONES, A. H. M., *The Later Roman Empire, 284-602*, Oxford, 1964.

JONES, A. H. M., y MARTINDALE, J. R., *The Prosopography of the Later Roman Empire*, 3 vols., Cambridge, 1971-1992.

KAZANSKI, M., *Les Goths, Ier-VIIe apr. J.-C.*, París, 1991.

KELLY, C., *Ruling the Later Roman Empire*, Cambridge (Mass.), 2006.

— *Attila the Hun. Barbarian Terror and the Fall of the Roman Empire*, Londres, 2008.

KNOWLES, D., *Great Historical Enterprises. Problems in Monastic History*, Toronto, 1963.

KOCH, M., «*Gotthi intra Hispanias sedes acceperunt*. Consideraciones sobre la supuesta inmigración visigoda en la Península Ibérica», *Pyrenae*, 37.2, 2006, pp. 83-104.

— «*Nunc tempore potentis Getarum Eurici regis*. El impacto visigodo en Hispania a través de la inscripción del puente de Mérida (483 d.C.)», *Pyrenae*, 39.2, 2008, pp. 137-142.

KULIKOWSKI, M., *Late Roman Spain and Its Cities*, Baltimore, 2004.

— *Rome's gothic wars: from the third century to Alaric,* Nueva York, 2007.

— «Carmen VII of Sidonius and a Hitherto Unknown Gothic Civil War», *Journal of Late Antiquity*, 1.2, 2008,

pp. 335-352.

LEPELLEY, C., «*Quot curiales, tot tyranni*. L'image du décurion oppresseur au bas empire», en E. FRÉZOULS (ed.), *Crise et redressement dans les provinces européennes de l'empire (milieu du IIle, milieu du IVe siécle ap. J.C.)*, Estrasburgo, 1983, pp. 143-156.

— (ed.), *La fin de la cité antique et le début de la citté médiéval*, Bari, 1996.

LEWIT, T., «"Vanishing villas": what happened to élite rural habitation in the West in the 5th-6th c.?», *Journal of Roman Archaeology*, 16, 2003, pp. 260-274.

LEYSER, C., *Authority and asceticism from Augustine to Gregory the Great*, Oxford, 2000.

LICANDRO, O., «476 A.D.- L'impero vive ancora…», *studitardoantichi.org*.

LIEBESCHUETZ, J. H. W. G., «The End of the Roman Army in the Western Empire», en J. RICH y G. SHIPLEY (eds.), *War and Society in the Roman World*, Londres, 1993, pp. 265-276.

— «Administration and Politics in the Cities of the Fifth to the Mid Seventh Century: 425-640», en A. CAMERON, B. WARD-PERKINS y M. WHITBY (eds.), *The Cambridge Ancient History*, 14, Cambridge, 2000, pp. 207-237.

— *The Decline and Fall of the Roman City*, Oxford, 2001.

— «Pagan historiography and the decline of the empire», en G. MARASCO (ed.), *Greek and Roman Historiography in*

Late Antiquity, Leiden, 2003, pp. 177-218.

— «Making a Gothic History: Does the Getica of Jordanes Preserve Genuinely Gothic Traditions?», *Journal of Late Antiquity*, 4.2, 2011, pp. 185-216.

LIVERANI, P., «Saint Peter's, Leo the Great and the leprosy of Constantine», *Papers of the British School at Rome*, 76, 2008, pp. 155-172.

LIZZI, R., «Policromia di cultura e raffinatezza editoriale. Gli esperimenti letterari dell'aristocrazia romana nel Tardo Impero», en J. M. CARRIÉ y R. LIZZI (eds.), *«Humana Sapit». Études d'Antiquité Tardive offertes à Lellia Cracco Ruggini*, Turnhout, 2002, pp. 187-199.

— *Senatori, popolo, papi: il governo di Roma al tempo dei Valentiniani*, Bari, 2004.

— (ed.), *Le trasformazioni delle élites in età tardoantica*, Roma, 2006.

LÓPEZ QUIROGA, J., *El final de la Antigüedad en la «Gallaecia»: la transformación de las estructuras de poblamiento entre Miño y Duero (siglos V al X)*, La Coruña, 2004.

LÓPEZ QUIROGA, J.; MARTÍNEZ TEJERA, A. M., y MORÍN DE PABLOS, J. (eds.), *Gallia e Hispania en el contexto de la presencia «germánica» (ss. V-VII). Balance y perspectivas*, Oxford, 2006.

LORREN, C., «L'habitat rural en Gaule du Nord, du ve au viie siècle. Quelques observations et remarques suscitées par

les données récentes de l'archéologie», en J. López Quiroga, A. M. Martínez Tejera y J. Morín de Pablos (eds.), *Gallia e Hispania en el contexto de la presencia «germánica» (ss. v-vii). Balance y perspectivas*, Oxford, 2006, pp. 9-18.

Lot, F., *Les invasions germaniques*, París, 1935.

Loyen, A., *Sidoine Apollinaire et l'esprit précieux en Gaule aux derniers jours del'Empire*, París, 1943.

Maas, M., «Roman History and Christian Ideology in Justinianic Reform Legislation», *Dumbarton Oak Papers*, 40, 1986, pp. 17-31.

— «Ethnicity, orthodoxy and community in Salvian of Marseilles», en J. Drinkwater y H. Elton (eds.), *Fifth-Century Gaul: a Crisis of Identity?*, Cambridge, 1992, pp. 275-284.

MacGeorge, P., *Late Roman Warlords*, Oxford, 2002.

MacMullen, R., *Corruption and the Decline of Rome*, New Haven, 1988.

Mancassola, N., y Saggioro, F., «La fine delle ville romane. Il territorio tra Adda e Adige», *Archaeologia Medievale*, 27, 2000, pp. 315-331.

Marano, Y. A., «L'edilizia cristiana in Italia settentrionale nel v secolo: la testimonianza dei complessi episcopali», en P. Delogu y S. Gasparri (eds.), *Le trasformazioni del v secolo. L'Italia, I barbari e l'Occidente romano*, Turnhout, 2010, pp. 285-341.

MARASCO, G. (ed.), *Greek and Roman Historiography in Late Antiquity*, Leiden, 2003.

MARCONE, A., «A Long Late Antiquity?: Considerations on a Controversial Periodization», *Journal of Late Antiquity*, 1.1, 2008, pp. 4-19.

MARCOS, M., «El cristianismo y la caída del imperio romano», en G. BRAVO (ed.), *La caída del imperio romano y la génesis de Europa. Cinco nuevas visiones*, Madrid, 2001, pp. 103-155.

MARKUS, R. A., «The End of the Roman Empire: A Note on Eugippius, Vita Sancti Severini, 20», *Nottingham Medieval Studies*, 26, 1982, pp. 1-7.

MARROU, H.-I., «Le dossier épigraphique de l'évêque Rusticus de Narbonne», *Rivista di Archaeologia Cristiana*, 46, 1970, pp. 331-349.

— *¿Decadencia romana o antigüedad tardía?*, Madrid, 1980.

MARTÍN VISO, I., *Fragmentos del Leviatán. La articulación política del espacio zamorano en la Alta Edad Media*, Zamora, 2002.

MATEOS, P., *La basílica de Santa Eulalia de Mérida. Arqueología y urbanismo*, Madrid, 1999.

MATHISEN, R. W., «Resistance and Reconciliation: Majorian and the Gallic Aristocracy after the Fall of Avitus», *Francia*, 7, 1979, pp. 597-627.

— «The Theme of Literary Decline in Late Roman Gaul»,

Classical Philology, 83.1, 1988, pp. 45-52.

— *Ecclesiastical factionalism and religious controversy in fifth-century Gaul*, Washington DC, 1989.

— «Episcopal Hierarchy and Tenure in Office in Late Roman Gaul: a method for establishing dates of ordination», *Francia*, 17, 1990, pp. 125-138.

— *Roman Aristocrats in Barbarian Gaul. Strategies for Survival in an Age in Transition*, Austin, 1993.

MATHISEN, R. W., y SHANZER, D. (eds.), *Society and Culture in Late Antique Gaul. Revisiting the Sources*, Aldershot, 2001.

MATHISEN, R. W., y SIVAN, H. S. (eds.), *Shifting Frontiers in Late Antiquity*, Aldershot, 1996.

— «Forging a New Identity: The Kingdom of Toulouse and the Frontiers of Visigothic Aquitania (418-507)», en A. FERREIRO (ed.), *The Visigoths. Studies in Culture and Society*, Leiden, 1999, pp. 1-60.

MAYA SÁNCHEZ, A., «Presencia de la *Vita Germani* de Constancio de Lyon en la España Visigoda. Una imitación», *Habis*, 25, 1994, pp. 347-355.

MAZZARINO, S., *El fin del mundo antiguo*, México, 1961.

MENEGHINI, R., y SANTANGELI VALENZIANI, R., «La trasformazione del tessuto urbano tra V e IX secolo», en M. S. ARENA *et al*. (eds.), *Roma dall'Antichitè al Medioevo. Archeologia e Storia*, Roma, 2001, pp. 20-33.

MENÉNDEZ BUEYES, L. R., *Reflexiones críticas sobre el*

origen del reino de Asturias, Salamanca, 2001.

MENNELLA, G., y COCCOLUTO, G. (eds.), *Inscriptiones Christianae Italiae, 9, Regio IX, Liguria reliqua trans et cis Appenninum*, Bari, 1995.

MERRILLS, A., «The secret of my succession: dynasty and crisis in Vandal North Africa», *Early Medieval Europe*, 18.2, 2010, pp. 135-159.

MERRILLS, A., y MILES, R., *The Vandals*, Oxford, 2010.

MOMMAERTS, T. S., y KELLEYS, D. H., «The Anicii of Gaul and Rome», en J. DRINKWATER y H. ELTON (eds.), *Fifth-Century Gaul: a Crisis of Identity?*, Cambridge, 1992, pp. 111-121.

MOMIGLIANO, A., «Edward Gibbon fuori e dentro la cultura italiana», en P. BREZZI *et al.*, *La fine dell'impero romano d'Occidente*, Roma, 1978, pp. 11-25.

— «Tra due anniversari: 376-476», en P. BREZZI *et al.*, *La fine dell'impero romano d'Occidente*, Roma, 1978, pp. 171-180.

— «La caduta senza rumore di un impero nel 476 d.C.», en *Sesto contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma, 1980, pp. 159-179.

— «Cassiodorus and Italian Culture of his time», en *Secondo contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1984, pp. 191-229.

— «Gli Anicii e la storiografia latina del VI sec. D.C.», en *Secondo Contributo alla Storia degli Studi Classici*,

Roma, 1984, pp. 231-253.

MONTESQUIEU (Charles-Louis de Secondat, barón de), *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence*, París, 1734, versión española en MONTESQUIEU, *Grandeza y decadencia de los romanos*, Buenos Aires, 1942.

MONTZAMIR, P., «Nouvel essai de reconstitution matérielle de l'épitaphe de Sidoine Apollinaire (RICG, VIII, 21)», *Antiquité Tardive*, 11, 2003, pp. 321-327.

MOORHEAD, J., «Italian Loyalties during Justinian's Gothic War», *Byzantion*, 53, 1983, pp. 575-596.

— «Culture and Power among the Ostrogoths», *Klio*, 68.1, 1986, pp. 112-122.

— «Archaeology and Texts: Subservience or Enlightenment», *Annual Review of Anthropology*, 35.1, 2006, pp. 135-151.

MUHLBERGER, S., *The Fifth-Century Chroniclers. Prosper, Hydatius, and the Gallic Chronicler of 452*, Cambridge, 2006 (=1981).

MUSSET, L., *Las invasiones. Las oleadas germánicas*, Barcelona, 1982.

NATAL, D., *Fugiamus ergo forum: ascetismo y poder en Ambrosio de Milán*, León, 2010.

NORTON, P., *Episcopal Elections, 250-600. Hierarchy and Popular Will in Late Antiquity*, Oxford, 2007.

O'DONNELL, J. J., *Cassiodorus*, Berkeley, 1979.

— *The Ruin of the Roman Empire*, Nueva York, 2008.

ORLANDI, S., *Epigrafia Anfiteatrale dell'Occidente Romano, VI. Roma. Anfiteatri e strutture annesse, con una nuova edizione e commento delle iscrizioni del Colosseo*, Roma, 2004.

— «Le iscrizioni del Colosseo come base documentaria per lo studio del Senato tardoantico», en R. LIZZI, *Le trasformazioni delle élites in età tardoantica*, Roma, 2006, pp. 311-324.

PASCHOUD, F., *Roma Aeterna. Études sur le patriotisme romain dans l'Occident latin a l'époque des grandes invasions*, Neuchâtel, 1967.

PÉRIN, P., «The Origin of the Village in Early Medieval Gaul», en N. CHRISTIE (ed.), *Landscapes of Change. Rural Evolutions in Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Aldershot, 2004, pp. 255-278.

PETRUCCI, A., *Alfabetismo, escritura, sociedad*, Barcelona, 1999.

PEYTREMANN, E., *Archéologie de l'habitat rural dans le nord de la France du IVe au XIIe siècle*, Saint-Germain-en-Laye, 2003.

PIETA, K., y PLACHÁ, V., «Die ersten Römer im nördlichen Mittledonaurum im Lichte neuen Grabungen in Devín», en T. FISCHER *et al*. (eds.), *Germanen Beiderseits des Spätantiken Limes*, Colonia-Brno, 1999, pp. 179-205.

PIGANIOL, A., *L'Empire chrétien, 325-395*, París, 1947.

Pirenne, H., *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, 1978.

PLRE, J. R. Martindale, *The Prosopography of the Later Roman Empire, 2, A.D. 395-527*, Cambridge, 1980.

Pohl, W., «Telling the Difference: Signs of Ethnic Identity», en W. Pohl y H. Reimitz (eds.), *Strategies of Distinction. The Construction of Ethnic Communities, 300-800*, Leiden, 1998, pp. 17-69.

— «Does the Distant Past Impinge on the Invasion Age Germans?», en A. Gillet (ed.), *On Barbarian Identity. Critical Approaches to Ethnicity in the Early Middle Ages*, Turnhout, 2002, pp. 21-37.

— «El concepto de etnia en los estudios de la Alta Edad Media», en L. K. Little y B. H. Rosenwein (eds.), *La Edad Media a debate*, Madrid, 2003, pp. 35-48.

— «Rome and the Barbarians in the fifth-century», *Antiquité Tardive*, 16, 2008, pp. 93-101.

— «Il v secolo e la trasformazione del mondo romano», en P. Delogu y S. Gasparri (eds.), *Le trasformazioni del v secolo. L'Italia, I barbari e l'Occidente romano*, Turnhout, 2010, pp. 741-760.

Pohl, W., y Reimitz, H. (eds.), *Strategies of Distinction. The Construction of Ethnic Communities, 300-800*, Leiden, 1998.

Pricoco, S., «Sidonio Apollinare tra Claudiano Mamerto e Fausto di Riez e la datazione del "De Spiritu Sancto"», *Nuovo Didaskaleion*, 15, 1965, pp. 115-140.

— *L'isola dei santi. Il cenobio di Lerino e le origini del monachesimo gallico*, Roma, 1978.

PRIETO, A., *El fin del imperio romano*, Madrid, 1991.

RIPOLL, G., y GURT, J. M.ª (eds.), *Sedes Regiae (ann. 400-800)*, Barcelona, 2000.

QUIRÓS CASTILLO, J. A., «Las aldeas de los historiadores y de los arqueólogos en la Alta Edad Media del norte peninsular», *Territorio, sociedad y poder*, 2, 2007, pp. 65-86.

— (ed.), *The Archaeology of Early Medieval Villages in Europe*, Vitoria, 2009.

QUIRÓS CASTILLO, J. A., y VIGIL-ESCALERA, A., «Networks of peasant villages between Toledo and Velegia Alabense, Northwestern Spain (v-xth centuries)», *Archaeologia Medievale*, 33, 2006, pp. 79-128.

REICHMANN, C., «Frühe Franken in Germanien», en A. WIECZOREK *et al.*, *Die Franken*, Mainz, 1997, pp. 55-65.

RICHÉ, P., «La survivance des écoles publiques en Gaule au ve siecle», *Le Moyen Âge*, 63, 1957, pp. 421-436.

— *Éducation et culture dans l'Occident barbare, VIe-VIIIe siècles*, París, 1962.

RIPOLL, G., y GURT, J. M.ª (eds.), *Sedes Regiae (ann. 400-800)*, Barcelona, 2000.

ROMERO RECIO, M. (ed.), *La caída del imperio romano. Cuestiones historiográficas*, Potsdam, 2013 (en prensa).

Ross, B. M., *Remembering the Personal Past. Descriptions of Autobiographical Memory*, Nueva York-Oxford, 1991.

Rostovtzeff, M., *Historia social y económica del imperio romano*, Madrid, 1937.

Rousseau, Ph., «The Spiritual Authority of the "Monk-Bishop". Eastern elements in some Western hagiography of the fourth and fifth centuries», *Journal of Theological Studies*, 23.2, 1971, pp. 380-419.

— «In Search of Sidonius the Bishop», *Historia*, 25.3, 1976, pp. 356-377.

Rousseau, Ph., y Raithel, J. (eds.), *A Companion to Late Antiquity*, Chichester, 2009.

Rummel, Ph. von, «The Archaeology of 5th century Barbarians in North Africa», en P. Delogu y S. Gasparri (eds.), *Le trasformazioni del v secolo. L'Italia, I barbari e l'Occidente romano*, Turnhout, 2010, pp. 157-181.

— «Settlement and Taxes: the Vandals in North Africa», en P. C. Díaz e I. Martín Viso (eds.), *Between Taxation and Rent. Fiscal Problems from Late Antiquity to Early Middle Ages*, Bari, 2011, pp. 23-37.

Sanz, R., *Las migraciones bárbaras y la creación de los primeros reinos de Occidente*, Madrid, 1995.

— *Historia de los godos*, Madrid, 2009.

Seeck, O., *Geschichte des Untergangs des antiken Welt*, Stuttgart, 1921.

SIMONETTI, M., *Romani e barbari. Le lettere latine alle origini dell'Europa (secoli V-VIII)*, Roma, 2007.

SINTÈS, C., «La réutilisation des espaces publics a Arles: un témoignage de la fin de l'Antiquité», *Antiquité Tardive*, 2, 1994, pp. 181-192.

SIVAN, H. S., *Romans and Barbarians in Fifth Century Aquitaine: the Visigothic Kingdom of Toulouse, A.D. 418-507*, tesis doctoral, Columbia Univ., 1983.

SKINNER, Q., «Meaning and understanding in the history of ideas», *History and Theory*, 8, 1969, pp. 3-53.

SMITH, Th. A., *De Gratia. Faustus of Riez's Treatise on Grace and its place in the history of Theology*, Notre Dame (Ind.), 1990.

STEIN, E., *Histoire du Bas-Empire*, I, *De l'État Romain à l'État Byzantin (284-476)*, París, 1959; II, *De la disparition de l'empire d'Occident a la mort de Justinien (476-565)*, París, 1949.

STEVENS, C. E., *Sidonius Apollinaris and his Age*, Oxford, 1933.

STROHEKER, K. F., *Der senatorische Adel im spätantiken Gallien*, Darmstadt, 1970.

TEJA, R., «Il ceremoniale imperiale», en A. SCHIAVONE (dir.), *Storia di Roma*, 3, *L'Età tardoantica*, 1, *Crisi e trasformazioni*, Turín, 1993, pp. 613-642.

THEUWS, F., y HIDDINK, H., «Der Kontakt zu Rom», en A. WIECZOREK *et al.*, *Die Franken*, Mainz, 1997, pp. 66-80.

THOMPSON, E. A., *Romans and Barbarians. The Decline of the Western Empire*, Madison, 1982.

— *Saint Germanus of Auxerre and the End of Roman Britain*, Woodbridge, 1984.

TODD, M., *The Northern Barbarians, 100 B.C.-A.D. 300*, Oxford, 1987.

VALENTI, M., «I villagi altomedievali in Italia», en J. A. QUIRÓS CASTILLO (ed.), *The Archaeology of Early Medieval Villages in Europe*, Vitoria, 2009, pp. 29-55.

VAN DAM, R., *Leadership and Community in Late Antique Gaul*, Berkeley, 1985.

— *Saints and their Miracles in Late Antique Gaul*, Princeton, 1993.

VAN UYTFANGHE, M., «L'hagiographie antique tardive: une littérature populaire?», *Antiquité Tardive*, 9, 2001, pp. 201-218.

VIGIL-ESCALERA, A., «El modelo de poblamiento rural en la Meseta y algunas cuestiones de visibilidad arqueológica», en J. LÓPEZ QUIROGA, A. M. MARTÍNEZ TEJERA y J. MORÍN DE PABLOS (eds.), *Gallia e Hispania en el contexto de la presencia «germánica» (ss. V-VII). Balance y perspectivas*, Oxford, 2006, pp. 89-108.

— «Granjas y aldeas tardoatiguas y altomedievales de la Meseta. Configuración espacial, socioeconómica y política de un territorio rural al norte de Toledo (ss. V-X d.C.)», *Archivo Español de Arqueología*, 80, 2007, pp.

239-284.

— *Escenarios de emergencia de un paisaje social y político altomedieval en el interior de la Península Ibérica durante la quinta centuria: cerámica, necrópolis rurales y asentamientos encastillados*, tesis doctoral inédita, Universidad del País Vasco, Vitoria, 2009.

— «Apuntes sobre la genealogía política de aldeas y granjas altomedievales», en I. Martín Viso (ed.), *¿Tiempos oscuros? Territorio y sociedad en el centro de la Península Ibérica (siglos VII-X)*, Madrid, 2009, pp. 31-44.

— «Paisajes rurales del centro y noroeste de España durante el siglo V», en P. Delogu y S. Gasparri (eds.), *Le trasformazioni del V secolo. L'Italia, I barbari e l'Occidente romano*, Turnhout, 2010, pp. 601-638.

Vilella, J., «Idacio, un cronista de su tiempo», *Compostelanum*, 44, 1999, pp. 39-54.

Vogt, J., *The Decline of Rome. The Metamorphosis of Ancient Civilisation*, Londres, 1967.

Ward-Perkins, B., *From Classical Antiquity to the Middle Ages. Urban Public Building in Northern and Central Italy, A.D. 300-850*, Oxford, 1984.

— «Land, Labour and Settlement», en A. Cameron, B. Ward-Perkins y M. Whitby (eds.), *The Cambridge Ancient History*, 14, Cambridge, 2000, pp. 315-345.

— *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Madrid,

2006.

— «The Making of Late Antiquity», en J. DRINKWATER y B. SALWAY (eds.), *Wolf Liebeschuetz Reflected*, Londres, 2007, pp. 9-16.

WATSON, L., «Representing the past, redefining the future: Sidonius Apollinaris' Panegyrics of Avitus and Anthemius», en M. WHITBY (ed.), *The Propaganda of Power. The Role of Panegyric in Late Antiquity*, Leiden, 1998, pp. 177-198.

WES, M., *Das Ende des Kaisertums im Westen des römischen Reiches*, La Haya, 1967.

WHITTAKER, C. R., y GARNSEY, P., «Rural Life in the Later Roman Empire», en A. CAMERON y P. GARNSEY (eds.), *The Cambridge Ancient History*, 13, *The Late Empire A.D. 337-425*, Cambridge, 1998, pp. 277-311.

WICKHAM, C., «La *chute de Rome* n'aura pas lieu», *Le Moyen Âge*, 99-1, 1993, pp. 107-126.

— *Una historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo, 400-800*, Barcelona, 2008.

— *The Inheritance of Rome. A History of Europe from 400 to 1000*, Londres, 2009.

WILLIAMS, M. H., *The Monk and the Book. Jerome and the Making of Christian Scholarship*, Chicago, 2006.

WILLIAMS, R., «The Analysis of Culture», en T. BENNETT *et al.* (eds.), *Culture, ideology, and Social Process. A Reader*, Londres, 1981, pp. 43-52.

WOLFRAM, H., *History of the Goths*, Berkeley, 1990.

— «*Origo et religio*. Ethnic traditions and literature in early medieval texts», *Early Medieval Europe*, 3.1, 1994, pp. 19-38.

— *The Roman Empire and Its Germanic Peoples*, Berkeley, 1997.

WOOD, I. N., «Continuity or calamity? The constraints of literary models», en J. DRINKWATER y H. ELTON (eds.), *Fifth-Century Gaul: a Crisis of Identity?*, Cambridge, 1992, pp. 9-18.

— «The Use and Abuse of Latin Hagiography in the Early Medieval West», en E. CHRYSOS e I. WOOD (eds.), *East and West: Modes of Communication*, Leiden, 1999, pp. 93-109.

— «*Gentes*, Kings and Kingdoms. The emergence of States: the Kingdom of the Gibichungs», en H. W. GOETZ, J. JARNUT y W. POHL (eds.), *Regna and Gentes*, Leiden-Boston, 2003, pp. 243-269.

— «Barbarians, Historians, and the Construction of National Identities», *Journal of Late Antiquity*, 1.1, 2008, pp. 61-81.

WOOLF, G., *Becoming Roman. The Origins of Provincial Civilization in Gaul*, Cambridge, 1998.

ZADORA-RIO, E., «Early medieval villages and estate centres in France (c. 300-1100)», en J. A. QUIRÓS CASTILLO (ed.), *The Archaeology of Early Medieval Villages in Europe*,

Vitoria, 2009, pp. 77-98.

ZECCHINI, G., *Aezio: L'ultima diffesa dell'Occidente romano*, Roma, 1983.

— «Il 476 nella storiografia tardoantica», en G. ZECCHINI, *Ricerche di storiografia latina tardoantica*, Roma, 1993.

— «Latin Historiography: Jerome, Orosius and the Western Chronicles», en G. MARASCO (ed.), *Greek and Roman*, Leiden, 2003, pp. 317-345.

NOTAS
INTRODUCCIÓN

1 A. MOMIGLIANO, «La caduta senza rumore di un impero nel 476 d.C.», en *Sesto contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma 1980, pp. 159-179, y G. BOWERSOCK, «The Vanishing Paradigm of the Fall of Rome», *Bulletin of the American Academy of Arts and Sciences*, 49.8, 1996, pp. 29-43. Véase además su reflexión al respecto en una revista de divulgación francesa, «Pourquoi la décadence nous fascine», *l'Histoire*, 48, 2010, número especial con el tema *Comment meurent les empires. D'Alexandre au Habsbourgs*. Más centrado en la ausencia de historias coetáneas está el breve repaso de W. GOFFART, «An Empire Unmade: Rome, A.D. 300-600», *Rome's Fall and After*, Londres, 1989, pp. 33-44. El contexto historiográfico es el del auge de los estudios sobre la Antigüedad tardía, repunte sobre el cual puede verse A. GIARDINA, «Esplosione di Tardoantico», *Studi Storici*, 40.1, 1999, pp. 157-180; más parco es el repaso que a dicho repunte ha dado C. ANDO, «After Antiquity», en A. BARCHIESI y W. SCHEIDEL (eds.), *The Oxford Handbook of Roman Studies*, Oxford, 2010, pp. 685-698.

2 He desarrollado esta idea en S. CASTELLANOS, «Contar el final de Roma. Los contemporáneos y nosotros», en M. ROMERO RECIO (ed.), *La caída del Imperio romano: cuestiones historiográficas*, Potsdam (en prensa).

3 Véanse los comentarios recientes de C. ANDO, «Narrating Decline and Fall», y de S. REBENICH, «Late Antiquity in Modern Eyes», ambos en Ph. ROUSSEAU y J. RAITHEL (eds.), *A Companion to Late Antiquity*, Chichester, 2009, pp. 59-76 y 77-92, respectivamente.

4 E. GIBBON, *Historia de la decadencia y caída del imperio romano*, 4 vols., Madrid, 2006; a propósito de las ideas de Gibbon, es muy sugerente la lectura que sobre las mismas y sobre el contexto del siglo XVIII en el que surgieron hizo A. MOMIGLIANO, «Edward Gibbon fuori e dentro la cultura italiana», en P. Brezzi *et al.*, *La fine dell'impero romano d'Occidente*, Roma, 1978, pp. 11-25. La teoría de MacMullen está condensada en R. MACMULLEN, *Corruption and the Decline of Rome*, New Haven, 1988. Recientemente se ha planteado que la corrupción, como componente del sistema, podía contribuir al mantenimiento del mismo, C. KELLY, *Ruling the Later Roman Empire*, Cambridge (Mass.)-Londres, 2006.

5 Que naturalmente no agotan el campo de estudio, cfr. C. ANDO, «Decline, Fall, and Transformation», *Journal of Late Antiquity*, 1.1, 2008, pp. 31-60.

6 E. JAMES, *Europe's Barbarians, AD 200-600*, Harlow, 2009, p. 18.

7 A. BENAISSA, «A bishop, a village, and the nomination of a church steward», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 171, 2009, pp. 175-180. Sobre el contexto socioeconómico y eclesiástico del Egipto tardoantiguo, la obra de referencia es la de R. S. BAGNALL, *Egypt in Late Antiquity*, Princeton, 1993.

8 Cic., *Planc*., 63.

9 Como ejemplo, véase el clásico ensayo de S. MAZZARINO, *El fin del mundo antiguo*, México, 1961. Buenas síntesis en español de las principales teorías clásicas sobre el fin del mundo antiguo en J. FERNÁNDEZ UBIÑA, *La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo*, Madrid, 1982, y G. BRAVO (ed.), *La caída del imperio romano y la génesis de Europa*, Madrid, 2001.

10 La primera idea en MONTESQUIEU (Charles-Louis de Secondat, barón de), *Considérations sur les causes de la grandeur des Romains et de leur décadence*, París, 1734, versión española en MONTESQUIEU, *Grandeza y decadencia de los romanos*, Buenos Aires, 1942; la segunda en GIBBON, *Historia*.

11 En las clases medias puso el acento S. DILL, *Roman Society in the Last Century of the Western Empire*, Londres, 1899; en la elite lo hizo O. SEECK, *Geschichte des Untergangs des antiken Welt*, Stuttgart, 1921, en todo caso el primer volumen de la obra ya había sido editado a finales del siglo XIX. Sobre la quiebra de las clases comerciales e ilustradas, así como de las ciudades, incidió en los años veinte la obra de M. ROSTOVTZEFF, *Historia social y económica del imperio romano,* Madrid, 1937, para la versión española.

12 J. B. BURY, *History of the Later Roman Empire*, I, Londres, 1923, p. 408.

13 A. PIGANIOL, *L'Empire chrétien, 325-395*, París, 1947, y P. COURCELLE, *Histoire littéraire des grandes invasions germaniques*, París, 1948.

14 E. STEIN, *Histoire du Bas-Empire*, I, *De l'État Romain à l'État Byzantin (284-476)*, París, 1959; II, *De la disparition de l'empire d'Occident a la mort de Justinien (476-565)*, París, 1949. Véanse las páginas de Jean-Remy Palanque, publicadas en el segundo volumen, sobre la vida de Stein; A. H. M. JONES, *The Later Roman Empire, 284-602*, Oxford, 1964. Una actualización del enfoque evenemencial en P. HEATHER, *La caída del Imperio romano*, Barcelona, 2006.

15 J. VOGT, *The Decline of Rome. The Metamorphosis of Ancient Civilisation*, Londres, 1967; ahora véase B. WARD-PERKINS, *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Madrid, 2007.

16 H. PIRENNE, *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, 1978, la edición inicial comenzó con artículos ya en 1922. Sobre la idea de una continuidad (a mi juicio desmedida) entre lo tardorromano y lo merovingio, visigodo, ostrogodo e, incluso, carolingio, J. DURLIAT, *Les finances publiques de Dioclétien aux Carolingiens, 284-889*, Sigmaringen, 1990. Sobre el estado de la cuestión científica en torno al sistema fiscal tardorromano ha de verse ahora S. COSENTINO, «Fine della fiscalità, fine dello stato romano?», en P. DELOGU y S. GASPARRI (eds.), *Le trasformazioni del V secolo. L'Italia, I barbari e l'Occidente romano*, Turnhout, 2010, pp. 17-35.

17 C. WICKHAM, *Una historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo, 400-800*, Barcelona, 2008.

18 La obra de Peter Brown es densísima; cito ahora sólo uno de sus libros más influyentes, P. BROWN, *The Cult of the Saints*, Chicago, 1981. En español, entre otros libros traducidos, puede verse su *El mundo de la Antigüedad tardía. De Marco Aurelio a Mahoma*, Madrid, 1989, que acaba de ser reeditado en 2012.

19 F. CLOVER, *Flavius Merobaudes. A Translation and Historical Commentary*, Philadelphia, 1971, p. 10.

Notas
Capítulo 1

1 La idea de la *Historia Romana* de Símmaco como base de la visión que de los acontecimientos se dará en Constantinopla ha sido defendida sobre todo por W. Ensslin, *Des Symmachus Historia Romana als Quelle für Jordanes*, Múnich, 1948, y M. Wes, *Das Ende des Kaisertums im Westen des römischen Reiches*, La Haya, 1967. En contra, B. Croke, *Count Marcellinus and his Chronicle*, Oxford, 2001.

2 B. Ward-Perkins, «The Making of Late Antiquity», en J. Drinkwater y B. Salway (eds.), *Wolf Liebeschuetz Reflected*, Londres, 2007, pp. 9-16, esp. 14.

3 Puede verse una aplicación al terreno de la Antigüedad en R. M. Adams, «Complexity in Archaic States», *Journal of Anthropological Archaeology*, 20, 2001, pp. 345-360.

4 La bibliografía de R. Williams es extensísima, pero recomiendo una pequeña síntesis de tales propuestas, expuesta en su «The Analysis of Culture», en T. Bennett *et. al.* (eds.), *Culture, ideology, and Social Process. A Reader*, Londres, 1981, pp. 43-52.

5 P. Heather, «Late Antiquity and the Early Medieval West», en M. Bentley (ed.), *Companion to Historiography*, Londres, 1997, pp. 69-87, esp. 78.

6 Enfoques distintos en K. Bowes, *Private workship, Public Values, and Religous Change in Late Antiquity*, Cambridge, 2008, que pone el acento en la inversión privada; por el contrario, A. Chavarría, *Archeologia delle Chiese. Dalle origini all'anno Mille*, Roma, 2009, y, sintetizadamente, en «Churches and villas in the 5th century: reflections on italian archaeological data», en P. Delogu y S. Gasparri (eds.), *Le trasformazioni del v secolo. L'Italia, I barbari e l'Occidente romano*, Turnhout, 2010, pp. 639-662, lo hace en el papel de los obispos.

7 En términos generales, sobre las vías ya transitadas en tal diálogo entre arqueólogos e historiadores, G. Halsall, «Archaeology and Historiography», en M. Bentley (ed.), *Companion*, pp. 805-827. Una reciente llamada de atención sobre la necesidad de tal diálogo en el mundo altomedieval viene a cargo de J. Escalona, «The Early Castilian peasantry: an archaeological turn?», *Journal of Medieval Iberian Studies*, 1.2, 2009, pp. 119-145.

8 Véanse las agudas reflexiones de J. A. Quirós Castillo, «Las aldeas de los historiadores y de los arqueólogos en la Alta Edad Media del norte peninsular», *Territorio, sociedad y poder*, 2, 2007, pp. 65-86. Agradezco a Juan Antonio

Quirós su amabilidad por haber leído el borrador de este capítulo y por discutir conmigo algunas de las cuestiones que aquí aparecen. Cualquier error es, por descontado, responsabilidad exclusivamente mía.

9 E. A. HAVELOCK, *Preface to Plato*, Cambridge (Mass.), 1963, p. 139.

10 G. CAVALLO, *Libros, editores y público en el mundo antiguo*, Madrid, 1995; A. PETRUCCI *Alfabetismo, escritura, sociedad*, Barcelona, 1999, y P. HEATHER, «Cultura escrita y poder en el período de las migraciones», en A. K. BOWMAN y G. WOOLF (eds.), *Cultura escrita y poder en el Mundo Antiguo*, Barcelona, 2000, pp. 277-309.

11 Además de los trabajos de Petrucci o de Cavallo, para el siglo VI debe verse C. BERTELLI, «The Production and Distribution of Books in Late Antiquity», en R. HODGES y W. BOWDEN (eds.), *The Sixth Century. Production, Distribution and Demand*, Leiden, 1998, pp. 41-60.

12 H. R. JAUSS, «Literary History as a Challenge to Literary Theory», en R. COHEN (ed.), *New Directions in Literary History*, Londres, 1974, pp. 11-41.

13 J. MORELAND, «Archaeology and Texts: Subservience or Enlightenment», *Annual Review of Anthropology*, 35.1, 2006, pp. 135-151.

14 P. FOURACRE, «Cultural Conformity and Social Conservatism in Early Medieval Europe», *History Workshop Journal*, 33, 1992, pp. 152-161.

15 HEATHER, «Cultura escrita».

16 Me parecen aún muy válidas las reflexiones que a este respecto, y en un plano general, presentó Q. SKINNER, «Meaning and understanding in the history of ideas», *History and Theory*, 8, 1969, pp. 3-53.

17 Sobre la idea, M. VAN UYTFANGHE, «L'hagiographie antique tardive: une littérature populaire?», *Antiquité Tardive*, 9, 2001, pp. 201-218.

18 Son muy clarificadoras, y a mi modo de ver muy atinadas, las reflexiones de A. CAMERON, «Social Language and its Private Deployment», en E. CHRYSOS e I. WOOD (eds.), *East and West: Modes of Communication*, Leiden, 1999, pp. 111-125.

19 C. ANDO, «Decline, Fall, and Transformation», *Journal of Late Antiquity*, 1.1, 2008, pp. 31-60.

20 R. VILLEGAS, *Pseudo-Próspero de Aquitania. Sobre la providencia de Dios*, Barcelona, 2010.

21 He estudiado este aspecto, aportando las referencias consiguientes, en S. CASTELLANOS, «Bárbaros y cristianos en el Imperio tardorromano. La adaptación de la intelectualidad cristiana occidental», *Cristianismo y poder en la Antigüedad*, *Studia Historia. Historia Antigua*, 24, 2006, pp. 237-256.

22 El estado de la cuestión sobre la autoría de los sermones, así como la intencionalidad del autor y sus circunstancias históricas han sido estudiados por R. GONZÁLEZ SALINERO, «La invasión vándala en los Sermones de Quodvultdeus de Cartago», *Florentia Iliberritana*, 12, 2001, pp. 221-237, e ÍD., *Poder y conflicto religioso en el norte de África: Quodvultdeus de Cartago y los vándalos*, Madrid, 2002.

23 Th. M. FINN, «Quodvultdeus: the Preacher and the Audience. The Homilies of the Creed», *Studia Patristica*, 31, 1997, pp. 42-58, esp. 48-49.

24 Debe verse ahora la tesis doctoral de E. FOURNIER, *Victor of Vita and the Vandal «Persecution»: Interpreting Exile in Late antiquity*, University of California, 2008, centrada en Víctor, aunque dedica especial atención a Quodvultdeus en pp. 135 y ss. Agradezco al doctor Fournier su amabilidad al enviarme su tesis.

25 Quodvult., *De temp. barb., I*, 1.1.

26 Quodvult., *De temp. barb., II*, 5.7-8.

27 Quodvult., *De temp. barb., II*, 5.13.

28 Quodvult., *De temp. barb., II*, 1.2.

29 *Chron. Gall. a. 452*, *a.*, 451.

30 Hydat., *Chron. praef.*, 6.

31 Los datos biográficos proceden en buena medida de su propio *Eucharisticos*, edición de C. MOUSSY, París, 1974, véase además H. G. EVELYN WHITE, *Ausonius*, II, Cambridge (Mass.)-Londres, 1921, pp. 293-351, y una contextualización de los mismos en R. VAN DAM, *Leadership and Community in Late Antique Gaul*, Berkeley, 1985. Sobre la datación, A. COSKUN, «Chronology in the *Eucharisticos* of Paulinus Pellaeus: a reassessment», *Mnemosyne* , 55, 2002, pp. 329-344.

32 Paul., *Euch.*, 235.

33 Paul., *Euch.*, 285.

34 Paul., *Euch.*, 311 y ss.

35 Paul., *Euch.*, 332 y ss.

36 Paul., *Euch.*, 520 y ss.

37 Para los datos biográficos de Salviano remito al estudio introductorio en la edición de G. LAGARRIGUE, *Salvien de Marseille. Oeuvres, II, Du gouvernement de Dieu*, París, 1975, que es la que he utilizado para el *De Gubernatione Dei*. Sobre la alternativa moral propuesta por Salviano, véanse M. MAAS, «Ethnicity, orthodoxy and community in Salvian of Marseilles», en J. DRINKWATER y H. ELTON (eds.), *Fifth-Century Gaul: a Crisis of Identity?*, Cambridge, 1992, pp. 275-284, y M. SIMONETTI, *Romani e barbari. Le lettere latine alle origini dell'Europa (secoli v-viii),* Roma, 2007, pp. 146 y ss.

38 Los argumentos han sido expuestos con detalle en su edición por G. LAGARRIGUE, *Salvien de Marseille*, p. 15. Véase, además, F. PASCHOUD, *Roma Aeterna. Études sur le patriotisme romain dans l'Occident latin a l'époque des grandes invasions*, Neuchâtel, 1967, pp. 293 y ss.

39 Y así seguiría siendo a partir del siglo v, a pesar de las diferencias regionales en Occidente, cfr. C. WICKHAM, *Una historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo, 400-800*, Barcelona, 2008.

40 Sobre la desarticulación administrativa romana en Occidente, véanse los datos sistematizados por R. VAN DAM, *Leadership*, pp. 37 y ss., y, más detalladamente, por G. HALSALL, *Barbarian Migrations and the Roman West, 376-568*, Cambridge, 2007.

41 Paul., *Euch.*, 198-199.

42 Las obras de Jones y MacMullen son A. H. M. JONES, *The Later Roman*

Empire, 284-602, Oxford, 1964, y R. MACMULLEN, *Corruption and the Decline of Rome*, New Haven, 1988. Para una nueva visión del Estado burocrático tardorromano, C. KELLY, *Ruling the Later Roman Empire*, Cambridge (Mass.)-Londres, 2006.

43 Entre todos los ensayos al respecto destaca el de J. DURLIAT, *Les finances publiques de Dioclétien aux Carolingiens, 284-889*, Sigmaringen, 1990.

44 W. GOFFART, «Salvian of Marseille, *De gubernatione Dei* 5.38-45 and the "colonate" problem», *Antiquité Tardive*, 17, 2009, pp. 269-288.

45 C. WICKHAM, *Una historia nueva*, pp. 118 y ss.

46 Es el caso de una síntesis de referencia como la de G. HALSALL, *Barbarian*, p. 497.

47 Los datos que hablan de cierto mantenimiento del ritual central de Roma en el siglo V han sido reunidos por M. HUMPHRIES, «From emperor to pope? Ceremonial, space, and authority at Rome from Constantine to Gregory the Great», en K. COOPER y J. HILLNER (eds.), *Religion, Dynasty, and Patronage in Early Christian Rome, 300-900*, Cambridge, 2007, pp. 21-58.

48 Remito al estudio y edición de C. NEIRA FALEIRO, *La Notitia Dignitatum. Nueva edición crítica y comentario histórico*, Madrid, 2005, esp. pp. 30 y ss.

49 El mejor resumen que conozco es el de W. LIEBESCHUETZ, «The End of the Roman Army in the Western Empire», en J. RICH y G. SHIPLEY (eds.), *War and Society in the Roman World*, Londres, 1993, pp. 265-276.

50 Eug., *Vita Severini*, 20.1.

51 Salv., *De Gubern. Dei*, 4.30.

52 Salv., *De Gubern. Dei*, 5.17.

53 Salv., *De Gubern. Dei*, 5.18.

54 Salv., *De Gubern. Dei*, 5.30 y ss.

55 A. MOMIGLIANO, «La caduta senza rumore di un impero nel 476 d.C.», en *Sesto contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Roma 1980, pp. 159-179.

56 S. CASTELLANOS, «La mirada de Constantinopla. La desaparición del imperio romano de Occidente», en *Grecia ante los Imperios, V Reunión de Historiadores del Mundo Griego*, Sevilla, 2011, pp. 371-376.

57 A. PIGANIOL, *L'Empire chrétien, 325-395*, París, 1947.

58 Paul., *Euch.*, 285-290.

59 Paul., *Euch.*, 311-382.

60 Paul., *Euch.*, 406 y ss.

61 Salv., *De Gubern. Dei*, 4.54 y ss.

62 Salv., *De Gubern. Dei*, 4.60.

63 He desarrollado las claves de ese cambio en S. CASTELLANOS, «Bárbaros».

64 Salv., *De Gubern. Dei*, 4.61.

65 Salv., *De Gubern. Dei*, 6.68.

66 L. A. COSER, *The Functions of Social Conflict*, Londres, 1956.

67 Sid. Apoll., *ep.*, 2.1.

68 S. CASTELLANOS, «Propiedad de la tierra y relaciones de dependencia en la Galia del siglo VI. El *Testamentum Remigii*», *Antiquité Tardive*, 8, 2000, pp. 223-227.

69 B. M. ROSS, *Remembering the Personal Past. Descriptions of Autobiographical Memory*, Nueva York-Oxford, 1991, p. 167. En general, J. FENTRESS y C. WICKHAM, *Memoria Social*, Madrid, 2003.

70 Desde una perspectiva antropológica, J. GOODY, *La lógica de la escritura y la organización de la sociedad*, Madrid, 1990.

71 A. PETRUCCI, *Alfabetismo*, p. 184.

72 M. GLUCKMAN, «Moral crisis: magical and secular solutions», en M. GLUCKMAN (ed.), *The Allocation of Responsibility*, Manchester, 1972, pp. 1-50.

73 M. DOUGLAS, *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Madrid, 1973, p. 153.

74 Sobre este tema debe verse la síntesis de C. WICKHAM, *Una historia nueva*, pp. 839 y ss. Además, R. FRANCOVICH y R. HODGES, *Villa to Village. The transformation of the Roman Countryside in Italy, c. 400-1000*, Londres, 2003. Recientemente G. P. Brogiolo ha insistido en la posibilidad de que los bárbaros, los inmigrantes, fueran uno de los agentes que estuvieran en la base de los cambios de las ciudades, sin menospreciar otros factores. Puede verse su argumentación en G. P. BROGIOLO, «Immigration and Urban Transformation in the Capitals of the West in the 5th century», en DELOGU y GASPARRI (eds.), *Le trasformazioni del V secolo*, pp. 215-236. Véase, por otro lado, su más reciente *Le origine della città medievale*, Mantua, 2011.

75 A. AUGENTI, «Immaginare una comunità, costruire una tradizione. Aristocrazie e paesaggio sociale a Ravenna tra V e X secolo», en G. P. BROGIOLO y A. CHAVARRÍA (eds.), *Archeologia e società tra Tardo Antico e Alto Medioevo*, Mantua, 2007, pp. 193-204.

76 P. DELOGU, «Roma dall'antichitè al medioevo. La storia», y R. MENEGHINI y R. SANTANGELI VALENZIANI, «La trasformazione del tessuto urbano tra V e IX secolo», en M. S. ARENA *et al.* (eds.), *Roma dall'Antichitè al Medioevo. Archeologia e Storia*, Roma, 2001, pp. 13-19 y 20-33, respectivamente.

77 La bibliografía es inmensa, pero entre las aportaciones de conjunto destacan C. LEPELLEY (ed.), *La fin de la cité antique et le début de la citté médiéval*, Bari, 1996; N. CHRISTIE y S. T. LOSEBY (eds.), *Towns in Transition.Urban Evolution in Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Aldershot, 1996; G. P. BROGIOLO y B. WARD-PERKINS (eds.), *The Idea and Ideal of the Town, between Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Leiden, 1999; G. P. BROGIOLO, N. GAUTHIER y N. CHRISTIE (eds.), *Towns and their Territories between Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Leiden, 2000, y N. CHRISTIE, *The Fall of the Western Roman Empire: An Archaeological and Historical Perspective*, Londres, 2011.

78 G. CANTINO-WATAGHIN, «The Ideology of Urban Burials», en BROGIOLO y WARD-PERKINS (eds.), *The Idea and Ideal of the Town*, pp. 147-180.

79 B. EFFROS, «Beyond cemetery walls: early medieval funerary topography and Christian salvation», *Early Medieval Europe*, 6.1, 1997, pp. 1-23.

80 En cuanto a los cambios experimentados por antiguos espacios políticos o religiosos tradicionales y su nueva función cristiana, J.-P. Caillet, «La transformation en église d'édifices publics et de temples à la fin de l'Antiquité», en Lepelley (ed.), *La fin de la cité antique*, pp. 191-211. Una lectura ilustrativa, con los principales ejemplos para Occidente, es G. Cantino-Wataghin , «Topografia della civitas christiana tra iv e vi sec.», en G. P. Brogiolo (ed.), *Early Medieval Towns in the Western Mediterranean*, Mantua, 1996, pp. 17-41.

81 C. Sintès, «La réutilisation des espaces publics a Arles: un témoignage de la fin de l'Antiquité», *Antiquité Tardive*, 2, 1994, pp. 181-192.

82 C. Bonnet y J.-F. Reynaud, «Genéve et Lyon, capitales burgondes», en G. Ripoll y J. M. Gurt (eds.), *Sedes Regiae (ann. 400-800)*, Barcelona, 2000, pp. 241-266.

83 Baste citar como ejemplo el mismo volumen *Sedes Regiae* mencionado en la nota anterior, que supuso un excelente estado de la cuestión material sobre las principales sedes de poder político y religioso de Occidente.

84 Y. A. Marano, «L'edilizia cristiana in Italia settentrionale nel V secolo: la testimonianza dei complessi episcopali», en Delogu y Gasparri (eds.), *Le trasformazioni del v secolo*, pp. 285-341.

85 La bibliografía para cada caso es inmensa, puede verse una síntesis reciente en M. Kulikowski, *Late Roman Spain and Its Cities*, Baltimore, 2004. Recientemente Alexandra Chavarría, creo que con acierto, ha llamado la atención sobre la centralidad urbana de las sedes episcopales, descartando así que éstas estuvieran localizadas en los suburbios, cfr. A. Chavarría, «Obispos, iglesias y surburbio. Sobre la errónea ubicación de algunos complejos episcopales en la Hispania tardoantigua», en D. Vaquerizo (ed.), *Las áreas suburbanas en la ciudad histórica*, Córdoba, 2010, pp. 435-454.

86 S. Gutiérrez Lloret, «Ilici en la Antigüedad tardía. La ciudad evanescente», en *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici*, Alicante, 2004, pp. 95-110, esp. 106.

87 P. Mateos, *La basílica de Santa Eulalia de Mérida. Arqueología y urbanismo*, Madrid, 1999.

88 Una de las más recientes actualizaciones de los datos para buena parte de las ciudades italianas con registros arqueológicos de calidad ha sido sistematizada en las colaboraciones reunidas por A. Augenti (dir.), *Le città italiane tra la Tarda Antichità e l'Alto Medioevo*, Florencia, 2006.

89 S. Gelichi (ed.), *L'isola del vescovo. Gli scavi archaeologici intorno alla Cattedrale di Comacchio*, Florencia, 2009.

90 Chavarría, *Archeologia delle Chiese*.

91 No coincido con los planteamientos que en este sentido hizo Durliat, *Les finances*.

92 C. R. Whittaker y P. Garnsey, «Rural Life in the Later Roman Empire», en A. Cameron y P. Garnsey (eds.), *The Cambridge Ancient History, 13, The Late Empire A.D. 337-425*, Cambridge, 1998, pp. 277-311, esp. 291.

93 E. Hobsbawm, «Peasants and Politics», *Journal of Peasant Studies*, 1, 1973, pp. 3-22.

94 Como se ha puesto de manifiesto en una revisión del ya clásico modelo de Wallerstein, por ejemplo por T. D. HALL, «World-Systems and evolution: an appraisal», en N. P. KARDULIAS (ed.), *World-Systems theory in practice: leadership, production and exchange*, Oxford, 1999, pp. 1-23.

95 WICKHAM, *Una historia nueva*, p. 1009.

96 N. CHRISTIE, *The Fall of the Roman Empire. An archaeological and historical perspective*, Londres, 2011, p. 231.

97 Remito una vez más, para los datos, a WICKHAM, *Una historia nueva*, pp. 627 y ss.

98 Entre otros trabajos, en su libro sobre el final de las *uillae* hispanas, A. CHAVARRÍA, *El final de las villae en Hispania (siglos IV-VII d.C.)*, Turnhout, 2007, y sobre Occidente en general, por ejemplo en su libro, escrito conjuntamente con G. P. BROGIOLO, *Aristocrazie e campagne nell'Occidente da Costantino a Carlo Magno*, Florencia, 2005, pp. 49 y ss. Además, C. FERNÁNDEZ OCHOA, V. GARCÍA ENTERO y F. GIL-SENDINO (eds.), *Las «villae» tardorromanas en el occidente del Imperio: arquitectura y función*, Gijón, 2008.

99 T. LEWIT, «"Vanishing villas": what happened to elite rural habitation in the West in the 5th-6th c.?», *Journal of Roman Archaeology*, 16, 2003, pp. 260-274.

100 Véanse también los ajustados comentarios de N. MANCASSOLA y F. SAGGIORO, «La fine delle ville romane. Il territorio tra Adda e Adige», *Archaeologia Medievale*, 27, 2000, pp. 315-331.

101 Excelentes puestas al día de la situación científica en el conjunto de Occidente y su tratamiento en H. HAMEROW, *Early Medieval Settlements. The Archaeology of Rural Communities in Northwest Europe, 400-900*, Oxford, 2002, centrada en la Europa Septentrional; y las referencias que a los *castella*, aunque el tema del libro son las aldeas, se recogen en QUIRÓS.

102 BROGIOLO y CHAVARRÍA, *Aristocrazie e campagne*, pp. 69 y ss.; «Chiese e insediamenti tra V e VI secolo: Italia settentrionale, Gallia meridionale e Hispania», en G. P. BROGIOLO (ed.), *Chiese e insediamenti nelle campagne tra V e VI secolo*, Mantua, 2003, pp. 9-37, esp. 14-15.

103 P. PÉRIN, «The Origin of the Village in Early Medieval Gaul», en N. CHRISTIE (ed.), *Landscapes of Change. Rural Evolutions in Late Antiquity and the Early Middle Ages*, Aldershot, 2004, pp. 255-278, y C. LORREN, «L'habitat rural en Gaule du Nord, du ve au VIIe siècle. Quelques observations et remarques suscitées par les données récentes de l'archéologie», en J. LÓPEZ QUIROGA, A. M. MARTÍNEZ TEJERA y J. MORÍN DE PABLOS (eds.), *Gallia e Hispania en el contexto de la presencia «germánica» (ss. V-VII). Balance y perspectivas*, Oxford, 2006, pp. 9-18. Y, sobre todo, debe verse la obra de conjunto de E. PEYTREMANN, *Archéologie de l'habitat rural dans le nord de la France du IVe au XIIe siècle*, Saint-Germain-en-Laye, 2003.

104 E. ZADORA-RIO, «Early medieval villages and estate centres in France (c. 300-1100)», en J. A. QUIRÓS CASTILLO (ed.), *The Archaeology of Early Medieval Villages in Europe*, Vitoria, 2009, pp. 77-98, esp. 81 y ss.

105 Hydat., 81.

106 Para Gallaecia, los yacimientos pueden ser consultados en las referencias de J. López Quiroga, *El final de la Antigüedad en la «Gallaecia»: la transformación de las estructuras de poblamiento entre Miño y Duero (siglos v al x)*, La Coruña, 2004. Para la zona del futuro reino astur, L. R. Menéndez Bueyes, *Reflexiones críticas sobre el origen del reino de Asturias*, Salamanca, 2001.

107 J. Escalona, «Patrones de fragmentación territorial: el fin del mundo romano en la Meseta del Duero», en U. Espinosa y S. Castellanos (eds.), *Comunidades locales y dinámicas de poder en el norte de la Península Ibérica durante la Antigüedad tardía*, Logroño, 2006, pp. 165-200, esp. 189.

108 Un tratamiento modélico de este asunto por I. Martín Viso, *Fragmentos del Leviatán. La articulación política del espacio zamorano en la Alta Edad Media*, Zamora, 2002, pp. 19 y ss.

109 Algunos trabajos pioneros y fundamentales en este sentido: Hamerow, *Early Medieval;* R. Francovich y R. Hodges, *Villa to Village. The Transformation of the Roman Countryside in Italy, c. 400-1000* , Londres, 2003, y E. Peytremann, *Archéologie de l'hábitat rural;* debe verse ahora la recopilación de trabajos Quirós Castillo (ed.), *The Archaeology*.

110 La referencia a las aldeas en J. A. Quirós Castillo, «Early Medieval Villages in Spain in the light of European experience. New approaches in peasant archaeology», en Quirós Castillo (ed.), *The Archaeology*, pp. 13-26, esp. 20. Sobre el colapso romano del centro y noroeste de Hispania durante el siglo v, destaco los trabajos de P. C. Díaz, «La ocupación germánica del valle del Duero», *Hispania Antiqua*, 18, 1994, pp. 457-476; A. Chavarría, «Romanos y visigodos en el valle del Duero (siglos v-viii)», *Lancia*, 6, 2004-2005, pp. 187-204, o su «*Villae* tardoantiguas en el valle del Duero», en S. Castellanos e I. Martín Viso (eds.), *De Roma a los bárbaros. Poder central y horizontes locales en la cuenca del Duero*, León, 2008, pp. 93-122, y Escalona, «Patrones de fragmentación territorial».

111 M. Fernández Mier, «La génesis de la aldea en las provincias de Asturias y León», en Quirós Castillo (ed.), *The Archaeology*, pp. 149-165.

112 P. Ballesteros Arias, «La arqueología rural y la construcción de un paisaje agrario medieval: el caso de Galicia», en H. Kirchner (ed.), *Por una arqueología agraria*, Oxford, 2010, pp. 25-39.

113 Sobre todo en A. Vigil-Escalera, «Paisajes rurales del centro y noroeste de España durante el siglo v», en Delogu y Gasparri (eds.), *Le trasformazioni del v secolo*, pp. 601-638, además véanse otros trabajos suyos, tales como «Granjas y aldeas tardoantiguas y altomedievales de la Meseta. Configuración espacial, socioeconómica y política de un territorio rural al norte de Toledo (ss. v-x d.C.)», *Archivo Español de Arqueología*, 80, 2007, pp. 239-284; «El modelo de poblamiento rural en la Meseta y algunas cuestiones de visibilidad arqueológica», en López Quiroga, Martínez Tejera y Morín de Pablos (eds.), *Gallia e Hispania*, pp. 89-108, y su tesis doctoral, *Escenarios de emergencia de un paisaje social y político altomedieval en el interior de la Península Ibérica durante la quinta centuria: cerámica, necrópolis rurales y asentamientos encastillados*, Universidad del País Vasco, Vitoria, 2009. Un resumen de sus

últimos planteamientos en A. VIGIL-ESCALERA, «Apuntes sobre la genealogía política de aldeas y granjas altomedievales», en I. MARTÍN VISO (ed.), *¿Tiempos Oscuros? Territorio y sociedad en el centro de la Península Ibérica (siglos VII-X)*, Madrid, 2009, pp. 31-44. Las cronologías de las aldeas de la zona centro están centradas a partir del siglo VI, pero en algunos casos arrancan en el V, época de la que, además, son lo que este autor llama «necrópolis romanas postimperiales».

114 De manera muy explícita y detallada en *Escenarios de emergencia*, 191.

115 BROGIOLO y CHAVARRÍA , *Aristocrazie e campagne*, pp. 102 y ss.; «Dai Vandali ai Longobardi: Osservazioni sull'insediamento barbarico nelle campagne dell'Occidente», en G. M. BERNDT y R. STEINACHER (eds.), *Das Reich der Vandalen und seine (Vor-) Geschichten*, Viena, 2008, pp. 261-281, y M. VALENTI, «I villagi altomedievali in Italia», en QUIRÓS CASTILLO (ed.), *The Archaeology*, pp. 29-55, esp. 36-37. Una visión muy diferente, que trata de apartarse del vínculo entre material y etnicidad, en P. VON RUMMEL, «The Archaeology of 5th century Barbarians in North Africa», en DELOGU y GASPARRI (eds.), *Le trasformazioni del V secolo*, pp. 157-181.

116 ZADORA-RIO, «Early medieval villages».

117 Esto último ha sido sugerido por J. A. QUIRÓS CASTILLO y A. VIGIL-ESCALERA, «Networks of peasant villages between Toledo and Velegia Alabense, Northwestern Spain (V-Xth centuries)», *Archaeologia Medievale*, 33, 2006, pp. 79-128.

118 La relación entre necrópolis, aldeas, y los rangos campesinos reconocibles a partir del registro ha sido explicada con detalle para el interior de la Península Ibérica en su tesis doctoral por A. VIGIL-ESCALERA, *Escenarios de emergencia*, por ejemplo en la discusión de pp. 213 y ss.

NOTAS
CAPÍTULO 2

1 Ovid., *Trist.*, 5.10; 5.12, traducción de J. González Vázquez, *Ovidio. Tristes; Pónticas*, Madrid, 1992.

2 M. H. WILLIAMS, *The Monk and the Book. Jerome and the Making of Christian Scholarship*, Chicago, 2006, p. 299.

3 Hier., *Commentariorum in Hiezechielem Libri XIV*, praef. 12.

4 Tácito, *Germania,* 14-15, traducción de J. M. Requejo, Madrid, 1981.

5 César, *Bell. Gall.*, 2.30-31, traducción de V. García Yebra y H. Escobar Sobrino, *César. Guerra de las Galias*, Madrid, 2000.

6 Vel. Paterc., 2.117-118, traducción de C. Wells, *El imperio romano*, Madrid, 1986.

7 Tac., *Hist.*, 4.23, traducción de J. L. Conde, *Cornelio Tácito. Historias*, Madrid, 2006.

8 Plin., *NH*, 2.78(80).21.

9 Tac., *Hist.*, 5.25, traducción de J. L. Conde, *Cornelio Tácito* .

10 Procop., *Bell.*, 3.2.3-5, traducción de J. A. Flores Rubio, *Procopio de Cesarea. Historia de las Guerras. Libros III-IV. Guerra Vándala*, Madrid, 2000.

11 A modo de recogida de datos y de síntesis de los mismos, T. S. BURNS, *Rome and the Barbarians, 100 B.C.-A.D. 400*, Baltimore, 2003, pp. 350 y ss.; P. HEATHER, *La caída del imperio romano*, Barcelona, 2006, pp. 120 y ss.; G. HALSALL, *Barbarian Migrations and the Roman West, 376-568*, Cambridge, 2007, pp. 57 y ss., y 152 y ss. Trabajos monográficos al respecto en M. KAZANSKI, *Les Goths, Ier-VIIe apr. J.-C.*, París, 1991; C. REICHMANN, «Frühe Franken in Germanien», en A. WIECZOREK *et al.*, *Die Franken*, Mainz, 1997, pp. 55-65, y, en ese mismo volumen, la contribución de F. THEUWS y H. HIDDINK, «Der Kontakt zu Rom», *ibid.*, pp. 66-80.

12 K. PIETA y V. PLACHÁ, «Die ersten Römer im nördlichen Mittledonaurum im Lichte neuen Grabungen in Devín», en T. FISCHER *et al.* (eds.), *Germanen Beiderseits des Spätantiken Limes*, Colonia-Brno, 1999, pp. 179-205, esp. 183-197.

13 Entre los trabajos ya clásicos a este respecto, F. LOT, *Les invasions germaniques*, París, 1935; J. VOGT, *The Decline of Rome*, Londres, 1967, y L. MUSSET, *Las invasiones. Las oleadas germánicas*, Barcelona, 1982, es un clásico

en ese sentido de una percepción lineal del asunto. Véanse además síntesis recientes como las de R. SANZ, *Las migraciones bárbaras y la creación de los primeros reinos de Occidente*, Madrid, 1995, o C. AZZARA, *Las invasiones bárbaras*, Granada, 2004.

14 P. HEATHER, *Empires and Barbarians*, Londres, 2009.

15 Los argumentos de Goffart pueden verse en su amplia producción, pero, a este respecto, destaco W. GOFFART, *Barbarian Tides. The Migration Age and the Later Roman Empire*, Philadelphia, 2006; los de M. KULIKOWSKI, por ejemplo, en su breve pero muy sugerente obra *Rome's gothic wars: from the third century to Alaric*, Nueva York, 2007, y los de HALSALL, concentrados en su síntesis para un manual de la Universidad de Cambridge, «The Barbarian Invasions», en P. FOURACRE (ed.), *The New Cambridge Medieval History, 1, c. 500-700*, Cambridge, 2005, pp. 35-55.

16 Una síntesis de conjunto ya clásica a este respecto es la de M. TODD, *The Northern Barbarians, 100 B.C.-A.D. 300*, Oxford, 1987.

17 Sobre todo esto es de necesaria lectura el ensayo crítico de P. J. GEARY, *The Myth of Nations. The Medieval Origins of Europe*, Princeton, 2002, esp. pp. 22 y ss. Además, I. N. WOOD, «Barbarians, Historians, and the Construction of National Identities», *Journal of Late Antiquity*, 1.1, 2008, pp. 61-81.

18 Amm. Marc., 16.12.25-26.

19 Entre los primeros hay que destacar a H. WOLFRAM, «*Origo et religio*. Ethnic traditions and literature in early medieval texts», *Early Medieval Europe*, 3.1, 1994, pp. 19-38. Y W. POHL, «Telling the Difference: Signs of Ethnic Identity», en W. POHL y H. REIMITZ (eds.), *Strategies of Distinction. The Construction of Ethnic Communities, 300-800*, Leiden, 1998, pp. 17-69; «Does the Distant Past Impinge on the Invasion Age Germans?», en A. GILLET (ed.), *On Barbarian Identity. Critical Approaches to Ethnicity in the Early Middle Ages*, Turnhout, 2002, pp. 21-37; «El concepto de etnia en los estudios de la Alta Edad Media», en L. K. LITTLE y B. H. ROSENWEIN (eds.), *La Edad Media a debate*, Madrid, 2003, pp. 35-48, y uno de sus últimos trabajos que recoge la principal bibliografía actual al respecto, «Rome and the Barbarians in the fifth-century», *Antiquité Tardive*, 16, 2008, pp. 93-101. En cuanto a los segundos, entre otros, W. GOFFART, una de cuyas últimas publicaciones, *Barbarian Tides*, 2006, está escrita en un tono ciertamente hostil hacia los planteamientos de los anteriores, en especial la introducción del libro. Puede seguirse la polémica además en GILLET (ed.), *On Barbarian Identity*.

20 Un resumen de la historia de los *MGH* en D. KNOWLES, *Great Historical Enterprises. Problems in Monastic History*, Toronto, 1963, pp. 63 y ss.

21 Fue también el caso del imperio británico, que en el siglo XIX buscaba algunos de sus grandes héroes nacionales entre los anglosajones, R. HODGES, *The Anglo-Saxon Achievement*, Londres, 1989, p. 7. Para el caso de los godos en España, dediqué algunos comentarios en la parte inicial de mi libro *Los godos y la cruz. Recaredo y la unidad de Spania*, Madrid, 2007.

22 A. DEMANDT, *Der Fall Roms*, Múnich, 1984.

23 HEATHER, *La caída*, y B. WARD-PERKINS, *La caída de Roma y el fin de la civilización*, Madrid, 2006.

24 J. Durliat, *Les finances publiques de Dioclétien aux Carolingiens, 284-889*, Sigmaringen, 1990; véase el comentario crítico de C. Wickham, «La *chute de Rome* n'aura pas lieu», *Le Moyen Âge*, 99-1, 1993, pp. 107-126. Me he ocupado del caso visigodo en S. Castellanos, «The Political Nature of Taxation in Visigothic Spain», *Early Medieval Europe*, 12.3, 2003, pp. 201-228.

25 Véase n. 19.

26 Como sucede con la introducción del libro de Goffart, *Barbarian Tides*. Debe verse la obra colectiva, que aglutina buena parte de las posiciones y los autores más significativos, Gillet (ed.), *On Barbarian Identity*. La respuesta que da Pohl es contundente y muy razonable en términos académicos, en el sentido de la complejidad del campo de estudio, que no puede ser solventada con simplismos. Utilizar el elemento étnico no implica necesariamente caer en lecturas pangermanistas. Claro que eso exige el conocimiento profundo de los textos y del debate historiográfico. Coincido, por lo tanto, con buena parte de lo expuesto, por ejemplo, en W. Pohl, «Il V secolo e la trasformazione del mondo romano», en P. Delogu y S. Gasparri (eds.), *Le trasformazioni del v secolo. L'Italia, I barbari e l'Occidente romano*, Turnhout, 2010, pp. 741-760.

27 S. Castellanos, «Bárbaros y cristianos en el Imperio tardorromano. La adaptación de la intelectualidad cristiana occidental», *Cristianismo y poder en la Antigüedad, Studia Historica. Historia Antigua*, 24, 2006, pp. 237-256.

28 Por un lado, G. P. Brogiolo y A. Chavarría, «Dai Vandali ai Longobardi: Osservazioni sull'insediamento barbarico nelle campagne dell'Occidente», en G. M. Berndt y R. Steinacher (eds.), *Das Reich der Vandalen und seine (Vor-)Geschichten*, Viena, 2008, pp. 261-281, por otro, por ejemplo, A. Vigil-Escalera, «Apuntes sobre la genealogía política de aldeas y granjas altomedievales», en I. Martín Viso (ed.), *¿Tiempos Oscuros? Territorio y sociedad en el centro de la Península Ibérica (siglos vii-x)*, Madrid, 2009, pp. 31-44.

29 A título de muestra, y seleccionando sólo algunos nombres, cabe observar las posiciones sobre la etnogénesis que sostienen Wolfram y Pohl (véase n. 19) y las que prácticamente niegan tal posibilidad, como sucede con Goffart (véase n. 19) o P. Amory, *People and Identity in Ostrogothic Italy, 489-554*, Cambridge, 1997, pp. 13 y ss. Liebeschuetz ha escrito un artículo en el que acepta la formación de la *gens* de los godos, con sus complejidades, antes de su entrada en el imperio, cfr. J. H. W. G. Liebeschuetz, «Making a Gothic History: Does the Getica of Jordanes Preserve Genuinely Gothic Traditions?», *Journal of Late Antiquity*, 4.2, 2011, pp. 185-216.

30 Una síntesis en Halsall, *Barbarian Migrations*.

31 W. Goffart, *Barbarians and Romans. The Techniques of Accommodation, A.D. 418-584*, Princeton, 1980, que recoge la bibliografía anterior al respecto, en buena medida partidaria del acceso directo a la tierra.

32 M. Innes, «Land Freedom and the Making of the Medieval West», *Transactions of the Royal Historical Society*, 16, 2006, pp. 39-74.

NOTAS
CAPÍTULO 3

1 Just., *Nov.*, 30.11.

2 Sobre los poco más de dos meses de gobierno de Petronio Máximo, la entrada de los vándalos en Roma y la captura de las damas, y el linchamiento de aquél, Prosp. Tiro, *chron.*, a. 455.

3 Prisco, fr. 30.1 y 30.2. Ioh. Antioch., fr. 293.2.

4 Hydat., 156 y 157.

5 Hydat., 166. Jord., *Get.*, 232. La obra clave sobre los suevos es la de P. C. DÍAZ, *El reino suevo (411-585)*, Madrid, 2011.

6 Prisco, fr. 32. Ioh. Antioch., 294.

7 Marius Aven., *Chron.*, a. 455.

8 Sid. Apoll., *Carm.*, 7. Recientemente se ha subrayado el conflicto interno en la familia regia visigoda como uno de los trasfondos del panegírico, cfr. M. KULIKOWSKI, «Carmen VII of Sidonius and a Hitherto Unknown Gothic Civil War», *Journal of Late Antiquity,* 1.2, 2008, pp. 335-352.

9 J. ARCE, *Bárbaros y romanos en Hispania, 400-507 A.D.*, Madrid, 2005.

10 Hydat., 170 y 176.

11 Prisco, fr. 32. Ioh. Antioch., fr. 294.

12 Marcell., *Chron.*, a. 457. Jord. Get., 236. La confusión que reinaba entre estos cronistas orientales era debida al lapso de varios meses desde la batalla de Piacenza probablemente en octubre de 456, a la consolidación de Mayoriano en el poder, ya avanzado 457. Su aclamación en la primavera de 457 por el ejército ya correspondía, en Oriente, con el mandato de León, puesto que su antecesor, Marciano, había muerto en enero. Para los datos biográficos de Mayoriano, *PLRE*, 2, 702 y ss.

13 Sid. Apoll., *Carm.*, 5.9 y ss.

14 Sid. Apoll., *Carm.*, 5.373 y ss.

15 Todas estas cronologías sobre Mayoriano en *Fasti Vindob. Priores*, a. 457.

16 Marius Avent., *Chron.*, a. 456.

17 *Chron. Gall. a. 511*, 68. Casiodoro es aún más escueto, Cass., *Chron.*, 1266.

18 Greg. Tur., *LH*, 2.11. Sobre el culto a San Julián, R. Van Dam, *Saints and their Miracles in Late Antique Gaul*, Princeton, 1993.

19 Reconstrucción de las fechas en G. Halsall, *Barbarian Migrations and the Roman West, 376-568*, Cambridge, 2007, p. 263.

20 Para lo que sigue el estudio de referencia es el de R. W. Mathisen, «Resistance and Reconciliation: Majorian and the Gallic Aristocracy alter the Fall of Avitus», *Francia*, 7, 1979, pp. 597-627.

21 Sid. Apoll., *Carm.*, 12.

22 Todo el episodio es recordado por Sidonio en Sid. Apoll., *ep.*, 1.11. Una reconstrucción en J. Harries, *Sidonius Apollinaris and the Fall of Rome, AD 407-485*, Oxford, 1994, pp. 93-95.

23 Hydat., 179.

24 Hydat., 180 y ss., esp. 185 y 188.

25 Sid. Apoll., *Carm.*, 5.

26 Sid. Apoll., *ep.*, 9.13. Sobre los problemas cronológicos de este banquete y la posibilidad de que se hubiera producido hacia 458, véase Mathisen, «Resistance», p. 612.

27 Hydat., 192.

28 Hydat., 195. Prisco, fr. 36.

29 *Chron. Gall. a. 511*, 71.

30 Prisco, fr. 36.2 (asumido más tarde por Juan de Antioquía, Ioh. Antioch., fr. 295), más resumidamente, Hydat., 205, y ya en el siglo vi, *Chron. Gall. a. 511*, 72, y Mar. Avent., *Chron.*, a. 460, 461. Sobre la fecha de la ejecución, *Fasti Vindob. Priores*, a. 461, y Marc., *Chron.*, 461.

31 Todas estas informaciones dependen de Prisco, fr. 38.1.

32 Prisco, fr. 38.2.

33 Prisco, fr. 39.1.

34 G. Halsall, «Childeric's Grave, Clovis' Succession, and the Origins of the Merovingian Kingdom», en R. W. Mathisen y D. Shanzer (eds.), *Society and Culture in Late Antique Gaul. Revisiting the Sources*, Aldershot, 2001, pp. 116-133.

35 Greg. Tur., *LH*, 2.12.

36 Hydat., 212.

37 Fredeg., 2.56.

38 *Vita Aniani*, 3-4. Hidacio dice que en esa época Agripino recibió una carta del obispo Eufronio de Autún, en la que le relataba determinados fenómenos que se habían visto en el cielo, Hydat., 143.

39 *Vita Lupicini*, 96 y ss., en la numeración de la edición de F. Martine. Ralph Mathisen apunta a que probablemente la acusación hacia Agripino no se refería tanto a la entrega de Narbona en 462, sino más bien a su posible colaboracionismo en la expansión burgundia de finales de los años cincuenta, Mathisen, «Resistance», pp. 614 y ss.

40 Hydat., 214. Mar. Avent., *Chron.*, a 463.

41 Cass., *Chron.*, 1278. Marcell., *Chron.*, a. 464. Jord., *Get.*, 236, confunde la cronología y coloca el episodio en la época de Antemio.

42 Hydat., 224, que en esta entrada de su crónica deja ver que lo más probable es que Aegidio muriera como consecuencia de alguna conjura.

43 Una prueba de la confusión en torno a las jefaturas militares en la Galia central y septentrional viene dada por la sinopsis que, reuniendo materiales diversos, hizo Gregorio de Tours ya a finales del siglo VI, Greg. Tur., *LH*, 2.18. La mejor reconstrucción en HALSALL, *Barbarian*, pp. 269 y ss.

44 Cass., *Chron.*, 1280.

45 Sid. Apoll., *Carm.*, 2.220.

46 Sobre esto ha llamado la atención recientemente A. GILLET, «Rome, Ravenna and the Last Western Emperors», *Papers of the British School at Rome*, 69, 2001, pp. 131-167.

47 Para las quejas entre los aristócratas de Galia, Sid. Apoll., *ep.*, 1.7.5. La frase se achacaba a Arvando, que había sido nada menos que prefecto de las Galias, y que fue acusado de traición por haber enviado una carta al rey visigodo Eurico en la que le disuadía de pactar con ese «emperador griego». Sobre Arvando trato en algún otro lugar de este libro. También en Italia se había difundido la cuita de que Antemio era un *graeculus*, Enn., *Vita Epi.*, 54.

48 Cass., *chron.*, 1289.

49 Los detalles biográficos de Antemio en *PLRE*, 2, 96 y ss.

50 Prisco, fr. 50.

51 Procop., *BV*, 1.6.5.

52 Además de Prisco o de Sidonio Apolinar, otras fuentes aluden por supuesto al acceso de Antemio al poder, por ejemplo y entre otras, Hydat., 230-231; *Fast. Vindob. Prior.*, a. 467; Cass., *Chron.*, 1283; Marcell., *chron.*, 467, y Jord., *Get.*, 236. Juan Malalas (*chron.*, 14.33), avanzado el siglo VI, desde Oriente, colocó por error la decisión en manos de Marciano.

53 Hydat., 230.

54 Sid. Apoll., *Carm.*, 2.363 y ss.

55 Todo esto en Sid. Apoll., *ep.*, 1.9.

56 Sobre esta esperanza de los poderosos, así como el desarrollo de la campaña, P. HEATHER, *La caída del Imperio romano*, Barcelona, 2006, pp. 505 y ss.

57 Procop., *BV*, 1.6, para la campaña, y 1.6.11 y ss., para el fragmento reproducido, traducción de J. A. Flores Rubio, *Procopio de Cesarea. Historia de las Guerras. Libros III-IV, Guerra Vándala*, Madrid, 2000, p. 100. Procopio asume buena parte de las informaciones de Prisco, que sí fue contemporáneo a los hechos, Prisco, fr. 53.1-3. Hidacio, que también vivía en esos momentos, parece referirse vagamente a las campañas imperiales contra los vándalos, Hydat., 232 y 236. Más tarde, Juan Malalas asumirá (*chron.*, 14.44), más o menos, la tradición textual inaugurada por Prisco, y que también llegó a Procopio.

58 Cass., *Chron.*, 1285. El cronista Marcelino (*chron.*, a. 468) pone el acento no tanto en la expedición en sí, sino en la figura del general Marcelino y en la

traición que sufrió. No olvidemos que era el general del Ilírico, zona de la que procedía el propio cronista, que escribe casi un siglo después.

59 Prisco, fr. 59.

60 Todos estos episodios en Enn., *Vita Epi.*, 53 y ss.

61 *Ibid.*, 64, traducción de A. López Kindler, *Ennodio. Obra miscelánea. Declamaciones*, Madrid, 2002.

62 Jord., *Get.*, 237. Greg. Tur., *LH*, 2.18.

63 Sid. Apoll., *ep.*, 3.9.

64 *Chron. Gall. a. 511*, 76.

65 A. Gillet, «The Accesión of Euric», *Francia*, 26.1, 1999, pp. 1-40, esp. 25. Halsall, *Barbarian*, p. 277.

66 *Ibid*.

67 Sid. Apoll., *ep.*, 2.1.

68 Prisco, fr. 64, anota la posibilidad de que fueran hermanos.

69 Prisco, fr. 65.

70 Procop., *BV*, 1.7.1.

71 Jord., *Get.*, 238.

72 Marcell., *Chron.*, a. 472.

73 Malal., 14.45.

74 *Fasti Vindob. Prior.*, a. 472.

75 Cass., *Chron.*, 1293.

76 *Chron. Gall. a. 511*, 77.

77 Sid. Apoll., *ep.*, 1.10.

NOTAS
CAPÍTULO 4

1 Cass., *chron.*, 1303.

2 Para los detalles biográficos, así como las referencias a los mismos en las fuentes, además de los que se han ido dando, véase la ficha completa de *PLRE*, 2, 796 y ss.

3 Así lo plantea en su edición del texto P. RÉGERAT, *Eugippe. Vie de Saint Séverin*, París, 1991, p. 10.

4 Eug., *Vita Sever.*, 20.1.

5 Sobre este concepto y su desarrollo práctico en el siglo V, debe acudirse a P. MACGEORGE, *Late Roman Warlords*, Oxford, 2002.

6 Jord., *Get.*, 238.

7 *Chron. Gall. a. 511*, 78 y 79. Isid., *HG*, 34.

8 M. KOCH, «*Gotthi intra Hispanias sedes acceperunt*. Consideraciones sobre la supuesta inmigración visigoda en la Península Ibérica», *Pyrenae*, 37.2, 2006, pp. 83-104. La idea de un trasunto político sería visible igualmente en la inscripción de Mérida, en la que se combinan los intereses evergéticos, el obispo, un *dux* y la referencia al rey, M. KOCH, «*Nunc tempore potentis Getarum Eurici regis*. El impacto visigodo en Hispania a través de la inscripción del puente de Mérida (483 d.C.)», *Pyrenae*, 39.2, 2008, pp. 137-142.

9 Cass., *chron.*, 1295.

10 Prisco, fr. 65. Ioh. Antioch., fr. 301.

11 Jord., *Get.*, 239. *Rom.*, 338.

12 *Chron. Gall. a. 511*, 80.

13 *PLRE*, 2, 60-61.

14 Enn., *V. Epi.*, 79-80.

15 *Consul. Caesaraug.*, 37a.

16 Jord., *Get.*, 284.

17 Sobre Julio Nepote debe verse J. A. JIMÉNEZ SÁNCHEZ, «Julio Nepote y la agonía del imperio romano de Occidente», *Faventia*, 25.2, 2003, pp. 115-137.

18 El proceso de la marcha de Gundobado y la competencia interna dentro de la familia real burgundia puede seguirse en I. N. WOOD, «*Gentes*, Kings and Kingdoms- Tne emergence of States: the Kingdom of the Gibichungs», en H. W.

GOETZ, J. JARNUT y W. POHL (eds.), *Regna and Gentes*, Leiden-Boston, 2003, pp. 243-269, esp. 252.

19 Así, por ejemplo, *Anon. Vales. II*, 36, o Cass., *Chron.*, 1299. La referencia de Jordanes en Jord., *Rom.*, 338-339.

20 Marcell., *Chron.*, a. 474.

21 Sobre todos estos generales, MACGEORGE, *Late Roman Warlords*.

22 Malch., fr. 5.

23 La referencia de la carta es Sid. Apoll., *ep.*, 5.16.

24 A nivel más personal, Sidonio le dedica a su cuñado su *carm.*, 20.

25 Este pasaje en concreto se encuentra en Sid. Apoll., *ep.*, 5.16.2.

26 Todo lo que sigue en Enn., *Vita Epi.*, 81 y ss.

27 *PLRE*, 2, 662-663.

28 Enn., *Vita Epi.*, 88, traducción de López Kindler, *Ennodio. Obra miscelánea. Declamaciones*, Madrid, 2002.

29 Sid. Apoll., *ep.*, 3.3.3; un siglo después, Greg. Tur., *LH*, 2.24, hablará de diez hombres.

30 Sid. Apoll., *ep.*, 7.10.1.

31 La carta en Sid. Apoll., *ep.*, 7.6.

32 Greg. Tur., *LH*, 2.25.

33 Sid. Apoll., *ep.*, 7.6.10.

34 Sid. Apoll., *ep.*, 7.7.1.

35 Sid. Apoll., *ep.*, 7.7.2.

36 Sid. Apoll., *ep.*, 8.3.

37 Jord., *Get.*, 240.

38 Jord., *Get.*, 241.

39 Prisco, fr. 11 y 13; además *Anon. Vales. II*, 36 y ss. Jord., *Get.*, 241.

40 Jord., *Get.*, 241; *Rom.*, 344; además *Anon. Vales. II*, 36-37; Cass., *Chron.*, 1301; Marcell., *Chron.*, a. 475; *Fasti Vindob. Prior.*, a. 475-476, documento tardío, pero que fecha la deposición de Nepote en el verano de 475.

41 Eug., *Vita Sever.*, 8.1.

42 *Anon. Vales. II*, 37. Jord., *Get.*, 2412.

43 Cass., *Chron.*, 1303.

44 Marcell., *Chron.*, 476.2.

45 Jord., *Get.*, 242.

46 Malco, fr. 14.

47 *Chron. Gall. a. 511*, a. 476-477.

48 ROMULVS AVGVSTVS, y FL OD-OVAC, utilizo la edición de *RIC*, por parte de J. P. C. KENT.

49 Al respecto de tales conmemoraciones, recomiendo la lectura de las páginas de A. MOMIGLIANO, «Tra due anniversari: 376-476», en P. BREZZI *et al.*, *La fine dell'impero romano d'Occidente*, Roma, 1978, pp. 171-180. Puede verse un resumen de los hechos de 476 en la contribución de Mazzarino al citado

volumen, cfr. S. MAZZARINO, «Tra due anniversari: 376-476», *ibid.*, pp. 171-180.

50 L. CRACCO RUGGINI, «Come Bisanzio vide la fine dell'Impero d'Occidente», en BREZZI *et al.*, *La fine dell'impero romano*, pp. 71-82. Las vacantes del poder imperial en el siglo V han sido reunidas por S. CALDERONE, «Alle origini della "fine" dell'impero romano d'Occidente», *ibid.*, pp. 29-48.

51 Sus teorías se encuentran condensadas en su *Los orígenes de Roma, c. 1000-264 a.C.*, Barcelona, 1999.

52 *Auct. Haun. Ordo Prior.*, 476.2.

53 *Auct. Haun. Ordo Prior.*, 476.4.

54 *Fasti Vindob. Prior.*, a. 476. Sobre estos materiales, M. CESA, «Odoacre nelle fonti letterarie dei secole V e VI», en P. DELOGU (ed.), *Le invasioni barbariche nel meridione dell'impero: visigoti, vandali, ostrogoti*, Soveria Mannelli (Catanzaro), 2001, pp. 41-59.

55 La mejor síntesis de los datos al respecto de la elaboración oriental del concepto «476» es, a mi juicio, la de B. CROKE , «A.D. 476: The Manufacture of a Turning Point», *Chiron*, 13, 1983, pp. 81-119. Véase además G. ZECCHINI, «Il 476 nella storiografia tardoantica», en su *Ricerche di storiografia latina tardoantica*, Roma, 1993, pp. 65-90.

56 S. CASTELLANOS, «La mirada de Constantinopla. La desaparición del imperio romano de Occidente», en J. M. CORTÉS COPETE, E. MUÑIZ GRIJALVO y R. GORDILLO HERVÁS (eds.), *Grecia ante los Imperios, V Reunión de Historiadores del Mundo Griego*, Sevilla, 2011, pp. 371-376.

57 *Nov.*, 30.11.2, justamente destacada por M. MAAS, «Roman History and Christian Ideology in Justinianic Reform Legislation», *Dumbarton Oak Papers*, 40, 1986, pp. 17-31, esp. 26.

58 G. DAGRON, «Rome et l'Italie vues de Byzance (IVe-VIIe siècles)», en *Bisanzio, Roma e l'Italia nell'Alto Medioevo* , I, *34 Settimane*, Spoleto, 1988, pp. 43-64.

59 Para todo lo que tiene que ver con el cronista Marcelino sigo los argumentos, referencias y detalles de la excelente monografía de B. CROKE, *Count Marcellinus and his Chronicle*, Oxford, 2001.

60 *Chron. Pasch.*, 623.7.

61 Sobre la política pactista de Amalasunta, J. MOORHEAD, «Culture and Power among the Ostrogoths», *Klio*, 68.1, 1986, pp. 112-122.

62 A. CAMERON, «Old and New Rome: Roman Studies in Sixth-Century Constantinople», en P. ROUSSEAU y M. PAPOUTSAKIS (eds.), *Transformations of Late Antiquity. Essays for Peter Brown*, Farnham, 2009, pp. 15-36.

63 A título ilustrativo, véase el estudio prosopográfico que sobre los Anicios de la Galia elaboraron T. S. MOMMAERTS y D. H. KELLEYS, «The Anicii of Gaul and Rome», en J. DRINKWATER y H. ELTON (eds.), *Fifth-Century Gaul: a Crisis of Identity?*, Cambridge, 1992, pp. 111-121.

64 A. MOMIGLIANO, «Gli Anicii e la storiografia latina del VI sec. D.C.», en *Secondo Contributo alla Storia degli Studi Classici*, Roma, 1984, pp. 231-253.

65 Greg. Tur., *In glor. mart.*, 102. Sobre Anicia Juliana, *PLRE*, 2, 635-636, y J. J. O'DONNELL, *The Ruin of the Roman Empire* , Nueva York, 2008, p. 187.

66 J. MOORHEAD, «Italian Loyalties during Justinian's Gothic War», *Byzantion*, 53, 1983, pp. 575-596.

67 Procop., *BG*, 3.35.

68 Sobre la oposición de la aristocracia itálica a los godos durante la guerra, y el creciente apoyo a los bizantinos, MOORHEAD, «Italian Loyalties».

69 Cass., *Inst.*, 1.23.

70 Elogio puesto en boca del rey ostrogodo, Cass., *Var.*, 10.11 y 10.12. Sobre las conexiones de Casiodoro con los Anicios, y la producción historiográfica de los distintos miembros, véase A. MOMIGLIANO, «Gli Anicii»; «Cassiodorus and Italian Culture of his time», en *Secondo contributo alla storia degli studi classici*, Roma, 1984, pp. 191-229, y B. CROKE, «Latin Historiography and the Barbarian Kingdoms», en G. MARASCO (ed.), *Greek and Roman Historiography in Late Antiquity*, Leiden-Boston, 2003, pp. 349-389.

71 Cass. Var., 9.25. W. GOFFART, *The Narrators of Barbarian History (A.D. 550-800). Jordanes, Gregory of Tours, Bede, and Paul the Deacon*, Princeton, 1988, pp. 35 y ss. A. GILLET, «The Purposes of Cassiodorus' Variae», en A. C. MURRAY (ed.), *After Rome's Fall. Narrators and Sources of Early Medieval History. Essays presented to Walter Goffart*, Toronto, 1998, pp. 37-50.

72 MOMIGLIANO, «Cassiodorus and Italian Culture», esp. p. 207.

73 Véase libro de GOFFART, *The Narrators*, recién citado y los artículos de MOMIGLIANO mencionados más arriba.

74 Cass., *Chron.*, 1303. Marcell., *Chron.*, 476.2.

75 En la ya citada Just., *Nov.*, 30.11.

NOTAS
CAPÍTULO 5

1 Sid. Apoll., *ep.*, 2.1.

2 Me ocupé del asunto en S. CASTELLANOS, «*Nostri spes maxima saecli*. El emperador Antemio y las esperanzas políticas de Occidente», en G. BRAVO y R. GONZÁLEZ SALINERO (eds.), *Toga y Daga. Teoría y praxis de la política en Roma, VII Coloquio de la AIER*, Madrid, 2010, pp. 393-401.

3 Sobre el escaso margen de maniobra de Simplicio ya se ha insistido incluso en las patrologías más prestigiosas, entre ellas puede verse A. DI BERARDINO, *Patrologia, IV, Dal Concilio di Calcedonia (451) a Beda. I Patri Latini*, Génova, 1996, p. 125.

4 Simpl., *ep.*, 6.

5 A modo de ejemplo puede verse Leo, *ep.*, 60. Sobre la posición del papa León en relación con el imperio, F. PASCHOUD, *Roma Aeterna. Études sur le patriotisme romain dans l'Occident latin a l'époque des grandes invasions*, Neuchâtel, 1967.

6 M. HUMPHRIES, «Italy, A. D. 425-605», en A. CAMERON, B. WARD-PERKINS y M. WHITBY (eds.), *The Cambridge Ancient History, 14, Late Antiquity: Empire and Successors, A. D. 425-600*, Cambridge, 2000, pp. 525-551, esp. 541.

7 *Liber Pontificalis*, 49, edición de L. DUCHESNE, *Le Liber Pontificalis. Texte, introduction et commentaire*, I, París, 1886, p. 249.

8 Amm. Marc., 14.6.3., traducción de M. L. Harto Trujillo, *Amiano Marcelino. Historia*, Madrid, 2002.

9 PASCHOUD, *Roma Aeterna*.

10 Sid. Apoll., *ep.*, 1.6.2.

11 Debe acudirse a la edición y los valiosos comentarios de R. BURGESS, «The Gallic Chronicle of 452: a New Critical Edition with a Brief Introduction», en R. W. MATHISEN y D. SHANZER (eds.), *Society and Culture in Late Antique Gaul. Revisiting the Sources*, Aldershot, 2001, pp. 52-84.

12 *Chron. Gall. a. 452*, 451.

13 *Chron. Gall. a. 452,* 444 [439-442].

14 C. LEPELLEY, «Quot curiales, tot tyranni. L'image du décurion oppresseur au bas empire», en E. FRÉZOULS (ed.), *Crise et redressement dans les provinces européennes de l'empire (milieu du IIe, milieu du IVe siécle ap. J.C.)*,

Estrasburgo, 1983, pp. 143-156.

15 La mejor y más completa puesta al día del asunto, con abundantes referencias a los datos y las referencias bibliográficas específicas, es la de C. Wickham, *Una historia nueva de la Alta Edad Media. Europa y el mundo mediterráneo, 400-800*, Barcelona, 2008. Sobre el funcionamiento fiscal del reino vándalo ha de verse ahora Ph. Von Rummel, «Settlement and Taxes: the Vandals in North Africa», en P. C. Díaz e I. Martín Viso (eds.), *Between Taxation and Rent. Fiscal Problems from Late Antiquity to Early Middle Ages*, Bari, 2011, pp. 23-37.

16 S. Muhlberger, *The Fifth-Century Chroniclers. Prosper, Hydatius, and the Gallic Chronicler of 452*, Cambridge, 2006 (1981), pp. 48 y ss. Véanse además los breves comentarios de Zecchini quien, al contrario que Muhlberger, presenta un Próspero partidario de Aecio; G. Zecchini, «Latin Historiography: Jerome, Orosius and the Western Chronicles», en G. Marasco (ed.), *Greek and Roman Historiography in Late Antiquity*, Leiden, 2003, pp. 317-345.

17 Las referencias de Próspero sobre la cuestión de Atila y de Genserico y el papel de León son Prosp., *chron.*, a. 452 y 455.

18 Hydat., *Praef.*, 6.

19 Las referencias fueron sistematizadas por Paschoud, *Roma Aeterna*.

20 Me he ocupado de esos enfoques en S. Castellanos, *Constantino. Crear un emperador*, Madrid, 2010. Para la historiografía pagana debe verse W. Liebeschuetz, «Pagan historiography and the decline of the empire», en G. Marasco (ed.), *Greek and Roman Historiography in Late Antiquity*, Leiden, 2003, pp. 177-218.

21 Una síntesis del asunto en M. Marcos, «El cristianismo y la caída del imperio romano», en G. Bravo (ed.), *La caída del imperio romano y la génesis de Europa. Cinco nuevas visiones*, Madrid, 2001, pp. 103-155.

22 R. Teja, «Il ceremoniale imperiale», en A. Schiavone (dir.), *Storia di Roma*, 3, *L'Età tardoantica*, 1, *Crisi e trasformazioni*, Turín, 1993, pp. 613-642.

23 H. A. Drake, *Constantine and the Bishops. The Politics of Intolerance*, Baltimore-Londres, 2000.

24 Hydat., 157.

25 R. W. Burgess, «Hydatius and the Final Frontier: The Fall of the Roman Empire and the End of the World», en R. W. Mathisen y H. S. Sivan (eds.), *Shifting Frontiers in Late Antiquity*, Aldershot, 1996, pp. 321-332. Sobre Hidacio ha de verse J. Vilella, «Idacio, un cronista de su tiempo», *Compostelanum*, 44, 1999, pp. 39-54.

26 *BV*, 1.3.15, traducción de J. A. Flores Rubio, *Procopio de Cesarea. Historia de las Guerras. Libros III-IV, Guerra Vándala*, Madrid, 2000.

27 Sobre la etapa de Sidonio como prefecto de Roma debe verse J. Harries, *Sidonius Apollinaris and the Fall of Rome, AD 407-485*, Oxford, 1994, pp. 150 y ss.

28 Sid. Apoll., *ep.*, 1.5.10.

29 Sid. Apoll., *ep.*, 1.9.1.

30 La inscripción del Basilio al que se refiere Sidonio es *ILS*, 810, anterior

a que Basilio fuera cónsul. Sobre la atribución del díptico de Florencia y Milán al Basilio de 541 véase A. CAMERON y D. SCHAUER, «The Last Consul: Basilius and his Diptych», *JRS*, 72, 1982, pp. 126-145.

31 Sid. Apoll., *carm.*, 2.

32 En algunas de las síntesis más recientes se ha hecho mucho hincapié en esta idea, C. WICKHAM, *Una historia nueva*; o su más condensada *The Inheritance of Rome. A History of Europe from 400 to 1000*, Londres, 2009, y M. INNES, *Introduction to Early Medieval Western Europe, 300-900*, Londres, 2007.

33 Sid. Apoll., *ep.*, 5.16.2.

34 Un reciente ensayo sobre la descomunal dimensión burocrática del Estado tardorromano en C. KELLY, *Ruling the Later Roman Empire*, Cambridge (Mass.), 2006.

35 Sid. Apoll., *ep.*, 5.16.4.

36 Sid. Apoll., *ep.*, 7.10.

37 Sid. Apoll., *ep.*, 7.5.

38 Sid. Apoll., *ep.*, 5.12.

39 Todas las frases proceden de Sid. Apoll., *ep.*, 7.12.

40 Sid. Apoll., *ep.*, 8.8.

41 Sid. Apoll., *ep.*, 7.12.

42 Sid. Apoll., *ep.*, 2.13.

43 Sid. Apoll., *ep.*, 2.13.8.

44 Sid. Apoll., *carm.*, 7.376-7; 464.

45 Sobre el calado de los panegíricos de Sidonio a Avito y a Antemio (y no a Mayoriano), puede verse L. WATSON, «Representing the past, redefining the future: Sidonius Apollinaris' Panegyrics of Avitus and Anthemius», en M. WHITBY (ed.), *The Propaganda of Power. The Role of Panegyric in Late Antiquity*, Leiden, 1998, pp. 177-198.

46 Sid. Apoll., *carm.*, 7.

47 Sobre la minimización del papel de los visigodos en este panegírico, en comparación con el dedicado a Avito, véanse los comentarios de HARRIES, *Sidonius*, pp. 87 y ss.

48 Sid. Apoll., *carm.*, 5.57 y ss., traducción de A. López Kindler, *Sidonio Apolinar. Poemas*, Madrid, 2005.

49 Sid. Apoll., *ep.*, 1.11, la carta de es del año 469, pero se refiere a los hechos de 461.

50 Sid. Apoll., *ep.*, 1. 7. 5. Enn., *Vita Epi.*, 54.

51 Sid. Apoll., *ep.*, 5.9.3.

52 A. CHAVARRÍA , *Archaeologia delle Chiese. Dalle origini all'anno Mille*, Roma, 2009.

53 Un ensayo general que incide particularmente en este aspecto es el de P. GARNSEY y C. HUMFRESS, *The Evolution of the Late Antique World*, Cambridge, 2001, p. 117. Un repaso muy general pero clarificador, J. H. W. G. LIEBESCHUETZ, «Administration and Politics in the Cities of the Fifth to the Mid Seventh

Century: 425-640», en A. CAMERON, B. WARD-PERKINS y M. WHITBY (eds.), *The Cambridge Ancient History*, XIV, Cambridge, 2000, pp. 207-237, esp. 229 y ss. Quizás el caso mejor estudiado sea el de Italia, en especial el centro y el norte, que tuvo un estudio de referencia a cargo de B. WARD-PERKINS, *From Classical Antiquity to the Middle Ages. Urban Public Building in Northern and Central Italy, A.D. 300-850*, Oxford, 1984. Además, J. P. CAILLET, *L'évergétisme monumental chrétienne en Italie et à ses marges d'après l'épigraphie des pavements de mosaïque (IVe-VIIe s.)*, Roma, 1993, que a través del estudio de los pavimentos certifica al obispo como principal agente evergeta en el siglo V. Un estado de la cuestión bibliográfico que, pese a su reciente publicación, es ya muy revisable, es el de G. GONELLA, *The History of Early Medieval Towns of North and Central Italy*, Oxford, 2008.

54 KELLY, *Ruling*, pp. 27-28.

55 Sid. Apoll., *ep.*, 1.4.

56 Entre otras, puede verse a título ilustrativo Sid. Apoll., *ep.*, 2.9.

57 Sobre todos esos aspectos puede verse, respectivamente, a modo de pequeña selección (hay más ejemplos), la 1.4. recién citada, pero también, entre otras, Sid. Apoll., *ep.*, 2.3 y 2.4.

58 Sobre la transmisión de la *karteria* filosófica hacia el cristianismo, P. BROWN, *Power and Persuasion in Late Antiquity. Towards a Christian Empire*, Londres, 1992, p. 64.

59 Sid. Apoll., *ep.*, 7.6.

60 K. F. STROHEKER, *Der senatorische Adel im spätantiken Gallien*, Darmstadt, 1970; M. HEINZELMANN, *Bischofsherrschaft in Gallien. Zur Kontinuität römischer Führungsschichten vom 4. bis zum 7. Jahrhundert. Soziale, prosopographische und bildungsgeschichtliche Aspekte*, Múnich, 1976, y R. W. MATHISEN, *Ecclesiastical factionalism and religious controversy in fifth-century Gaul*, Washington, 1989.

61 C. CARLETTI, *Epigrafia dei cristiani in Occidente dal III al VII secolo*, Bari, 2008, pp. 107-108. Agradezco a Igor Santos (Universidad de Bolonia) su amabilidad para ilustrarme sobre el registro epigráfico itálico.

62 Sid. Apoll., *ep.*, 2.1.

63 Sid. Apoll., *ep.,* 4.14.

64 Toda la documentación en Hilar., *ep.*, 13, 14, 15, 16, en la edición de A. THIEL. Para la situación de las *ciuitates* de la zona, U. ESPINOSA, «*"Civitates"* y "*territoria"* en el Ebro Medio: continuidad y cambio durante la Antigüedad tardía», en U. ESPINOSA y S. CASTELLANOS (eds.), *Comunidades locales y dinámicas de poder en el norte de la Península Ibérica durante la Antigüedad tardía*, Logroño, 2006, pp. 41-100.

65 P. NORTON, *Episcopal Elections, 250-600. Hierarchy and Popular Will in Late Antiquity*, Oxford, 2007. De manera específica para el tema de las elecciones episcopales galorromanas del siglo V, R. W. MATHISEN, «Episcopal Hierarchy and Tenure in Office in Late Roman Gaul: a method for establishing dates of ordination», *Francia*, 17, 1990, pp. 125-138.

66 He analizado algunos de estos casos en S. CASTELLANOS, «*Nec pecuniae*

fauere nec gratiae. Algunas soluciones para los últimos obispos romanos de la Galia», en G. Bravo y R. González Salinero (eds.), *La corrupción en el mundo romano*, Madrid, 2008, pp. 371-379.

67 Sid. Apoll., *ep.,* 7.8.

68 Sid. Apoll., *ep.,* 4.25.

69 Sid. Apoll., *ep.,* 7.5.

70 Sid. Apoll., *ep.,* 7.9.

71 Sid. Apoll., *ep.,* 7.9.2.

72 A pesar de lo cual hubo algunas continuidades, cfr. P. Riché, «La survivance des écoles publiques en Gaule au Ve siecle», *Le Moyen Âge*, 63, 1957, pp. 421-436. Para el resultado final de las mismas, debe verse, del mismo autor, *E'ducation et culture dans l'Occident barbare, vie-viii e siècles*, París, 1962.

73 G. Cavallo, «Scuola, libri, pratiche intellettuali a Roma tra il v e il ix secolo», en M. S. Arena *et al.*, *Roma dall'Antichità al Medioevo. Archeologia e Storia*, Roma, 2001, pp. 92-103. Sobre el contexto senatorial de la influencia de Virgilio, véase ahora A. Cameron, *The Last Pagans of Rome*, Oxford, 2011, pp. 567 y ss.

74 R. W. Mathisen, «The Theme of Literary Decline in Late Roman Gaul», *Classical Philology*, 83.1, 1988, pp. 45-52. Véase además su *Roman Aristocrats in Barbarian Gaul. Strategies for Survival in an Age in Transition*, Austin, 1993.

75 Sid. Apoll., *ep.*, 8.2.2.

76 Además de su monografía sobre Sidonio, sobre este particular debe verse J. Harries, «Sidonius Apollinaris and the Frontiers of *Romanitas*», en Mathisen y Sivan (eds.), *Shifting Frontiers*, pp. 31-44.

77 Sid. Apoll., *ep.*, 3.8.1.

78 Sid. Apoll., *ep.*, 1.6.2.

79 Sid. Apoll., *ep.*, 7.7.2.

80 Sid. Apoll., *ep.*, 2.1.3.

81 Sid. Apoll., *ep.*, 2.10.1.

82 Sid. Apoll., *ep.*, 4.17.1.

83 Sid. Apoll., *ep.*, 4.17.2.

84 S. Pricoco, *L'isola dei santi. Il cenobio di Lerino e le origini del monachesimo gallico*, Roma, 1978, pp. 179 y ss.

85 L. Bailey, «Monks and lay communities in late antique Gaul: the evidence of the Eusebius Gallicanus sermons», *Journal of Medieval History*, 32.4, 2006, pp. 315-332.

86 Por citar un único ejemplo, la carta a Greco de Marsella, como sabemos también corresponsal de Sidonio, Faust., *ep.*, 7.9.

87 R. Lizzi, «Policromia di cultura e raffinatezza editoriale. Gli esperimenti letterari dell'aristocrazia romana nel Tardo Impero», en J. M. Carrié y R. Lizzi (eds.), *«Humana Sapit». Études d'Antiquité Tardive offertes à Lellia Cracco Ruggini*, Turnhout, 2002, pp. 187-199.

88 Sid. Apoll., *ep.*, 1.1.

89 P. Brown, «Images as a Substitute for Writing», en E. Chrysos e I. Wood (eds.), *East and West. Modes of Communication*, Leiden, 1999, pp. 15-34, con discusión sobre los modelos de la llamada «democratización de la cultura» de Mazzarino y, en cierto modo, también de MacMullen.

90 *ILCV*, 2161. Véase además Carletti, *Epigrafia dei cristiani*, p. 287, la referencia de estas inscripciones napolitanas en la edición de Carletti es el núm. 189.

91 Sid. Apoll., *ep.*, 4.11.

92 Recuerdo que exhibe sentimentalmente Sidonio, por ejemplo, en una carta a su antiguo compañero de estudios Probo, a la sazón hermano del influyente Magno Félix, que también había sido condiscípulo de Sidonio (*ep.*, 4.1).

93 *Ad episcopos epistola*.

94 Sid. Apoll., *carm.*, 16.

95 Para todos estos aspectos es fundamental Mathisen, *Ecclesiastical factionalism*, pp. 241 y ss. De manera específica, sobre la discusión protagonizada por Fausto y Mamerto, son imprescindibles los trabajos de E. L. Fortin, *Christianisme et culture philosophique au cinquième siècle. La querelle de l'âme humaine en Occident*, París, 1959, y S. Pricoco, «Sidonio Apollinare tra Claudiano Mamerto e Fausto di Riez e la datazione del "De Spiritu Sancto"», *Nuovo Didaskaleion*, 15, 1965, pp. 115-140.

96 Claud. Mamert., *De statu animae, praef.*

97 Aspecto ya señalado por Fortin, *Christianisme*, p. 41, y por Pricoco, «Sidonio», pp. 120 y ss.

98 Sid. Apoll., *ep.*, 5.2.

99 Claud. Mamert., *ep.*, 2, *ad Sapaudum*.

100 Sid. Apoll., *ep.*, 5.10.

101 Sid. Apoll., *ep.*, 9.9.

102 Sobre todo esto, Pricoco, «Sidonio», pp. 136 y ss.

103 Sobre la escasa formación teológica de Sidonio ya insistió Stevens en su libro sobre Sidonio. Ha vuelto sobre ello recientemente D. Amherdt, *Sidoine Apollinaire. La quatrième livre de la correspondence*, Berna, 1999, p. 12.

104 Carta de Mamerto a Sidonio, escrita desde Vienne en 470-471, Sid. Apoll., *ep.*, 4.2.

105 Sid. Apoll., *ep.*, 4.3.

106 Pricoco, «Sidonio», p. 131.

107 Th. A. Smith, *De Gratia. Faustus of Riez's Treatise on Grace and its place in the history of Theology*, Notre Dame (Ind.), 1990.

108 Gennad., *De script. eccl.*, 85.

109 Para la comparación entre los postulados teológicos de Fausto de Riez y los de Gildas, K. George, *Gilda's De Excidio Britonum and the Early British Church*, Woodbridge, 2009, pp. 128-129.

110 Sid. Apoll., *ep.*, 2.10.

111 Sid. Apoll., *ep.*, 4.9.

112 L. ATZERI, *Gesta Senatus Romani de Theodosiano Publicando. Il Codice Teodosiano e la sua diffusione ufficiale in Occidente*, Berlín, 2008.

113 A. CHASTAGNOL, *Le Sénat romain sous le règne d'Odoacre*, Bonn, 1966; CAMERON y SCHAUER, «The Last Consul», en particular el apéndice titulado «Senatorial Seats in the Flavian Amphitheatre», pp. 144-145; S. ORLANDI, *Epigrafia Anfiteatrale dell'Occidente Romano, VI. Roma. Anfiteatri e strutture annesse, con una nuova edizione e commento delle iscrizioni del Colosseo*, Roma, 2004, y su síntesis histórica en «Le iscrizioni del Colosseo come base documentaria per lo studio del Senato tardoantico», en R. LIZZI (ed.) *Le trasformazioni delle élites in età tardoantica*, Roma, 2006, pp. 311-324.

114 Por más que se suela citar la referencia de Greg. Tur., *DLH*, 2.23, en la que se refiere a la muerte de Sidonio aludiendo probablemente a una fecha tras la batalla de Soissons de 486, las cosas no son tan exactas, dadas las dificultades cronológicas que presenta el reinado de Clodoveo. En cualquier caso, ha de verse el estudio y reconstrucción del epitafio de Sidonio en P. MONTZAMIR, «Nouvel essai de reconstitution matérielle de l'épitaphe de Sidoine Apollinaire (RICG, VIII, 21)», *Antiquité Tardive*, 11, 2003, pp. 321-327.

115 Por ejemplo, *ILCV*, 979 y 1782, para inscripciones de Hilario en el complejo Lateranense, y en San Anastasia, e *ILCV*, 1785, para inscripción de Simplicio en Catabarbara.

116 Agradezco la referencia a Albenga a mi colega Alexandra Chavarría (Universidad de Padua, Italia). La edición que he utilizado para la inscripción es la de G. MENNELLA y G. COCCOLUTO (eds.), *Inscriptiones Christianae Italiae, 9, Regio IX, Liguria reliqua trans et cis Appenninum*, Bari, 1995, p. 89, la referencia de la inscripción en esta edición es núm. 49.

117 H.-I. MARROU, «Le dossier épigraphique de l'évêque Rusticus de Narbonne», *Rivista di Archaeologia Cristiana*, 46, 1970, pp. 331-349.

118 Hilar., *ep.*, 7 para la petición del informe. Luego Hilario terminaría aceptando la situación, Hilar., *ep.*, 8. Sobre toda la polémica, véase MATHISEN, *Ecclesiastical factionalism*, pp. 206 y ss.

119 Sid. Apoll., *carm.*, 23.475-476.

120 Como plantean R. W. MATHISEN y H. S. SIVAN, «Forging a New Identity: The Kingdom of Toulouse and the Frontiers of Visigothic Aquitania (418-507)», en A. FERREIRO (ed.), *The Visigoths. Studies in Culture and Society*, Leiden, 1999, pp. 1-60, esp. 40.

121 Hilar., *ep.*, 7.

122 En general, para Occidente, sobre el papel de las rentas de los obispados en el contexto global de la estructura de la propiedad tardo y posromana, véase B. WARD-PERKINS, «Land, Labour and Settlement», en CAMERON, WARD-PERKINS y WHITBY (eds.), *The Cambridge Ancient History*, pp. 315-345. Para alguno de los puntos de la malla general de Occidente contamos con estudios excelentes, como es el caso de P. C. DÍAZ, «Propiedad y explotación de la tierra en la Lusitania tardoantigua», *Studia Historica. Historia Antigua*, 10-11, 1992-1993, pp. 297-310.

123 J. VOGT, *The Decline of Rome. The Metamorphosis of Ancient Civilisation*, Londres, 1967, pp. 245-246.

124 I. Wood, «Continuity or calamity? The constraints of literary models», en J. Drinkwater y H. Elton (eds.), *Fifth-Century Gaul: a Crisis of Identity?*, Cambridge, 1992, pp. 9-18.

125 S. J. B. Barnish, «Transformation and Survival in the Western Senatorial Aristocracy, c. A.D 400-700», *Papers of the British School at Rome*, 56, 1988, pp. 120-155.

126 *ILCV*, 1758. Sobre la figura de Mariniano, su hijo y su nieto, *PLRE*, 2, 723-724. Sobre la inscripción, el mosaico, y el contexto arquitectónico e histórico, véase ahora P. Liverani, «Saint Peter's, Leo the Great and the leprosy of Constantine», *Papers of the British School at Rome*, 76, 2008, pp. 155-172.

127 Sobre las mismas, así como sobre la cronología de la ofensa y de la posterior *Satisfactio*, véase C. Moussy y C. Camus, *Dracontius. Oeuvres, I, Louanges de Dieu, livres I et II*, París, 1985, pp. 18 y ss.

128 A. Merrills y R. Miles, *The Vandals*, Oxford, 2010, p. 220.

129 Dracont., *Satisf.*, 1.

130 Dracont., *Satisf.*, 21-22.

131 Creo que fue más bien la prudencia lo que motivó ese silencio, y no tanto el «buen sentido» o el mero «tacto», como propone A. Merrills, «The secret of my succession: dynasty and crisis in Vandal North Africa», *Early Medieval Europe*, 18.2, 2010, pp. 135-159, esp. 154.

132 Uno de los mejores ensayos al respecto es el de G. Woolf, *Becoming Roman. The Origins of Provincial Civilization in Gaul*, Cambridge, 1998.

NOTAS
CAPÍTULO 6

1 Aug., *De ciu. Dei*, 1.1, edición de T. E. PAGE, Cambridge (Mass.), 1966.

2 Sobre Quodvultdeus puede verse las referencias citadas en el primer capítulo del libro. Un análisis de los problemas de las identidades en Víctor en E. FOURNIER, *Victor of Vita and the Vandal Persecution: Interpreting Exile in Late Antiquity*, Diss. Ph.D. (tesis doctoral inédita, agradezco al autor haberme enviado una copia), University of California, 2008, pp. 205 y ss., que recoge la bibliografía anterior y hace una crítica a las posiciones que han visto en Víctor un autor escasamente útil.

3 W. GOFFART, *Barbarian Tides. The Migration Age and the Later Roman Empire*, Philadelphia, 2006.

4 Vict. Vit., *Hist. persec.*, 2.9.

5 Prosper., *Chron.*, a. 437, 439.

6 Observación ya marcada por S. MULHBERGER, *The Fifth-Century Chroniclers. Prosper, Hydatius and the Gallic Chronicler of 452*, Cambridge, 1981, p. 124.

7 *Chron. a. 452*, a. 444 [439-442]. La cita final del párrafo procede de *Chron. a. 452*, a. 451.

8 Sid. Apoll., *ep.*, 2.10.1.

9 Sid. Apoll., *ep.*, 8.6.

10 Sid. Apoll., *ep.*, 4.20. Jill Harries ha comparado esta descripción de Sigismero, como expresión de alteridad, con la que el mismo Sidonio hace del rey Teodorico II, cfr. J. HARRIES, «Sidonius Apollinaris and the Frontiers of *Romanitas*», en R. W. MATHISEN y H. S. SIVAN (eds.), *Shifting Frontiers in Late Antiquity*, Aldershot, 1996, pp. 31-44.

11 Sid. Apoll., *carm.*, 12. Sobre el senador Catulino, *PLRE*, 2, 272-273.

12 Sid. Apoll., *ep.*, 5.5. La otra carta es 8.8.

13 Sid. Apoll., *ep.*, 6.6.

14 Sid. Apoll., *ep.*, 6.10.

15 Sobre las principales posiciones, de Loyen y de Harries, véase J. HARRIES, *Sidonius Apollinaris and the Fall of Rome, A.D. 407-485*, Oxford, 1994, p. 128.

16 Sid. Apoll., *ep.*, 1.2.

17 Sid. Apoll., *ep.*, 4.10.

18 Sid. Apoll., *ep.*, 4.22.

19 Sobre su papel como autor de discursos del rey, Sid. Apoll., *ep.*, 8.3, en una carta que adjuntaba al envío de una copia de la *Vida de Apolonio*,, carta en la que igualmente se refería a su reciente exilio, y a sus noches en vela por los ruidos producidos por las viejas visigodas borrachas que tenía por vecinas; sobre la embajada de Epifanio de Pavía, cfr. Enn., *Vita Epiph.*, 85.

20 Harries ha observado esta diferencia entre la composición del panegírico al rey y la renuncia a la composición de la obra histórica («Sidonius Apollinaris», p. 43).

21 Sid. Apoll., *ep.*, 8.9.

22 Sid. Apoll., *ep.*, 9.3.

23 La lectura fundamental sobre Ruricio de Limoges y sus conexiones familiares es la introducción que a la traducción de sus cartas ha elaborado R. W. Mathisen, *Ruricius of Limoges and Friends. A Collection of Letters from Visigothic Gaul*, Liverpool, 1999.

24 Sid. Apoll., *ep.*, 9.3.

25 Ruric., *ep.*, 1.4. En otra carta Ruricio recuerda que había encargado a Hesperio la educación de algunos de sus hijos, y se refería a los tiempos confusos que vivían, pero se cuidaba de dar detalle alguno, por más que, dentro del modelo de la nobleza tardorromana, apela a la necesidad del conocimiento de las letras para la salvaguarda de la propia idea de nobleza, Ruric., *ep.* , 1.3.

26 La bibliografía y algunas claves del texto están recogidas en S. Castellanos, «Propiedad de la tierra y relaciones de dependencia en la Galia del siglo vi. El *Testamentum Remigii*», *Antiquité Tardive*, 8, 2000, pp. 223-227.

27 *Epist. Austr.*, 2, edición de E. Malaspina, *Il Liber epistolarum della cancelleria austrasica (sec. v-vi)*, Roma, 2001.

28 *Epist. Austr.*, 2.1.

29 *Epist. Austr.*, 1.

30 *Concilio de Orléans,* a. 511, *ep. ad regem*, edición de C. de Clercq, *Concilia Galliae, A. 511-A. 695*, *CC SL* 148 A, Turnhout, 1963. Sobre la importancia de estos elementos para la consolidación política de la *gens Francorum* me he ocupado en S. Castellanos, «La *Gens Francorum* y los *Romani*. Integrar a los romanos después de Roma», en G. Bravo y R. González Salinero (eds.), *Formas de integración en el mundo romano*, Madrid, 2009, pp. 85-93.

31 Ph. Rousseau, «The Spiritual Authority of the "Monk-Bishop". Eastern elements in some Western hagiography of the fourth and fifth centuries», *Journal of Theological Studies*, 23.2, 1971, pp. 380-419.

32 Como ha estudiado David Natal en el caso de Ambrosio de Milán; D. Natal, *Fugiamus ergo forum: ascetismo y poder en Ambrosio de Milán*, León, 2010.

33 Prosp., *Chron.*, a. 452. Sobre el papel de León Magno en la crónica de Próspero, Mulhberger, *The Fifth-Century Chroniclers*, p. 122, y sobre los paralelismos entre el modelo de Próspero y el de los hagiógrafos posteriores,

ibid., pp. 131-132. En la entrada del año 455 Próspero citará la reunión de León con Genserico en las puertas de Roma, que en todo caso no evitaría el asalto vándalo a la ciudad. Sobre el modelo del propio Próspero para el caso de León y Atila, véase C. Kelly, *Attila the Hun*, Londres, 2008, pp. 206-207.

34 El trabajo esencial sobre el eco de la obra de Constancio de Lyon en la Hispania visigoda es el de A. Maya Sánchez, «Presencia de la *Vita Germani* de Constancio de Lyon en la España Visigoda. Una imitación», *Habis*, 25, 1994, pp. 347-355.

35 Sid. Apoll., *ep.*, 1.1.

36 Sid. Apoll., *ep.*, 2.10.

37 Harries, *Sidonius Apollinaris*, p. 121.

38 E. A. Thompson, *Saint Germanus of Auxerre and the End of Roman Britain*, Woodbridge, 1984. La edición de Borius y su importante introducción al texto en R. Borius, *Constance de Lyon. Vie de Saint Germain d'Auxerre*, París, 1965.

39 Sid. Apoll., *ep.*, 2.10.

40 La bibliografía es inmensa, pero la obra de referencia sigue siendo la de P. Brown, *The Cult of the Saints*, Chicago, 1981.

41 I. N. Wood, «The Use and Abuse of Latin Hagiography in the Early Medieval West», en E. Chrysos e I. Wood (eds.), *East and West: Modes of Communication*, Leiden, 1999, pp. 93-109, esp. 94-95.

42 Const., *Vita Germani*, carta inicial a Paciente de Lyon.

43 Const., *Vita Germani*, carta a Censorio de Auxerre.

44 Toda esta alusión a la carrera civil de Germán ocupa el primer capítulo del texto, Const., *Vita Germani,* 1. Sobre la posible ubicación de su cargo en Armórica, véase Thompson, *Saint Germanus*, p. 62, n. 29.

45 Natal, *Fugiamus ergo forum*.

46 Las expresiones en Const., *Vita Germani*, 2.

47 Const., *Vita Germani*, 3, para el ascetismo de su dieta, y 4, para la vestimenta y la cápsula con reliquias.

48 Const., *Vita Germani*, 7.

49 Las referencias de Constancio al primer viaje de Germán a Britania están en Const., *Vita Germani*, 12 y ss.

50 Prosp., *Chron.*, a. 429.

51 Const., *Vita Germani*, 13 ss. para todos estos episodios.

52 Const., *Vita Germani*, 17-18.

53 La referencia en Const., *Vita Germani*, 19.

54 Const., *Vita Germani*, 19.

55 Const., *Vita Germani*, 23-24.

56 Const., *Vita Germani*, 28.

57 Análisis de la revuelta de Tibatto y la *Vita Germani* (optando por las fechas tardías para la muerte del santo), por R. Van Dam, *Leadership and Community in Late Antique Gaul*, Berkeley, 1985, pp. 45 y ss.

58 *Chron. Gall. a. 452*, 435, 436.

59 El viaje a Italia Const., *Vita Germani* , 29 y ss. Sobre el problema de las fechas, THOMPSON, *Saint Germanus*, pp. 69-70.

60 Enfermedad y muerte de Germán en Const., *Vita Germani*, 42 y ss.

61 Para los datos sobre Eugipio, la composición de la obra, así como el propio Severino, debe verse la introducción a la edición del texto por P. RÉGERAT, citada en el listado de fuentes.

62 Para el contexto político de la zona, P. HEATHER , *La caída del imperio romano*, Barcelona, 2006, pp. 514 y ss. Sobre el texto ha de verse R. A. MARKUS, «The End of the Roman Empire: A Note on Eugippius, Vita Sancti Severini, 20», *Nottingham Medieval Studies*, 26, 1982, pp. 1-7.

63 Eug., *Vita Severini*, 1.1.

64 Eug., *Vita Severini*, 1.2 y ss.

65 Eug., *Vita Severini*, 5.1 y ss.

66 Eug., *Vita Severini*, 6.5, pasaje en el que se detalla el prestigio del santo no sólo entre los rugos, sino también entre otras *gentes*.

67 Eug., *Vita Severini*, 8.1-6.

68 Eug., *Vita Severini*, 7.1.

69 Eug., *Vita Severini*, 3.1.

70 Eug., *Vita Severini*, 28.2-5.

71 Pueden verse los comentarios en la versión que publicó —basándose en la edición de De Voguel en los *MGH*— G. M. COOK, *The Life of Saint Epiphanius by Ennodius*, Washington, 1942.

72 Enn., *Vita Epi.*, 51 y ss., y 81 y ss.

73 Enn., *Vita Epi.*, 101 y ss.

74 Enn., *Vita Epi.*, 40.

75 Enn., *Vita Epi.*, 185-187.

76 M. HEINZELMANN y J.-C. POULIN, *Les vie anciennes de sainte Geneviève de Paris*, París, 1986, que por supuesto recogen toda la bibliografía y propuestas anteriores, en especial los argumentos de Bruno Krusch.

77 *Vita Genov.*, 2-6 y 11.

78 *Vita Genov.*, 12.

79 *Vita Genov.*, 26.

80 *Vita Genov.*, 35-40.

81 Me he ocupado de esto en S. CASTELLANOS, «La *Gens Francorum* y los *Romani*», y en «Creating Constantines at the end of the sixth century», *Historical Research*, 85, 2012, pp. 556-575.

82 HEINZELMANN y POULIN, *Les vie anciennes*, p. 105.

Índice